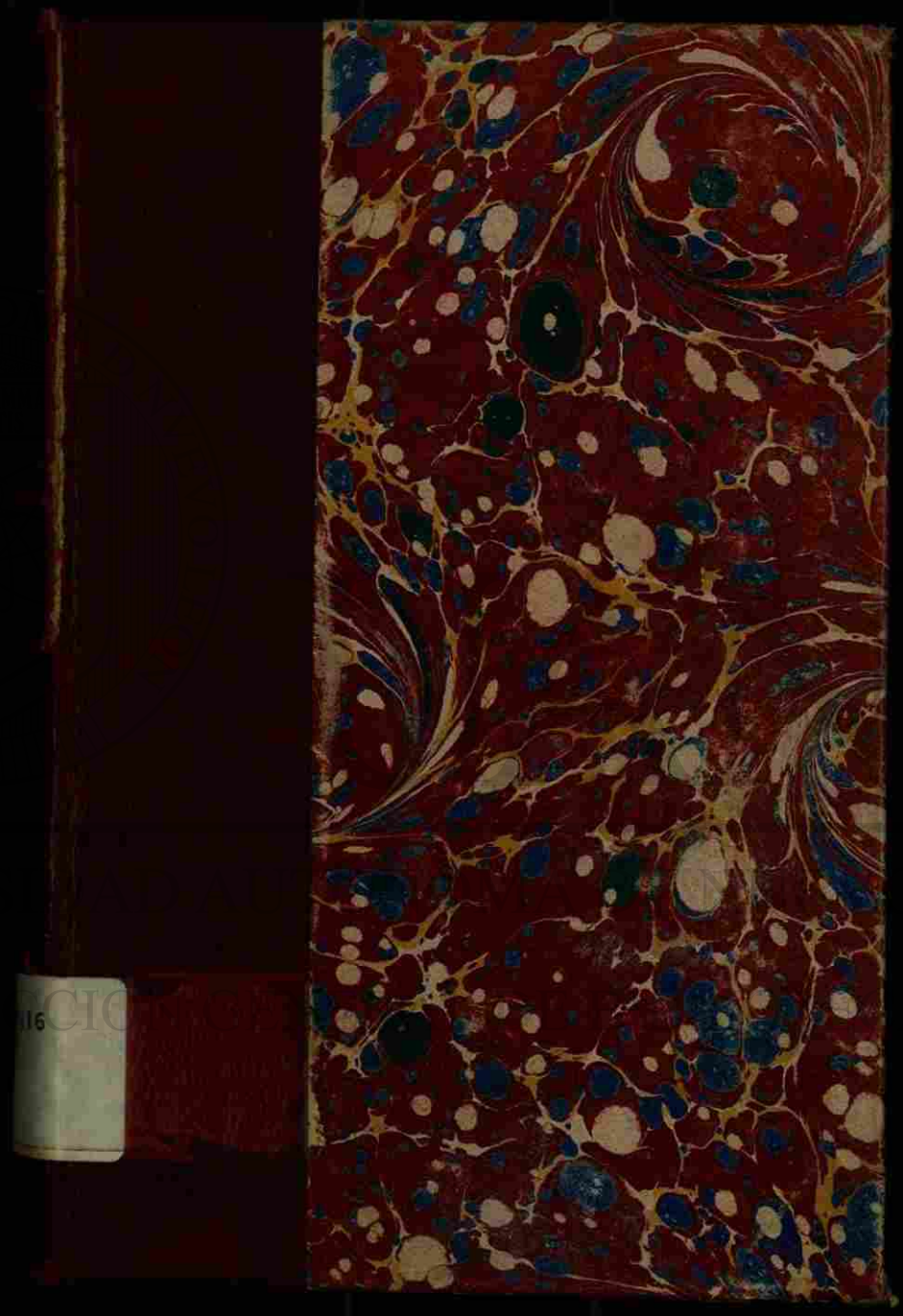


DAUDET

LOS REYES EN EL DESTIERRO

PQ2216
.R7
S6

1020026239

CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS REYES EN EL DESTIERRO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Aut. D 2-3814
Núm. Adq. 29895
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Establecimiento tipográfico de M. P. Montoya y Compañía, Caños, 1.

LOS
REYES EN EL DESTIERRO

POR

ALFONSO DAUDET

VERSION CASTELLANA

DE

JOAQUIN ESCUDERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
29395

MADRID
FERNANDO FÉ
LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA
Carrera de San Gerónimo, 2.
1880

098495

PQ2216
R7
S6
CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
REYES EN DESTIERRO.

I

El primer dia.

Federica dormia desde por la mañana. Era su sueño febril y fatigoso, como formado por todas sus torturas de reina desterrada y caida; un sueño, sacudido aún por el fracaso y las angustias de un sitio de dos meses, atravesado de visiones sangrientas y belicosas, de sollozos, de temblores, de corrientes nerviosas, y del cual no salió ella sino por un sobresalto de asombro.

—¿Zara?... ¿Dónde está Zara?...—gritó.

Una de sus camareras se aproximó al lecho, y la serenó dulcemente. S. A. R. el conde de Zara dormia muy tranquilo en su habitacion; Madama Eleonora estaba á su lado,

—¿Y el rey?

Habia salido por la tarde en uno de los carruajes del hotel.

—¿Él solo?

No. Su Majestad habia llevado consigo al consejero Boscovich...

A medida que hablaba la criada, en su dialecto dálmata, sonoro y duro como una ola rodante de guijarros, la reina sentia disiparse sus terrores, y poco á poco la apacible estancia del

hotel, que no habia sino entrevisto al llegar, á media luz, se le aparecia en su sencillez confortante y lujosa, con sus claras colgaduras, sus altos espejos, y el blanco pañoso de sus tapices, en que el vuelo silencioso y vivo de las golondrinas se proyectaba como la sombra de unas cortinillas flotantes, y se entrecruzaba en forma de anchas mariposas nocturnas.

—¡Las cinco ya!... Vamos, Petscha, vísteme pronto. Me avergüenzo de haber dormido tanto.

Eran las cinco del dia más admirable con que el estío de 1872 habia regocijado á los parisienses. Cuando la reina se adelantó hácia el balcon, hácia el largo balcon del *Hotel de las Pirámides*, que enfila sus quince ventanas, veladas de cutí rosa, en el lugar más hermoso de la calle de Rívoli, se quedó maravillada. Allá, abajo, sobre la ancha vía, mezclándose el ruido de las ruedas á la lluvia ligera de las regaderas, una línea, no interrumpida de carruajes, descendia en direccion al Bosque, con un mariposeo de ejes, de arneses, de vestiduras claras arrebatado todo por el viento. Desde la multitud, apiñada en la verja dorada de las Tullerías, los ojos encantados de la reina pasaban á toda esa confusion luminosa de trajes blancos, de cabellos rubios, de sedas vistosas, de juegos aéreos: á todo ese tren de endomingamiento y de infancia, que el gran jardin parisien extiende alrededor de sus terrazas los dias de sol, y se reposaba, en fin, deliciosamente, sobre la cúpula de verdura, sobre el inmenso techo de hojas, redondo y macizo, que forman con sus copas los castaños del centro, los cuales abrigan á esta hora una orquesta militar, retemblando á los gritos de los muchachos, al estruendo de los instrumentos de metal. El áspero rencor de la desterrada iba calmándose paulatinamente, ante tanta alegría desparramada. Un bienestar confortable la envolvia por todas partes, adherible y suave como una redecilla de seda; sus mejillas, ajadas por el insomnio y las privaciones, fueron coloreándose de un rosa vivo. Ella pensaba:—¡Dios!... ¡Qué bien se está aquí!

Los más grandes infortunios tienen tan súbitos é inconscientes consuelos; y no es de los séres, sino de la múltiple elocuencia de las cosas, de donde proceden. A esta reina desposeida, arrojada sobre la tierra del destierro, con su marido y su hijo, por una de esas sublevaciones del pueblo, que hacen pensar en los temblores de la tierra, acompañados de aperturas de abismos, de fulgores de rayos y de erupciones volcánicas; á esta mujer, cuya frente, aunque baja un poco, tan altiva, no obstante, guardaba el pliegue y como el aplanamiento de una de las más bellas coronas de Europa, ninguna fórmula humana hubiera podido proporcionarla consuelo alguno. Y hé aquí que la naturaleza, alegre y renovada, aparecida en este maravilloso estío de París, que tiene algo de la estufa caliente, y algo de la muelle frescura de los países ribereños, le habla de esperanza, de resurreccion, de apaciguamiento. Pero en tanto que, como mujer, deja sus nérvios distenderse, y sus ojos beber con ánsia este verdegueante horizonte, de repente se ha estremecido la desterrada. A su izquierda, allá abajo, hácia la entrada del jardin, se levanta un monumento espectral, hecho de muros calcinados; de columnas enrojecidas; desplomado el techo; con boquetes, por donde se vé el azul del espacio, por ventanas, una fachada, iluminada sobre perspectivas de ruinas, y allá, al final,—mirando al Sena,—un pabellon, casi entero, invadido y dorado por la llama que ennegreció el hierro de sus balcones. Esto era lo que quedaba del palacio de las Tullerías.

Tal vista, le causó una emocion profunda; el aturdimiento de una caida experimentó su corazon ante estas piedras. Diez años, no hacia aún diez años,—¡oh! cómo le parecia profética esta triste casualidad de venir á alojarse de cara á estas ruinas!—allí habia habitado ella con su marido. Era la primavera de 1864. Casada hacia tres meses, la condesa de Zara paseaba entónces por las córtes aliadas, todas sus dichas de esposa y de princesa hereditaria. Todo el mundo la admiraba, la hacia acogida. En las Tullerías, sobre todo, ¡qué de bailes, qué de fiestas! Bajo es-

tos muros socavados, ella las encontraba aún. Veia las galerías inmensas y explendorosas, deslumbrantes de luces y de pedrería; los trajes de córte, ondulantes sobre las grandes escaleras, entre una doble fila de corazas relumbrantes, y aquella música invisible, que subia del jardin en oleadas, le parecia la orquesta de Valdteufeld, en la Sala de los Mariscales. ¿No era al son de este aire, jugueton y vivo, al que habia danzado con su primo Maximiliano, ocho dias antes de su partida para Méjico?... Sí, este era... Una *quadrille*, cruzada de emperadores y de reyes, de reinas y de emperatrices, y cuyo motivo de la *Bella Elena* hacia pasar por delante de ella el lujoso encadenamiento y las augustas fisonomías.... Max, preocupado, mordiendo su barba rubia; Carlota, frente á él, cerca de Napoleon, radiante, transfigurada por la alegría de ser emperatriz... ¿Dónde estaban hoy las parejas de aquella hermosa *quadrille*? Todos muertos, desterrados ó locos. ¡Duelos sobre duelos! ¡Desastres sobre desastres! Dios, pues, no estaba ya por el partido de los reyes; ahora....

Con esto, recordaba todo lo que habia sufrido desde que la muerte del viejo Leopoldo habia colocado en sus sienes la doble corona de Iliria y Dalmacia. Su hija, su primogénita, arrebatada en medio de las fiestas de su consagracion por una de esas enfermedades extrañas y sin nombre que resúmen el agotamiento de una sangre y el fin de una raza, por más que los cirios de la vigilia fúnebre se mezclaron á las iluminaciones de la poblacion, y el dia del entierro en la iglesia del *Dôme* no se tuvo tiempo para izar las banderas. Despues, al lado de estos grandes dolores, al lado de las inquietudes que le causaba sin cesar la débil salud de su hijo, habia otras tristezas conocidas de ella sola, ocultas en el rincon más secreto de su orgullo de mujer. ¡Ay! el corazon de los pueblos no es mucho más fiel que el de los reyes. Un dia, sin que se supiese el motivo, esta Iliria que les habia festejado tanto, se separaba de sus príncipes y vinieron las malas inteligencias, las terquedades, las desconfianzas, y por fin el ódio, ese horrible ódio de todo un país, ese ódio que ella sentia en el aire, en el silencio de las calles, la ironía de las miradas, el temblor de las frentes encorvadas, que le hacian que temiera el mostrarse en una ventana, y la arrojaban en el fondo de su carroza durante sus cortos paseos. ¡Oh! aquellos gritos de muerte bajo los terrados de su castillo de Leybach, al mirar el gran palacio de los reyes de Francia, creia aún escucharlos, veia la última sesion del Consejo, los ministros pálidos, locos de miedo, suplicando al rey que abdicára... las aldeas sublevadas y aulladoras, ébrias de libertad como las ciudades... fogatas de regocijo por todas partes, sobre las cimas... y la explosion de lágrimas tiernas de que ella habia sido acometida en medio de este gran desastre, al encontrar en una cabaña leche para la cena de su hijo... y en fin, la súbita resolucion que inspiró al rey de encerrarse en Ragusa, aún fiel, y allí, los dos meses de privaciones y de angustias, la ciudad sitiada, bombardeada, el infante real enfermo, muriendo casi de hambre, la vergüenza ó la rendicion por término, el embarque siniestro en medio de una multitud silenciosa y cansada, y el navío francés arrebatándolos hácia otras miserias, hácia el frio, hácia lo desconocido del destierro, mientras que á sus espaldas la bandera de la república iliriana ondeaba flamante y vencedora sobre el castillo real desplomado... Las Tullerías en ruina le recordaban todo esto.

—¡Qué hermoso es París! ¿no es cierto?—dijo súbitamente cerca de ella una voz alegre y jóven, á pesar de un cierto ganguео.

El rey acababa de aparecer en el balcon, teniendo entre sus brazos el pequeño príncipe, y mostrándole aquel horizonte de verdura, de techos, de cúpulas y el movimiento de la calle en su bella luz del fin del dia.

—¡Oh, sí, muy bonito!... decia el niño, que era un pobre muchachito de cinco á seis años, con los rasgos del rostro marcados y estirados, los cabellos muy rubios, cortados al ras como despues de una enfermedad, y que miraba en su derredor con

una sourisilla de sufrimiento, admirado de no oir los cañones del sitio y regocijado de la alegría que le rodeaba. Para él, el destierro se anunciaba de una manera feliz. El rey mismo tenia ya el aire ménos triste; traia del exterior, de dos horas de boulevard, una fisonomía brillante, animada, que hacia contraste con la tristeza de la reina. Eran, por lo demás, dos tipos absolutamente distintos; él, delgado, trémulo, de tinte mate, los cabellos negros y rizados, con bigote claro que afilaba perpétuamente con una mano pálida y finísima, ojos hermosos, un poco turbados, y en la mirada algo de irresoluto, de infantil, que hacia decir al que le veia, por más que hubiese ya pasado de los treinta: «¡Cuán jóven es!» La reina, por el contrario, era una robusta dálmata, con el aire sério, el gesto extraño, el verdadero varon de los dos, á pesar del explendor trasparente de su cútis y sus magníficos cabellos de ese rubio de Venecia en que el Oriente parece mezclar los tonos rojos y leonados del alazan. Christian, frente á ella, tenia la actitud cohibida, un poco embarazosa, de un marido que ha aceptado demasiados sacrificios y abnegaciones. Informábase dulcemente de su salud, de si habia dormido, y cómo se encontraba de su viaje. Ella respondió con cierta voluntaria dulzura llena de condescendencia; pero en realidad no se ocupaba más que de su hijo, á quien pulsaba la nariz, las mejillas, y cuyos movimientos todos espiaba con la ansiedad de gallina clueca.

—Está mejor que allá abajo,—decia Christian á media voz.

—Sí, los colores le vuelven,—respondió ella en el mismo tono íntimo que ellos no tomaban sino para hablar del niño.

El reia al uno y á la otra, y aproximaba sus frentes con alegres caricias, como si hubiese comprendido que sus dos brazitos formaban el único lazo verdadero entre estos dos séres desemejantes. Allá abajo, en el tránsito, algunos curiosos, advertidos de la llegada de los príncipes, se habian detenido hacia un momento, con los ojos alzados hácia ese rey y esa reina de Iliria, cuya heróica defensa en Ragusa habia hecho célebres, y

cuyos retratos figuraban en la primera página de los diarios ilustrados. Poco á poco, como si miraran un palomo en el alero de un tejado ó una urraca escapada de la jaula, los transeuntes se amontonaban, con la boca abierta, sin saber de qué se trataba. Un apiñamiento de gente iba poniéndose delante del hotel, y todas estas miradas atraian otras miradas hácia aquella jóven pareja, en traje de viaje, sobre la que descollaba el niño con su cabeza blonda, como levantada por la esperanza de los vencidos, y la alegría que ellos sentian de tenerle aún vivo despues de una tan terrible tempestad.

—¿Vienes, Federica?—preguntó el rey, violentado por la atencion de las gentes.

Pero ella, con la cabeza alta, como reina acostumbrada á desafiar la antipatía de las multitudes, contestó:

—¿Para qué? Se está muy bien en este balcon.

—Es que... yo habia olvidado... Rosen está allá con su hijo y con su nuera. Ha solicitado verte.

A este nombre de Rosen, que le recordaba tan buenos y leales servicios, los ojos de la reina se encendieron.

—¡Mi bravo duque! Le esperaba,—replicó; y como al retirarse lanzára una mirada altiva á la calle, un hombre, de cara á ella, se abalanzó sobre el zócalo de la verja de las Tullerías, dominando durante un minuto aquella aglomeracion de gente en toda su altura. Era como en Leybach cuando dispararon sobre su ventana. Federica tuvo vagamente la idea de un atentado de este género, y se echó para atrás. Una gran frente, un sombrero levantado, cabellos en el viento desparramándose al sol, mientras que una voz serena y fuerte gritaba: «¡Viva el rey!» por cima del fragor de la multitud; hé aquí todo lo que ella pudo ver de este amigo desconocido que osaba en pleno París republicano, delante de las Tullerías destruidas, desear la bienvenida á los soberanos sin corona. Este saludo simpático de que habia estado privada hacia largo tiempo, hizo sobre la reina la impresion de un fuego flamígero y claro, despues de una marcha entre

hielos, y la enardeció desde el corazon hasta la epidermis; la vista del viejo Rosen completó esta viva y bienhechora reaccion.

El general duque de Rosen, antiguo jefe de la casa militar, habia dejado la Iliria hacia tres años, desde que el rey le retiró su puesto de confianza para dárselo á un liberal, favoreciendo así las ideas nuevas con detrimento de lo que se llamaba entónces en Leybach el partido de la reina.

Ciertamente, él podia quererla en Christian que le habia sacrificado friamente, dejado partir sin sentimiento alguno, sin un adios, á él, el vencedor de Mostar, de Livno, el héroe de las grandes guerras montenegrinas. Despues de haber vendido castillos, tierras y bienes, caracterizando su partida con todo el ruido de una protesta, el viejo general se habia fijado en París, allí casó su hijo, y durante tres años largos de vanas esperanzas sentia su cólera contra la ingratitud real acrecentarse por las tristezas de la emigracion y las melancolías de una vida desocupada. Y, no obstante, á la primera noticia de la llegada de sus príncipes, corre á ellos sin titubear, y ahora, rígido y de pié en medio del salon; enderezando hasta las arañas su talla colosal, esperaba, con nueva emocion la gracia de una acogida favorable, hasta el punto que se le podian ver temblar las largas piernas de panduro, jadear bajo el gran cordon de la órden, su busto ancho y corto revestido de un frac azul ceñido y militarmente cortado.

La cabeza sola, una pequeña cabeza de gavilan, mirada de acero y pico de presa, permanecia impasible con sus tres mechones blancos erizados, y las mil pequeñas arrugas de su cuero curtido al fuego.

El rey, que no gustaba de escenas, y á quien esta entrevista violentaba un poco, prorrumpió en un tono de jugueteo, de cordialidad caballeresca:

—Y bien, general,—dijo, yendo hácia él con las manos tendidas.—Usted era quien tenia razon... dí demasiada brida... y me hice sacudir... con violencia.

Despues, viendo que el antiguo servidor inclinaba la rodilla, le levantó con un movimiento lleno de nobleza, y le estrechó contra su pecho largo espacio. Nadie, por ejemplo, hubiera podido impedir al duque arrodillarse delante de la reina, á quien la caricia respetuosamente apasionada de aquellas viejas barbas sobre su mano causó una emocion singular.

—¡Ah! ¡Mi pobre Rosen!.... ¡Mi pobre Rosen!...—murmuró.

Y dulcemente cerraba los ojos para no dejar ver sus lágrimas.

Pero todas las que vertia hacia ya años, habian dejado su huella sobre la seda delicada y estropeada de sus párpados de mujer rubia, con las vigilias, las angustias, las inquietudes, estas contusiones que las mujeres creen guardar en lo más profundo del sér, y que suben á la superficie, como las menores agitaciones del agua surcan de pliegues visibles su cristal. En el espacio de un segundo, este hermoso rostro de líneas puras, tuvo una expresion fatigada, dolorosa, que no pasó desapercibida para el viejo soldado. «¡Cuánto ha sufrido!» pensaba al mirarla; y para ocultar su emocion, tambien, se levantó bruscamente, se volvió hácia su hijo y su nuera, que se habia quedado en el otro extremo del salon, y con el mismo aire feroz con que gritaba en las calles de Leybach: «¡Sable en mano!... ¡Cargad sobre la canalla!» ordenó:

—Coletta, Herberto, venid á saludar á vuestra reina.

El príncipe Herberto de Rosen, casi tan grande como su padre, con unas quijadas de caballo y mejillas inocentes y de muñeca, se aproximó, seguido de su jóven esposa. Él marchaba penosamente apoyado sobre un baston. Ocho meses antes, en las Carreras de Chantilly, se habia roto una pierna y hundido algunas costillas; el general no dejó de hacer notar que sin este incidente que habia puesto la vida de su hijo en peligro, los dos hubieran corrido á encerrarse en Ragusa.

—¡Allí hubiera yo ido con usted, padre mio!—interrumpió la princesa con un tono heróico, que hacia justicia á su nombre

de Coletta y á su narizilla de gata espiritual y alegre bajo un erizamiento de lijeros bucles.

La reina no pudo impedir una sonrisa, y la tendió la mano cordialmente. Christian, retorciendo su bigote, miraba de hito en hito, con un interés de amante y una ávida curiosidad, á esta vivaracha parisiense, á este bonito pájaro á la moda, de largo y tornasolado plumaje, todo faldas y volantes, y cuya gentileza emperifollada le hacia cambiar de la impresion de grandes rasgos y del tipo majestuoso recibido allá bajo.

«¡Diablo de Herberto! ¿Dónde ha podido procurarse una alhaja semejante?» se decia, envidiando á su antiguo camarada de infancia, á aquel pazguatazo de ojos á flor de la cara, y de cabellos divididos y planchados á la rusa sobre una frente corta y demasiado estrecha; despues avínole la idea de que si este tipo de mujer faltaba en Iliria, en París corria por las calles, y con esto el destierro le pareció definitivamente soportable. Por lo demás este destierro no podia durar mucho tiempo. Los ilirienses se cansarian pronto de su República. Era asunto de dos ó tres meses pasar léjos del país vacaciones reales, que podia emplear lo más alegremente posible.

—¿Comprende usted esto, general?—decia riéndose.—Ya se me ha propuesto el comprar una casa... Un caballero... un inglés que ha venido esta mañana... Se obligaba á entregarme un hotel magnífico, amueblado, tapizado, con caballos en las cuadras, carruajes en las cocheras, ropas blancas, argentería, servicio personal y todo, en cuarenta y ocho horas, y en el barrio que fuera más de mi agrado.

—Conozco á vuestro inglés, señor... es Tom Levis... el agente de los extranjeros.

—Sí, me parece bien... el nombre que lleva... ¿Habeis tenido algun asunto con él?

—¡Oh! todos los extranjeros al llegar á París reciben la visita de Tom y de su ayudante... Pero yo deseo á Vuestra Magestad que quede en esto solo el conocimiento.

La atencion particular con la que el príncipe Herberto desde que se habló de Tom Levis, se puso á considerar las cintas de sus zapatos descubiertos sobre la rayadura de sus medias de seda, la mirada furtiva que la princesa lanzaba á su marido, advirtieron á Christian que si necesitaba informes acerca del ilustre agente de la calle Real, aquellos jóvenes podian muy bien suministrárselos. Pero, ¿en qué los servicios de la agencia Levis podian serle útiles? No deseaba ni casa, ni carruaje, y contaba con pasar bien en el hotel los pocos meses de su estancia en París.

—¿No es este tu parecer, Federica?

—¡Oh! ciertamente es lo más prudente,—respondió la reina, aunque en el fondo de su corazon no participaba de las ilusiones de su marido ni de su gusto por las instalaciones provisionales.

A su vez, el viejo Rosen aventuró algunas observaciones. La vida de huésped le parecia casi no convenir á la dignidad de la casa de Iliria. París, en este momento, estaba lleno de soberanos desterrados; y allí todos figuraban de una manera suntuosa. El rey de Westphalia ocupaba en la calle de Neubourg una magnífica residencia, con un pabellon anexo para los servicios administrativos. En los Campos Elíseos, el hotel de la reina de Galicia, era un verdadero palacio, de un lujo, de un aparato real. El rey de Palermo tenia una casa montada en Saint-Mandé, con numerosos caballos en las cuadras y todo un batallon de ayudas de campo. No habia allí ninguno que, como el duque de Parma, en su pequeña casa de Passy, no adoptase un aire de córte, y siempre con cinco ó seis generales á la mesa.

—Sin duda, sin duda; decia Christian impacientado, —pero todos no son lo mismo. Esos no abandonarán ya París... Todo es completo, definitivo... mientras que nosotros... Por otra parte, hay una buena razon para que no compremos un palacio, amigo Rosen. Todo nos lo han cogido allá abajo... Algunos

cientos de miles de francos en casa de los Rothschild de Nápoles, y nuestra pobre diadema que madama de Silvis ha salvado en una sombrerera, hé aquí todo lo que nos queda. Decir que la duquesa ha hecho este largo viaje de destierro á pié, sobre la mar, en wagon, en carruaje, con su preciosa sombrerera á la mano... ¡es gracioso!... ¡tan gracioso!....

Y la puerilidad, montándosele encima, se puso á reir de su angustia, como de la cosa más cómica del mundo.

El duque no reia.

—Señor,—dijo tan conmovido, que todas sus arrugas de viejo temblaron:—me haceis el honor de asegurarme, desde luego, que sentís haberme dejado tan largo tiempo, léjos de vuestros consejos y de vuestro corazon... Pues bien, yo os pido, en cambio, un favor... Mientras que dure vuestro destierro, devolvedme las funciones que yo ejercia en Leybach, cerca de Vuestras Majestades... de jefe de la casa, civil y militar.

—¡Mire usted, el ambicioso!—dijo el rey jovialmente.

Despues, con amistad:

—Pero si ya no hay casa, pobre general mio, ni civil ni militar... La reina tiene un capellan y dos damas... Zara, su ama... Yo, yo he traido á Boscovich para la correspondencia, y al maestro Leveau para rasurarme la barba... Y nadie más..

—En ese caso, yo quiero aún solicitar... ¿Vuestra Majestad querria tomar á mi hijo Herberto para ayuda de campo, y dar á la reina como lectora y dama de honor á la princesa aquí presente?

—Concedido, por mi parte, duque,—dijo la reina, volviendo su preciosa sonrisa hácia Coletta, deslumbrada con su flamante dignidad.

En cuanto al príncipe, dió las gracias á su soberano por haberle concedido el título de ayuda de campo con igual solícita merced, con un gracioso relincho, á que se habia acostumbrado á fuerza de vivir en el Tattershal.

—Presentaré los tres nombramientos mañana por la mañana

á la firma;—añadió el general con tono respetuoso, pero breve, indicando que se consideraba ya como investido de sus funciones.

Al escuchar esta palabra, esta fórmula que le habian tan larga y solemnemente repetido en otro tiempo, el jóven rey dejó ver sobre su rostro una expresion de desaliento y de enojo; despues se consoló, mirando á la princesa, á quien la dicha embellecia y trasfiguraba, como sucede á esas bonitas caras sin rasgos que están todas en el velo picante y mudable incesantemente de la fisonomía. ¡Figuráos; dama de honor de la reina Federica, ella, Coletta Sauvadon, la sobrina de Sauvadon, el grueso mercader de vinos de Bercy! ¡Qué se diria en la calle de Varennes, en la de Santo Domingo, en aquellos salones tan esclusivistas, en que su matrimonio con Herberto de Rosen le habia hecho ser admitida en los dias grandes, pero jamás en la intimidad! Ya su pequeña imaginacion mundana viajaba por una córte de capricho. Soñaba en las tarjetas de visita, que se mandaria hacer; en todo un renuevo de trajes, uno con los colores de Iliria; moños semejantes, para la testera de los caballos... Pero, el rey hablaba cerca de ella.

—Este es nuestro primer banquete en tierra de proscripcion,—decia á Rosen, con un tono semi-sério, de intento enfático.—Yo quiero que la mesa esté alegre, y rodeada de todos nuestros amigos.

Y viendo el aire de sorpresa del general, ante tan brusca invitacion, dijo:

—¡Ah! sí, es verdad, la etiqueta, el aparato... ¡Por la vírgen! Ya nos hemos desacostumbrado á todo esto despues del sitio, y el jefe de nuestra casa va á encontrar que hacer muchas reformas... Solamente pido que no empiecen sino desde mañana.

En este momento, entre las dos hojas ámpliamente separadas de la puerta, el dueño del hotel anunció la comida de Sus Majestades. La princesa se levantaba ya llena de gloria por coger el brazo de Christian; mas él fué á ofrecérselo á la

reina, y sin inquietarse por los demás convidados, la condujo al comedor. Todo el ceremonial de la córte no habia quedado, dijérase lo que se dijera en el fondo de las casamatas de Ragusa.

La transicion del sol á las luces, sobrecogió á los convidados al entrar. A pesar de las arañas, los candelabros, y dos enormes lámparas colocadas sobre los aparadores, apenas se veia, como si el dia, brutalmente echado de allí antes de la hora, hubiera dejado sobre las cosas la vacilacion penumbral del crepúsculo. Aumentaba esta aparente tristeza la longitud y la desproporcion de la mesa con tan reducido número de convidados, mesa que se habia buscado en todo el hotel conforme á las exigencias de la etiqueta, y en que el rey y la reina se colocaron juntos en uno de sus extremos, sin nadie al frente ni á sus costados. Esto llenó de admiracion y de asombro á la princesita de Rosen. En los últimos tiempos del Imperio, admitida en un banquete de las Tullerías, recordaba bien haber visto al emperador y la emperatriz campechanamente sentados el uno frente del otro, como unos simples recien casados en su comida de boda. «¡Ah! hé aquí, se dijo la pequeña *cocodette*, cerrando su abanico con gesto resuelto, colocándolo á su lado junto á sus guantes. ¡La legitimidad!—¿Y no es más que eso?... Este pensamiento trasformaba á sus ojos aquella especie de mesa de huéspedes despoblada, cuyo aspecto le recordaba los expléndidos albergues de la Corniche italiana, entre Monaco y San Remo, al principio de la estacion cuando el núcleo de los turistas no ha llegado aún. El mismo abigarramiento de gentes y de trajes. Christian, con su casacon, la reina con su amazona de viaje, Herberto y su mujer en un *watteau* de boulevard, el sayal de franciscano del Padre Alfeo, el capellan de la reina, rozando el semi-uniforme del general. Nada en resúmen ménos imponente. Una sola cosa tuvo allí grandeza, la oracion del capellan invocando la bendicion divina sobre esta primera comida del destierro:

...*Quo sumus sumpturi prima die in exilio*...—decia el monje, con las manos estendidas, y estas palabras lentamente

recitadas, parecieron prolongar mucho más lejos en el porvenir las cortas vocaciones del rey Christian.

—¡*Amen*!—respondió con una voz grave el soberano desposeido, como si en el latin de la Iglesia acabara de sentir por último los mil lazos rotos, aún animados y temblorosos, que arrastran —como los árboles arrancados sus raices vivientes,—los proscritos de todos los tiempos.

Pero sobre esta naturaleza de esclavo, cariñosa y pulida, las impresiones más fuertes no hacian mella. Apenas se sentó, recobró su alegría, su buen humor ausente y se puso á charlar, aplicándose, por atencion á la parisiense que estaba allí, á hablar francés con gran pulcritud, mas con un lijero ceceamiento italiano que sentaba muy bien con su sonrisa. Con un tono heróico refirió ciertos episodios del sitio: la instalacion de la córte en las casamatas, y la extraña catadura que allí tenia con su toca de plumas verdes, la marquesa ama Eleonora de Silvis. Por dicha, la inocente dama comia en la cámara de su educando y no podia oir las risas provocadas por las burlas del rey. Boscovich y su herbario le sirvieron despues de blanco. Diríase verdaderamente que queria, á fuerza de chuscadas, vengarse de la gravedad de las circunstancias. El consejero áulico Boscovich, hombrezuelo sin edad, cognoscible, tímido y dulce, con ojos de conejo que miraban siempre de través, era un jurisconsulto sábio y apasionadísimo de la botánica. En Ragusa, estando cerrados los tribunales, pasaba su tiempo en herborizar, bajo las bombas, en los fosos de las fortificaciones, heroismo bien inconsciente de un espíritu todo para su manía, y que se preocupaba únicamente, en el inmenso desarreglo de su país, de un herbario magnífico estropeado por los liberales.

—Tú piensas, mi pobre Boscovich,—decia Christian para amedrentarlo,—en la hermosa fogata que han debido hacer con aquellos montones de flores secas... á ménos que la República, siendo demasiado pobre, no haya imaginado cortar en tus grandes *buvards* grises capotes de reserva para sus milicianos.

El consejero reia como todo el mundo, pero con sus facciones alteradas que vendian sus temores infantiles.

—¡Qué encantador es el rey!... ¡Cuánta gracia tiene!... ¡Y qué ojos!...—pensaba la pequeña princesa, hácia la que Cristhian se inclinaba á cada instante, procurando disminuir la distancia que el ceremonial extendia entre ellos.

Era un gusto el verla ensancharse, bajo la complacencia evidente de esta augusta mirada, jugar con su abanico, lanzar pequeños gritos, revolver su talle delgado, en que palpitaba la risa en ondas sonoras y visibles. La reina, por su actitud y la conversacion íntima que mantenia con el viejo duque, su vecino, parecia aislarse de esta alegría desbordada. En dos ó tres veces que se reanudó la conversacion, cuando se habló del sitio, dijo algunas palabras, y siempre para sacar á luz la bravura del rey y su ciencia estratégica; luego volvia á su aparte. A media voz el general se informaba de las gentes de la córte, de sus antiguos compañeros que, más dichosos que él, habian seguido á sus príncipes en Ragusa. Muchos se habian quedado allí, y á cada nombre que pronunciaba Rosen, oíase á la reina responder con su voz séria un: «¡Muerto!... ¡Muerto!...» Nota fúnebre que sonaba el plañido de pérdidas tan recientes. No obstante, despues de la comida, cuando volvieron al salon, Federica se alegró un poco; hizo que se sentára Coletta de Rosen sobre un divan, al lado de ella, y le habló con aquella familiaridad afectuosa de que se servia para atraer las simpatías, y que se asemejaba á la presion de su hermosa mano tendida, fina en los dedos, pero fuerte en la palma, y que comunicaba su bienhechora energía. Despues, dijo de repente:

—Vamos á ver acostarse á Zara, princesa.

Al extremo de un largo corredor, obstruido como los demás del alojamiento por cajas apiladas y maletas abiertas, de donde desbordaba la ropa blanca, los efectos en el desórden de la llegada, hallábase el cuarto del pequeño príncipe, iluminado por una lámpara colocada en un tragaluz abocinado, cuya vista se

detenia hasta el nivel de las cortinas azules del lecho: una criada dormia sentada sobre una maleta, con la cabeza envuelta en una cofia blanca y el gran fichú bordado de rosa que completa el tocado de las mujeres dálmatas. Cerca de la mesa, el ama, ligeramente apoyada sobre su codo, con un libro abierto sobre las rodillas, sufria, tambien, la influencia soporífera de su lectura, y guardaba aun en el sueño, el aire novelesco y sentimental de que el rey se burlaba tanto. La entrada de la reina no la despertó; pero el pequeño príncipe, al primer movimiento del mosquitero de gasa de que su cama estaba velada, extendió sus pequeños puños y se esforzó por incorporarse, con los ojos abiertos, perdida la mirada. Desde algunos meses, estaba de tal modo habituado á ser levantado en plena noche y á ser precipitadamento vestido para las fugas ó las partidas, y á ver á su alrededor al despertar lugares nuevos y nuevos rostros, que su sueño habia perdido su saludable unidad, no siendo ya ese viaje de diez horas al país de los sueños que los niños llevan á cabo con un aliento contínuo, casi imperceptible en su pequeña boca entreabierta.

—Buenas noches, mamá,—dijo en voz baja. ¿Tenemos que buscar aún salvacion?

Comprendíase, en esta exclamacion resignada y conmovedora, al niño que ha sufrido mucho, y que ha padecido una desgracia demasiado grande para él.

—No, no, hijo mio, estamos seguros, esta vez... duerme, necesitas dormir.

—¡Oh!... Tanto mejor entónces... Yo quisiera revolverme con el gigante Robistor en la montaña de vidrio... ¡Estaria allí tan bien!...

—Estas son las historias que madama Eleonora le cuenta para turbarle las ideas:—dijo la reina dulcemente.—¡Pobre niño!.. La vida es tan negra para él... Solo los cuentos le distraen... Convendria, sin embargo, decidirse á meterle otra cosa en la cabeza...

En tanto hablaba, levantaba la almohada del niño, y le instalaba en su reposo por medio de sencillas caricias, como lo hubiera hecho una simple mujer del pueblo, lo cual trastornaba todas las ideas grandiosas de Coletta de Rosen acerca de la dignidad real. Despues, como ella se inclinase para abrazar á su hijo, éste le preguntó al oido si era el cañon ó el mar lo que se oia rugir á lo lejos.

La reina escuchó un momento un ruido confuso, perpétuo, que por instantes hacia crugir los tabiques y temblar las vidrieras, y que envolvia la casa desde el suelo hasta los tejados, disminuyendo para renovarse, y aumentando de repente para huir en dilataciones de ruidos semejantes.

—No es nada... Es París, hijo mio... duerme.

Y este pequeño, caido del trono, á quien se le hablia hablado de París como de un refugio, se volvió á dormir con confianza, mecido por el pueblo de las revoluciones.

Cuando la reina y la princesa regresaron al salon, encontraron en él á una jóven, de gran porte, hablando de pié con el rey. El tono familiar de la conversacion y la distancia respetuosa en que se mantenia el resto del auditorio indicaban que habia allí un personaje de importancia.

La reina dió un grito de emocion.

—¡María!

—¡Federica!

Y un mismo arranque de ternura las arrojó en sus brazos abiertos. A una muda interrogacion de su esposa, Herberto de Rosen nombró á la visitante. Era la reina de Palermo. Un poco más alta y más delgada que su prima la de Iliria, parecia contar algunos años más. Sus ojos negros, sus cabellos negros, levantados de lleno sobre la frente, su tinte mate, le daban el aspecto de una italiana, por más que hubiese nacido en la córte de Baviera. No habia de aleman en ella más que la rigidez del talle largo y plano, la expresion altiva de la sonrisa y yo no sé qué de despergeñado, de discordante en el vestir que distingue

tanto á las mujeres del otro lado del Rhin. Federica, huérfana desde muy temprano, habia sido educada en Munich con esta prima; separadas en el curso de la vida, se habian guardado la una á la otra un vivo afecto.

—¿Ves tú? no he podido esperar— decia la reina de Palermo teniéndola las manos;—Cecco no volvia... he venido sin él... ¡tardaba tanto!... Yo he pensado con frecuencia en tí, en vosotros. ¡Oh! aquel cañon de Ragusa, de Vicennes, por la noche, yo creia oirle...

—No era sino el eco del de Caserta,—interrumpió Christian, haciendo alusion á la heróica actitud que habia tenido algunos años antes esta reina desterrada y caida como ellos.

Esta suspiró.

—¡Ah! sí, Caserta... bien solos nos dejaron á nosotros tambien... ¡Qué piedad!... Como si todas las coronas no debieran de ser solidarias... Pero, ahora... ya todo ha concluido... El mundo está loco...

Despues, volviéndose hácia Christian,

—¡Es igual! recibe mi cumplimiento, primo... has caido como un rey...

—¡Oh!—dijo él mostrando á Federica,—hé ahí el verdadero rey de nosotros dos...

Un gesto de su mujer le cerró la boca... Se inclinó sonriendo, é hizo una pirueta.

—¡Vamos á fumar, Herberto!—dijo á su ayuda de campo.

Y los dos pasaron al balcon.

La noche estaba cálida y expléndida, apenas extinguida la luz en el deslumbramiento del gas donde moria en llamaradas azules. La masa negra de los castaños de las Tullerías, manteniendo un soplo de abanico alrededor de ella, en lo alto del cielo avivaba el brillo de las estrellas. Con este fondo de frescura, esta salida para los ruidos de la multitud, la calle de Rívoli perdia el aspecto sofocante de las calles de París en estío, pero se sentia, no obstante, la inmensa circulacion de la ciudad

hácia los Campos Elíseos, con sus conciertos al aire libre bajo girandolas de fuego. El placer que el invierno encierra detrás de los calientes cortinajes de las celosías cerradas cantaba libremente, reia, corria en huelgas, en sombreros de flores, en mantillas flotantes, en vestidos de tela, cuya escotadura iluminaba al pasar un reverbero sobre un cuello blanco cerrado por una cinta negra. Los cafés, las horchaterías, desbordaban en las calles con ruidos de moneda, de demandas de objetos, de campaneo de vasos.

—Este París es inaudito,—decia Christian de Iliria lanzando el humo de su cigarro delante de él, en la sombra;—el aire no es aquí el mismo que en otras partes... hay algo de capital, de sobrepujante... Cuando yo pienso que en Leybach, á esta hora todo está cerrado, acostado, extinto...

Despues, adoptando un tono jovial:

—¡Ah! Mi ayuda de campo, yo espero que seré iniciado en los placeres parisienses... tú me parece que estás al corriente, del todo lanzado...

—Así parece, mi señor,—dijo Herberto relinchando de orgullo satisfecho;—en el círculo, en la Opera, en todas partes, me apellidan el rey de los *Gomosos*.

Y mientras que Christian se hacia explicar el sentido de este nuevo vocablo, las dos reinas, que para hablar más libremente, habian entrado en la cámara de Federica, se explayaban en largas relaciones, en tristes confidencias, de las que no se oia sino el cuchicheo detrás de la persiana entreabierta. En el salon, el padre Alfeo y el viejo duque hablaban ellos tambien en voz baja.

—Tiene mucha razon,—decia el capellan;—ella es el rey... El verdadero rey... Si usted la hubiese visto á caballo, recorriendo dia y noche las avanzadas... En el fuerte Saint-Ange, cuando llovia hierro, para dar valor á los soldados, dió dos veces vuelta á los taludes, derecha y brava, con la amazona remangada sobre el brazo y el látigo en el puño como en su parque de la

residencia... ¡Era necesario haber visto á nuestros marinos cuando bajó!... ¡El, durante todo este tiempo, corretcaba Dios sabe dónde! ¡Bravo, voto á!.. Tan bravo como ella... pero sin direccion... sin fé... ¡Y para ganar el cielo, como para salvar su corona, mi señor duque, es necesaria la fé!

El monje se exaltaba, agrandándose en su largo sayal, y Rosen se veia obligado á calmarle.

—Dulcemente, padre Alfeo... Padre Alfeo, vamos, vamos...

El general tenia miedo de que Coletta los oyese.

Esta permanecia abandonada al consejero Boscowich que le hablaba de sus plantas, mezclando los términos científicos á los detalles minuciosos de sus correrías de botánico. Su conversacion olia á yerba marchita y á polvo removido de una vieja biblioteca de Campo. Pues bien; hay en todas las grandezas un atractivo tan poderoso, la atmósfera que exhalan embriaga tan fuerte y deliciosamente á ciertas pequeñas naturalezas ávidas de aspirarla, que la jóven princesa, esta princesa Coletta de los bailes de la *hig-life*, de las carreras de caballos y de los extrenos teatrales, siempre en la vanguardia del París que se divierte, conservaba su más bonita sonrisa escuchando atenta las áridas nomenclaturas del consejero. Bastábale saber que un rey hablaba en aquella ventana y que dos reinas cambiaban sus confidencias en la pieza de al lado, para que este fútil salon de hotel, en que su elegancia brillaba fuera de su lugar, se llenase de la grandeza, de la majestad triste que hace tan melancólicas las vastas salas de Versalles con sus estrados encerrados y lucientes como sus espejos. Ella hubiera permanecido allí, en éxtasis, hasta media noche, sin moverse, sín enojarse, un poco intrigada solamente en la larga conversacion que tenia Christian con su marido. ¿De qué graves cuestiones tratarian? ¿De qué vastos proyectos de restauracion monárquica? Su curiosidad se redobló cuando los vió reaparecer á los dos, con el rostro animado y los ojos despejados y brillantes.

—Salgo con mi señor,—le dijo Herberto en voz baja,—mi padre te acompañará.

El rey se aproximó á su vez.

—No me querrá mucho, princesa,—dijo...—Ya comienzo á hacer uso de sus servicios...

—Todos los instantes de nuestra vida pertenecen á Vuestras Majestades,—respondió la jóven, persuadida de que se trataba de alguna resolucion importante y misteriosa, quizás de una primera cita de conjurados. ¡Oh! ¡si hubiese podido ser de ellos!..

Christian habia avanzado hácia la cámara de la reina; pero cerca de la puerta se detuvo.

—¡Lloran!—dijo á Herberto volviéndose.—Buenas noches, yo no entro.

En la calle, tuvo una explosion de alegría, de desahogo, y pasó su brazo bajo el del ayuda de campo, despues de haber encendido un nuevo cigarro en el vestíbulo del hotel.

—Ves, tú,—dijo,—como es bueno irse solo, en plena multitud, marchar en fila como los otros, ser dueño de sus palabras, de sus gestos, y cuando pasa una muchacha bonita poder volverle la cabeza sin que la Europa se conmueva por ello... Este es un beneficio del destierro... Cuando yo vine aquí há ocho años, no ví á París más que desde las ventanas de las Tullerías, desde lo alto de las carrozas de gala... Esta vez, quiero conocerlo todo, ir por todas partes... ¡Diablo! pero ahora que pienso... te hago marchar, marchar, ¡y tú cojeas, mi pobre Herberto!... Espera, vamos á tomar un carruaje...

El príncipe quiso protestar. Su pierna no le causaba mal alguno. El se sentia con fuerzas para ir hasta allá abajo. Pero Christian insistió.

—No, no, yo no quiero que mi guía esté fatigado desde la primera noche.

Llamó á un *fiacre* que rodaba hácia la plaza de la Concordia con un ruido de resortes falsos y de restallidos de látigo sobre la espina huesosa de la béstia, saltó ligeramenle y se instaló,

frotándose las manos con alegría infantil, sobre la vieja cubierta azul de los cojines.

—¿A dónde vamos, mi príncipe?—preguntó el cochero sin darse razon de que habia hablado con tanto acierto.

Y Christian de Iliria respondió con una voz triunfante de colegial emancipado:—¡A Mabille!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

Un realista.

Con la cabeza rapada y desnuda, bajo una menuda lluvia acerada de Diciembre, que asaeteaba como con puntas de aguja el paño pardo de sus hábitos, dos monjes con los cordones y la capucha redonda de la órden de San Francisco, bajaban á grandes pasos la pendiente de la calle de *Monsieur-le-prince*. En medio de las trasformaciones del barrio Latino, de las anchas zanjas, por las que se van, en polvo demoledor, la originalidad, los recuerdos del París viejo, la calle de *Monsieur-le-prince* conserva su fisonomía de calle escolar. Los puestos de libreros, las lecherías, las pastelerías, los ropa-vejeros, la compra y venta de oro y plata, alternan allí hasta la colina de Santa Genoveva, zancageándola los estudiantes á todas las horas del dia, no ya estudiantes de Gavarni, con sus largos cabellos, escapándose de sus birretes de lana, sino futuros abogados, enfundados de piés á cabeza en sus *ulsters*, pulidos y enguantados, con enormes carpetas de tafilete bajo el brazo, y con trazas ya de taimados y fríos agentes de negocios, ó bien médicos del porvenir un poco más sueltos de andares, guardando del lado material y humano de sus estudios una expansion de vida física como en revancha de su perpétua preocupacion de la muerte.

A esta hora matinal, muchachas en peinador y en pantuflas, con los ojos hinchados por el insomnio, y los cabellos arrollados en una redecilla colgante, cruzaban la calle en busca de leche para su desayuno á las lecherías inmediatas, las unas riendo y galopando bajo la granizada, las otras, por el contrario, muy formales, balanceando su jarro de hoja de lata, arrastrando sus chanclas y sus atavíos estropeados con toda la majestuosa indiferencia de reinas de leyenda; y como á despecho de los *ulsters* y las carpetas de tafilete, los corazones de veinte años tienen siempre su edad, los estudiantes sonreian á las bellas: «¡Hola!... Lea.—Buenos dias, Clemencia.» Llamábanse de una acera á otra, dándose citas para la noche. «En Médicis» ó bien «á Luis XIII,» y súbito, tras de un madrigal demasiado picante, cogido al pasar, una de esas indignaciones de muchachuela, que dejan estupefactos, estallaba en la fórmula invariable: «¡Siga usted su camino, so insolente!» Imaginad cómo debian de espeluznarse los dos hábitos monacales al contacto de toda aquella juventud, que se volvia y reia á su tránsito, más que se reia por lo bajo, porque uno de los franciscanos, arrugado, negro y seco como una algarroba tenia una terrible fisonomía de pirata bajo sus cejas enmarañadas, y su sayal, que, cerrado por los cordones en gruesos pliegues emborrados, le dibujaba las caderas y los muslos de atleta. Ni él ni su compañero parecian, despues de todo, ocuparse de la calle, cuya atmósfera sacudian á grandes pasos, con la mirada fija, absortos y únicamente atentos al objeto de su marcha. Antes de llegar á la ancha escalera que desciende hácia la Escuela de Medicina, el de más edad hizo un signo al otro:

—Aquí es.

Era un hotel amueblado, de mezquina apariencia, cuya entrada, precedida de una verja verde con campanilla, se abria entre un despacho de periódicos, rociado de folletos, de canciones á dos cuartos, de imágenes iluminadas, en que el grotesco castillo de Basilio se repetia en infinidad de actitudes, y una cer-

vecería en un sótano, teniendo en la muestra: «Cervecería de Rialto», sin duda porque el servicio estaba desempeñado por muchachos con tocados á la veneciana.

—¿Ha salido el señor Eliseo?—preguntó uno de los padres al pasar al primer piso por delante del despacho del hotel.

Una mujer gruesa, que debia de haber rodado por no pocas casas de huéspedes, antes de tener una por su cuenta, respondió perezosamente desde su silla y hasta sin consultar el manojo de llaves tristemente alineadas en el aro.

—¡Fuera á una hora como esta!... ¡Mejor hubieran ustedes preguntado si ha vuelto!

Despues una rápida ojeada echada sobre los burdos hábitos, hízola cambiar de tono, indicándoles en medio de la más profunda turbacion, la cámara de Eliseo Meraut.

—Número 36, quinto piso, en el fondo del corredor.

Los franciscanos subian, vagaban por entre estrechos corredores obstruidos de botas embarradas y de botinas de altos tacones, grises, rojas, caprichosas, lujosas ó miserables, y que hablaban mucho acerca de las costumbres de su dueño; pero ellos, sin mirarlas, las barrian al pasar con sus rudas enaguas y con la cruz de sus grandes rosarios, y apénas se conmovieron cuando una hermosa muchacha, vestida de corpiño rojo, con la garganta y los brazos desnudos en un pardesús de hombre, atravesó la meseta del tercer piso, y se inclinó sobre la baranda para pedir alguna cosa al criado, con la voz y la risa roidas en una boca singularmente acanallada. No obstante, ellos cambiaron una mirada significativa.

—Si este es el hombre que usted dice,—murmuró el corsario con un acento extraño,—se ha procurado para vivir un medio particular.

El otro, el más viejo, rostro inteligente y fino, tuvo una sonrisa afelpada de malicia y de indulgencias sacerdotales.

—¡San Pablo entre los gentiles!—balbuceó.

Cuando llegaron al quinto piso, los monjes tuvieron aún un momento de embarazo á causa de que la bóveda de la escalera, bastante baja y sombría, apénas dejaba distinguir los números y sí algunas puertas ornadas con rótulos como estos: «Señorita Alicia» sin otra señal de profesion, señal por otra parte bien inútil, porque habia muchas concurrentes del mismo oficio en la casa; y hé aquí á los buenos padres dirigiéndose á llamar á una de ellas al acaso.

—Es necesario llamarle, ¡qué demonio!—dijo el monje de las negras cejas, haciendo resonar el hotel con un «¡Señor Meraut!» militarmente acentuado.

No ménos vigorosa, no ménos vibrante que su llamamiento, fué la respuesta que salió de un cuarto, allá en el fondo del corredor, y cuando abrieron la puerta, la voz continuó alegremente:

—¿Es usted, padre Melchor? No es broma... creí que me traian una carta certificada... Pero es lo mismo; entren, mis reverendos, y sean los bienvenidos... se sentarán si es que pueden.

Habia, en efecto, sobre todos los muebles trozos de libros, de periódicos, de revistas, vistiendo y ocultando el sórdido ajuste de un hospedaje de órden décimo octavo, con el suelo raido, el diván reventado, con su eterno escritorio-imperio, y las tres sillas de terciopelo ya mústio. Sobre el lecho, papeles de imprenta, confundidos con los vestidos y la delgada colcha oscura, paquetes de pruebas que el dueño del hotel, aún acostado, acuchillaba con grandes rasgos de lápiz de color. Este interior miserable de trabajo, la chimenea sin fuego, y la desnudez polvorienta de las paredes, estaban iluminados por la luz que dejaban pasar los tejados vecinos, y el reflejo de un cielo lluvioso sobre las pizarras mojadas; y la gran frente de Meraut, su faz biliosa y potente, recibian aquella luz con ese brillo inteligente y triste que distingue á ciertas caras no halladas en París.

—¡Siempre en mi chiribitil, ya ve usted, padre Melchor!... ¿Qué quiere usted? Yo me instalé aquí á mi llegada, há diez y ocho años... despues, no me he movido... ¡Hay tantos sueños,

tantas esperanzas enterradas en todos estos rinconos!... ¡Encuentro tantas ideas bajo este vetusto polvo!... Estoy seguro que si dejara este pobre cuarto, abandonaria lo mejor de mí mismo... ¡Es tan cierto que le hubiera yo conservado al partir para allá!...

—Puesto que tocamos este punto... ¿Vuestro viaje?... —dijo el padre Melchor guiñando levemente á su compañero...—Se os creia partido para mucho tiempo... ¿Qué ha sucedido? ¿No os ha convenido el empleo?

—¡Oh! no hablemos del empleo,—respondió Meraut sacudiendo su cabellera,—no se podria encontrar otro más bueno... Sueldo de ministro plenipotenciario, alojado en un palacio, caballos, carruajes, criados... Todo el mundo encantado de mí, el emperador, la emperatriz, los archiduques... A pesar de todo, yo me fastidiaba.

Faltábame París, mi barrio sobre todo, el aire que en él se respira, lijero, vibrante y nuevo... Las galerías del Odeon, el libro francés, hojeado de pié con dos dedos, ó bien la caza de libracos, de esos libracos amontonados en los bordes de los pretiles, como una muralla que abrigase al París estudioso contra la futilidad y el egoismo del otro... Y luégo, porque no se reduce todo á esto sólo,—aquí su voz se volvió más séria,—ya conoceis mis ideas, padre Melchor. Usted sabe lo que yo ambicionaba aceptando esta plaza de subalterno... Queria hacer un rey de ese hombrezuelo, un rey verdaderamente rey, como no se ve ya; educarle, endurecerle, tallarle para ese gran papel que los abruma, que los aplasta á todos, á semejanza de esas armaduras de la Edad Media que quedan en las antiguas armerías, para humillar nuestras espaldas y nuestros pechos raquíticos...

Pues bien... hé aquí lo que encontré, muchos liberales reformadores, hombres de progreso y de ideas nuevas en la córte de X... Terribles burgueses, que no comprenden que si la monarquía está condenada, vale más que muera combatiendo, arrollada en su bandera, que no que concluya en su sillon de

ga-ga, arrojado por algun Parlamento... Mi primera leccion levantó un clamor en palacio... ¿De dónde sale esto? ¿Qué quiere de nosotros este bárbaro? Entonces se me rogó con toda suerte de mimos atenerme á simples lecciones de pedagogía... ¡Qué, un simple peon! Cuando yo ví esto, tomé mi sombrero y dí las buenas noches á Sus Magestades!...

Hablaba con una voz fuerte y llena, cuyo acento meridional hería todas las cuerdas metálicas, á medida que se trasfiguraba su fisonomía. Su cabeza, de una inmovilidad tan grande que molestaba á la vista, de frente abultada, por cima de la que se retorcia en un invencible desórden una cabellera negra crestada por una ancha espiga blanca, de nariz gorda y chata, de boca violenta, sin un pelo de barba para ocultarla, porque su cútis tenia los ardores, las grietas, las arideces de un suelo volcánico, su cabeza se animaba maravillosamente con la pasion.

Figuráos el rasgamiento de un velo, la cortina negra de un hogar que se levanta sobre la llama alegre y ardorosa, el desplegamiento de una elocuencia adherida á los ángulos de los ojos, de la nariz y de los lábios, desparramada con la sangre que sube del corazon á esta faz empañada por todos los excesos y por las vigilias. Los paisajes del Languedoc, del país natal de Meraut, pelados, estériles, de un grís de olivo polvoriento, tienen, bajo los ocasos irisados de su sol implacable, de aquellas expléndidas llamaradas atravesadas de sombras fantásticas que simulan la descomposicion de un rayo de luz, la muerte lenta y graduada de un arco íris.

—Entonces, veos aquí disgustado de las grandezas,—repuso el viejo monje, cuya voz insinuante, sin resonancia, formaba tan gran contraste con aquella explosion de elocuencia.

—¡Ciertamente!—respondió el otro con energía.

—Con todo, todos los reyes no se parecen... Yo conozco al que vuestros pensamientos...

—No, no, padre Melchor... Ya es asunto terminado... No quisiera probar fortuna por segunda vez... Viendo á los so-

beranos de cerca, tengo miedo de perder mi afecto al trono.

Despues de un silencio, el maligno sacerdote dió un cambio y llevó su pensamiento hácia otra parte.

—Este alejamiento de seis meses ha debido de extraviaros, Meraut.

—Tal vez... pero, no mucho. En primer lugar, Sauvadon, tio, me ha sido fiel... ya sabe usted; Sauvadon, mi ricacho de Bercy... Como encuentra mucha gente en casa de su sobrina la princesa de Rosen, y le gusta poder ingerirse en las conversaciones, me ha encargado á mí darle tres veces á la semana lo que él llama ideas acerca de las cosas. Encanta por su sencillez y su ingenuidad este buen hombre.—Señor Meraut, ¿qué conviene pensar sobre este libro?—Que es execrable. Sin embargo, á mí me parecia... Oí decir la otra noche en casa de la princesa...—Si usted tiene ya una opinion, mi presencia aquí es inútil...—Pero, no, no, querido amigo mio... usted sabe bien que yo no tengo jamás opinion.» El hecho es que le falta en absoluto y que acepta con los ojos cerrados todo lo que yo le doy.

Yo soy su materia pensante... Desde que yo parto para algun lugar, deja de hablar, por falta de ideas... Y en cuanto vuelvo, se arroja sobre mí... ¡es menester verlo! Tengo aún dos valaquios á los cuales doy lecciones de derecho político... Además, siempre con algun asunto en cartera... Así, ahora estoy terminando un *Memorial del sitio de Ragusa*, segun documentos auténticos... No hay mucho escrito por mí en el texto... excepto un capítulo final del que me hallo bastante satisfecho... Ya tengo aquí las pruebas. ¿Quiere usted que se las lea?... Le he puesto por título la *Europa sin reyes*.

Mientras que leia su factum realista, animándose y conmoviéndose hasta las lágrimas, el despertar del hotel llenaba todo su alrededor de risas juveniles, de alegres ecos mezclados al choque de platos y de vasos, y de notas coreadas, sonando á tabla, de un viejo piano que tocaba un aire de jaleo. Sorprendente contraste que los franciscanos apenas percibieron, embebidos en

la alegría de estar oyendo aquella potente y brutal apología del trono; el mayor, sobre todo, temblaba, pateaba, reteniendo exclamaciones de entusiasmo con un gesto enérgico al que se apretaba los brazos sobre el pecho hasta quebrantárselo. Terminada la lectura, se levantó, marchó á grandes pasos, y desbordando en gestos y en palabras, dijo:

—¡Sí! Está muy bien... hé aquí la verdad... el derecho divino, legítimo, absoluto.—Él pronunciaba *lezítimo, adzoluto*...—¡No más Parlamentos!... ¡No más abogados!... ¡Al fuego toda esa pandilla!

Y su mirada chispeaba, llameaba como un auto de fe de la Santa Hermandad. Más tranquilo, el padre Melchor, felicitaba á Meraut por su libro.

—Espero que firmará usted esto.

—No más que los otros... usted sabe bien, padre Melchor, que yo no tengo ambicion más que por mis ideas... Me pagarán el libro. Sauvadon, tio, es quien me ha proporcionado este provecho inesperado; yo le hubiera escrito gratis con el mismo gusto... ¡Es tan hermoso anotar los anales de este reinado en la agonía, escuchar el soplo cada vez más ténue de este viejo mundo que se abate, y morir con las monarquías extintas!... Al ménos, hé aquí un rey caido que les ha dado una valerosa leccion á todos... Un héroe es el tal Christian .. Hay en estas notas diarias la relacion de un paseo efectuado por él bajo las bombas en el fuerte *Saint Ange*... Eso es tener talento.

Uno de los padres bajó la cabeza. Mejor que nadie sabia á qué atenerse sobre esta manifestacion heróica, y esta mentira más heróica aún... Pero, una voluntad, superior á la suya, le aconsejaba tener discrecion. Se limitó á hacer un signo á su compañero, quien dijo súbitamente á Meraut, levantándose:

—¡Ahora bien! Para el hijo de ese héroe, es para quien yo vengo á buscaros... con el padre Alfeo, limosnero de la corte de Iliria... ¿Quereis encargaros de la educacion del infante real?

—No encontrará, ciertamente, con nosotros,—prosiguió el

padre Alfeo con melancolía,—ni palacios, ni grandes carrozas, ni las generosidades imperiales de la córte de X..... Servirá á príncipes caidos, en torno de los cuales, un destierro de más de un año, y que amenaza prolongarse más todavía, ha derramado el duelo y la soledad... Vuestras ideas son las nuestras... El rey, aunque tuvo sus veleidades liberalescas, ha reconocido la nada de ellas, despues de su caida. La reina... la reina es sublime... ya la vereis.

—¿Cuándo?—preguntó el iluminado, súbitamente acometido por su quimera de hacer un rey de su génio, como un escritor hace su obra.

Y en el instante mismo se convino en una próxima entrevista.

Cuando Eliseo Meraut pensaba en su infancia,—y en ella pensaba á menudo, porque todas las impresiones fuertes de su vida estaban allí,—h é aquí ordinariamente lo que veia: una gran habitacion con sus ventanas, inundadas de luz y rellenas cada una por un telar Jacquart para tejer la seda, mostrando como una cortinilla lijera sus altos montantes, sus mallas entrecruzadas, sobre la luz y la perspectiva del exterior, una confusion de tejados, de casas en escalinata, todas las ventanas igualmente provistas de telares, donde trabajaban sentados dos hombres en mangas de camisa, alternando sus miradas sobre la trama, como un pianista delante de una pieza á cuatro manos. Entre estas casas, pequeños jardinos encallejonados, escalaban la costa, huertecillos del Mediodía, tostados y pálidos, áridos y privados de aire, llenos de matas, de *congourdiers* trepadores, y que anchos girasoles, abiertos al Poniente, con la actitud inclinada de corolas buscando el sol, henchian del olor insípido de sus granos maduros, olor, que despues de treinta años, Eliseo creia percibir aún, cuando pensaba en su aldea. Lo que dominaba esta vista del barrio de los trabajadores, zumbador y cercado como una colmena, era el cerrillo pedregoso sobre el que se habia edificado, y algunos viejos molinos de viento abandonados; antiguos abastecedores de la poblacion, que se conservaban aún por sus largos servicios, levantando en alto el esqueleto de sus aspas como gigantescas antenas rotas, y dejando desprenderse y huir sus piedras al viento, al sol y á la áspera polvareda del Mediodía.

Bajo la proteccion de estos molinos patriarcales, se habian guardado allí las costumbres y las tradiciones de otros tiempos. Todo el *burgo*, llamado tambien este rincon de la poblacion el *cercado de Rey*, era, y lo es aún, ardientemente realista, y en cada taller se encontraba suspendido sobre la pared, orondo, colorado y rubio, con los largos cabellos rizados y con lustrosos brillos sobre los bucles, el retrato—á la moda de 1840—de aquel que los burgueses llamaban, familiarmente entre ellos, *lou Goi* (el cojo). En casa del padre de Eliseo, por bajo de este cuadro, habia otro más pequeño, en que se destacaba sobre el azul de una hoja de papel con letras, un gran sello de cera roja con estas dos palabras: «*Fides Spes,*» en exergo alrededor de una cruz de San Andrés. Desde su silla, al dejar ir su lanzadera, el maestro Meraut veia el retrato y leia la divisa *fé... esperanza*. Y su ancha cara de líneas esculturales, vieja medalla acuñada bajo Antonino, que tenia al mismo tiempo la nariz aguileña y los contornos redondos de aquellos Borbones á quienes él amaba tanto, se inflaba y se enrojecia ante emocion tan fuerte.

El maestro Meraut era un hombre terrible, violento y déspota, á quien la costumbre de dominar el ruido de los batanes y de la maza habia impreso en su voz estallidos y fragores de tempestad. Su mujer, por el contrario, oscura y tímida, imbuida en esas tradiciones de sumision que hacen de los meridionales de la antigua montaña los verdaderos esclavos de Oriente, habia tomado el partido de no pronunciar jamás palabra alguna. En el interior de este hogar fué donde creció Eliseo, educado ménos duramente que sus dos hermanos, porque él era el último, el menor de los hijos. En lugar de ponerle desde los ocho años á la lanzadera, se le concedió una poca de esa buena libertad tan ne-

cesaria á la infancia, libertad que empleaba en correr por los cercados todo el dia y en batallar en el cerrillo de los molinos de viento, blancos contra rojos, católicos contra hugonotes. ¡Aun se conservan estos ódios, en esta parte del Languedoc! Los muchachos se dividian en dos campos y escogia cada cual un molino cuyas piedras en demolicion les servian de proyectiles; entonces las invectivas se cruzaban, silbaban las hondas, y durante algunas horas librábanse asaltos homéricos, terminados siempre por alguna sangrienta descalabradura sobre una frente de diez años, ó en el promontorio de una sedosa cabellera, heridas de la infancia que marcan para toda la vida sobre la aún tierna epidérmis, y que mostraba Eliseo, ya hombre completo, en sus sienes y en el ángulo de sus labios.

¡Oh! ¡Cómo maldecia su madre estos molinos de viento cuando su pequeñuelo volvia al ponerse el sol, lleno de sangre y de girones! Reñíale su padre por fórmula, por costumbre, por no dejar que enmoheciera su voz de trueno; pero, en la mesa, se hacia referir las peripecias de la batalla y los nombres de los combatientes.

—¡Tholozan!... ¡Tholozan!... ¡Todavía hay uno de esta raza!... ¡Ah! el gran tuno... Yo tuve á su padre ante la boca de mi fusil en 1815; mejor hubiera hecho con tumbarle.

Y entonces una larga historia es contada en el dialecto *languedociano*, lleno de imágenes y salvaje, y que no hace merced ni de una frase ni de una sílaba, del tiempo en que fué á alistarse bajo las banderas del duque de Angulema, un gran general, un santo...

Estas relaciones oidas cien veces, pero variadas por la verbosidad paternal, se estampaban en el alma de Eliseo tan profundamente como las pedradas de los molinos sobre su rostro. Vivia en una leyenda realista, en la que los 21 de Enero, dia de San Enrique, eran las fechas conmemorativas, para la veneracion de príncipes mártires, bendiciendo la multitud con sus manos episcopales, de princesas intrépidas montando á caballo por la

buena causa, perseguidos, vendidos, sorprendidos bajo la negra campana de una chimenea en algun antiguo hotel breton. Y para regocijar lo que esta série de duelos y de destierros hubiera tenido de demasiado triste para una cabeza de niño, la historia de la Gallina en la olla y la cancion del *Verde-Galan*, venian á mezclarse en ella con los recuerdos gloriosos y todo el aparato de la vieja Francia. Este cancion del *Verde-Galan* era la *Marsellesa* del cercado de Rey.

Cuando el domingo, despues de vísperas, se colocaba la mesa con gran trabajo en la pendiente del jardinillo, y los Merant comian *al buen aire libre*, como se dice allá, en la atmósfera sofocante que sigue al dia de verano, en que el calor reconcentrado en el suelo y en las encaladas paredes, se desprende más fuerte, más insalubre que de la hoguera misma del sol en su zénit, cuando el viejo burgués entonaba con una voz famosa entre sus vecinos: *«¡Viva Enrique IV, viva este rey valiente!»* todo se callaba alrededor, en el cercado. Sólo se oia el crujido seco de las cañas del emparrado al hendirse bajo el calor, los élitros estridentes de alguna cigarra morosa, y el antiguo cántico realista desplegándose majestuosamente sobre su compás de pavana, acompañado de rápidos ruidos de zapatos bufantes y de enaguas ahuecadas. El estribillo se cantaba en coro: *«A la salud de nuestro rey,—es un Enrique de buen quilate,—que protejerá á tí, y á mí.»* Este *«á tí, á mí» hythmado* y fugado, divertia mucho á Eliseo y á sus hermanos, que lo cantaban empujándose, balanceándose, lo cual les valia siempre una reprimenda de su padre; pero la cancion no se interrumpia por tan poco y se continuaba en medio de los porrazos, de las risas, de los sollozos como un himno de endemoniados sobre la tumba del diácono Páris.

Unido siempre á las fiestas de familia, este nombre de rey, tomaba para Eliseo, además del prestigio que aún conserva en los cuentos de hadas y en «la historia relatada á los niños,» algo de íntimo y de familiar. Lo que más aumentaba este sentimiento

eran las cartas misteriosas sobre *papel-pelure* que llegaban de Frohsdorf dos ó tres veces por año, para todos los habitantes del cercado, autógrafos de una fina letra de gruesos dedos, en que el rey hablaba á su pueblo para acostumbrarle á tener paciencia...

Estos dias, el maestro Meraut arrojaba su lanzadera más gravemente que de ordinario, y cuando llegaba la noche, despues de cerradas las puertas, empezaba la lectura de la circular, siempre con la misma proclamacion dulzona de palabras vagas como la esperanza: «Franceses, nos engañan y os engañan...» Y siempre el sello inmutable FIDES, SPES. ¡Ah, pobres gentes! no era la fe ni la esperanza lo que les faltaba.

—Cuando venga el rey,—decia el maestro Meraut,—compraré un buen sillon... Cuando el rey venga cambiaremos el papel del cuarto.

Más tarde, despues de su viaje á Frohsforf, la fórmula fué trocada.

—Cuando tuve el honor de ver al rey,—decia con cualquier pretexto.

El buen hombre habia cumplido en efecto su peregrinacion, verdadero sacrificio de tiempo y de dinero para estos trabajadores del burgo, y nunca Hadjí, volviendo de la Meca, trajo una fascinacion semejante. La entrevista fué, sin embargo, bien corta. A los fieles introducidos á su presencia, el pretendiente habia dicho: «¡Ah, vosotros aquí!...» Nadie podia encontrar respuesta á esta afable acogida, y Meraut, aún ménos que los otros, sofocado como estaba por la emocion, y con los ojos de tal manera anublados de lágrimas que no pudo ver las facciones augustas del ídolo. Solamente, al retirarse, el duque de Athis, secretario de órdenes, le habia interrogado acerca del estado de los ánimos en Francia, y fácil será figurarse lo que debió responder el exaltado tejedor que no habia salido jamás de su cercado de Rey.

—Pero, ¡qué! ¿viene ese tunantuelo afortunado? ¡Y pronto

que vendrá nuestro Enrique!... ¡todos nos perecemos tanto por verle ya!...

Además de esto, el duque de Athis, encantado de sus informes, despues de agradecérselos mucho, le preguntó bruscamente:

—¿Tiene usted hijos, maestro Meraut?

—Tengo tres, señor duque.

—¿Muchachos?

—Sí, tres hijos,—repetia el burgués (porque en el pueblo de allá, las muchachas no se cuentan por hijos).

—Bien... Tomaré buena nota... Mi señor se acordará de ellos cuando llegue su dia.

Entonces el duque sacó su mamotreto y *cra... cra...* Este *cra.... cra*, con el cual aquel buen hombre expresaba el gesto del protector al escribir el nombre de los tres hijos Meraut, formaba invariablemente parte de la relacion coleccionada en estos anales de familia, enternecedores por la inmutabilidad de sus menores detalles. Despues, en la época del descanso, cuando la pobre madre vió con terror envejecer á su marido, y agotarse los pequeños ahorros de la casa, este *cra... cra*, respondió á sus inquietudes tímidamente expresadas por el porvenir de sus hijos.

—¡Vaya! puedes estar tranquila... el duque de Athis ha tomado buena nota.

Y trocádose súbitamente en ambicioso para sus hijos, el viejo tejedor, que veia á los mayores ya partidos y encajonados en la estrecha ruta paternal, llevó sobre Eliseo todas sus esperanzas y sus deseos de grandeza. Enviáronle al instituto-Papel, montado por uno de esos refugiados españoles de que se llenaron las ciudades del Mediodía, despues de la capitulacion de Maroto. Estaba en el fondo del barrio de las Carnicerías, en una casa desmantelada, herrumbrosa, á la sombra de la catedral, como lo atestiguaban sus pequeñas vidrieras verdosas, y las hendiduras salitrosas de sus muros. Para llegar allí, seguíase la fila de tiendas erizadas de verjas y de puntas de lanza, de donde pendian

enormes cuartos de carne, rodeados de un zumbido de insectos malsano, una randa de calles estrechas, cuyos pavimentos estaban siempre pegajosos y ensangrentados por la huella de algunos restos de animales.

Pensando en esto, más tarde, parecia á Eliseo haber pasado su infancia en plena Edad Media, bajo la férula y las disciplinas de un terrible fanático, cuyo latin de terminaciones en *us* alternaba en su clase sórdida y negra con las bendiciones ó las iras de las campanas vecinas, cayendo sobre el travesero de la vetusta iglesia sobre sus hiladas, sus follajes de piedra, y las estrámboticas cabezas de sus gárgolas.

Este pequeño Papel, de cara enorme y oleosa, sombreada de un grasiento birrete blanco hundido hasta los ojos para ocultar una gruesa vena azul é hinchada que le dividia la frente desde las cejas hasta el nacimiento de los cabellos, se asemejaba á un menino de los cuadros de Velazquez, sin las brillantes túnicas ni severa patina del tiempo. Brutal, por esto, y cruel, pero guardando bajo su ancho cráneo un prodigioso almacenamiento de ideas, una enciclopedia viva y luminosa, cerrada, diríase, por un realismo testarudo, como barra atravesada por medio de la frente, y que representaba á maravilla aquella hinchazon anormal de la extraña vena.

Corria en la ciudad el rumor de que este nombre de Papel ocultaba otro más famoso, el de un cabecilla de D. Cárlos, célebre por su feroz manera de hacer la guerra y de variar la muerte. Cerca de la frontera española, su bochornosa gloria le obligaba, le forzaba á vivir anónimo. ¿Qué habia de verdad en esta historia? Durante los numerosos años que pasó al lado de su maestro Eliseo, por más que fuese el discípulo predilecto de Papel, no oyó jamás al terrible enano pronunciar una palabra, ni le vió jamás recibir una visita ó carta alguna que pudiese confirmar sus sospechas. Unicamente, cuando el muchacho fué hombre, y que terminados sus estudios, encontrando demasiado estrecho el cercado de Rey para sus laureles, sus diplomas y las

ambiciones paternas, tratóse de enviarle á París, Papel le dió muchas cartas de introduccion para los jefes del partido legitimista, severos cartapacios sellados con escudos misteriosos que parecian dar razon á la leyenda del cabecilla enmascarado.

El maestro Meraut habia dispuesto este viaje, porque empezaba á encontrar demasiado tardía la vuelta de su rey. Para sufragar estos gastos, que le costaban un ojo de la cara vendió su reloj de oro y el llavero de plata de su mujer, y la viña que todo burgués posee, y todo por pura heroicidad, por el bien del partido.

—Márchate á ver lo que hacen,—dijo á su hijo menor,—y qué es lo que esperan... ¡Al fin de los fines, ya se cansa el pueblo!....

A los veinte años llegó Eliseo Meraut á París, pujante en convicciones exaltadas en que el ciego sacrificio de su padre se fortificaba con el fanatismo armado del español. Fué acogido en el partido como un viajero que llega en la mitad del camino, por la noche, á un wagon de primera clase, en que cada cual tiene su rinconcito para dormir. El intruso viene de fuera, con la sangre activa por el aire vivo y la marcha, con un deseo comunicativo de agitarse, de hablar, de prolongar el insomnio del viaje; esquiva el mal humor enfurruñado y soñoliento de los viajeros apelotonados en sus abrigos, mecidos por el movimiento del tren, con la cortinilla azul corrida sobre la lámpara, y para los que la pesada humedad es ménos temible que los vientos colados y las invasiones desordenadoras. Este era el aspecto del clan legitimista, bajo el imperio, en su wagon destruncado sobre una vía abandonada.

Este furibundo, de ojos negros, con su cabeza de leon magro, cortando cada sílaba como un sacabocados, cada período con sus ademanes, reuniendo en sí, pronto á todo, el verbo de un *Suleau* y la audacia de un *Cadoubal*, causó en el partido una admiracion mezclada de terror. Hallósele peligroso, inquietante. Bajo la excesiva cortesanía y las muestras de interés facticio de

la buena educacion, Eliseo, con esa lucidez que guarda al meridional francés en el fondo de sus arrebatos, comprendió pronto lo que habia de egoista, de humillante entre aquellas gentes. Segun ellos, nada habia que hacer por el momento; esperar, calmarse sobre todo, guardarse de los arranques y de las inconsecuencias juveniles. «Mirad á nuestro Señor... ¡qué ejemplo nos dá!» Y estos consejos de prudencia, de moderacion, sentaban bien con aquellos viejos hoteles del *Faubourg* algodonados de yedra; sordos al movimiento de la calle, cadarzados de *confort* y de pereza, detrás de sus mazizas puertas, abrumadas al peso de los siglos y de las tradiciones. Le invitaron por cortesía á dos ó tres reuniones políticas que se verificaban con gran misterio, con toda suerte de temores y de precauciones, en el fondo de estos viejos nidos de rencillas. Vió allí los grandes nombres de las guerras de la *Vendée*, y de los fusilamientos de Quiberon, todo el vocablo fúnebre inscrito en el *Campo de los mártires*, llevados por buenos señores, viejos y casi calvos, envueltos en telas finas como prelados, con la palabra melosa, siempre embreada en alguna yuyuba.

Llegaban con aspecto de conspiradores, teniendo todos la pretension de ser espiados por la policía, la cual en verdad se distraia mucho con esas citas platónicas. Instalado el wist bajo la luz discreta de las altas bujías de las claraboyas, con los cráneos inclinados, luciendo como las fichas, si alguno daba noticias de Frohsdorf, admirábase la inalterable paciencia de los desterrados, animándose para imitarle. Muy bajo, á la callanda, se repetia el último equívoco de M. de Barentin sobre la emperatriz, y se tartamudeaba solapadamente una cancioncilla: *Cuando Napoleon, dándoos de correazos, haya muy bien azotado vuestras espaldas...* Luego, espantados de su audacia los conspiradores, se escurrian uno á uno, rozando los muros de la calle de Varrenne, ancha y desierta, la cual les devolvia el ruido de sus pasos.

Eliseo comprendió bien que era demasiado jóven, demasiado

activo, para estos desenterrados de la antigua Francia. Por otra parte, nadábase entonces en plena epopeya imperial y el regreso de las guerras de Italia paseaba por los boulevares bandadas de águilas victoriosas bajo las ventanas empavesadas. El hijo del burgués no tardó mucho en comprender que la opinion del cercado del Rey no estaba universalmente admitida, y que la vuelta del rey legítimo sería más tardía de lo que se pensaba allá. Su realismo no se gastó por esto, sino que se elevó, se ensanchó en la idea, puesto que en la accion no era posible. Imaginó escribir un libro, lanzar sus convicciones, sus creencias, lo que tenia necesidad de decir y de difundir, al gran París, á quien él hubiera querido convencer. Su plan fué de seguida resuelto: ganar la vida diaria dando lecciones, y halladas estas pronto, escribir un libro en los intervalos, lo cual pedia ya mucho más tiempo.

Como todos los de su país, Eliseo Meraut era sobre todo un hombre de palabra y de accion. La idea llegaba á él de pié, al sonido de su voz, como el rayo atraido á las vibraciones de las campanas.

Nutrido de lecturas, de hechos, de constantes meditaciones, su pensamiento, que se escapaba de sus lábios en bullentes oleadas, las palabras arrastrando las palabras en una sonora elocuencia, salia lentamente, gota á gota, de su pluma, dimanado de un receptáculo demasiado vasto para esta filtracion mesurada, y para todas las finezas de la escritura. Hablar sus convicciones le aliviaba, puesto que no encontraba otro medio de desarrollo.

El habló en conferencias, y sobre todo habló en los cafés, aquellos cafés del barrio Latino que, en el París achantado del segundo imperio, cuando el libro y el periódico se callaban amordazados, ellos solos hicieron la oposicion.

Cada taberna tenia entónces su orador, su grande hombre. Deciase: «Pesquidoux del *Voltaire* es muy fuerte, pero Larminat del *Procopio* es todavia más fuerte que aquél.» De hecho, iba allí toda una juventud instruida, elocuente, con el alma ocu-

24895
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

pada en cosas elevadas, á renovar con mayor verbosidad las grandes discusiones políticas y filosóficas de las cervecerías de Boun y de Heidelberg.

En estas fraguas de ideas, furiosas y atronantes, en que se gritaba de firme, y se bebia más de firme aún, la vena singular de este gran gascon, siempre en su punto, que no fumaba, que se emborrachaba sin beber, aquella palabra imaginativa y brutal ejercitándose sobre convicciones tan pasadas de moda como los cestos y la pólvova, tan discordantes en el cuadro en que se expresaban como el gusto de un anticuario en medio de los artículos de París, todo esto conquistó bien pronto á Eliseo renombre y auditorio. A la hora en que el gas flamea, en los cafés atestados y gruñidores, cuando se le veia aparecer sobre el umbral con su largo talle desgarbado, sus ojos de miope un poco huraños, cuyo esfuerzo de vision parecia arrojar sus cabellos al viento, su sombrero echado atrás y siempre bajo el brazo algun libraco ó revista de donde salia un enorme corta-papel, levantábanse y gritaban: «¡Ya está aquí Meraut!» Y se apretaban para hacerle un gran lugar donde él pudiese jugar sus codos y gesticular con facilidad.

Primero, al entrar, estos gritos, esta acogida de la juventud, le exaltaban; luego el calor y la luz, esa luz de gas congestionante y embriagadora. Y sobre un asunto, otro, sobre el periódico del dia, sobre el libro abierto bajo el Odeon al pasar, departia, discurria, sentado, de pié, dominando el café con su voz, atrayendo, agrupando á los oyentes con sus ademanes. Las partidas de dominó se detenian, los jugadores de billar del entresuelo se inclinaban sobre la escalera con la pipa entre los dientes, y la ancha bola de marfil en la mano. Las vidrieras, las copas, los platillos, temblaban como al pasar un carruaje de postas, y la señora del mostrador decia con orgullo á todos los que entraban: «Entren ustedes pronto... tenemos aquí al señor Meraut...» ¡Ah! Pesquidox, Larminat, podian ser fuertes, pero Meraut los aplastaba á todos. Él llegó á ser el orador del barrio.

Esta gloria, que no habia buscado, le fué suficiente, por más que con ella se retrasó fatalmente. Tal fué la suerte de más de un Larminat en aquella época; hermosas fuerzas perdidas; motores ó palancas dejando partir con gran ruido un vapor inútil, por desórden, incuria ó mala direccion del volante conductor. En Eliseo, hubo, además, otra cosa: sin intrigas, sin ambicion, este meridional, que no habia tomado de su país más que la fogosidad, se consideraba como el misionero de su fe; y manifestaba bien, con efecto, del misionero el proselitismo infatigable, la naturaleza independiente y vigorosa, el desinterés que toma á barato lo casual, lo inesperado de una vida librada áun á los más duros azares de la vocacion.

Ciertamente, trascurridos diez y ocho años desde cuando lanzaba sus ideas en gérmen, al París de la juventud, más de uno, ahora tomándolo desde muy alto, diria con desdén: «¡Ah! sí, Meraut... un estudianton!» hubiera considerado por la mejor de sus glorias á aquellos zoquetes, descuidadamente dispersados por todos los extremos de la mesa, en donde este singular mancebo se ensayaba. Eliseo lo sabia, y cuando encontraba bajo la casaca verde con palmas bordadas de un gran señor literato, alguna de sus quimeras reducidas á la razon en una hermosa frase académica, se encontraba feliz, con la felicidad desinteresada de un padre que vé casadas y ricas á las hijas de su corazon, sin tener ningun derecho á su ternura. Era la abnegacion caballeresca del viejo tejedor del cercado de Rey, con mayor amplitud aún, puesto que la confianza en el éxito le faltaba; esa confianza indestructible que el bravo Meraut, padre, guardó hasta su postrer aliento. La víspera misma de su muerte,—pues que murió casi súbitamente de una insolacion despues de una de sus comidas al *buen aire libre*,—cantaba el viejo á plena voz: «¡Viva Enrique IV!» Próximo á morir, nublados los ojos, y pesada la lengua, decia aún á su esposa: «Tranquilo por los hijos... Duque de Athis... Tomada buena nota...» Y con sus manos moribundas, probaba á hacer: «cra... cra...» sobre las ropas del lecho.

Cuando Eliseo, prevenido demasiado tarde de esta desgracia fulminante, llegó por la mañana de París, su padre yacía tendido, con las manos en cruz, inmóvil y pálido, con la cabecera en la pared, esperando aún sus cortinajes nuevos. Por la puerta del obrador, dejada abierta para el paso de la muerte, que descarta, desliga y aleja todo alrededor de ella, veíanse los telares parados; el del padre, abandonado, semejante á la arboladura envarada de un navío, donde no soplára ya el viento; despues, el retrato del rey y el sello rojo, que habian presidido á esta vida de trabajo y de fidelidad, y en lo alto, en todo lo alto del cercado de Rey, escalonados y zumbantes sobre su pendiente, los viejos molinos, siempre de pié, levantando sus aspas en lo claro del cielo, con señales de desesperacion. No olvidó jamás Eliseo el espectáculo de esta muerte serena, cogiendo al trabajador en su propia casa, y cerrándole las pupilas sobre el horizonte de costumbre.

Él quedó tocado de envidia, él, que se sentia presa de los sueños y de las aventuras, y que encarnaba todas las ilusiones quiméricas de aquel buen anciano, dormido allí.

Al regresar de este triste viaje, fué cuando se le propuso la plaza de preceptor en la córte de X... Su ruptura fué tan viva; las pequeñeces, las competencias, las calumnias envidiosas, en las cuales se habia visto ingerido; el gran decoro de la monarquia, mirado desde muy cerca, le habia tan fuertemente entristecido, que, á pesar de su admiracion por el rey de Iliria, una vez partidos los monjes, calmada la primera fiebre de su arrebatamiento, sintió haberse decidido demasiado deprisa. Todos sus enredos de allá, se le aparecieron: el sacrificio de su libertad, de sus costumbres; luégo, su libro, aquel famoso libro, siempre murmurando en su cabeza... En breve, despues de largos debates consigo mismo, se resolvió negativamente, y la víspera de Noche-buena, muy próxima á la entrevista, escribió al padre Melchor, para participarle su decision. El monje no protestó. Contentóse con responder:

«Esta noche, en la calle de los Hornos, en los oficios nocturnos... Espero que le convenceré aún...»

El convento de franciscanos de la calle de los Hornos, donde el padre Melchor ejercia las funciones de ecónomo, es uno de los rincones más curiosos, más desconocidos del París católico. Esta casa, madre de una órden célebre, ocultada misteriosamente en el arrabal sórdido que bulle detrás de la estacion *Montparnasse*, se intitula así: «Comisaría del Santo-Sepulcro.» Allí es donde los monjes de trajes exóticos, mezclando sus hábitos andariegos con las negras miserias del barrio, depositan,—para el comercio de reliquias,—los trozos de la verdadera cruz; los rosarios de huesos de aceituna del huerto de las Olivas; las rosas de Jericó, áridas y leñosas, esperando una gota de agua bendita: toda una pacotilla milagrera, cambiada en las anchas faldriqueras invisibles de las cogullas por hermosa plata, pesada y muda, que se dirije en seguida á Jerusalen para el sostenimiento de la sagrada tumba. Eliseo habia sido conducido á la calle de los Hornos por un escultor amigo suyo: un pobre artista de cámara, nombrado Dreux, que acababa de hacer para el convento una Santa Margarita de Osuna, y llevaba el mayor número de gente posible delante de su estátua. El lugar era tan curioso, tan pintoresco; adulaba tanto las convicciones del meridional, relacionándolas,—para salvarlas de la lucidez moderna,—con el más lejano de los siglos y de los países de tradicion, que volvió despues con frecuencia, uniéndose á la gran alegría del amigo Dreux, enorgullecido con el éxito de su Margarita.

La noche de la cita tocaba ya á su mitad, cuando Eliseo Meraut dejó las calles gruñidoras del barrio Latino, donde las calientes pastelerías; las salchicherías, adornadas de cintas; las tiendas de vituallas, abiertas; las cervecerías de mujeres; las casas de huéspedes de estudiantes; todos los despachos de ciruelas de la calle Racine y del *Boul Mich*, reunian hasta por la mañana todo el olor y el relumbramiento de una francachela universal. Sin transicion, cayó en la tristeza de las avenidas de-

siertas, en que el transeunte, achicada su sombra por el reflejo del gas, parece, más que marchar, arrastrarse. El campaneo tembloroso de las comunidades sonaba por cima de sus muros, atravesados por esqueletos de árboles; ruidos y calores de paja removida, de establos en sueño, salian de los grandes patios cercados de los vaqueros ó cabreros; y en tanto que la ancha calle guardaba la nieve caida durante el dia, alburas vagas y pisoteadas, allá arriba, en las estrellas aguzadas por el frio, el hijo del burgués, marchando en plenos sueños de ardor creyente, imaginábase reconocer aquella que guió los reyes á Belen. Mirando á esta estrella, se acordaba de las Navidades de otros tiempos; las inocentes Navidades de su infancia, celebradas en la catedral, y su vuelta por las calles fantásticas del barrio de las Carnicerías, cortadas por los tejados y la luna, hácia la mesa familiar del cercado de Rey, donde le aguardaba el refrigerio de media noche; las tres bujías tradicionales sobre el verde acebo, picado de color de escarlata; los *estevenons* (panecillos de Navidad), oliendo bien su pasta caliente, y los torreznos fritos. Envolvíase con tanto gusto en estos recuerdos de familia, que la linterna de un trapero, brujuleando sobre las aceras, parecíale la que balanceaba el padre Meraut marchando á la cabeza de toda la tropa al volver de la misa del gallo.

¡Ah! ¡Pobre padre, que no volveria á ver más!...

Y mientras por lo bajo hablaba del pasado con aquellas sombras queridas, llegaba Eliseo á la calle de los Hornos, un arrabal apénas construido, iluminado por solo un reverbero, con largas fábricas de forja sobremontadas por rectas chimeneas, empalizadas de tablones, muros hechos con materiales de demoliciones. El viento soplaba con violencia sobre los grandes llanos del distrito. De un matadero cercano salian lastimosos aullidos, sordos golpes, un olor repugnante de sangre y de grasa; allí es donde se degüellan los cerdos sacrificados á la Navidad, como en las fiestas de algunos Teutates.

El convento, situado á la mitad de la calle, tenia su ancho

portal abierto, y en su patio dos ó tres carruajes, cuyos suntuosos arneses admiraron á Meraut. Ya habian comenzado los oficios: bufidos de órganos y cantos salian de la iglesia, desierta no obstante y extinguida, con sólo la débil luz de las lamparillas del altar, y los pálidos reflejos de una noche de nieve, sobre la fantasmagoría de las vidrieras. Era una nave casi redonda, ornada con grandes estandartes de Jerusalen con su cruz roja que pendian á lo largo de los muros, con estátuas pintadas un poco bárbaras, en medio de las cuales la Margarita de Osuna, en mármol puro, azotaba despiadadamente sus blancas espaldas, porque, como decian los monjes con cierta coquetería: «Margarita fué una gran pecadora de nuestra órden.» El techo, de madera pintada, cruzado de pequeños potros; el altar mayor, bajo una especie de dosel, sostenido por columnas; el coro en rotonda, cubierto de sillas vacías, con un rayo de luna sobre la página abierta del canto-llano, dejándose adivinar y distinguirse todo; mas, por una ancha escalera, oculta bajo el coro, descendíase á la iglesia subterránea, donde,—quizá recordando las Catacumbas,—el oficio religioso se celebraba.

En lo más hondo de la cueva, sobre la mampostería blanca, soportada por enormes pilares romanos, estaba reproducida la tumba del Cristo de Jerusalen, con su puerta baja, su estrecha cripta, iluminada por multitud de lamparitas sepulcrales, guiñando,—desde el fondo de sus alvéolos de piedra,—al Cristo de cera teñida, de tamaño natural, con sus llagas sangrando un rosa vivo, en la abertura del sudario. Al extremo opuesto de la cueva, como por singular antítesis, resumiendo toda la epopeya cristiana, se levantaba una de esas reproducciones infantiles del Nacimiento, en que el pesebre, los animales, el niño, con guirnaldas de dulces colores, y las yerbas de papel rizado, son sacados todos los años de la caja de las leyendas, tales como saldrian en otros tiempos,—peor tallados, sin duda, pero más grandes,—del cerebro de un iluminado.

Como entónces, un rebaño de muchachos y de viejos, ávidos

de ternura y de lo maravilloso, y de esos pobres que amaba Jesús, se apiñaba en torno del pesebre, y entre ellos, lo que sorprendió á Eliseo fué, en la primera línea de estos humildes fieles, dos hombres de porte mundano, dos mujeres elegantes en traje sencillo, arrodilladas profundamente sobre las losas, sosteniendo una de ellas á un niño que envolvia en sus brazos cruzados con un gesto de proteccion y de súplica:

—¡Son reinas!—le dijo por lo bajo una vieja, jadeante de admiracion.

Extremecióse Eliseo á estas palabras, y habiéndose aproximado despues, reconoció el perfil fino, la andadura aristocrática de Christian de Iliria, y cerca de él, la cabeza morena, huesosa, la frente aún jóven y despejada del rey de Palermo. De las dos mujeres no se veia mas que unos cabellos negros y otros aleonados, y esa actitud de madre apasionada. ¡Ah! ¡qué bien conocia á Meraut el sagaz sacerdote que habia, por decirlo así, puesto en escena la entrevista del jóven príncipe y de su futuro director. Estos reyes desposeidos, viniendo á rendir su homenaje al Dios que para recibirlos parecia ocultarse, él tambien en esta cripta, esta mezcla de un trono caido y un culto agonizante, la triste estrella del destierro guiando hácia un Belén de arrabal á estos pobres magos postrados, sin cortejo y con las manos vacías, todo esto le hinchaba el corazon. El niño, el niño sobre todo, tan enternecedor con su manecita inclinada hácia los animales del pesebre, la curiosidad de su edad templada por una reserva sufrida... Y delante de esta frente de seis años, donde el porvenir se encerraba ya como la mariposa en su blanco capullo, Eliseo pensaba cuánta ciencia, cuán tiernos cuidados serian necesarios para hacerle brillar explendorosamente.

III

La córte en Saint Mandé.

Lo provisional del *Hotel de las Pirámides* habia durado seis meses, con las maletas apenas deshechas, los sacos sin abrir, y el desórden y la incertidumbre de un campamento. Todos los dias llegaban excelentes noticias de Iliria. Desprovista de raíces, sobre un suelo nuevo, donde no tenia pasado ni héroes, la República no prendia. El pueblo se cansaba y echaba de ménos á sus príncipes; cálculos de una certeza infalible acababan de decir á los desterrados: «Estad prontos... Será mañana...» No se clavaba un clavo en las habitaciones, no se cambiaba de lugar un solo mueble sin esta exclamacion de esperanza: «¡No merece la pena!» No obstante, el destierro se prolongaba, y la reina no tardó en comprender que esta estancia en el hotel en medio de un torbellino de extranjeros, en un tránsito de pájaros peregrinantes de todas plumas, llegaria á ser contraria á la dignidad de su rango. Levantóse la tienda, se compró una casa y se verificó la instalacion. De nómada el destierro se hizo sedentario.

El lugar fué Saint-Mandé, sobre la avenida Daumesnil, en lo alto de la calle Herbillon, en esta parte que costea el bosque, bordada de construciones elegantes, de rejas coquetas, que

de ternura y de lo maravilloso, y de esos pobres que amaba Jesús, se apiñaba en torno del pesebre, y entre ellos, lo que sorprendió á Eliseo fué, en la primera línea de estos humildes fieles, dos hombres de porte mundano, dos mujeres elegantes en traje sencillo, arrodilladas profundamente sobre las losas, sosteniendo una de ellas á un niño que envolvia en sus brazos cruzados con un gesto de proteccion y de súplica:

—¡Son reinas!—le dijo por lo bajo una vieja, jadeante de admiracion.

Extremecióse Eliseo á estas palabras, y habiéndose aproximado despues, reconoció el perfil fino, la andadura aristocrática de Christian de Iliria, y cerca de él, la cabeza morena, huesosa, la frente aún jóven y despejada del rey de Palermo. De las dos mujeres no se veia mas que unos cabellos negros y otros aleonados, y esa actitud de madre apasionada. ¡Ah! ¡qué bien conocia á Meraut el sagaz sacerdote que habia, por decirlo así, puesto en escena la entrevista del jóven príncipe y de su futuro director. Estos reyes desposeidos, viniendo á rendir su homenaje al Dios que para recibirlos parecia ocultarse, él tambien en esta cripta, esta mezcla de un trono caido y un culto agonizante, la triste estrella del destierro guiando hácia un Belén de arrabal á estos pobres magos postrados, sin cortejo y con las manos vacías, todo esto le hinchaba el corazon. El niño, el niño sobre todo, tan enternecedor con su manecita inclinada hácia los animales del pesebre, la curiosidad de su edad templada por una reserva sufrida... Y delante de esta frente de seis años, donde el porvenir se encerraba ya como la mariposa en su blanco capullo, Eliseo pensaba cuánta ciencia, cuán tiernos cuidados serian necesarios para hacerle brillar explendorosamente.

III

La córte en Saint Mandé.

Lo provisional del *Hotel de las Pirámides* habia durado seis meses, con las maletas apenas deshechas, los sacos sin abrir, y el desórden y la incertidumbre de un campamento. Todos los dias llegaban excelentes noticias de Iliria. Desprovista de raíces, sobre un suelo nuevo, donde no tenia pasado ni héroes, la República no prendia. El pueblo se cansaba y echaba de ménos á sus príncipes; cálculos de una certeza infalible acababan de decir á los desterrados: «Estad prontos... Será mañana...» No se clavaba un clavo en las habitaciones, no se cambiaba de lugar un solo mueble sin esta exclamacion de esperanza: «¡No merece la pena!» No obstante, el destierro se prolongaba, y la reina no tardó en comprender que esta estancia en el hotel en medio de un torbellino de extranjeros, en un tránsito de pájaros peregrinantes de todas plumas, llegaria á ser contraria á la dignidad de su rango. Levantóse la tienda, se compró una casa y se verificó la instalacion. De nómada el destierro se hizo sedentario.

El lugar fué Saint-Mandé, sobre la avenida Daumesnil, en lo alto de la calle Herbillon, en esta parte que costea el bosque, bordada de construciones elegantes, de rejas coquetas, que

dejan ver arenosos jardines, redondas graderías, pradecillos ingleses que forman la ilusion de estar viendo uno de los rincones de la avenida del bosque de Boulogne. En uno de estos hoteles se habian ya refugiado el rey y la reina de Palermo, escasos de fortuna, huyendo del ruido y de los barrios lujosos de la *high-life*. La duquesa de Malines, hermana de la reina de Palermo, habia venido á acompañarle á Saint-Mandé, y ambas atraian sin mucho trabajo á su prima á este barrio. Fuera de las consideraciones de la amistad, Federica deseaba ponerse aparte de la alegría jovial de París, protestar contra el mundo moderno y las prosperidades de la República, evitar esa curiosidad que se une á las gentes conocidas y que le parecia una injuria á su caida. El rey habia puesto el grito en el cielo al principio por lo lejano de la habitacion; mas él encontraria pronto allí un pretexto para sus largas ausencias y para sus entradas tardías. Por último, —y esto era lo primero de todo,—la vida era ménos cara allí que en otra parte, y allí se podia sostener cierto lujo con pocos dispendios.

La instalacion fué confortable. La casa blanca, con tres pisos, flanqueada de dos torrecillas, miraba al bosque al través de los árboles de su pequeño parque, mientras que sobre la calle Herbillon se redondeaba un gran patio enarenado hasta la gradería que sobremontaba una marquesina soportada en forma de tienda por dos largas lanzas inclinadas. Diez caballos en la cuadra; caballos de tiro, caballos de silla,—la reina montaba todos los dias,—la librea con los colores de Iliria, con peinado á martillos y empolvado, con un portero, cuya alabarda y tahalí de oro verde eran tan legendarios en Saint-Mandé y en Vicennes, como la pierna de madera del viejo Daumesnil, constituyendo todo esto un lujo conveniente y casi nuevo.

No hacia quizá, en efecto, más de un año que Tom Levis habia improvisado con todas sus decoraciones y accesorios la escena principal donde se va á representar el drama histórico que vamos refiriendo.

¡Ah! Dios mio, sí, Tom Levis... A despecho de las desconfianzas, de las repugnancias, fué menester recurrir á él. Este gordo hombrezuelo era de una tenacidad y de una elasticidad sorprendentes. Su saco estaba lleno de tantas malicias, de tantas llaves, de tantas *pinces-monseigneur* como eran menester para abrir ó forzar cerraduras resistentes sin contar las maneras que él tenia de ganar el corazon de los proveedores, de los criados, de los camareros. «¡Sobre todo, nada con Tom Levis!» Deciase siempre esto para comenzar. Pero entonces, nada se adelantaba. Los abastecedores no entregaban á tiempo sus mercancías, los criados se insurreccionaban, hasta el dia en que aquel hombre, apareciendo con sus lentes de oro y sus dijes; las colgaduras descendian por sí mismas desde los techos, se alargaban en los estrados, se anudaban, se complicaban en portiers, en cortinas, en alfombras decorativas y algodonadas. Los caloríferos se encendian, las camelias subian en la *serre*; y los propietarios instalados con prontitud, no tenian que hacer más que gozar y esperar sobre los sillones cómodos de los salones, el paquete de facturas que debia llegar de todos los rincones de París.

En la calle Herbillon era el viejo Rosen el jefe de la casa civil y militar, quien recibia las cuentas, pagaba lo librado, administraba la pequeña fortuna del rey, y tan diestramente, que en este marco dorado colocado á su desgracia, Christian y Federica, vivian aún con amplitud. Reyes los dos, é hijos de reyes, no sabian, por otra parte, el precio de ninguna cosa, acostumbrados á verse en efigie sobre todas las piezas de oro y á acuñar moneda segun su beneplácito; y léjos de admirarse de este bienestar, sentian, por el contrario, todo lo que faltaba á su nueva existencia, sin hablar del vacío glacial que deja alrededor de las frentes una corona caida. La casa de Saint-Mandé, tan sencilla al exterior, se habia ornado á manera de pequeño palacio en el interior; la cámara de la reina, recordando exactamente por sus lámparas azules cubiertas de viejos *brugés*, la del castillo de Leybach: el gabinete del príncipe, idéntico al que acababa de

dejar, y en la escalera las reproducciones de las estátuas de la residencia real. ¿Qué otra cosa eran estos pequeños detalles de delicada adulacion para los poseedores de cuatro castillos históricos y de aquellas residencias de verano entre el cielo y el agua, que unas pobres praderas desapareciendo bajo las olas, en las islas verdes que se llaman «los jardines del Adriático?»

En Saint-Mandé, el Adriático era el pequeño lago del bosque que la reina tenia frente á sus ventanas, y que miraba tristemente como Andrómaca desterrada miraba su pérfido Simois. Por restringida, no obstante, que fuese su vida, acontecia á Christian, más experimentado que Federica, admirarse de esta comodidad relativa.

—Este Rosen es increible,—decia.—No sé, en realidad, cómo se las compone para atender á todo con lo poco que tenemos.

Despues añadia riendo:

—Y es bien seguro que no pone nada de lo suyo.

El hecho es, que en Iliria, Rosen era, como decir, Harpagon. En París mismo, este renombre de tacañería habia seguido al duque y se encontraba confirmado con el matrimonio de su hijo, matrimonio rematado en las agencias especiales, y que toda la gentileza de la pequeña Sauvadon no impedia que fuese una sórdida perversa alianza.

Con todo, Rosen era rico. Aquel viejo panduro, que llevaba todos sus instintos rapaces y de pillo, escritos en su perfil de pájaro de presa, no habia hecho la guerra á los turcos y montenegrinos únicamente por conquistar gloria. A cada campaña, sus furgones volvian repletos, y el magnífico hotel, que ocupaba en la punta de la isla San Luis, muy cerca del hotel Lambert, rebosaba de cosas preciosas, colgaduras de Oriente, muebles de la Edad Media y de tiempos de la caballería, trípticos de oro macizo, esculturas, relicarios, telas bordadas y laminadas, botin de conventos ó de serrallos, amontonado en una série de inmensos salones de recepcion, abiertos solamente una vez cuando el matrimonio de Herberto y la fiesta fantástica, pagada por el tio Sauvadon; pero que despues, sombríos y echados el cerrojo, conservaban sus riquezas detrás de las cortinas replegadas, los postigos cerrados, sin temer siquiera la indiscrecion de un rayo de sol.

El buen hombre llevaba allí una verdadera existencia de maniático, confinado en un solo piso del inmenso hotel, contentándose con dos criados por todo servicio, observando un régimen de provinciano avariento, mientras que las vastas cocinas de los subterráneos, con sus asadores inmóviles y sus hornillas apagadas, permanecian tan cerradas como los departamentos de gala.

La llegada de sus soberanos, el nombramiento de todos los Rosen para los cargos de la pequeña córte, habian cambiado algun tanto las costumbres del anciano duque. Primeramente los jóvenes habíanse ido á vivir con él, en su instalacion del parque Monceaux,—una verdadera jaula moderna de dorados alambres—encontrándose demasiado léjos de Vicennes. Todas las mañanas á las nueve, sin importar nada el tiempo que hiciese, la princesa Coletta estaba lista para el levantar de la reina y subia en carruaje al lado del general, en medio de esa bruma ribereña que las mañanas de invierno y de verano dejan arrastrarse hasta el mediodía en la punta de la isla como un velo sobre la decoracion mágica del Sena. A esta hora el príncipe Herberto probaba á recuperar un poco el sueño perdido durante un rudo servicio de noche; el rey Christian, habiendo llevado diez años de vida de provincia y de recogerse al toque del cubre-fuegos conyugal, no podia pasarse sin el París nocturno, por el cual, cerrados ya los teatros y los cafés, encontraba al salir del club un encanto en zancajear sus boulevares desiertos, secos y sonorosos ó lucientes de agua, con la línea de los reverberos como una guarnicion de fuego, por toda la orilla de la larga perspectiva.

Apénas llegaba á Saint-Mandé, Coletta subia cerca de la reina. El duque se instalaba en un pabellon-chalet de uso gene-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

ral, al alcance del servicio y de los proveedores. Llamábase á esto la intendencia: y era un cuadro conmovedor ver á este vejarron sentado en su sillon de moleskine, entre los papeles, los apartados, las cajas de carton, recibiendo y arreglando pequeñas facturas de tenderos, él que habia tenido bajo sus órdenes en la residencia á todo un pueblo de húsares con galones.. Era tal su avaricia, que aun sin pagar por su cuenta, siempre que debia dar dinero, se verificaba en su rostro una contraccion de todos los rasgos, un fruncimiento nervioso de las arrugas, como si las hubiese replegado con el cordon de un sudario; su cuerpo rígido y derecho protestaba y hasta con el gesto automático con que abria la caja incrustada en la pared. A pesar de todo, él se las arreglaba para estar siempre pronto, y subvenir con los recursos modestos de los príncipes de Iliria, al despilfarro inevitable en una gran casa, á los actos de caridad de la reina, á las larguezas del rey, hasta á los placeres que rezaban en el presupuesto; porque Christian II mantenia su palabra, y pasaba alegremente el tiempo de su destierro. Asíduo á las fiestas parisienses, acogido en los grandes círculos, buscado con interés en los salones, su perfil belitre y fino, descubierto en la confusion animada de los palcos de primera fila, ó en el vuelo tumultuoso de una vuelta de carreras de caballos, habia tomado lugar desde ahora en los medallones conocidos de todo París entre la osada cabellera de una actriz en voga y el rostro descompuesto de ese príncipe real en desgracia, que rueda por los cafés del boulevard, esperando que suene para él la hora de reinar.

Christian llevaba la vida ociosa y atareada al par de la jóven *Goma*. Por la tarde al juego de pelota, al skating, despues al bosque, una visita al caer el dia á cierto *boudoir chic*; de cuyo lujoso aparato y excesiva libertad de palabras gustaba mucho; á la noche, á los teatrillos, al círculo, y sobre todo al juego, manejo de cartas donde se le podia haber encontrado su orígen bohemio, su pasion por el azar y todos sus presentimientos. Con la reina no salia nunca, excepto los domingos para conducirla á la iglesia de Saint-Mandé, y no la veia sino á las comidas. Temia á esta naturaleza razonable y recta, siempre preocupada con el deber, y cuya desdeñosa frialdad le oprimia como una conciencia visible. Era el llamamiento á sus cargos de rey, á las ambiciones que queria olvidar, y demasiado débil para resolverse de frente contra esta dominacion muda, preferia huir, mentir, sustraerse. Por su parte, Federica conocia tanto este temperamento de eslavo ardiente y flojo, vibrante y frágil; habíase visto obligada tantas veces á perdonar los desvaríos de este hombre niño, que conservaba todo lo que es propio de la infancia, la gracia, la risa, hasta la crueldad en el capricho; le habia visto con tanta frecuencia de rodillas delante de ella despues de una de esas faltas en que jugaba su dicha y su dignidad, que se habia completamente descorazonado del marido y del hombre, si es que le quedaban aún algunos respetos para el rey. Y esta lucha duraba casi desde hacia diez años, por más que en apariencia el matrimonio estuviese muy unido.

En estas alturas de la existencia, con anchos departamentos, con innumerabilidad de criados y el ceremonial que abre las distancias y comprime los sentimientos, tales mentiras son posibles. Pero el destierro iba ahora á hacerles traicion.

Federica habia primeramente esperado que esta dura prueba madurara la razon del rey, despertára en él estas grandes sacudidas que forman los héroes y los vencedores. Por el contrario, vió crecer en sus ojos una embriaguez de fiesta y de vértigo encendido por la estancia de París, su fósforo diabólico, lo incógnito, las tentaciones y la facilidad del placer. ¡Ah! Si ella hubiera querido seguirle, dividir con él esta carrera loca por el torbellino parisiense, hacer por que se citára su belleza, sus cabellos, sus trajes, presentarse con todas sus coqueterías de mujer á la vanidosa ligereza de su marido, una avenencia hubiera sido posible. Pero ella permanecia más reina que nunca, no abdicaba en nada de sus ambiciones, de sus esperanzas, y desde léjos, encarnizada en la lucha, enviando carta sobre carta á los

amigos de allá, protestando, conspirando, hablaba á todas las córtes de Europa de la iniquidad de su infortunio. El consejero Boscovich escribia bajo su dictado; y al mediodía, cuando el rey bajaba, ella misma presentaba el correo á la firma. Y firmaba, ¡qué diablo! firmaba todo lo que ella queria, pero con cierto extremecimiento de ironía en los ángulos de los lábios. El escepticismo del medio en que vivía burlon y frío, habia acabado por dominarle; á las ilusiones del principio, por un cambio propio de esas naturalezas extremas, habia sucedido la conviccion formal de que el destierro se prolongaria indefinidamente. Así que fastidio, fatiga aportaba á las conversaciones en que Federica intentaba elevarle á su propia fiebre buscando en el fondo de aquella mirada la atencion que no podia fijar. Distraido, perseguido por alguna nécia musiquilla, tenia siempre en su cabeza la vision de la última noche, el atolondramiento beodo y lánguido del placer. Y qué «¡uf!» de desahogo cuando se hallaba por fin fuera, y qué vuelta á la juventud y á la vida, que cada vez dejaba á la reina más triste y más aislada.

Despues de este trabajo de escritura por la mañana y del envío de algunos de esos billetitos elocuentes y cortos en que ella reavivaba el valor, los sacrificios próximos á desfallecer, las únicas distracciones de Federica eran la lectura de su biblioteca de soberana, compuesta de memorias, de correspondencias, de crónicas de tiempos pasados ó de alta filosofía religiosa; luego los juegos del niño en el jardin y algunos paseos á caballo por el bosque de Vicennes, paseos raramente prolongados hasta los confines adonde desembocaban los últimos ecos del ruido parisien, y se estrellaban las postreras miserias del gran arrabal, pues París le causaba una antipatía, un terror insoportable. Apenas una vez por semana iba, con su librea de gala, á pagar sus visitas á casa de los príncipes desterrados. Sin gusto al partir, volvia igualmente desalentada. Bajo estos infortunios régios, dúlce y noblemente sobrellevados, sentia el abandono, la renuncia completa, el destierro aceptado, tomado con paciencia, por

costumbre ya, y frustrado por manías, por miserias ó por cosas aún peores.

La más digna, la más fuerte de estas majestades caídas, el rey de Westphalia, pobre anciano ciego, tan conmovedor, con su hija, su rubia Antígona, guardaba la pompa y las apariencias de su rango, pero no se ocupaba más que de coleccionar tabaqueras, establecer escaparates de curiosidades en sus salones, burla singular á la enfermedad que le impedia gozar de sus tesoros. En casa del rey de Palermo habia tambien una especie de renacimiento apático, complicado de duelos, de tristeza, de falta de dinero, el matrimonio desunido, y la ambicion matada con la pérdida del único hijo. El rey, casi siempre ausente, dejaba á su esposa en su hogar de viudez y de destierro; y en tanto la reina de Galicia, fastuosa, apasionada del placer, no cambiaba nada en sus costumbres turbulentas de soberana exótica, y el duque de Palma que descolgaba de vez en cuando su escopeta, intentando franquear la frontera que cada vez más duramente le rechazaba á la ociosidad miserable de su vida. En el fondo, contrabandista más bien que pretendiente, hacia la guerra para tener dinero y muchachas, dando á su pobre duquesa todas las emociones de la desgraciada esposa de uno de esos bandidos de los Pirineos á quien se trae en unas angarillas cuando se retardan, al anochecer, en medio del camino.

Todos estos desposeidos no tenian más que una palabra en los lábios, una divisa en reemplazo de las sonoras divisas de sus casas reales: «¿A qué cansarnos?... ¡De nada servirá!» A los entusiasmos, á los fervores activos de Federica, los más pulidos contestaban con una sonrisa, y las mujeres replicaban hablando de teatros, de religion, de galanteos ó modas; y poco á poco, este tácito rebajamiento de un principio, este desaliento de fuerzas, ganaba hasta á la valerosa dálmata. Entre este rey, que no queria ya serlo, y el pobre Zara, tan lento en crecer, todo la heria con el desmayo. El viejo Rosen no hablaba casi, encerrado todo el dia en su despacho. La princesa no era más que un pá-

jaro, sin cesar ocupado en alisar sus plumas; Boscovich un niño, la marquesa una loca. Aún quedaba el padre Alfeo; pero este monje, feroz é iracundo, no hubiera podido comprender ni media palabra de los íntimos extremecimientos de la reina; de sus dudas, de los temores que comenzaban á asaltarla. Uníase á esto hasta la estacion del año. Aquel bosque de Saint-Mandé, en el estío lleno de verdura y de flores, desierto y tranquilo como un parque durante la semana, graznador el domingo por la algazara popular, recobraba bajo el invierno, próximo ya, en el luto de los horizontes lluviosos, en la bruma flotante de su lago, el aspecto de desolacion sin grandeza, de los lugares de recreo, abandonados. Torbellinos de cuervos volaban por cima de los negros zarzales, por cima de los grandes árboles retorcidos que balancean nidos de picazas, por cima de los muérdagos cabelludos, con sus copas descoronadas. Este era el segundo invierno que pasaba Federica en París. ¿Por qué le parecia más largo, más lúgubre que el otro? ¿Era acaso el estruendo del hotel lo que le faltaba, el movimiento de una ciudad tumultuosa y rica? No. Mas á medida que la reina se achicaba en sí misma, la mujer recobraba sus debilidades, sus penas de esposa abandonada, sus nostalgias de extranjera arrancada del suelo natal.

En la galería encristalada, anexa al salon grande, en la cual habia formado un pequeño jardin de invierno, en un rincon fresco, distante del ruido de la casa, ornado de claras cortinas, de plantas verdes en todos sus ángulos, pasábase ahora dias enteros, inactiva, delante del jardin, y de su confusion de ramas trémulas, que cortan el horizonte gris como una placa de agua-fuerte, con una mezcla de verduras sombrías y resistentes, que los acebos y los bojes conservan aún bajo la nieve, y cuya blancura era traspasada por las agudas ramas. Sobre los tres cuerpos superpuestos de la fuente, las sábanas de agua que caian tomaban un tinte de fria plata, y más allá de la alta verja que rodeaba la avenida Daumesnil, de vez en cuando, rompiendo el silencio y la soledad de dos leguas de bosques, los tranvías de vapor pasaban silbando, con su ancha humareda lanzada atrás, tan tarda en disiparse por la amarilla atmósfera, que Federica podia seguirla largo tiempo, y verla perderse poco á poco, lenta y sin rumbo como su vida.

En una mañana lluviosa de invierno, fué cuando Eliseo Meraut dió su primera leccion al niño real en este pequeño abrigo de la tristeza y de los sueños de la reina, el cual tomó este dia el aspecto de un gabinete de estudios: libros, mapas abiertos sobre la mesa, una luz difundida de obrador ó de clase, la madre simplemente en su bata de tela negra, que estrechaba su alto talle, una pequeña máquina para arrollar laca frente á ella, y el maestro y el discípulo tan excitados, tan conmovidos el uno como el otro en su primera entrevista. El pequeño príncipe reconoció vagamente la cabeza enorme y fulgurante que se le habia mostrado la noche de Navidad en el crepúsculo religioso de la capilla, y que su imaginacion, obstruida con los cuentos azules de Madama de Silvis, habia asimilado á alguna aparicion del gigante Robistor ó del encantador Merlin. Y la impresion de Eliseo no era ménos quimérica, pues que en este muchachuelo temblon, vejete y enfermizo, de frente ya arrugada, como si hubiese soportado los seiscientos años de su raza, oreia ver un jefe predestinado y conductor de hombres y de pueblos, diciéndole gravemente y con la voz temblorosa.

—Mi señor, vos sereis rey un dia... es menester que aprendais lo que es un rey... Escuchadme bien, miradme bien, y lo que mi boca no expresára con bastante claridad, el respeto de mis ojos os lo hará comprender...

Entonces, inclinado sobre esta pequeña inteligencia al nivel del suelo, con palabras é imágenes asequibles á ella, le explicaba el dogma del derecho divino, los reyes desempeñando una mision sobre la tierra, entre los pueblos y Dios, cargados de deberes, de responsabilidades que los otros hombres no tienen, y que les son impuestas desde su infancia... Que el pequeño príncipe comprendió perfectamente lo que se le decia, no es casi

probable; quizás sentíase envuelto en ese calor vivificante de que los jardineros, que cuidan una planta rara, rodean la fibra delicada, el mísero boton. En cuanto á la reina, encorbada sobre su tapicería, escuchaba llegar hácia ella con una sorpresa deliciosa esta palabra que esperaba desesperadamente desde hacia algunos años, que respondia á sus pensamientos más secretos, los llamaba y los sacudia... ¡Habia tan largo tiempo cavilado ella sola sobre tantas cosas que no hubiera sabido decir sin que Eliseo le hubiera dado la fórmula! Delante de él, desde el primer dia, se sintió como un músico desconocido, un artista que no ha sido expresado aún, delante del ejecutante prestigioso de su obra.

Sus más vagos sentimientos acerca de la gran idea de la dignidad real tomaban cuerpo y se resumian magníficamente y con gran sencillez puesto que un niño, un pequeño niño, podia casi comprenderlos. Mientras que ella miraba á este hombre con sus grandes facciones animadas de fé y de elocuencia, veia en oposicion la linda cara indolente, la sonrisa indecisa de Christian, y escuchaba aquel eterno «¿Para qué?» de todos aquellos reyes sin corona, y las chismografias de las *boudoirs*, de las princesas, y era este plebeyo, este hijo de un tejedor,—cuya historia conocia ya,— quien habia recogido la tradicion perdida, conservado el fuego sagrado cuya llama estaba visible en este momento sobre su frente, comunicativa en el ardor de su discurso. ¡Ah! ¡si Christian hubiese sido como éste, ellos estarian aún sobre el trono, ó hubieran desaparecido entrambos sepultados bajo sus escombros! ¡Cosa singular! en esta atencion, de que no podia defenderse, la voz, el rostro de Eliseo le despertaban una impresion de recuerdo. ¿De qué sombra de su memoria se levantaban esta frente de genio, estos acentos que resonaban en lo más profundo de su sér, allá en alguna cavidad secreta de su corazon?

Púsose, en esto, el maestro á interrogar á su discípulo, no sobre lo que sabia,—que era ¡ay! nada ó muy poco,—sino para

tantear lo que pudiera enseñarle. «Sí, señor... No, señor...» El príncipe no tenia más que estas dos palabras en los lábios, y empleaba todas sus fuerzas en pronunciarlas con esa gentileza tímida de los muchachos educados por mujeres en la perpetuidad de sus primeras niñerías. Probaba, no obstante, el pobre pequeñuelo, bajo la balumba de conocimientos variados que le habia dado Madama de Silvis, por sacar algunas nociones de historia general entre las aventuras de enanos y de hadas que bordaban su pequeña imaginacion dispuesta como un teatro de hechicería. Desde su sitio, la reina le sostenia, le alentaba, le alzaba interiormente sobre su alma. Al partir las golondrinas, si la más pequeña del nido no vuela aún, del mismo modo la madre le presta vuelo sobre sus propias alas. Cuando el niño titubeaba en responder, la mirada de Federica, dorada en sus ojos de agua-marina, se hundia como la ola bajo la arena que pasa, pero, cuando hablaba con precision ¡qué sonrisa de triunfo volvia hácia el maestro! Desde hacia muchos meses no habia experimentado una plenitud de bienestar y de alegría semejantes. El tinte de cera del pequeño Zara, su fisonomía borrosa de niño débil parecian infundidos de una sangre nueva; hasta el paisaje, cuyos planos tristes se desvanecian ante la mágia de esta palabra, no dejaba ver más que lo que tiene de imponente y grandioso el vasto desenlace del invierno.

Y mientras que la reina permanecia atenta, con el codo apoyado, y el cuerpo echado adelante, pendiente por completo de este porvenir en que el niño-rey se le aparecia en triunfo á su vuelta á Leybach, Eliseo, tembloroso, maravillado de una trasfiguracion de que no sabia ser la causa, veia sobre esta hermosa frente de un tono de ágata torcerse y enroscarse como diadema real los reflejos cruzados de sus pesadas trenzas.

Llegaba el mediodía, y la leccion duraba aún. En el salon principal, en que la pequeña córte se reunia todas las mañanas á la hora del desayuno, comenzábase á cuchichear, á admirarse de no ver aparecer al rey ni á la reina. El apetito y la ociosidad

de estos instantes en que la comida se hace esperar, mezclaban cierto mal humor á las conversaciones en voz baja. Boscovich, pálido de frio y de hambre, y que venia de azotar los sotos durante dos horas para encontrar alguna florecilla de la última estacion, se calentaba los dedos, de pié, delante de la alta chimenea de mármol blanco en forma de altar, sobre la cual decia á veces el padre Alfeo, los domingos, misa privada. La marquesa, majestuosa y rígida en el borde de un divan, con vestido de veludillo verde, sacudia la cabeza con un aire trájico sobre su largo cuello magro rodeado de un *boa*, haciendo al par sus confidencias á la príncesa Coletta. La pobre mujer estaba desesperada de que se le hubiese arrebatado su educando para confiarle á una especie... una verdadera especie... ella le habia visto atravesar por la mañana el patio.

—Amiguita mia... le causaria miedo... cabellos larguísimos. con el aire de un loco... Sólo el padre Alfeo podia tener semejantes hallazgos.

—Dicen que es muy sábio...—dijo la princesa, distraida... con la cabeza á pájaros.

La otra saltó al oir esto... Muy sábio... ¡muy sábio!... ¿Acaso el hijo de un rey tiene necesidad de ser atiborrado de griego y de latin como un diccionario?... «No, no; créame, amiguita mia, estas educaciones exigen conocimientos especiales... yo los tenia; yo estaba pronta. He estudiado el tratado del abate Diguet sobre la *Institucion de un príncipe*. Yo sé de memoria los diferentes medios que él indica para conocer los hombres y para desviar á los aduladores. Los primeros son en número de seis, y se cuentan siete para los segundos. Hélos aquí por su órden...»

Y se puso á recitarlos á la princesa, que no la escuchaba, toda enervada, sin gracia, sentada en uno de los cogines con su traje de un azul muy pálido, segun la moda de aquel año; y mirando la puerta que conducia á los departamentos del rey, con lágrimas de amante en la punta de las pestañas, con la cara enojada de una mujer bonita que ha compuesto su adorno para alguno que no llega. Rígido en su frac cruzado, el anciano duque de Rosen se paseaba de un extremo á otro con automático paso, regular como la péndola de un reloj, deteniéndose en una ú otra de las ventanas que daban al jardin ó al patio, y allí, con la mirada levantada bajo los pliegues de su frente, parecia el oficial de un buque encargado de la marcha y de la responsabilidad de la tripulacion... Y verdaderamente, el aspecto del navío le hacia honor. Los rojos ladrillos de las salas generales, y el pabellon de la intendencia, lucían, lavados por la lluvia, que rebotaba sobre la superficie nítida de las gradas, y de una arena fina endurecida. En los dias sombríos, una claridad venia positivamente del órden de las cosas, y se reflejaba hasta en el gran salon, alegrado por el calor difundido de las alfombras y de los caloríferos; del mobiliario de tiempos de Luis XVI, blanco y oro de los clásicos ornamentos, reproducidos sobre las maderas de las puertas y de los espejos, éstos muy grandes; y de un pequeño cartel dorado, retenido sobre uno de ellos por lazos de cintas. En uno de los ángulos de la vasta pieza, una rinconera de la misma época, sostenia, en una caja trasparente, la diadema salvada del naufragio. Federica habia querido que estuviese allí, «para que tuviesen memoria», decia ella. Y, á pesar de las burlas de Christian, que encontraba esto rococó, museo de los soberanos endiablados, la expléndida joya de la Edad Media, con brillantes pedrerías en el viejo oro cincelado y afiligranado, arrojaba una nota de antigua caballería, en medio de la coquetería del siglo diez y ocho, y del gusto múltiple del nuestro.

El rodaje sobre la arena de un carruaje familiar, anunció la llegada del ayuda de campo. Al cabo, éste era siempre alguien.

—¿Cómo vienes tarde á tomar órdenes, Herberto?—dijo el duque con gravedad.

El príncipe, aunque mozancon, tembloroso siempre delante de su padre, se enrojeció y murmuró varias excusas... desolado... sin culpa suya... el servicio de toda la noche.

—¿Por esto, acaso, es por lo que el rey no ha bajado aún?—dijo la princesa aproximando su fina naricilla al diálogo de los dos hombres.

Una mirada severa del duque le cerró la boca. La conducta del rey no atañia á persona alguna.

—Suba usted pronto, señor mio, su majestad debe esperar á usted.

Herberto obedeció, despues de haber intentado obtener una sonrisa de su adorada Coletta, cuyo mal humor, lejos de calmarse con su llegada, fué á enfurruñarse sobre el divan, con los lindos bucles en desórden, y el vestido azul estropeado como por las contracciones de la mano de un niño. El príncipe Herberto, desde hacia algunos meses, se habia hecho, no obstante, un bello hombre. Su mujer habia exigido que en su calidad de ayuda de campo se dejase crecer el bigote, lo cual daba una expresion formidablemente marcial al bueno de su rostro enflaquecido y pálido por los insomnios y las fatigas de su servicio cerca del rey.

Además, cojeaba un poco todavía, marchaba apoyado sobre un baston, como un verdadero héroe de aquel sitio de Ragusa, cuyo memorial acababa de escribir, memorial ya famoso antes de aparecer, y que leido por el autor una noche en casa de la reina de Palermo, le habia valido, con una brillante ovacion mundana, la promesa formal de un premio de la Academia.

¡Pensad qué situacion, qué autoridad daba todo esto al marido de Coletta! Mas él no dejaba por eso su aire de buen muchacho, pazguato, tímido, sobre todo delante de la princesa, que continuaba tratándole con el más gracioso desprecio. Lo que prueba bien que no hay hombre grande para su mujer.

—Y bien, ¿qué hay de nuevo?—dijo ella con un tonillo impertinente viéndole reaparecer, con el semblante estupefacto y revuelto.

—¡El rey no ha vuelto aún!

Estas breves palabras de Herberto produjeron el efecto de una descarga eléctrica en el salon. Coletta, muy pálida, con las lágrimas en los ojos, encontró la primera la palabra:

—¿Es posible?—dijo.

Y el duque con cortada voz:

—¡No ha vuelto!... ¿Cómo no me lo han advertido?

El *boa* de madama de Silvis se irguió, se retorció convulsivamente.

—¡Con tal que no le haya sucedido nada!—dijo la princesa en un estado de exaltacion extraordinaria.

Pero Herberto la tranquilizó. Lebeau, el camarero, habia partido hacia una hora con la maleta. Seguramente, él debia de tener noticia.

En el silencio que siguió, cerníase para todos el mismo pensamiento inquietante que el duque de Rosen resumió súbitamente.

—¿Qué vá decir la reina?

Y Boscovich, tembloroso:

—Su Majestad le habrá quizás prevenido...

—Yo estoy segura que no,—afirmó Coletta;—porque la reina decia desde muy temprano que en el desayuno presentaria al rey el nuevo preceptor.

Y trémula, añadió entre dientes, mas bastante alto para ser entendida:

—En su lugar, sé yo bien lo que haria.

El duque, indignado, se volvió con los ojos llameantes hácia esta pequeña burguesa que no podia conseguir desvastar, y probablemente iba á darle una fuerte leccion de respeto monárquico, cuando la reina apareció, seguida de Eliseo, el cual conducia á su real discípulo por la mano. Todos se levantaron. Federica, con una hermosa sonrisa de mujer dichosa, que no se le habia visto desde hacia mucho tiempo, presentó al señor Meraut... ¡Oh! Cómo estuvo repitiendo por espacio de ocho dias la marquesa su saludo burlesco y empingorotado! La princesa no encontró la fuerza de un gesto... De pálida pasó á purpúrea, recono-

ciendo en el nuevo maestro al muchachon, al lado del cual habia almorzado en casa de su tio y que habia escrito el libro de Herberto ¿Acontecia esto por obra del azar ó de alguna maquinacion diabólica? Qué vergüenza para su marido, qué nueva ridiculez si se llegaba á saber esta supercheria literaria, pero se serenó un poco ante el saludo frio de Eliseo, el cual debia, no obstante, haberla reconocido. «Es un hombre de talento,» pensó. Desgraciadamente, todo se comprometió por la candidez de Herberto, su estupefaccion á la entrada del preceptor, y el apreton de manos que le dió familiarmente con un: «Buenos dias, ¿cómo va?»

—¿Conoce usted, pues, al señor?—le preguntó la reina, que sabia por su capellan la historia del *Memorial*, y sonreia no sin alguna malicia.

Pero ella era demasiado buena para recrearse largo tiempo en un juego cruel.

—Decididamente, el rey se olvida de nosotros,—dijo.—Suba usted, pues, á prevenirle, señor de Rosen.

Fué menester confesarle la verdad; que el rey no estaba en el hotel, que habia pasado la noche fuera, y dar el informe de la maleta. Como era esta la primera vez que semejante cosa sucedia, todos esperaban un estallido de esta naturaleza ardiente y brava, tanto más cuanto que la presencia de un extraño agravaba aún más el delito. No. Ella permaneció tranquila. Apenas dirigió algunas palabras al ayuda de campo para informarse del último momento en que habia visto á Christian.

Hácia las tres de la mañana... su majestad bajaba el *boulevard* á pié con monseñor el príncipe Axel.

—¡Ah, sí, es verdad.—Me olvidaba. Tenian que hablar juntos.

En estas entonaciones tranquilas acababa de recobrar su serenidad. Pero nadie se dió por engañado. Todos conocian al príncipe de Axel, y sabian para qué género de conversacion prevista, esta Alteza degradada, este príncipe vividor, era bueno.

—Vamos, á la mesa,—dijo Federica reuniendo con gesto soberano á todo su pequeño cortejo en una calma que ella se esforzaba en demostrar.

Faltaba allí un brazo para pasarla á la sala. Vaciló, no estando presente el rey. Y de repente, volviéndose hácia el conde de Zara, que seguia con sus grandes ojos, con su aire inteligente de niño enfermo y precoz toda esta escena, le dijo con una ternura profunda, casi respetuosa, con una sonrisa séria que jamás conoció en ella:

—Venid, señor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

El rey hace la fiesta.

Son las tres de la madrugada, en la iglesia de Saint-Louis-en-l' Ile.

Envuelto en silencio y en sombra, el hotel de Rosen duerme con todo el peso de sus graves vetustas piedras, amontonadas por el tiempo, de sus puertas macizas y arqueadas, de antiguo llamador; detrás de los postigos cerrados, las apagadas lunas de los espejos no reflejan ya más que el sueño de los siglos, un sueño cuyas vagas ideas parecen ser las ligeras pinturas de las techumbres, y el murmurio de la cercana fuente, la respiracion desigual y fugitiva.

Pero, lo que duerme mejor aún en todo este hotel es el príncipe Herberto, de vuelta ya de su círculo no há un cuarto de hora, mas, estenuado, roto, maldiciendo su haragana existencia de vividor á la fuerza, que le priva de lo que más ama en el mundo, los caballos y su mujer: los caballos, porque el rey no encuentra ningun placer en la vida activa, al aire libre, del *sportman*; su mujer, porque el rey y la reina viviendo muy léjos el uno de la otra, no viéndose sino á las horas de las comidas, el ayuda de campo y la dama de honor síguenlos respectivamente en esta esquivez de vida de familia separados como dos confidentes de tra-

jedia. La princesa parte á Saint-Mandé mucho antes que despierte su marido por la noche; cuando él entra, ella duerme ya con su puerta cerrada con doble vuelta.

Y si él se lamenta, Coletta le responde majestuosamente con una sonrisilla en el rincon de todos los hoyuelos de su cara: «Debemos hacer este sacrificio en honor de nuestros príncipes.» Grandísima derrota para el enamorado Herberto, solitario en su gran cámara del principal, con cuatro metros de altura de techo sobre la cabeza, con sobre-puertas pintadas por Boucher, con altos espejos empotrados en la pared y que le devuelven su imágen en interminables perspectivas.

A veces, á pesar de todo, cuando se encuentra derrengado, como esta noche, el marido de Coletta experimenta un cierto bienestar egoista en tenderse sobre su lecho sin explicaciones conyugales, y en recobrar sus costumbres muelles de soltero, envolviéndose la cabeza con un inmenso pañuelo de seda con el que no osaria jamás presentarse delante de su parisiense de ojos burlones. Apenas en el lecho, en la almohada bordada, blasonada, un rampojo se abre, donde cae en profundidades de olvido y de reposo el ayuda de campo, noctámbulo y fatigado, pero de allí es arrancado de golpe por la sensacion dolorosa de una luz que pasa y vuelve á pasar delante de sus ojos, de una vocecilla aguda como barrena que habla á su oido:

—Herberto... Herberto...

—¡Eh! ¿Qué?... ¿Quién está ahí?

—Pero, cállate... ¡Dios santo!... Si soy yo... es Coletta.

Es Coletta, en efecto, de pié delante del lecho con su peinador de encaje abierto en el cuello, hendido en las mangas, con los cabellos levantados y retorcidos, la nuca un nido de rizos blondos, todo esto, visto á la luz blanquecina de una pequeña lintrena que hace resaltar la mirada, agrandada por una expresion solemne y súbitamente animada ante la vista de Herberto aturdido, estúpido con su pañuelo deshecho en puntas amenazantes y su cara con los bigotes erizados, saliendo de su traje de no-

che á la manera de túnica de arcángel, como la cabeza de un matamoros burgués sorprendido en un mal sueño.

Pero, la hilaridad de la princesa no es duradera. Gravemente, ha colocado su lamparilla sobre una mesa, con el ademan decidido de la mujer que viene á buscar querella; y sin tener miramiento á lo que haya de vago en el despertar del príncipe, comienza, con los brazos cruzados, y con sus dos pequeñas manos acariciándose los hoyuelos de sus codos, diciendo:

—¿Y crees que esto es vivir?... ¡Volver todos los dias á las cuatro de la mañana!... ¿Es esto conveniente?... ¡Un hombre casado!...

—Pero, buena amiga mia,—é interrumpiéndose bruscamente, para quitarse el pañuelo de seda, y arrojarlo á la ventura;—no es culpa mia... Yo no pediria otra cosa mejor que volver bien pronto cerca de mi pequeña Coletta, de mi esposa querida, que yo...

Prueba, diciendo esto, de atraer un poco hácia él este nevado peinador, cuya blancura le tienta; más es secamente rechazado.

—Se trata ahora de usted, sí, en verdad... ¡Ah! sin duda. Conocen bien á usted; todos saben que es usted un grandísimo inocente, incapaz de la menor... Yo bien quisiera ver que fuera de otro modo..! Mas, es el rey... ¡En su posicion!... ¡Pensad, pues, en el escándalo de una situacion semejante!... Aún, si estuviera libre, soltero... Es forzoso que los muchachos se diviertan... aunque, aquí, la alteza del rango, la dignidad del destierro...—(¡Oh! ved á la pequeña Coletta, enderezada sobre los altos tacones de sus chinelas, para hablar de la dignidad del destierro.)—Pero, en fin, está casado. Y yo no comprendo que la reina... ¡No tiene nada en las venas esa mujer!

—¡Coletta!

—Sí, sí; yo sé... usted es como su padre. Todo lo que hace la reina... Pues bien; para mí ella es tan culpable como él... Ella es quien le ha arrastrado hasta ahí por su frialdad, por su indiferencia...

—La reina no es fria. Es noble.

—Vamos, ya. ¿Es que una no es noble cuando ama?... Si le amase, la primera noche que pasó fuera hubiese sido la última... Se habla, se amenaza, se demuestra. No se tiene esa cobardía del silencio, delante de las faltas que asesinan... Además, ahora el rey pasa todas las noches en el boulevard, en el círculo, en casa del príncipe de Axel, en compañía de... Dios sabe quién...

—¡Coletta!... ¡Coletta!...

Sí, detened á Coletta cuando ha partido, con su palabra fácil como toda burguesa educada en este París excitante, donde hasta las muñecas hablan solas.

—Esta mujer no ama nada, yo soy quien lo digo, ni áun á su hijo... De lo contrario, ¿lo hubiera confiado á ese salvaje?...

¡Ambos le estenuan, al pobre pequeño, á fuerza de trabajo!... Parece que en la noche, cuando duerme, recita latin, un monton de cosas... la marquesa es quien me lo ha dicho... La reina no falta á una leccion... Los dos están contra este niño... ¡Para que llegue á reinar!... Pero si le habrán matado antes... ¡Oh! guardaos á vuestro Meraut, le detesto.

—No obstante, es un buen muchacho...

Hubiera podido causarme un disgusto con la historia del libro... mas, no ha dicho ni una palabra...

—¡Verdaderamente!... Ahora bien: yo le aseguro á usted que cuando se os felicita delante de la reina, ésta adopta una extraña sonrisa al miraros. Pero, es usted tan tonto, mi pobre Herberto...

Al aspecto enfadado de su marido, tornado súbitamente rojo, con la boca hinchada por un puchero de niño, la princesa temió haber ido demasiado léjos, y no poder obtener lo que ella habia venido á buscar. Pero, ¡qué medio de conservar el rigor con esta linda mujer sentada en el borde del lecho, con la cabeza medio vuelta por un movimiento lleno de coquetería, que permitia valuar el talle jóven y libre bajo los encajes, la lisa redondez del cuello y el ojo provocante y maligno entre las pestañas!

La bonachona fisonomía del príncipe, tornóse pronto amable, y comenzó aún á animarse de un modo extraordinario al suave contacto de la pequeña mano que se le abandonaba, y al fino perfume de mujer amada... ¡Ah! ¿qué es lo que quiere saber la pequeña Coletta?... Muy poca cosa... un simple informe... ¿El rey tiene, sí ó no, queridas?... ¿Es la pasion del juego quien le arrebata, ó solamente el gusto del placer, de las distracciones violentas?... El ayuda de campo titubeaba antes de responder. Compañero, en todos los campos de batalla, teme al contar lo que sabe, vender el secreto profesional. Sin embargo, esta pequeña mano esta pequeña mano está tan cálida, tan curiosa, que el ayuda de campo de Christian II no pudo resistir más.

—Pues, bien, sí: el rey tiene á estas fechas una querida,—dijo.

En su mano, la pequeña mano de Coletta se puso húmeda y fria.

—Y ¿quién es esa querida?—preguntó la jóven, con voz breve, jadeante.

—Una actriz de los Bufos... Amy Yerat.

Coletta conoce bien á esta Amy Yerat, ella la encuentra hasta atrozmente fea.

—¡Oh!—dijo Herberto á manera de excusa.—su majestad no la tendrá mucho tiempo.

Y Coletta, con una satisfaccion evidente, preguntó:

—¿De veras?

A esto, Herberto, maravillado de su buen éxito, se aventuró hasta á tocar un lazo de raso que volteaba en la descotadura del peinador, y continuó en un tonillo ligero.

—Sí, temo que el dia ménos pensado, la pobre Amy Ferat recibirá su titi.

—¿Un titi?... ¿Cómo es eso?

—Sí, he notado, y todos los que como yo ven al rey de cerca, saben que cuando unas relaciones empiezan á cansarle, envia

uno de sus titis P. P. C.... Un modo suyo de despedir á la que ha dejado de amar.

—¡Oh, pero es cierto!—exclamó la princesa indignada.

—Es la pura verdad... En el gran club no se dice ya dejar una querida, sido enviarle un mico.

Detúvose entrecortado al ver á la princesa levantarse bruscamente, tomar su linterna y alejarse de la alcoba con determinada direccion.

—¡Y bien!... pero Coletta!... ¡Coletta!...

Ella se volvió despreciativa, sofocada:

—¡Oh!—dijo,—ya sé lo suficiente de vuestras villanas aventuras... Esta me repugna hasta lo infinito.

Y levantando el tapiz, deja al infortunado rey de la goma, estúpido, con los brazos estendidos y el corazon inflamado ignorando la causa de esta visita á deshora y de esta partida de huracan.

Con el paso rápido de una salida de escena, la cola flotante de su peinador cogida y arrebujada bajo su brazo, Coletta vuelve á su cámara situada en el extremo del hotel.

Sobre la ancha silla, en un cogin de brocado oriental, duerme la más linda bestiecilla del mundo, gris, sedosa, con los pelos como plumas, una larga cola enroscada y un cascabel de plata anudado en torno del cuello en una cinta rosa. Es un delicioso titi que el rey le habia enviado hacia algunos dias en una cesta de paja italiana y cuyo homenaje habia recibido ella con gran reconocimiento. ¡Ah! ¡Si hubiese sabido la significacion del presente! Furiosa empuñó la bestezuela, aquel paquete de seda viviente y con uñas, donde brillan, despertados con sobresalto, dos ojos humanos, y abriendo la ventana que dá á la calle, con un gesto feroz, exclama:

—¡Toma!... ¡súcia bestia!

El pequeño mono fué á rodar sobre el rebate de la puerta; pero no es solo él quien desaparece y muere en medio de la noche, sino tambien los sueños, frágiles y caprichosos como él, de aque-

lla pobre criatura que se arroja sobre su lecho, oculta su cabeza en la almohada y solloza amargamente.

Sus amores habian durado cerca de un año; la eternidad para este niño, es la de la mariposa. El no habia tenido que hacer sino una señal. Deslumbrada, fascinada, Coletta de Rosen habia caido en sus brazos, ella que hasta entonces se habia conservado mujer, honesta no por amar á su marido ó por virtud, sino porque habia en esta cabecilla de pájaro un cuidado de la nitidez del plumaje que le habia preservado de las caidas que ensucian, y luego porque era verdaderamente francesa, de esta raza de mujeres que Molière, mucho antes que los fisiólogos modernos, declaró sin temperamento y dotadas sólo de imaginacion y de vanidad.

No fué á Christian, sino al rey de Iliria, á quien se entregó la pequeña Sauvadon él se sacrificó á la diadema ideal que á través de las leyendas, de las lecturas fútiles y novelescas, veia como una aurécla por cima del tipo egoista y apasionado de su amante. Ella le agradó, en tanto que él no vió en ella más que un juguete nuevo y finamente pintado, un juguete parisien que debia iniciarle en distracciones más vivas. Pero ella tuvo el mal gusto de tomar por lo sério su situacion de «querida del rey.» Todas las figuras de mujeres semi-históricas, todo el *straos* de la corona más brillante que las joyas verdaderas, fulguraban en sus sueños de ambicion, no consentia en ser la Dubarry, sino la Chateauroux de este Luis XV acosado. Y la reconquista de la Iliria, las conspiraciones que ella hubiese dirigido con la punta de su abanico, los golpes de mano, los desembarques heróicos llegarian á ser el asunto de todas sus conversaciones con el rey. Veíase ya sublevando al país, ocultándose entre las mieses y los cercados como una de esas famosas bandoleras de Vendee, cuyas aventuras le hicieron leer en el convento del Sagrado Corazon. Hasta habia imaginado un vestido de paje,—porque el traje jugaba siempre el primer papel en sus invenciones,—un lindo pajecillo de renuevo que le facilitára

las entrevistas á todas horas con el rey y su perpétuo acompañamiento. Christian no gustaba mucho de estos sueños exaltados; mostrábale su espíritu de seguida el lado falso y negativo de las cosas. Despues, él no tomaba una querida para conversar sobre política, y cuando la tenia sobre sus rodillas, en el desórden y en el abandono del amor, su pequeña Coletta, de blandas patitas y de hociquillo rosáceo, las referencias de las recientes revoluciones de la Dieta de Leybac ó el efecto del último pasquin realista, hubieran despertado en su corazon ese extremecimiento que causa un cambio brusco de temperatura, ó las heladas de Abril sobre la florescencia de un verjel.

Desde tal punto le sobrevinieron los escrúpulos y los remordimientos complicados y cándidos de un eslavo y de un católico. Satisfecho su capricho comenzaba á conocer lo odioso de estas relaciones tan cerca de la reina, casi bajo sus ojos, y el peligro de estas citas furtivas, rápidas en los hoteles, donde su incógnito podia ser vendido, y la crueldad que habia en engañar un sér tan bueno como el pobre diablo de Herberto, que hablaba de su mujer con una ternura siempre insaciada, y que no se imaginaba cuando el rey venia á reunírsele en el círculo, con los ojos brillantes y el color encendido, y con un olor de buena fortuna que salia de los brazos de Coletta. Pero lo más embarazoso aún, era el duque de Rosen, muy desconfiado de los principios de esta nuera que no era de su casta, é inquieto por su hijo, en el cual encontraba una cabeza de «cornudo», él decia la palabra en toda su crudeza, como buen veterano, y sintiéndose responsable de todo porque su avaricia habia hecho este matrimonio plebeyo, vigilaba á Coletta, la conducia, la volvia por la mañana y por la noche, y la hubiese seguido siempre si la sutil criatura no se hubiese deslizado sin cesar á través de sus dedazos rudos. Habia entre ellos una lucha silenciosa. Desde la ventana de la intendencia, el duque, veia, no sin despecho, á su linda nuera con los trajes deliciosos que combinaba con su sastre, apoltronarse en el carruaje, toda amoratada, tras el vaho de los

cristales, si hacia frio, ó al abrigo de su sombrilla á franjas, en los dias de sol.

—¿Vas á salir?

—A servicio de la reina,—respondia triunfalmente detrás de el velo la pequeña Sauvadon,—y esta era la verdad. Federica se mezclaba bien poco en el ruido de París, y dejaba voluntariamente todas sus comisiones á su dama de honor, pues no habia comprendido nunca la vanidad de dar en casa del abastecedor en boga, su nombre y su título de reina en medio del personal prosternado y de la curiosidad inquisitiva de las mujeres allí presentes. Además faltábale la popularidad mundana. No se discutia jamás en un salon acerca del matiz de sus cabellos ó de sus ojos, ni sobre la majestad un poco rígida de su talle y de su manera desembarazada de llevar las modas parisienses.

Un dia, por la mañana, el duque habia encontrado á Coletta á su partida de Saint-Mandé, tan voluntariamente séria, con una exaltacion tan marcada de su tipo de griseta, que, por instito, sin saberlo,—los verdaderos cazadores tienen estas inspiraciones repentinas — se puso á seguirla por largo espacio, hasta un famoso restaurant del muelle de Orsay. A fuerza de imaginacion y de astúcia, la princesa habia podido dispensarse de la ceremoniosa comida en la mesa de la reina, y venia á desayunarse con su amante en gabinete particular. Comian delante de una ventana, muy baja, que cortaba una expléndida vista: el Sena, dorado por el sol, las Tullerías detrás, como masa de piedra y de árboles, é inmediatos los mástiles cruzados de la fragata-escuela, en medio de las sombrosas verduras de los brocales del muelle, que los ópticos esmaltan con trozos de vidrio azul. Hacia un tiempo como para citas; la tibieza de un hermoso dia, atravesado por penetrantes brisas. Jamás Coletta habia reido de tan buena gana: la risa era el triunfo perlino de su gracia, y Christian, que la adoraba, cuando ella queria permanecer siendo la mujer alegre que él amaba en ella, saboreaba el fino desayuno en compañía de su querida. De repente, ella apercibió sobre la acera á su suegro, paseando de cabo á cabo con mesurados pasos, y como decidido á la más larga espera; una verdadera guardia montada á la puerta que el viejo sabia que era la única salida del restaurant, y en donde espiaba la entrada de los guapos oficiales coloradotes y tiesos, venidos del cuartel de caballería inmediato; porque en su calidad de antiguo general de panduros, creia irresistible el arma, y no dudaba un punto que su nuera no tuviese alguna intriga de espuelas y de chafarote.

Grande fué la ansiedad de Coletta y del rey, y recordaba el embarazo del sábio aquel suspenso de una palmera al pié de la cual bostezaba un cocodrilo. Seguros de la discrecion, de la incorruptibilidad del personal, ellos al ménos sabian que el cocodrilo no subiria. Pero, ¿cómo salir de allí? El rey, vaya... tenia tiempo para cansar la paciencia del animal. Pero, ¡Coletta! La reina la esperaria, y quizás añadiria sus sospechas á las del viejo Rosen. El dueño del establecimiento, á quien Christian hizo subir y puso en autos de lo que pasaba, caviló mucho, no encontrando otro medio que agujerear la pared de la vecina casa como en tiempos de revolucion; pero despues avínole la idea de un expediente mucho más sencillo. La primera tomaría los vestidos de un marmiton, y su bata y sus enaguas dobladas en un cesto, que llevaría sobre la cabeza, se la vestiría de nuevo en casa de la señora del mostrador que habitaba en una calle inmediata. Coletta se opuso mucho en un principio: ¡marmiton delante del rey! Fué preciso, sin embargo, bajo pena de mayores catástrofes; y el traje fresco, prestado de un muchacho de catorce años, hizo de la princesa de Rosen oriunda de Sauvadon, el más lindo, el más coqueton de los marmitones que corren por París á las horas de las comidas. Pero, ¡cuán léjos de esta *baretta* de tela blanca, de estos escarpines de niño en los que su pié danzaba, de esta chaqueta en cuyos bolsillos sonaban los cuartos de las propinas, el traje de paje heróico, con el puñal de mango de nacar y botas de montar que ella ambicionaba para seguir á su Lara!...

El duque vió pasar sin desconfianza á dos marmitones, con el cesto sobre su cabeza, rodeados de un sabroso perfume de pasta caliente que le hizo sentir cruelmente los primeros tiros del hambre—¡el pobre hombre estaba en ayunas!—En lo alto, el rey prisionero, más desembarazado de un grave cuidado, leia, bebia su *roderer*, mirando de vez en cuando por un rincon de la cortina si aún permanecia allí el cocodrilo.

Por la noche, cuando volvió á Saint-Mandé, el viejo Rosen fué recibido con la sonrisa más ingénua de la princesa. Comprendió que habia sido engañado y no dijo ni una palabra acerca de la aventura. Ella se alarmó no obstante. ¡Quién sabe por qué rendijas de salon ó de antecámara; por qué puertecilla de cristales bajada de un cupé, por qué eco reflejado por el sordo muro á las mudas puertas se difunde por París un rumor escandaloso hasta que llega á la luz, es decir, á la primer página de una hoja mundana, y desde allí habla á la multitud, penetra en millares de oidos, y se convierte, por último, en ludibrio público despues de haber sido la anécdota divertida de un círculo! Por espacio de ocho dias todo París se regocijó con la historia del pequeño marmiton. Los nombres, cuchicheados fueron tan bajo como era posible, para que tan grandes nombres no atravesaran la espesa epidermis de Herberto. Pero la reina tuvo alguna sospecha de la aventura, porque ella que, de una temible explicacion que ellos habian tenido en Leybach, no hacía jamás reproche al rey acerca de su conducta, le llevó aparte algun tiempo despues de esto, un dia, conforme salieron de la mesa:

—Se habla mucho—dijo gravemente, sin mirarle,—de una historia escandalosa en que se encuentra mezclado vuestro nombre... ¡Oh! no os defendais... No quiero ya escuchar nada... solamente, pensad en aquello de que soís el guarda. (Y le mostraba la corona de irradiaciones veladas en su caja de cristal.) Procurad que no la alcancen la vergüenza ni el ridículo... Es menester que vuestro hijo pueda llevarla.

¿Conocia á fondo la aventura? ¿Ponia el verdadero nombre sobre la cara de mujer enmascarada á medias por la maledicencia? Federica era tan fuerte, tan dueña de sí misma, como nadie hubiera podido decirlo en sus circunstancias. Pero, Christian se tuvo por advertido, y su terror á las escenas, á las historias, y la necesidad para esta naturaleza endeble de encontrar alrededor de sí sonrisas respondiendo al perpétuo sonreir de su abandono, le determinaron á sacar de la jáula de titís, el más lindo, el más mono de todos, para ofrecérselo á la princesa Coletta. Ésta escribió, pero él no respondió: no quiso comprender ni sus suspiros, ni sus actitudes de dolor, y continuó hablándola con la política lijera que las mujeres amaban en él, y deslastrado de este remordimiento que sentia más pesado á medida que disminuia su capricho, no hallando ya á sus alcances este afecto, de otro modo tiránico que el de su esposa, se lanzó, con la brida suelta, al placer, no pensando ya, hablando el terrible lenguaje, superficial y monótono, de los holgazanes, más que en «hacer la fiesta.» Aquel año, esta era la palabra á la moda en los clubs. Sin duda que hay otra ahora. Las palabras cambian; pero lo que queda inmóvil y uniforme son los restaurants famosos en que el sucedido ocurre; los salones de oro y de flores, donde las muchachas se invitan y se reciben, enervante vanalidad del placer, degradándose hasta la orgía sin poder renovarse; lo que no cambia es la clásica necedad de este monton de gentes de mal vivir, el *clichè* de su jerga y de su risa, sin que una gracia se deslize en este mundo que tiene tanto de vulgar, como el otro de convencional, bajo sus apariencias de locura; es el desórden arreglado, el capricho en programa, sobre el enojo que bosteza derrengado.

El rey, á lo ménos, hacia la fiesta con la precipitacion de un muchacho de veinte años. Llevábale allí aquella especie de escapatoria que le habia arrastrado á Mabille desde la primera noche de su llegada, satisfaciendo allí tambien sus deseos, aguzados por espacio de mucho tiempo, y desde léjos, por la lectura de ciertos diarios parisienses que dan cada dia el plato apetitoso

de la vida galante, y por medio de piezas teatrales y de novelas que la refieren y la idealizan para la provincia y el extranjero. Sus relaciones con Madama de Rosen le detenian algun tiempo sobre la pendiente del placer fácil, semejante á las escalerillas de los restaurants de noche, inundadas de luz, bien tapizados arriba, bajadas grada á grada por la embriaguez incipiente, tornadas más rápidas en lo bajo por el aire vivo de las puertas abiertas, y que llevan derecho al medio del arroyo, á las vagas horas de los barrenderos y los mozos de cordel. Christian se abandonaria ahora en este discurso, en esta caida, y lo que le envalentonaba, le emborrachaba más que los vinos de postres, era la pequeña córte, el *clan* de que se rodeaba: gentiles-hombres desbancados, á la mira de intrigas reales; periodistas vividores, cuyo *reportaje* pagado le distraia, y que, orgullosos de esta intimidad con el ilustre desterrado, le conducian á las galerías de teatros, donde las mujeres no tenian ojos más que para él: demudadas y provocantes, con el arrebol en ruborosa confusion, sobre sus mejillas embadurnadas. A la carrera por los largos boulevares, con sus muecas, su exageracion, sus debilidades, decia como un perfecto gomoso: «*Chic*, mucho *chic*... Esto es apestoso... Retuercen á uno...» Pero decíalo ménos vulgarmente, gracias á su acento extranjero, que relevaba á la jerga, dándole sus puntas y ribetes de bohemio. Habia una palabra á que le tenia afecto: «Rígolo.» Servíase de ella á propósito de todo, para apreciar todas las cosas. Las piezas teatrales, novelas, acontecimientos públicos ó particulares, eran ó no eran *rígolo*. Esto dispensaba á Monseñor de todo razonamiento. Al final de una comida, Amy Yerat, en medio de la embriaguez, y á quien placia esta palabra, le gritó una noche: —¡Hola! ¡Dí, tú, Rígolo!...

Agradóle esta familiaridad. Aquella mujer, por lo ménos, no le trataba como rey; la hizo su querida, y mucho despues que sus relaciones con la actriz en boga hubiesen concluido, el sobrenombre se le quedó, como el de «Cola de Gallina,» dado al príncipe de Axel, sin que se hubiese sabido jamás la causa.

Rígolo y Cola de Gallina formaban una pareja de amigos, sin separarse nunca, yendo á todas las cacerías juntos, uniendo hasta en los *boudoirs* sus destinos, casi semejantes, constituyendo la desgracia del príncipe hereditario, su verdadero destierro. Él lo pasaba mejor: por espacio de diez años «hacia la fiesta» en todas las tabernas del boulevard, con el humor de un saca-muertos. El rey de Iliria tenia su departamento en el hotel de Axel, en los Campos Elíseos. Allí durmió, primero algunas veces, bien pronto con tanta frecuencia como en Saint-Mandé. Estas ausencias explicadas, motivadas, en la apariencia, dejaban á la reina perfectamente tranquila, pero arrojaban á la princesa en un negro sentimiento. Sin duda quedaba á su orgullo malparado la esperanza de recobrar este corazon voluble.

Con tal fin empleaba mil coquetas invenciones, adornos, tocados nuevos, combinaciones de corte y de matices, concordándose con los tornasoles de su belleza. ¡Y qué desencanto, cuando la noche venia, daban las siete y el rey no parecia, y Federica, imperturbablemente serena, despues de haber dicho: «Su Majestad no come hoy aquí,» hacia colocar en el lugar de honor la silla alta del pequeño Zara! La nerviosa Coletta, obligada á callarse, á sepultar su despecho, hubiera deseado una explosion de la reina que las hubiese vengado á entrambas; pero, Federica, apénas un poco más pálida, guardaba su calma soberana, áun cuando la princesa, con más cruel destreza femenil, con insinuaciones deslizadas entre cuero y carne, probaba á hacerle algunas revelaciones acerca de los clubs de París, lo grosero de las conversaciones entre hombres, las distracciones aún más groseras, donde el desarreglo de las horas, la deshabitud del hogar entretenian á estos señores, y las partidas disparatadas, las fortunas crujiendo en castillos de cartas sobre las mesas de juego, las apuestas excéntricas consignadas en un libro especial, curioso de hojear, libro de oro de la aberracion humana. Pero, por más que hacia, la reina no prestaba atencion á este hostigamiento de picaduras, no lo comprendia ó no queria comprenderlo.

Una vez sola, se vendió no obstante una mañana en el bosque de Saint-Mandé, durante un paseo á caballo.

Hacia un frio leve pero ágrio del mes de Marzo, el cual, encrespando todo el agua del lago, la fruncia hácia los bordes aún rígidos y sin flores. Algunos retoños apuntaban sobre los tallos despojados que guardaban aún algunas rojas bayas de invierno; y los caballos, enfilando uno al lado de otro el sendero relleno de ramas muertas, las hacian crugir con un ruido lujoso de suelas nuevas y de barbadas sacudidas en el silencio desierto del bosque. Las dos mujeres, tan buenas amazonas la una como la otra, avanzaban directamente, absortas ante este camino de una extension intermediaria en que se prepara la renovacion en el cielo, cargado de lluvia, y la tierra negra de las últimas heladas. Coletta no obstante, como siempre que se quedaba á solas con la reina, atrajo bien pronto su asunto favorito. No osaba atacar directamente al rey, sino que se acercaba alrededor, á los gentiles-hombres del Gran-Club, que ella conocia todos por Herberto, por la crónica parisiense, y á quienes cortó buen sayo, sobre todo al príncipe de Axel. Verdaderamente no comprendia que formasen su sociedad con un hombre semejante, que pasaba su vida en el juego, no agradándole más que las malas compañías, por la noche sentado en el boulevard al lado de alguna figura, deteniéndose á beber como un cochero con el primero que llegaba, y tuteando á comediantes de baja estofa. ¡Y decir que era un príncipe heredero aquel! Encontraba, pues, placer en degradar, en manchar la dignidad real en su persona.

Ella marchaba, marchaba con fuego, montada en cólera, mientras que la reina, expresamente distraida, con los ojos vagos, acariciaba el cuello de su béstia, cuyo andar apresuraba un poco como para escapar á las historias de su dama de honor. Pero Coletta se puso al mismo paso.

—Por lo demás, tiene á quien imitar este príncipe de Haxel. La conducta de su tio vale tanto como la suya. Un rey que alista sus queridas con esta imprudencia delante de su córte, delante de su mujer... Preguntan qué naturaleza de esclava sacrificada puede tener una reina que soporta semejantes ultrajes.

Esta vez hirió el golpe. Federica, convulsa, con los ojos anublados, dejó aparecer sobre sus facciones, sumidas en un segundo de tal modo, una expresion tan dolorosa, que Coletta se sintió conmovida al ver descender al nivel del sufrimiento femenino la valerosa soberana, cuyo corazon jamás habia podido conquistar. Pero esta recobró bien pronto todo su valor.

—De la que usted habla es una reina,—dijo vivamente,—y seria una gran injusticia juzgarla como á las demás mujeres. Las otras mujeres pueden ser dichosas ó desgraciadas abiertamente, llorar todas sus lágrimas y gritar si el dolor es demasiado fuerte. ¡Pero las reinas!... Dolores de esposas, dolores de madres, todo les es forzoso ocultar, devorarlo todo... ¿Puede acaso una reina enfadarse cuando ha sido ultrajada? ¿Puede divorciarse, dar esta alegría á los enemigos del trono?... No, á riesgo de parecer cruel, ciega, indiferente; es menester conservar la frente siempre alta, á fin de sostener en ella la corona. Y no es el orgullo, sino el sentimiento de nuestra grandeza quien nos sostiene. El es quien nos hace salir en carruaje descubierto entre el hijo y el esposo, con la amenaza en el aire de los disparos de una conspiracion; él quien nos hace ménos pesado el destierro y su cielo de cieno; él, en fin, quien nos presta fuerza para sufrir ciertas crueles afrentas, de las que usted debiera ser la última en hablarme, princesa de Rosen.

El discurso la animaba, la precipitaba hácia el fin: despues azuzó su caballo con un «hep» vigoroso, que le lanzó á través de los bosques como un huracan, en el aturdimiento de una carrera loca en la que crujian el velo blanco de su amazona y los pliegues de su falda de paño.

Desde entonces, Coletta dejó á la reina tranquila; pero como era necesaria á sus nervios una distraccion, un desahogo, volvió su cólera, sus justas quisquillosas sobre Eliseo, y se puso definitivamente del partido de la marquesa, porque la casa real

estaba dividida en dos campos. Eliseo no tenia casi de su lado mas que el padre Alfeo, cuyo hablar rudo, cuyo pujavante siempre presto, eran de un gran socorro en las ocasiones; pero, el monje hacia á Iliria frecuentes viajes, cargado de misiones entre la casa-madre de la calle de los Hornos y los conventos franciscanos de Zara y de Ragusa. Al ménos, este era el pretexto de sus ausencias efectuadas en medio del mayor misterio, y de las que regresaba siempre más ardiente, trepando por la escalera á pasos grandes y furiosos, con el rosario arrollado en los dedos y una oracion en los dientes que masticaba como una bala. Encerrábase largo tiempo con la reina, luego, se volvia á poner en camino, dejando todo el partido de la marquesa coligado libremente contra el preceptor. Desde el viejo duque, á quien el porte descuidado y la enmarañada cabellera de Meraut chocaban en sus hábitos de disciplina militar y mundana, hasta Lebeau el camarero, enemigo por instinto de toda independencia, hasta el más humilde palafrenero ó mozo de cocina cortesano de Lebeau, hasta el inofensivo Boscovich, que hacia lo que los demás por cobardía, por respeto al número, todos en fin habian formado en torno del nuevo maestro una verdadera coalicion. Esta se traducia ménos por actos que por palabras, por miradas, por actitudes, en estas pequeñas nerviosas escaramuzas que ocasiona la vida comun entre gentes que se detestan. ¡Oh, qué actitudes tan especiales la de madama de Silvis! Desdeñosa, altiva, irónica, amarga, ella representaba como con cabeza de expresion frente á Eliseo, aplicándose sobre todo á halagar con una especie de piedad respetuosa, con suspiros ahogados, con miradas al techo, siempre que se encontraba con el príncipe: «Vos no sufrís, señor mio.» Y le palpaba con sus largos dedos flacos, enlanguideciéndole con caricias temblorosas. Entónces la reina, con una voz jovial, decia:

—Vamos, pues, marquesa, hareis creer á Zara que está malo.

—Yo le encuentro las manos y la frente un poco calientes.

—Viene de fuera... el aire vivo...

Y se llevaba al niño, algo turbada por las observaciones repetidas á su lado, á la fábula de la casa, en que se le hacia trabajar demasiado al señor, fábula que la domesticidad parisien repetia sin creer en ella; pero tomado en sério por los criados traidos de Iliria, la gran Pettcha y el viejo Greb, que lanzaba á Meraut miradas aviesas, y le hostigaban con esa antipatía mezquina de la servidumbre, tan fácil de ejecutar contra los dependientes y los distraidos... volvió á encontrar las persecuciones, las pequeñeces, las envidias del palacio de X... el mismo graznido de almas, arrastrándose alrededor de los tronos, y de las que el destierro y la caida no la desembarazan, segun parece. Su natural, demasiado generoso, demasiado afectuoso para no sufrir estas antipatías resistentes, experimentaba una tortura conforme sus maneras sencillas y familiares, y sus costumbres de artista bohemio, se estrechaban, en el ceremonial forzado de la casa, en las comidas, iluminadas con altos candelabros, donde los hombres, siempre de uniforme, y las mujeres descotadas, alrededor de la mesa agrandada por la esquivez de los convidados, no hablaban, no comian, sino despues que el rey y la reina habian comido y hablado, dominados ellos mismos por la etiqueta implacable, por la que el jefe de la casa civil y militar vigilaba la observancia con tanto más vigor cuanto más se iba prolongando el destierro. Sucedia, no obstante, que el viejo estudiante de la calle de *Monsieur-le-Prince* se sentaba á la mesa con corbata de color, hablaba sin permiso, y se lanzaba á libre rienda, en una de aquellas improvisaciones elocuentes que las paredes del café Voltaire recordaban aún. Entonces, las miradas fulgurantes que hácia sí atraia, la importancia que tomaba la menor infraccion á los reglamentos de la pequeña córte la causaban un ánsia inmensa de dejarlo todo y volverse bien pronto á su barrio, como ya habia hecho más de una vez.

Sólo la reina le retenia allí.

A vivir siempre en la intimidad de Federica, y el niño enmedio de ellos, se hubiera tomado por ella una abnegacion

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

fantástica, un respeto, una admiracion y una fe supersticiosa. Ella resumia, simbolizaba á sus ojos toda la creencia y el ideal monárquicos como para un aldeano del Transtevere la Madona es toda la religion. La reina era quien le detenia, quien le prestaba el valor de llevar hasta el fin su ruda tarea. ¡Oh! ¡sí, bien ruda, bien necesitada de paciencia! ¡Qué dificultades para hacer entrar la menor cosa en aquella pequeña cabeza de hijo de rey! Estaba, por otra parte, encantador, el pobre Zara, dulce y bueno. No faltábale ciertamente voluntad. Adivinábase en él el alma séria y recta de su madre con yo no sé qué de ligero, de arrebatado, de más jóven que lo que requeria su edad. Su talento estaba visiblemente retardado en este cuerpecillo envejecido, agarrotado, al cual no agradaban los juegos, y sí una larga somnolencia galopante hácia la estolidez. Mecido durante sus primeros años —qué no habian sido para él sino una larga convalecencia —por las sonajas fantásticas de su institutriz, la vida que empezaba á columbrar heríale solamente por las analogías con sus cuentos en que las hadas, los buenos génios se mezclaban á los reyes y las reinas para sacarlos de las torres malditas y de los escondites, librándolos de las persecuciones y de los lazos con un golpe de su mágica varita dorada, descorriendo los muros de cristal, los bardarles de espinas, los dragones que lanzan fuego y las viejas que los truecan en animales.

En la leccion en medio de una explicacion difícil que se le daba. «Eso es como en la historia del sastrecillo» decia: ó si leia la narracion de una gran batalla. «El gigante Robistor lo hubiera matado mejor.» Este sentimiento de lo sobrenatural tan fuertemente desarrollado en él, era quien le daba su expresion distraida, y quien le hacia permanecer horas enteras inmóvil en los cojines de su canapé, guardando en el fondo de sus ojos la fantasmagoría cambiadora y flotante, el deslumbramiento de falsa luz de un niño que sale de *Rothomago*, con la fábula del drama desarrollado en un recuerdo en maravillosos cuadros prismáticos.

Y esto era lo que le volvía difíciles el razonamiento y el estudio grave que se deseaba obtener de él.

La reina asistia á todas las lecciones siempre con los dedos sobre su bordado, que nada adelantaba, y en su hermosa mirada esa atencion tan preciosa para un maestro, que la sentia vibrante á todas sus ideas, aun en aquellas que no expresaba. Era por esto por lo que se comprendian, por los sueños, por las quimeras, por eso que flota por cima de las convicciones y las desparrama. Ella le habia tomado por consejero, por confidente, afectando no hablarle sino en nombre del rey.

—Señor Meraut,—decia,—su majestad desearia saber vuestra opinion acerca de esto.

Mas era grande el asombro de Meraut al no oir jamás al rey hablarle él mismo de aquellas cuestiones que le interesaban tanto. Christian II le trataba con ciertos miramientos y le hablaba en un tono de compañerismo familiar, excelente, pero bien fútil. Algunas veces, al cruzar el gabinete de estudio, se detenia un instante para escuchar la leccion, y luégo, apoyando la mano sobre la espalda del delfin,

—No le empuje usted demasiado,—decia á media voz como un eco del ruido subalterno de la casa,—usted no querrá hacer de él un sabio...

—Quiere hacerle un rey,—respondia Federica con bravura.

Y á un gesto de desaliento de su marido.

—¿No deberá acaso reinar un dia?

Entonces él:

—Ya, sí... sí...

Y despues de un profundo saludo, cerraba la puerta para cortar más pronto toda discusion, oyéndosele tararear un aire de opereta en boga: «*El reinará... él reinará... porque es español.*» En suma, Eliseo no sabia á qué atenerse con respecto á este príncipe afable, superficial, perfumado, coqueton, lleno de caprichos, echado á veces sobre los divanes con fatigas de enervamiento, y que él creia era el héroe de Ragusa, el rey

de enérgica voluntad y de bravura cuyas hazañas referia en su *Memorial*. Por tanto, aunque la destreza de Federica en enmascarar el vacío de esta frente coronada, y aun cuando ella se sustrajera detrás de él contínuamente, alguna circunstancia imprevista se presentaba siempre donde sus verdaderas naturalezas aparecian.

Una mañana, despues del desayuno, como acabasen de pasar al salon, Federica, abriendo los diarios, al ver el correo de Iliria, que era siempre la primera en leer, lanzó una exclamacion tan fuerte y tan dolorosa, que el rey, próximo á salir, se detuvo, y todos agrupáronse en el instante en torno de la reina. Esta pasó el diario á manos de Boscovich.

—Lea usted,—dijo:

Era el extracto de una sesion de la Dieta de Leybach y la resolucion que se acababa de tomar, de devolver á los soberanos desterrados todos los bienes de la corona, más de doscientos millones, con la condicion expresa...

—¡Bravo!—prorrumpió la voz gangosa de Christian,—eso marcha bien...

—Continúe usted,—dijo la reina severamente.

—...Con la condicion expresa de que Christian II renunciará para él y todos sus descendientes, al trono de Iliria.

Hubo en la sala una explosion de indignacion.

El viejo Rosen se ahogaba; las mejillas del padre Alfeo tomaron una blancura de lienzo que hacia más negra su barba y sus ojos.

—Es menester responder... no quedar bajo este golpe;—dijo la reina, buscando en su indignacion á Meraut, que, desde hacia un momento, tomaba notas con su lápiz, febril en el extremo de la mesa.

—Hé aquí lo que yo escribiria,—dijo adelantándose, y leyó, bajo la forma de una carta á un diputado realista, una valiente proclama al pueblo iliriense, en la cual, despues de haber rechazado la ultrajante proposicion que se habia hecho, el rey afirmaba, alentaba á sus amigos, con el acento conmovedor de un jefe de familia alejado de sus hijos.

La reina, entusiasmada, batió palmas, cogió el papel, y se lo dió á Boscovich.

—Pronto, pronto,—dijo,—traducidlo y hacedlo partir... ¿No es esta tu opinion?—añadió, acordándose que estaba allí Christian, y que todos le miraban.

—Sin duda... sin duda...—dijo el rey muy perplejo, royendo sus uñas con furor.—Todo eso es muy hermoso... solamente que... convendria saber si nos podremos mantener...

Ella se revolvió, brusca y muy pálida, como herida de un fuerte porrazo entre las dos espaldas, y dijo:

—¡Mantener! ¡Si nos podremos mantener!... ¿El rey es quien habla?

Este, muy tranquilo, replicó:

—Cuando en Ragusa llegó á faltar el pan, con la mejor voluntad del mundo tuvimos que rendirnos.

—Pues bien; esta vez, si el pan falta, tomaremos el zurron é iremos de puerta en puerta... pero, la majestad real no se rendirá!

¡Qué escena, en este estrecho salon del circuito de París, presentaba este debate entre dos príncipes caidos, uno que se sentia fatigado de la lucha, con las piernas cortadas por su falta de creencia, la otra exaltada por el ardor y la fé; y cómo con sólo verlas se revelaban bien estas dos naturalezas! El rey, delgado, fino, con el cuello desnudo, las ropas sueltas, toda su molicie visible en la afeminacion de las manos caidas y pálidas, en las rizaduras ligeramente humedecidas de su frente blanca; ella, esbelta y soberbia con amazona de grandes vueltas, un pequeño cuello derecho, y unos sencillos manguitos bordando solamente el luto de su vestido sobre el cual se destacaba su sangre viva, el rayo de sus ojos y los torzales dorados de sus cabellos. Elisco, por la primera vez tuvo la vision rápida y nítida de lo que pasaba en esta menaje real.

De repente, Christian II, volviéndose hácia el duque, que se

hallaba de pié contra la chimenea, con la cabeza baja, dijo:

—¡Rosen!

—¿Señor?

—Tú eres el único que puede decirnos ésto... ¿Dónde nos hallamos?... ¿Podemos subsistir aún?

El jefe de la casa hizo un gesto altanero.

—¡Ciertamente!

—¿Cuánto tiempo?... ¿Lo sabes tú?... próximamente.

—Cinco años; yo he hecho la cuenta.

—¿Sin privaciones para nadie?... ¿Sin que ninguno de los que amamos nosotros padezca ó sea perjudicado?...

—Tanto como eso, precisamente, señor.

—¿Estás seguro de ello?

—Seguro,—afirmó el viejo enderezando su talle inmenso.

—Entónces, está bien... Meraut, dadme vuestra carta... que la firme antes de salir. Despues, á media voz, al tomar la pluma de sus manos, le dijo:

—Mire usted á madama de Silvis... dijérase que va á cantar *Selva sombria*.

La marquesa, en efecto, al volver del jardin con el pequeño príncipe, respiraba en el salon una atmósfera de drama, y adornada con su toca de plumas verdes y de un *espencer* de veludillo, con la mano sobre el corazon, adoptaba bien la postura en asserto, sobrecogida y romántica de una cavatina de ópera.

Leida en pleno Parlamento, publicada en todos los diarios, la protesta fué aún, por consejo de Eliseo, autografiada y enviada á los campos por millares de ejemplares que el padre Alfeo llevaba en fardos, pasando por las aduanas bajo la etiqueta *objetos de piedad*, en union de rosarios de olivo y de rosas de Jericó. La opinion realista recibió con esto un espolazo. La Dalmacia, sobre todo, donde la idea republicana no habia penetrado mucho, se conmovió al oir la elocuente palabra de su rey, vendida en el púlpito en muchas aldeas y distribuida por los monjes cuestadores de San Francisco, entreabriendo sus alforjas á la puerta de los cercados y pagando los huevos y la manteca con un paquetillo de aquellos impresos. Bien pronto, memoriales se cubrian de firmas y de esas cruces tan conmovedoras por su buen querer ignorante, y se organizaban peregrinaciones.

Convirtióse, con esto, la pequeña casa de Saint-Mandé, en arribo de pescadores, de esportilleros de Ragusa, con una capa negra sobre su rico traje musulman, y de rústicos campesinos morlacos, todos calzados con el *opanké* de Zalea, anudado sobre el pié con tomizas. Bajaban por bandadas del tranvía, desde el cual los picos de las dalmáticas de color de escarlata, las fajas ó franjas, los chalecos con botones de metal, se destacaban ruidosamente entre la uniformidad del traje parisien, y atravesando el patio con paso firme, deteníanse despues en el vestíbulo, y se concertaban en voz baja, conmovidos, intimidados. Meraut, que asistia á todas estas presentaciones, se sentia removido hasta el fondo de las entrañas; la leyenda de su infancia revivia en estos entusiasmos venidos de tan lejos, y el viaje Frohsdorf de los burgueses del cercado de Rey, las privaciones, los preparativos de la partida, los desencantos no confesados al regresar, se volvian á la memoria, mientras que sufria con la actitud indiferente, obsediada de Christian, y con sus suspiros de desahogo al final de cada entrevista. En el fondo, el rey estaba furioso con estas visitas, que desbarataban sus placeres, sus hábitos, y le condenaban á pasar tardes tan largas en Saint-Mandé. A causa de la reina, acojia, sin embargo, con algunas frases vanas las protestas sofocadas por las lágrimas de todo este pobre pueblo, vengándose despues de su enojo con una burla cualquiera, picoteando con el lápiz sobre un extremo de la mesa con el espíritu de malvada mofa, marcada en el ángulo de sus lábios. Así habia un dia caricaturado al síndico de los pescadores de Branizza, de ancha cara italiana, con mejillas colgantes, de ojos redondeados, atontada por el temblor y la alegría de la entrevista real, y con las lágrimas rodando hasta

la barba. La obra maestra circulaba por la mesa al otro dia entre las risas y las exclamaciones de los convidados.

El duque mismo, en su desprecio hácia lo popular, llegaba á fruncir su viejo pico en señal de hilaridad enorme, y el dibujo pasaba á Eliseo, despues de atravesar por la estruendosa adulacion de Boscovich. Mirábale largamente, y lo devolvia sin decir nada á su vecino, y como el rey, desde el extremo de la mesa, le interpelase con su impertinente voz nasal, diciendo:

—Usted no se rie, Meraut... es sin embargo muy gentil mi síndico.

—No, mi señor, yo no puedo reir,—respondia Meraut tristemente;—este es el retrato de mi padre.

De allí á algun tiempo, Eliseo se halló testigo involuntario de una escena que acabó de esclarecer para él el carácter de Christian y sus relaciones con la reina. Era un domingo despues de misa. El pequeño hotel, con una apariencia de fiesta inusitada, abria de par en par su verja de la calle Herbillon, con toda la librea en pié y ordenada en línea en la antecámara de la gradería verdegueante como un *serre*. La recepcion de aquel dia era de las de más importancia. Aguardábase una diputacion realista de los miembros de la Dieta, la flor y nata del partido, que venia á hacer al rey homenaje de fidelidad, de abnegacion, y aconsejarse con él acerca de las medidas que se habian de tomar para una próxima restauracion. Un verdadero acontecimiento, esperado, anunciado, y cuya solemnidad se regocijaba con un magnífico sol de invierno que doraba y calentaba la vasta soledad del salon de recepcion, y el alto sillon del rey preparado como un trono, despertando en la sombra en chispas brotadoras los rubíes, los záfiros, los topacios de la corona.

Mientras que la casa se agitaba con un vaiven contínuo, con un rozamiento de arrastres de vestidos de seda por los pisos mientras que el pequeño príncipe, dejándose poner sus largas medias rojas, su traje de terciopelo, su cuello de *guipure* de Venecia, repetia el discurso que se le habia hecho aprender hacia

ocho dias; y que Rosen, muy encopetado, y recamado de placas, se enderezaba más derecho que nunca para introducir á los diputados. Eliseo, voluntariamente al abrigo de todo este aparato, solo en la galería de estudio, pensaba en las consecuencias de la próxima entrevista, y en un espejo, frecuente en su cerebro meridional, veia ya la triunfante vuelta de sus príncipes en Leybach, en medio de las salvas y repiques, con las calles alfombradas de flores, el rey y la reina, teniendo delante de sí, como una promesa para el pueblo, un porvenir que los ennoblecia aún, y los colocaba en el rango de antiguos jóvenes, su discípulo querido, el pequeño Zara, inteligente y grave, con esa gravedad de los niños que atraviesan una emocion demasiado grande para ellos. Y el resplandor de este hermoso domingo, la alegría de las campanas vibrantes á esta hora en el sol pleno del mediodia, se duplicaban para él con la esperanza de una fiesta donde el orgullo maternal de Federica extraviaría quizás hasta él, por cima de la cabeza del niño, una brava sonrisa de satisfaccion.

Sin embargo, sobre la arena, en el patio de honor donde se oian los timbres resonantes de la llegada, escuchaban el ruido sordo de las carrozas de gala que habian ido á buscar los diputados á su hotel. Crujian los portiers, amortiguábanse los pasos sobre las alfombras del vestíbulo y del salon en un murmullo de palabras respetuosas. Despues hubo un largo silencio, con no poco asombro de Meraut, porque esperaba el discurso del rey, esforzándose con su voz gangosa. ¿Qué sucedia, pues, que hacia vacilar el órden previsto de la ceremonia?...

En este momento, rozándose con las paredes y las espalderas negruzcas del jardin frio y claro, aquel que creia en la pieza inmediata presidiendo la recepcion oficial, se le apareció, marchando con un paso rígido y embarazoso. Debia de haber vuelto por la puerta de escape oculta bajo las enredaderas de la avenida Daumesnil, y se adelantaba lentamente y con gran trabajo. Eliseo pensó primero en un duelo, en algun accidente, y poco despues el ruido de una caida en el piso superior, de una

caida que se hubiera dicho retenida en los muebles, en las colgaduras de la cámara, tal fué de larga y de pesada, acompañada de un fracaso de objetos en tierra, le confirmó en su idea. Subió precipitadamente á donde estaba el rey. La cámara de Christian, en semicírculo en el ala principal del castillo, estaba caliente y cadarzada como un nido, revestida de púrpura, ornada en las paredes de trofeos de armas antiguas, con divanes, muebles bajos, pieles de osos y de leones, entre este lujo muelle casi oriental; encerraba la originalidad de un pequeño lecho de campo sobre el cual se acostaba el rey por una tradicion de familia, y ese puesto á la sencillez espartana que afecta conceder voluntariamente los millonarios y los soberanos.

La puerta estaba abierta.

Frente á Christian, de pié, puesto de codos en la pared, con el sombrero atrás sobre su cabeza descompuesta y pálida, su largo saco entreabierto, dejando ver sus ropas remangadas, la corbata blanca desanudada y la ancha pechera con roturas tiesas y manchadas, con todo ese estropeamiento de las ropas que marca la fatiga de la noche pasada y el desórden de la embriaguez, la reina se mantenia derecha, severa, con la voz rugiente y sorda, toda ella temblorosa del violento esfuerzo que hacia para contenerse.

—Es necesario... es necesario... venid,—decia.

Pero él, muy bajo, con el aire vergonzoso,

—No puedo... Bien ves que no puedo... Más tarde... lo prometo.

Despues reunió algunas excusas, con una risa de bestia y una voz infantil... No era sólo lo que habia bebido. ¡Oh! no, sino el aire, el frio al salir de la cena.

—Sí, sí... Lo sé... ¡Es igual!... Es menester bajar... ¡Que os vean, que os vean solamente!... Yo, yo les hablaré... Yo sé lo que es necesario decir.

Y como permaneciese siempre inmóvil, mudo ya por un sueño que comenzaba sobre su faz horriblemente distendida, la cólera de Federica se exasperó.

—Pero comprended,—dijo—que en esto va nuestro destino... Christian, es tu corona, la corona de tu hijo lo que tú juegas en este momento... vamos, ven... yo te lo suplico, yo quiero.

Estaba entonces soberbia con su tan fuerte voluntad, cuyos eflúvios en sus ojos de agua marina magnetizaban visiblemente al rey. Le cogia con su mirada, probaba á afirmarlo, á enderezarlo, le ayudaba á desembarazarse de su sombrero, de sus holapandas, rellenas de los malos soplos de la embriaguez y del humo emborrachante de los cigarros. Irguióse un momento sobre sus piernas que le flaqueaban, y dió algunos pasos vacilantes, apoyando sus manos abrasadas sobre el mármol de las manos de la reina. Pero súbito, ella sintió que se le desmayaba, cejó ante este contacto morboso, y bruscamente le rechazó con violencia, con disgusto, dejándolo caer á todo lo largo sobre un divan; despues, sin una mirada para esta masa vestida de trapo, inerte, ya roncando, abandonó la cámara y pasó por delante de Eliseo sin verle, tiesa, con los ojos medio cerrados, murmurando con una voz de sonámbula extraviada y dolorosa.

Alla fine sono stanca de fare i gesti de questo monarcaccio... (1).

(1) Al fin estoy cansada de hacer los gestos de este monarcucho

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

J. Tom Levis, agente de los extranjeros.

Entre todos los antros parisienses, entre todas las cavernas de Alí-Baba, cuya gran ciudad está minada y contraminada, nada hay más particular, ni de una organizacion tan interesante como la agencia Levis.

Vosotros la conoceis, todo el mundo la conoce, al ménos desde fuera. Se halla situada en la calle Real, en el ángulo del Faubourg-Saint-Honoré, en pleno, en la carrera de los carruajes que van al Bosque, ó que vuelven de él, sin que uno sólo pueda escapar al reclamo de ramera de este suntuoso piso bajo sobre ocho gradas, con sus altas ventanas de un sólo cristal, llevando cada uno las armas bermejas, azules y doradas de las principales potencias de Europa, águilas, unicornios, leopardos, toda la casa heráldica. A treinta metros, en la latitud entera de esta calle, que vale un boulevard, la agencia Levis atrae las miradas hasta de los ménos curiosos. Todos preguntan: «¿Qué se vende allí?» Allí, ¿qué no se vende? Valdria decir mejor. Sobre cada cristal se lee, en efecto, en hermosas letras de oro, aquí: «vinos, licores, comestibles, cerveza, Kümmel, raki, caviar, *brandadas* de bacalao,» ó bien «muebles antiguos y modernos, tapicerías, verduras, alfombras de Smyrna y de Ispahan;» mas lejos: «cuadros de maestros, mármoles y tierras cocidas, armas de lujo, medallas, panóplias,» en otra parte: «cambio, descuento, monedas extranjeras,» ó aún: «librería universal, diarios de todos los países, de todas las lenguas,» al lado de: «ventas y arriendos, cacerías, playas, veraneo;» ó de: «informes, discrecion, prontitud.»

Este hormigueo de inscripciones y de escudos, de armas brillantes deslumbra singularmente la fachada y no permite ver bien los objetos allí expresados. Vagamente distínguense botellas de forma y de color extraños, sillas de madera esculpida, cuadros, pieles, luego en los casilleros algunos rollos deshechos de piastras y de paquetes de papel-moneda. Pero los vastos subterrános de la agencia, abriendo sobre la calle, al nivel de la acera por una especie de tragaluces enrejados, sirven de asiento sólido y sério á la colocacion un poco chillona de la vasta tienda, y procuran la impresion de almacenes repletos de la ciudad de Lóndres, sosteniendo el *chic* y el *fla-fla* en un escaparate del boulevard de la Magdalena. Allá abajo desbordan riquezas de todas especies, barricas alineadas, fardos de telas, montones de cajas, de cofres, de botes de conservas, profundidades llenas hasta producir el vértigo, como cuando sobre el puente de un «packet» de mensajerías, al partir, se hunde la vista en la cala abierta del navío que está en vías de partir.

Así dispuesta, sólidamente tendida en plena remocion parisien, la nave arrebata á su alcance una multitud de grandes y pequeños peces, hasta de la morralla del Sena, la más sutil de todas; y si pasais por allí hácia las tres de la tarde, la encontrareis casi siempre atestada.

En la puerta de cristales que da á la calle Real, alta, clara, dominada por un ancho fronton de madera esculpida, — entrada de almacen de modas ó de novedades,—se halla colocado el cimbel de la casa, militarmente galonado, volviendo el picaporte desde que os vé, ó tendiendo un paraguas,—cuando hay necesidad de él,—á los clientes que bajan del carruaje. Preséntase ante

vosotros una inmensa sala, dividida por barreras, por verjas con postigos, con una multitud de compartimentos, y por bojes recortados regularmente á derecha y á izquierda, hasta el fondo. La luz deslumbradora hace relucir los paquetes encerados, las maderas, los redingotes correctos y las rizaduras con los hierrecillos de los empleados, todos elegantes, de bella presencia, pero de acento y aire extranjeros.

Hay allí los tintes olivosos, los cráneos puntiagudos, las estrechas espaldas asiáticas, collares de barba americanos bajo ojos de un azul de loza, rojas encarnaciones alemanas y en cualquier idioma que el comprador haga su demanda, está siempre seguro de ser comprendido, porque se hablan todas las lenguas en la agencia, excepto la lengua rusa, bien inútil por lo demás puesto que los rusos las hablan todas menos la suya. La multitud va y viene en torno de los postigos, y espera sobre las sillas lijeras en confusion de caballeros y damas en traje de viaje, con gorras de astrakan, tocas escocesas, largos velos flotantes, guardapiés, tuines á cuadros, vistiendo indistintamente á los dos sexos, paquetes suspensos de correas, sacos de cuero en forma de aspa, un verdadero público de sala de espera, gesticulando, hablando alto con el desembarazo y el aplomo de gentes que se hallan fuera de sus casas, haciendo en muchas leguas el mismo cencerreo confuso, abigarrado que se oye entre los mercaderes de pájaros del muelle de Gébres. Al mismo tiempo saltan tapones de cerbeza ó de romané y pilas de oro se recluyen sobre la tabla de los mostradores. Son interminables allí los sonidos eléctricos, los silbidos en los tubos de comunicacion, el cartonaje de los planos de una casa desrollándose, un preludio de arpegios al probar un piano, ó las exclamaciones de una tríbu de Samoyedos, al rededor de una enorme fotografía al carbon.

Y desde una caja á la otra, empleados que se comunican informes, una cifra, un nombre de persona ó de calle, sonrientes, apresurados, quedando súbitamente majestuosos, glaciales, indiferentes, con la fisonomía completamente separada de los asuntos de este mundo, cuando algun infortunado, perdido, arrojado de postiguillo en postiguillo, se inclina para hablarles por lo bajo de algun negocio misterioso que parece colmarlos de admiracion. Algunas veces, aburrido de verse considerado como una tromba ó un aereolito, el hombre se impacienta y dice quiere ver al mismo J. Tom Levis, quien de seguro sabrá el asunto de que se trata. Entónces recibe por respuesta con cierta sonrisa de superioridad, que J. Tom Levis se halla ocupado... que J. Tom Levis tiene gente... ¡Y no en asuntos de tres al cuarto, como los nuestros, ni con gentecilla de vuestra estofa, mi buen hombre!... Pero á propósito, mirad allá abajo, al fondo de la habitacion. Una puerta acaba de abrirse. J. Tom Levis aparece un instante, más majestuoso el solo que todo su personal, majestuoso por su vientre prominente, su cráneo pelado y luciente como la muestra de la agencia, por la erguida posicion de su pequeña cabeza mirando á la distancia de quince pasos, el gesto despótico de su corto brazo y la solemnidad con que pregunta gritando muy fuerte en su jerga insular si ha servido el envío de su alteza real monseñor el príncipe de Gales, al mismo tiempo que con la mano que le queda libre sostiene, herméticamente cerrada, detrás de sí, la puerta de su gabinete, para dar á entender bien que el augusto personaje allí encerrado es de esos á quienes no se incomoda bajo ningun pretexto.

Es inútil decir que el príncipe de Gales jamás se ha presentado en la agencia, y que no hay que servirle el menor envío; pero considerad el efecto que causará este nombre entre la multitud que llena el almacen y sobre el cliente solitario á quien Tom acaba de decir en su gabinete: «Perdonad... un momento... necesito informarme...»

¡La banca! ¡Lo que es la banca! No hay príncipe de Galles detrás de la puerta del gabinete, como no hay *raki* ó *kimmel* en las caprichosas botellas del escaparate, ni cerveza inglesa ó alemana en los toneles empotrados en el subterráneo, y como tampoco se trasportan mercancías en los carruajes blasonados,

dorados, barnizados, con la marca J. T. L. que pasan á gran galope, tanto más rápidos, cuanto más vacíos, por los dilatados barrios de París; reclamo ambulante y ruidoso que pasa desempedrando las calles con esa frenética actividad que caracteriza á los hombres y á los animales de la agencia Tom Levis. Si un pobre diablo, deslumbrado á la vista de todo aquel oro, rompe de un puñetazo el cristal del escaparate del cambio, é introduce vorazmente su ensangrentada mano en los esportillos, la retirará llena únicamente de chapas de laton; si se apodera de aquel enorme legajo, al parecer de billetes de Banco, pronto conocerá que sólo habia uno de veinticinco francos colocado artísticamente sobre una resmilla de papel *bull*. Nada en la estantería, nada en las cuevas, nada, nada, ni el valor de un alfiler. Pues entónces, ¿dónde está el Oporto que catan esos ingleses? ¿Dónde el dinero que se lleva el bojardo á cambio de sus rublos? ¿Dónde la pequeña estátua de bronce que se empaqueta para aquella griega de las Islas?... ¡Oh! No hay nada más sencillo. La cerveza y el vino proceden del vecino almacen; el oro, de casa de un cambista del boulevard; la estátua, del bazar de «Tal», en la calle de Cuatro de Setiembre. Es negocio de dos ó tres empleados, que esperando en el subsuelo, corren á cumplir las órdenes que se les trasmiten por los cordones acústicos.

Saliendo por el pátio de la casa vecina, vuelven dentro de algunos minutos, y suben la espiral escalera, con pasamano cincelado y bolas de cristal que comunica los dos pisos. Allí está el objeto pedido, garantizado con la marca J. T. L. Y no os apureis, príncipe mio; si este no os gusta, se puede cambiar. Las cuevas de la agencia están bien provistas de todo. Será un poco más caro que en cualquier otra parte, el doble ó el triple, seguramente; pero vale mucho más esto que no recorrer almacenes en que no se compronde una palabra de lo que decís, á pesar de la promesa de la nuestra «english spoken» ó «man spricht dentch» (1), aquellos almacenes del boulevard, en que el

(1) Se habla el inglés, se habla el aleman.—N. T.

extranjero acosado, circunvalado, no encuentra más que el fondo de las cajas, los saldos, el deshecho de París, el déficit del libro de caja, «el objeto que ya no está en moda,» las guarniciones del año pasado deslustradas más por su fecha que por el polvo de los estantes. ¡Oh! El tendero parisien, obsequioso y despegado, altanero y pegajoso, ha muerto, y el extranjero ya no le busca. Se cansa, en fin, de ser explotado tan ferozmente, no sólo por el tendero, sino por el hótel en que duerme, el restaurant donde come, el coche que lo arrastra por las calles, el revendedor de billetes que le envía á bostezar en los teatros vacíos. Al ménos, en la casa de Levis, se encuentra todo lo que se desea, á nadie se engaña, porque Tom Levis es inglés, y la lealtad comercial de los ingleses es conocida en los dos mundos.

Y Tom Levis es inglés, tanto como puede serlo, desde la cuadrada punta de sus zapatos de quákero, hasta su largo gaban cayendo sobre un pantalon de cuadros verdes, hasta su sombrero piramidad de alas minúsculas, dejando descubierta su rubicunda, tranquila y fiemática cara. La lealtad inglesa se lée sobre aquella tez alimentada con bifteacks, aquella boca rasgada hasta las orejas, en la rojiza seda de sus patillas desiguales por la manía que tiene su propietario de devorar la una, siempre la misma, en sus momentos de preocupacion; y se adivina en aquella mano corta, en los dedos cubiertos de rojo vello, cargados de anillos. Leal asímismo parece su mirada bajo un par de lentes con finísima montura de oro, y tan leal, que cuando Tom Levis dice alguna mentira,—todos están expuestos á ello,—las pupilas, por un extraño juego nervioso, giran sobre sí mismas cual pequeñas ruedas arrebatadas en la perspectiva de un giróscopo.

Lo que completa perfectamente la fisonomía anglicana de J. Tom Levis, es su *cab*, el primer vehículo de este género que se ha visto en Paris, concha natural de aquel sér original. Cuando tiene un negocio un poco complicado, ó llega uno de esos momentos, como ocurren en el tráfico, en que uno se siente oprimi-

do, apurado, «Tomo el *cab*,» dice Tom, y está seguro de encontrar alguna idea. Combina, pesa, comenta, mientras los parisienses ven pasar en la trasparente caja, con ruedas y rasando con el suelo, aquella silueta del hombre preocupado que masca con energía su patilla favorita. Es en el *cab* en donde ha ideado sus más bellas jugadas, sus golpes de el fin del imperio. ¡Ah! ¡Aquel sí que era el buen tiempo! París contaba con extranjeros, pero no extranjeros de paso, sino con una instalacion de fortunas exóticas que no deseaban ni pedian más que goces y gastos. Hemos tenido al turco Hussein-Bey y el egipcio Mehemet-Pachá, dos *Fez* célebres al rededor del lago, y la princesa Verkatscheff que arrojaba todo el dinero de los montes Urales por las catorce ventanas del primer piso del hotel del boulevard Malesherbes, y el americano Bergson, á quien París devoró las enormes rentas de sus minas de petróleo.—Bergson ha recuperado despues sus fondos.—Y Nababs, una flota de nababs, de todos colores, amarillos, morenos, rojos, invadiendo los paseos y los teatros, apresurándose á gastar y gozar, como si preveyesen que era preciso desocupar la gran taberna de la alegría, antes de la formidable explosion que haria hundir sus techos y romper sus espejos y sus vidrios.

Supondreis, y con razon, que Tom Levis era naturalmente el indispensable intermediario de todos aquellos placeres, que no se cambiaba un luis sin que él no le hubiera préviamente clavado los dientes, y que á los extranjeros de su clientela se unian algunos vividores parisiens de entónces, aficionados á piezas raras, cazadores furtivos de cazas guardadas, que se dirigian al amigo Tom como al agente más fino, más hábil, y tambien, porque á pesar de su francés bárbaro, de su dificultad de elocucion, sus secretos se hallaban en perfecta seguridad. La marca J. T. L. ha sellado todas las historias escandalosas del fin del imperio. Era bajo el nombre de Tom como estaba siempre abonado el palco núm. 9 de la Opera cómica, al que iba todas las noches la baronesa Mills á oir á su tenorino, cuyo pañuelo, empapado en

sudor y lleno de cascarilla, llevaba al retirarse entre los encajes de su corpiño. En el nombre de Tom Levis, se hallaba alquilado á medias el pequeño hotel de la avenida de Chichy, sin que ellos lo supiesen y para la misma mujer, por dos banqueros asociados que no podian abandonar el escritorio á la misma hora. ¡Ah! ¡Qué libros los de la agencia de aquella época! ¡Qué bellas novelas en algunas líneas!

«*Casa con dos entradas camino de Saint Cloud.—Alquiler, mueblaje, indemnizacion al inquilino... tanto.*»

Y más abajo:

»*Comision del general... tanto.*»

»*Casa de campo en Petit-Valtin, cerca de Plombieres.—Jardin, cochera, dos entradas, indemnizacion al inquilino... tanto.*

Y siempre: «*Comision del general...*» Este general ocupaba un gran puesto en las cuentas de la agencia.

Si Tom se enriquecia en aquel tiempo, gastaba tambien enormemente, no en el juego, ni en caballos, ni en mujeres, sino para satisfacer caprichos de salvaje y de niño, imaginacion la más loca, la más extraña que pudiera hallarse, y que no dejaba intervalo alguno entre el sueño y su realizacion. Una vez quiso tener un paseo de acacias al extremo de su propiedad de Courbevoie, y como los árboles tardan mucho en crecer, se vió, durante ocho dias desfilar lentamente por las orillas del Sena, muy áridas en aquel sitio y ocupadas sólo por fábricas de fundicion, grandes carros llevando cada uno una acacia, cuyos penachos de verdes ramas mecidas por el lento movimiento de las ruedas, se reproducian en tembladoras sombras en el agua del rio. Aquella propiedad en los suburbios que J. Tom habitaba todo el año, segun costumbre de los grandes comerciantes de Lóndres, al principio un casucho de un solo piso bajo y graneros, fué para él el orígen de gastos considerables. Conforme sus negocios prosperaban y se estendian, aumentaba proporcionalmente su finca, y de construccion en construccion, y de adquisicion en adquisicion, habia llegado á poseer un parque hecho con las agregaciones d

terrenos de labradío y bosques, una extraña propiedad en que se revelaban sus gustos, sus ambiciones, su excentricidad inglesa, deformada, empequeñecida aún por ideas vulgares y frustradas tentativas de arte. Sobre la casa ordinaria, en los pisos superiores, conocidamente añadidos á ella, se extendia un terrazo italiano con balaustrada de mármol, flanqueado por dos torres góticas y comunicando por un puente cubierto con otro cuerpo de habitacion, parodia de chalet, con balcones recortados y tapizado con yedra. Todo esto estucado, enladrillado, enmaderado, con profusion de torrecillas, almenas, veletas, agujas; luego en el parque, kioscos, velvederes, invernaderos, estanques, y el negro tambor, inmenso depósito para cubrir el agua, dominado por un verdadero molino, cuyas alas, sensibles al menor viento, vibraban girando con el perpétuo rechinamiento de su eje.

Ciertamente que en el estrecho espacio que atraviesan los trenes de los soburbios parisienses, muchas desfilan en el cuadro de una ventanilla de wagon, como visiones, pesadillas fantásticas, esfuerzo de un cerebro mercantil extraviado, descompuesto. Pero ninguna es comparable á la *Locura* (1) de Tom Levis, á no ser la *villa* de su vecino Spricht, del gran Spricht, el ilustre modisto y costurero de señoras. Este fastuoso personaje no está de la tarde en París tampoco más que el tiempo de sus negocios, las tres horas en que da sus consultas de coquetería en su gran oficina del boulevard, volviéndose en seguida á Courbevoie. El secreto de este retiro forzoso consiste en que el querido Spricht, el favorito de aquellas damas, si bien posee entre las maravillosas muestras de las fábricas lionesas, autógrafos de menuda escritura, patas de mosca de todas las manos mejor guanteadas de París, ha debido limitarse á esta intimidad de correspondencia, pues no es recibido en ninguna de las casas que viste, y sus bellas relaciones le han perjudicado en las relaciones del mundo comerciante de que forma parte. Así es, que vive muy retirado, invadido como todos los advenedizos, por la banda de parientes pobres, empleando su lujo en hacerles servir régiamente. Su sola distraccion, el montante indispensable á esta vida de verdugo retirado, es la vecindad, la rivalidad de Tom Levis, el ódio y el desprecio que recíprocamente se profesan, á la verdad sin saber por qué, lo cual hace imposible toda reconciliacion.

(1) Se llaman así las quintas de recreo.

Cuando Spricht eleva una torrecilla,—Spricht es aleman y apasionado á lo romántico, los castillos, los valles, las ruinas, es decir, la pasion de la Edad Media,—en seguida J. Tom Levis hace construir un *varandah*. Cuando Tom derriba una pared, Spricht echa al suelo todas sus cercas. Existe la historia de un pabellon edificado por Tom que quitaba á Spricht la vista de San Cloud. El costurero elevó entonces la galería de su palomar. El otro respondió por un nuevo piso; Spricht no se dió por vencido, y los dos edificios, con gran refuerzo de piedras y obreros, continuaron su ascension, hasta una noche en que el viento los derribó á ambos sin trabajo, visto lo frágil de su construccion. Spricht, á la vuelta de un viaje á Italia, trajo una góndola, una verdadera góndola que instaló en el puertecito que habia al pié de su propiedad; ocho dias despues, ¡pif! ¡paf! un lindo yacht de vapor y velas, ancló en el muelle de Tom Levis, haciendo reflejar en el agua las torres, los techos, las almenas de su *villa*.

Para sostener semejante tren, hubiera sido preciso que el imperio durase siempre, pero al fin sonó su hora. La guerra, el sitio, la marcha de los extranjeros fueron un verdadero desastre para ambos industriales, sobre todo para Tom Levis, cuya propiedad fué desvastada por la invasion, al paso que la de Spricht no sufrió absolutamente nada. Pero celebrada la paz, volvió á empezar la lucha más encarnizada entre los dos rivales, esta vez con desventajas de fortuna, pues el modisto habia visto volver toda su clientela, y el pobre Tom esperaba en vano la vuelta de la suya. El artículo «Informes, discrecion, celeridad»

producia muy poco ó casi nada, y el misterioso general no iba á buscar á la agencia gratificacion alguna clandestina. Otro, en lugar de Levis, se hubiera detenido; pero aquel diablo de hombre tenia invencibles hábitos de gasto, algo en las manos que impedia el cerrarlas. Y luego, que los Spricht estaban allí, lúgubres despues de los acontecimientos, anunciando la proximidad del fin del mundo, y haciéndose construir en el fondo del parque una reduccion de las minas del Hotel de Ville, paredes entreabiertas ennegrecidas por las llamas. Los domingos por la noche se iluminaba todo aquello con luces de Bengala, y todos los Spricht se lamentaban á su alrededor. Aquello era siniestro. Si Tom Levis, por el contrario, se hizo republicano por ódio á su rival, festejó á la Francia regenerada, organizó luchas, regatas, coronó reinas de las flores, y en una de aquellas coronaciones, en una expansion de lujosa alegría, robó en una noche de verano,—á la hora justamente del concierto,—la música de los Campos Elíseos, que vino á Courbecie en yacht, á velas desplegadas, á toda fuerza de máquinas y tocando alegremente durante el trayecto.

Las deudas á este paso se acumulaban, pero nada le importaba al inglés. Nadie sabia mejor que él desconcertar á los acreedores á fuerza de aplomo y de majestad impudente. Nadie,—ni aun los empleados de su agencia á pesar de estar en tan buena escuela,—tenia aquella manera de examinar las facturas curiosamente como si fueran palimsestas, y tirarlas en un cajon con aire de superioridad; nadie tenia sus tretas para no pagar y ganar tiempo. ¡El tiempo! era con lo que contaba Tom Levis para encontrar alguna fructífera ocupacion, lo que él llamaba, «una gran jugada» en el caló imitativo de la bohemia del dinero. Pero por más que montase en el *cab*, que recorriese frenéticamente todo París, los ojos al acecho, olfateando y esperando una presa, pasaban los años y la gran jugada no aparecia.

Una tarde que la agencia rebosaba de gente, un jóven de aspecto lánguido al par que altanero, de mirada picaresca, con

tieso bigote que resaltaba más sobre la marcada palidez de su bello rostro, se acercó á la regilla principal, y dijo deseaba hablar á Tom Levis. El empleado, engañándose sobre la intencion sospechosa que entrañaba la peticion, creyó era un acreedor, y ponia ya su más desdeñosa cara, cuando el jóven, con una atiplada voz, cuya impertinencia se aumentaba por una natural gangosidad, declaró á aquella especie de sapo, que fuese á prevenir á su amo que el rey de Iliria queria hablarle al momento. —«¡Ah!—Monseñor... Monseñor...» En la multitud cosmopolita que se encontraba allí, hubo un marcadísimo movimiento de curiosidad hácia el héroe de Ragusa. De todos los cajones (departamentos) salió un enjambre de empleados precipitándose para escoltar á S. M. y conducirlo al despacho de Tom Levis, que aún no habia venido pero que no podia ménos de llegar de un momento á otro.

Era la primera vez que Christiam se presentaba en la agencia, pues hasta entonces era el viejo duque Rosen quien habia satisfecho todas las cuentas de la pequeña córte. Pero ahora se trataba de un asunto tan íntimo, tan delicado, que el rey no se hubiera atrevido á confiarlo á la tosca mandíbula de su ayudante. Se trataba de alquilar una casa para una amazona que habia reemplazado á Amy Ferat, un pabellon amueblado, pronto en veinticuatro horas, con servidumbre, cochera y ciertas facilidades de acceso. Uno de aquellos juegos de fuerza como sólo la agencia Levis sabia hacer.

El salon en que esperaba, contenia dos anchas butacas en moleskina, una de aquellas chimeneas de gas estrechas y silenciosas, cuyo reflector parece enviar el fuego de una habitacion inmediata, y un velardocito cubierto con tapete azul, con el almanaque Bottin colocado encima. La mitad del saloncito estaba cortado por la alta verja—con cortinas azules tambien—de un buró ó escritorio cuidadosamente instalado y mostrando sobre el libro mayor de cantoneras de acero abierto en el pupitre, rodeado de salvaderas, raspadores, reglas, limpia-plumas, etc., un lar-

go estante ocupado por libros del mismo tamaño —¡los libros de la agencia!—con sus tomos verdes alineados como Prusianos en una gran parada. El órden de aquel recogido rincon, la frescura de todo lo que lo adornaba, hacian honor al viejo cajero, ausente por lo pronto, cuya existencia meticulosa debia consumirse allí.

Mientras que el rey esperaba, extendido en su butaca, asomando las narices por su abrigo de pieles, se sintió de pronto el ligero y vivo chirrido de una pluma, sin que se notase movimiento alguno en la puerta vidriera que daba á los almacenes, cerrada con un gran portier de alfombra tunecina, con agujeros á modo de telon de teatro. Alguno estaba sentado en el buró, pero no era el viejo comisionista de cabeza de lobo blanco para quien la caja parecia hecha expresamente, sino la más deliciosa personilla que en ningun tiempo haya manejado un libro de comercio. Al gesto de sorpresa de Christian, la jóven se volvió, le cubrió con una dulce mirada largamente desarrollada, soltando una chispa del ángulo de cada sien. Toda la habitacion se iluminó con aquella mirada, como tambien se llenó de una armonía musical por una voz conmovida, casi trémula que murmuraba: «¡Monseñor, cuánto os hace esperar mi marido!»

¡Tom Levis su marido!... Marido de aquel dulce sér, de pálido y fino perfil, con formas esbeltas y llenas de una estátua de Tanagra!... ¿Cómo se hallaba allí, sola en aquella caja, ojeando aquellos gruesos libros, cuya blancura se reflejaba en su nívea tez, y cuyos dedos apenas podian volver las páginas? Y esto, en uno de aquellos hermosos dias de Febrero, que hacen aparecer á lo largo del boulevard la viva gracia, los ricos trajes y las dulces sonrisas de las lindas paseantas. Christian, al acercarse, la hizo un madrigal cualquiera, en que se mezclaban estas diversas impresiones: pero su corazon le estorbaba para hablar; tan fuertemente latía dentro del pecho, animado por uno de esos deseos desenfrenados y bruscos, como aquel niño mimado y gastado, no recordaba haber sentido nunca. Es que el tipo de

aquella mujer, entre veinticinco y treinta años, era absolutamente nuevo para él, y estaba tan lejos de los juguetones rizos de la pequeña Coletta de Rosen, del plomizo rostro, del blanquete que rodeaba los impúdicos ojos de la Ferat, como de la majestad incómoda y tan noblemente triste de la reina. Ni coquetería, ni descaro, ni orgullosa modestia, nada de lo que habia encontrado en el alto libertinaje femenino. Aquella linda jóven, de aspecto tranquilo y doméstico, con hermosos cabellos oscuros alisados como los de las mujeres que se peinan por la mañana para todo el dia, vestida sencillamente con un traje de lana con tiras violadas, y á quien dos enormes brillantes en las rosadas puntas de sus orejas, impedian que se la tomase por la más modesta de los empleados, se le aparecia de repente en la cautividad del escritorio y del trabajo, cual una carmelita detrás de la negra reja de su cláustro, ó una esclava de Oriente implorando su libertad por las doradas celosías de su terrazo. Y á la verdad que ella tenia de la esclava el azoramiento sometido, el inclinado perfil, así como los tonos de ámbar en que empezaba su cabellera, la línea demasiado recta de sus cejas, la boca entreabierta para dejar paso al aliento, daban un orígen asiático á aquella parisiense. Christian, al frente de ella, se representaba la calva frente, la figura orangutánica del marido. ¿Cómo se encontraba ella en poder de semejante aborto? ¿No era esto un robo, una injusticia flagrante?

Entre tanto, la dulce voz continuaba lentamente, excusándose:

—¡Cuánto lo siento!... Tom no viene... Si V. M. quisiera decirme lo que desea... acaso yo pudiera...

Christian se ruborizó, un poco cortado. Jamás se hubiera atrevido á confiar á aquella cándida complacencia la instalacion bastante ambigua que meditaba. Ella entónces insistió, dejando aparecer una sonrisa.

—¡Oh! V. M. puede estar tranquilo... Soy yo quien lleva los libros de la agencia.

Y bien se conocia su autoridad en la casa, porque, á cada momento, en el postiguillo que ponia en comunicacion el reducto de la caja con el almacen, aparecia algun mancebo que venia á buscar cuchicheando los informes más heteróclitos. «Piden el Pieyel de madama Karitides... La persona del hotel de Bristól está esperando...» Ella parecia estar al corriente de todo, respondia una palabra, una cifra, y el rey, muy turbado, se preguntaba si este ángel de mostrador, este sér aéreo conoceria verdaderamente los manejos, las filibusterías del inglés.

—No, señora, el asunto que me trae no es urgente... ó al ménos ya no lo es... Mis ideas han cambiado desde hace una hora.

Al balbucear esto, se inclinó ante la verja muy conmovido; luego se detuvo y se reprochó su audacia ante la plácida actividad de aquella mujer, cuyas largas pestañas tropezaban con las páginas, mientras su pluma trazaba líneas regulares. ¡Oh! Cuánto daria por arrancarla de su prision, llevarla en mis brazos, léjos, muy léjos, con aquellas caricias murmurantes y arrulladoras con que se tranquiliza á los niños. La tentacion era tan fuerte, que se vió obligado á despedirse, á huir bruscamente sin haber visto á Tom Levis.

La noche iba cerrando, nebulosa y húmeda. El rey, ordinariamente tan friolento, no lo notó; despidió el carruaje y se dirigió á pié al gran club, por las travesías que van de la Magdalena á la plaza Vendome, tan entusiasmado, tan trasportado, que hablaba solo, en alta voz, con sus cabellos sobre los ojos, ante los que bailaban fantasmas de fuego.

Algunas veces se encuentran en las calles esas dichas exuberantes, con el paso ligero y la cabeza alta; parece que dejan al pasar una fosforescencia sobre vuestro traje. Christian llegó al círculo en las mismas felices disposiciones, á pesar de la tristeza de los salones en fila en donde se amontonaba la sombra de aquella hora indecisa, desocupada del crepúsculo, melancólica sobre todo en aquellos lugares semi-públicos en los que falta la intimidad, el hábito de la permanencia. Estaban encendiendo las

lámparas. Del fondo llegaba el ruido de una tranquila partida de billar sintiéndose el choque del marfil con las sordas barandas, el manoseo de periódicos ya leidos, y los ronquidos de un dormilon extendido sobre el divan del gran salon, á quien despertó la entrada del rey, haciéndole incorporar con un bostezo desdentado, un estiramiento de dos brazos delgados, al mismo tiempo que una ronca voz decia:

—¿Acaso tenemos fiesta esta noche?

Christian lanzó un grito de alegría.

—¡Ah! Príncipe; casualmente os buscaba.

Era que el príncipe de Axel, más familiarmente Cola de Gallina, hacia diez años que recorria como aficionado el suelo de París, lo conocia de alto abajo y de ancho en largo, desde la escalinata de Tortoni al arroyo, y podria sin duda alguna suministrarle todos los informes que deseaba. Así es, que conociendo el único medio de hacer hablar á su alteza, de desligar aquella imaginacion entorpecida y pesada que los vinos de Francia—de que el príncipe abusaba en gran manera—no conseguian conmover, así como la fermentacion de la vendimia no infla ni eleva aereostáticamente un pesado tonel con aros de hierro, Christian pidió cartas sin más tardar. Así como las heroinas de Molière no tienen talento más que con el abanico en la mano, así el príncipe de Axel no encontraba un poco de vida sino manejando los cartones. La majestad caida y el presuntivo en desgracia, aquellas dos celebridades del club, entablaron antes de comer una báciga china, el juego más gomoso del mundo, porque no cansa la cabeza y permite al jugador más torpe perder una fortuna sin el menor esfuerzo.

—¿Está casado Tom Levis?—preguntó Christian con aire indiferente, cortando las cartas.—El otro le miró con apagados ojos ribeteados de encarnado.

—¿No lo sabiais?

—No... ¿Quién es su mujer?

—Séfora Leemans... celebridad...

El rey se extremeció al nombre de Séfora.

—¿Es judía?

—Probablemente.

Hubo un momento de silencio. Verdaderamente, era necesario que la impresion dejada por Séfora fuese bien fuerte; el rostro oval y mate de la reclusa, sus brillantes pupilas, sus cabellos alisados, en extremo seductores, para triunfar de la preocupacion, para subsistir en aquella memoria de slavo y de católico, ocupada desde la infancia con los robos, los maleficios infernales de los judíos gitanos de su país. Continuó, pues, sus preguntas. Desgraciadamente el príncipe perdia, y entregado enteramente al juego, gruñia entre su larga y amarillenta barba:

—¡Ah! ¡Cómo me fastidio!... ¡Cómo me aburro!

Era imposible sacarle una palabra más.

—¡Bueno!... aquí está Wattelet... Acércate, Wattelet...—dijo el rey á un moceton que acababa de entrar, saltando y alborotando como un perrito.

Wattelet, el pintor del Gran Club y de la *higt life*, al pronto bastante bello de rostro, si bien se veian en sus facciones la fatiga y las marcas de una vida muy desordenada, representaba no muy mal el artista moderno, tan poco semejante á la explendente tradicion de 1830. Correctamente vestido, peinado lo mismo, frecuentador de los salones y bastidores, no habia conservado del granuja de taller más que sus fáciles modales un poco impropios de su traje de hombre de sociedad, y en su talento y lenguaje la misma desarticulacion elegante, un pliegue de lábios indiferente y burlon.

Llamado al círculo para decorar el comedor, se habia hecho tan agradable, tan indispensable á todos aquellos señores, que se habia quedado en la casa como organizador perpétuo de las partidas, de las fiestas un poco monótonas del lugar, aportando á estos placeres lo imprevisto de una imaginacion pintoresca y de una educacion adquirida á través de todos los mundos. «Mi querido Wattelet... Amigo Wattelet...» No podian pasar sin él.

Era el íntimo de todos los miembros del club, de sus mujeres, de sus queridas; dibujaba en una tarjeta el traje de la duquesa V... para el próximo baile de la embajada, y en el anverso la ligera falda de gasa sobre la malla color de carne de la señorita Alcira, el gatito de Algalia (1) del duque. Los jueves se abria su taller á todos aquellos sus nobles clientes amigos de la libertad, de la franqueza charlatana y fantasista de la casa, del mariposeo de los dulces colores que procedian de las tapicerías, de las colecciones, de los muebles de laca y de los cuadros del artista, pintura que parecia elegante, pero que no era sino muy canalla, de los retratos de mujeres, ejecutados la mayor parte con un exacto conocimiento de la superchería parisien, encarnaciones disfrazadas, cabellos locos, el arte de los arambeles costosa, incitante, alborotada y arrebatadora, que hacia decir á Spricht con la desdeñosa condescendencia del comerciante advenedizo por el pintor que sube:

—No hay otro como este chico para pintar las mujeres que yo visto.

A las primeras palabras del rey, Wattelet se echó á reir.

—Monseñor, es la bella Séfora...

—¿La conoces?

—A fondo.

—Pues vamos, dí.

Y mientras continuaba la partida entre los dos grandes señores, el pintor, instalado en una intimidad de que se sentia orgulloso, puesto á caballo de una silla, se preparaba, tosia, y tomando la voz del payaso que explica el cuadro de una barraca de saltimbanquis:

—Séfora Leemans, empezó, nacida en París en 1845, ó 46, ó 47.... entre los convalacheros de la calle Eguinard, en el Marais... una callejuela súcia, encajada entre el pasaje Carlomagno y la iglesia de San Pablo, en plena judería... Un dia, al vol-

(1) Rat musqué: apodo de las bailarinas entretenidas. N. T.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ver de San Mandé, debe V. M. hacer que su cochero tome por esas calles... y verá un París sorprendente... casas, cabezas, mezcla de alsacia y judea, tiendas, antros de trapería, montones de trapos delante de todas las puertas, viejas que los revuelven con su nariz á guisa de gancho ó recojen esqueletos de paraguas, y perros, y podredumbre y hediondez, un verdadero *ghetto* de la Edad Media, anidando en casas de aquella época, con balcones de hierro y altas ventanas abiertas en los sobradillos... Sin embargo, el tio Leemans no es judío. Es un belga de Gante, católico, y la niña, aunque se llame Séfora, no es más que una judía mestiza; el color y los ojos son de la raza, pero le falta la nariz de pájaro de presa. No sé dónde ha ido á buscar la suya, tan recta, tan linda, porque el tio Leemans posee una... ¡que ya! Mi primera medalla en el Salon, se la debo á esa nariz. El buen hombre muestra en un rincon de su innoble tabuco, que él llama su establecimiento, su retrato de cuerpo entero firmado Wattelet, y que por cierto no es de los peores que tengo hecho. Fué un medio que imaginé para insinuarme en la barraca y hacer mi córte á Séfora, por quien tuve cierta devocion.

—¿Cómo devocion?—dijo el rey, á quien el diccionario parisien causaba siempre alguna sorpresa... ¡Ah! sí... ya comprendo... prosigue.

—Por supuesto, que yo sólo era el inflamado, porque ella... ¡cá! Todo el dia era una contínua procesion en el almacen de la calle de la Paz; porque debo advertiros, monseñor, que el tio Leemans tenia dos instalaciones en aquella época. Con su malignidad, el viejo habia comprendido el cambio que se habia operado en el género de chucherías y antiguallas durante estos últimos veinte años. El romántico anticuario de los cuarteles negros, conocidos de Hoffman y áun de Balzac, habia cedido el puesto al comerciante de curiosidades instalado en el París del lujo con soberbio mostrador ó alumbrado de gas. Leemans conservó para él su casucho de la calle de Eginhard, que los verdaderos aficionados continuaban frecuentando; pero para el público,

para los curiosos transeuntes, para el parisien, guarda-canton y desocupado, abrió en medio de la calle de la Paz un soberbio almacen de antigüedades, que con los viejos oros, la plata oxidada de antiguas joyas, los encajes de color de mómia, causó gran perjuicio á los multuosos comercios de joyería y platería modernas, que ostentaban sus riquezas en la misma acera. Séfora tenia entónces quince años, y su tranquila y juvenil belleza sobresalia más entre aquellos viejos objetos. Y luego, tan inteligente, tan diestra para empaquetar el artículo, con un seguro golpe de vista, tan entendida como su padre sobre el verdadero valor de cualquier objeto. ¡Ah! ¡Cuántos aficionados frecuentaban la tienda sólo por el placer de tocar sus dedos, de tropezar con la suave seda de sus cabellos al inclinarse sobre el mismo escaparate!

Su madre no estorbaba; vieja, con los ojos rodeados de un círculo negro, cual si llevase anteojos, siempre remendando, con la nariz sobre algun encaje ó algun viejo tapiz, no se ocupaba de su hija para nada... ¡Y tenia mucha razon! Séfora era una persona formal que nada podia separar de su camino.

—¿De veras?—preguntó el rey, que parecia extasiado.

—Vuestra majestad puede juzgarlo por el siguiente hecho. La tia Leemans dormia en el almacen; su hija, á cosa de las diez de la noche, se volvia al establecimiento para que el viejo no estuviese sólo. ¡Pues bien! Esa admirable criatura, cuya belleza era célebre, cantada en todos los periódicos, que hubiera podido, diciendo solo con la cabeza que sí, ver salir de la tierra la carroza de la Cenicienta, iba todas las noches á esperar el ómnibus de la Magdalena, y se volvia directamente al nido de buho paterno. Por la mañana, como los ómnibus no corrian á la hora de su salida, venia á pié en todo tiempo, con su vestido negro debajo del waterproof; y os juro que entre aquel enjambre de muchachas de almacen que descienden con toquilla, sombrero ó sin nada á la cabeza, por la calle de Rivoli, rostros pálidos ó risueños, frescas boquitas tosiendo, á causa de la niebla,

siempre seguidas de algun enamorado, ninguna hubiera podido competir con ella.

—¿A qué hora es su venida?—murmuró el príncipe real muy animado.

Christian se impacientó.

—Dejadle concluir... ¿Y luego?

—Como ya dejo dicho, monseñor, conseguí introducirme en la casa de mi ángel, y empecé á hacerla el amor lo más dulcemente posible. Los domingos se organizaban pequeñas loterías de familia con algunos compañeros de Leemans... ¡Bonita sociedad! siempre salia de allí lleno de pulgas. Pero para mí era un placer sentarme al lado de Séfora, y yo la hacía señas con mi rodilla, mientras ella me miraba de cierta manera angelical y límpida que me hacia creer en la ignorancia, en el candor de una verdadera virtud... Hé aquí que un dia, al llegar á la calle de Eginhard, encuentro la tienda revuelta, la madre hecha un mar de lágrimas, al padre, furioso, limpiando un antiguo arcabuz de rueda, de qué pensaba servirse para aniquilar al infame raptor.

La niña acababa de huir con el baron Sala, uno de los más ricos clientes del tio Leemans, quien, segun supe despues, habia cambiado á su hija por no sé qué modelo de cerrajería antigua. Durante dos, tres años, Séfora ocultó su felicidad, sus amores con aquel septuagenario, en Suiza, en Escocia, al borde de los lagos azules. Despues supe una mañana que habia vuelto y que tenia su «Hotel Family» al final de la avenida de Antin. Corro allá, y encuentro á mi antigua pasion, siempre adorable y tranquila, á la cabeza de una mesa redonda, rodeada de brasileños, de ingleses y de entretenidas. Una mitad de los convidados comia aun la ensalada, cuando la otra mitad separaban el mantel para entablar un *bacarat*. Allí fué donde conoció á J. Tom Levis, feo, viejo y sin un céntimo. ¿Qué hizo aquel hombre con ella?

Es un misterio. Pero el resultado fué que ella vendió sus fondos, se casó con él, le ayudó á instalar la agencia, al principio próspera y ricamente montada, y hoy en decadencia, tanto que Séfora, á quien no se veia nunca, que vivia como una reclusa en una extravagante quinta que J. Tom Levis compró, acaba de hacer, há dos meses, una nueva aparicion en el mundo bajo la figura más deliciosa de tenedor de libros... ¡Y cómo se ha aumentado la clientela! La flor de los clubs empieza á citarse en la calle Real. Se frecuenta la verja de la casa como antes el almacen de antigüedadades ó el despacho del «Hotel Family». Por mi parte ya no puedo más. Esa mujer me asusta. Siempre la misma, despues de diez años, ni un pliegue, ni una arruga, con sus largas pestañas siempre bajas y el resto del rostro siempre jóven y lleno, toda aquella belleza para ese marido grotesco á quien adora tiernamente! Hay con esto para turbar y desalentar á los más enamorados.

El rey estrujó las cartas con rabia.

—¡Vamos!... ¡No es posible!... Un horrible mono, un escuerzo como Tom Levis... calvo... veinte años más que ella... un chapurrador *pick pocket*.

—Hay mujeres á quien eso les gusta, Monseñor.

Y el príncipe real con un acento rastrero y canalla:

—Nada se puede hacer con esa mujer... Yo le hecho la rueda bastante tiempo... Pero... trabajo perdido... La vía estaba cortada.

—Ya lo creo, Axel, porque sabemos vuestra manera de hacer la rueda,—dijo Christian comprendiendo aquella frase que pertenece á la alta *Goma*...—Vos no teneis paciencia, necesitais plazas abiertas... El Divan del Gran-Diez y seis... Entra, empuja, salta... Pero yo sostengo que un hombre que se tomase el trabajo de enamorarse de Séfora, que no se aburriese de su silencio ni de sus desdenes... seria cuestion de un mes. Nada más.

—Apuesto á que no.

—¿Cuánto?

—Dos mil luises.

—Los llevo... Wattelet, pide el libro.

Aquel libro, en el que se inscribian todas las apuestas del Gran Club, era tan curioso é instructivo en su género, como los de la caverna Levis. Los más grandes nombres de la aristocracia francesa, sancionaban las apuestas más estrambóticas, las más tontas, como, por ejemplo, la del duque de Courson-Launay, que habiendo apostado y perdido todo el vello de su cuerpo, se vió obligado á depilarse, sin poder andar ni sentarse en quince dias. Y aún habia otras invenciones mucho más extravagantes; y firmas de héroes, inscritas en cien gloriosos pergaminos, se mezclaban y confundian en aquel album de la locura.

Al rededor de los jugadores, se agrupaban varios miembros del Club con respetuosa curiosidad. Y aquella ridícula y cínica apuesta, excusable acaso entre las risas y la embriaguez de una juventud desbordada, tomaba, ante la gravedad de aquellos cráneos calvos, ante las dignidades sociales que representaban, ante la importancia heráldica de las firmas comprometidas, el carácter de un tratado internacional para el arreglo de los destinos europeos.

La apuesta se formuló así;

«El 3 de Febrero de 1875, S. M. Christian II ha apostado dos mil luises á que se acostaria con Séfora L... antes del fin del corriente mes.

»Su alteza real monseñor el príncipe d'Axel admite la apuesta.»

—¡Debian haber firmado Rigolo y Cola de gallina!—se decia Wattelet al llevar el libro, apareciendo sobre su rostro de clown mundano la crispatura de una maligna sonrisa.

VI

La bohemia del destierro.

—¡Bien, bien! ¡Ya conocemos eso!... «Aoh... Yes... Goddam... Shoking!...» Cuando no quereis pagar ni responder os servís de esa moneda... Pero Ribí no muerde ese cebo... Arreglemos nuestras cuentas, viejo marrullero...

—¡Oh... mister Lebeau, vos hablar á mí con una vehemencia!...

Y para decir aquella palabra «vehemencia,» que parecia orgulloso de contar en su vocabulario, porque la repitió dos veces seguidas, J. Tom Levis se echó hácia atrás, inflado el pecho y desapareciendo en la enorme corbata blanca de clérigo inglés que envolvia el cuello. Al mismo tiempo, sus pupilas empezaron á girar, á girar, embrollando en sus ojos muy abiertos su indescifrable pensamiento, mientras que la mirada de su adversario, ondulante y rastrera bajo de sus medio cerrados párpados, respondia á la facundia callejera del inglés, con la arteria visible aún en su hocico estrecho y erizado de comadreja. Con sus cabellos claros, rizados y ensortijados, sus trages austeramente negros y cerrados, la correccion de su circunspecta elegancia, maese Lebeau tenia algo de procurador del antiguo Chatelet; pero como no hay nada igual á los debates, á las cóleras de interés,

—Los llevo... Wattelet, pide el libro.

Aquel libro, en el que se inscribian todas las apuestas del Gran Club, era tan curioso é instructivo en su género, como los de la caverna Levis. Los más grandes nombres de la aristocracia francesa, sancionaban las apuestas más estrambóticas, las más tontas, como, por ejemplo, la del duque de Courson-Launay, que habiendo apostado y perdido todo el vello de su cuerpo, se vió obligado á depilarse, sin poder andar ni sentarse en quince dias. Y aún habia otras invenciones mucho más extravagantes; y firmas de héroes, inscritas en cien gloriosos pergaminos, se mezclaban y confundian en aquel album de la locura.

Al rededor de los jugadores, se agrupaban varios miembros del Club con respetuosa curiosidad. Y aquella ridícula y cínica apuesta, excusable acaso entre las risas y la embriaguez de una juventud desbordada, tomaba, ante la gravedad de aquellos cráneos calvos, ante las dignidades sociales que representaban, ante la importancia heráldica de las firmas comprometidas, el carácter de un tratado internacional para el arreglo de los destinos europeos.

La apuesta se formuló así;

«El 3 de Febrero de 1875, S. M. Christian II ha apostado dos mil luises á que se acostaria con Séfora L... antes del fin del corriente mes.

»Su alteza real monseñor el príncipe d'Axel admite la apuesta.»

—¡Debian haber firmado Rigolo y Cola de gallina!—se decia Wattelet al llevar el libro, apareciendo sobre su rostro de clown mundano la crispatura de una maligna sonrisa.

VI

La bohemia del destierro.

—¡Bien, bien! ¡Ya conocemos eso!... «Aoh... Yes... Goddam... Shoking!...» Cuando no quereis pagar ni responder os servís de esa moneda... Pero Ribí no muerde ese cebo... Arreglemos nuestras cuentas, viejo marrullero...

—¡Oh... mister Lebeau, vos hablar á mí con una vehemencia!...

Y para decir aquella palabra «vehemencia,» que parecia orgulloso de contar en su vocabulario, porque la repitió dos veces seguidas, J. Tom Levis se echó hácia atrás, inflado el pecho y desapareciendo en la enorme corbata blanca de clérigo inglés que envolvia el cuello. Al mismo tiempo, sus pupilas empezaron á girar, á girar, embrollando en sus ojos muy abiertos su indescifrable pensamiento, mientras que la mirada de su adversario, ondulante y rastrera bajo de sus medio cerrados párpados, respondia á la facundia callejera del inglés, con la arteria visible aún en su hocico estrecho y erizado de comadreja. Con sus cabellos claros, rizados y ensortijados, sus trages austeramente negros y cerrados, la correccion de su circunspecta elegancia, maese Lebeau tenia algo de procurador del antiguo Chatelet; pero como no hay nada igual á los debates, á las cóleras de interés,

para hacer resaltar la verdad de las naturalezas humanas, en tal momento, aquel hombre tan bien educado, pulcro como sus uñas, el agradable Lebeau, pesadilla de las antecámaras reales, antiguo lacayo en las Tullerías, dejaba ver su odioso carácter, altanero y duro con la ralea.

Para abrigarse de uno de esos nublados de primavera, que lavaba las losas del patio, los dos compadres se habian refugiado en la extensa cochera de blancas paredes, nuevamente restauradas, guarnecidas á la altura de hombre, con un espeso acolchonado, que protegía contra la humedad los numerosos y magníficos carruajes, alineados, rueda contra rueda, desde las carrozas de gala, todo espejos y dorados, hasta el confortable charaban de los almuerzos de caza, desde el ligero faeton de las carreras hasta el trineo de que la reina se servia para pasear por el lago en tiempo de hielos, guardando todos en la semiclaridad de la cochera su fisonomía lijera ó maciza de las bestias de lujo, deslumbrantes y vistosas como los caballos fantásticos de las leyendas asirias. La vecindad de las cuadras, en las que se oian los resoplidos, las sonoras patadas contra los pesebres, el guardarnés entreabierto, mostrando su encerado suelo, sus artesonados de sala de billar, los látigos en el astillero, los arneses, las sillas en sus caballetes, formando trofeos en las paredes con reflejos acerados y guirnaldas de bridas de todas clases, completaban aquella impresion de confort y de aristocrática vida.

Tom y Lebeau disputaban en un extremo, y sus fuertes voces dominaban el ruido de la lluvia sobre el enlosado pavimento. El ayuda de cámara, sobre todo, que se sentia en su casa, hablaba á gritos. ¡Quién comprende á este filibustero de Levis!... ¿Quién hubiera creido semejante accion?... Cuando sus majestades habian abandonado el hotel de las Pirámides, ¿quién habia preparado el negocio? ¿Era Lebeau, sí, ó no? Y esto, á pesar de todo el mundo, á pesar de hostilidades perfectamente declaradas... ¿En qué se habia convenido? ¿No debian partir por mitad

todas las comisiones, todas las propinas de los proveedores? ¿Era esto cierto, vamos á ver?

—¡Aoh!... yes... Ser cierto todo.

—Entónces, ¿para qué hacer trampas?

—No... no... yo jamás hacer trampas,—decia J. Tom Levis, con la mano en el pecho.

—¡Vaya, viejo embustero!... Todos los proveedores os dan el cuarenta por ciento, tengo pruebas de ello... y vos decir que sólo recibes el veinte. Lo que pasa es, que del millon que ha costado la instalacion de San Mandé, yo tengo el cinco por ciento, ó sean cincuenta mil francos, y vos, el treinta y cinco, es decir, siete veces cincuenta mil francos, es decir, trescientos cincuenta mil francos... trescientos cincuenta mil... trescientos cincuenta mil...

Y se ahogaba de rabia como si aquella cifra se le hubiese atravesado en la garganta como una espina. Tom trataba de calmarlo. En primer lugar, todo aquello era muy exagerado... Luego, el agente tenia que hacer enormes gastos... Su alquiler de la calle Real, que el casero acababa de aumentarle... Muchos fondos esparcidos, y ninguna cobranza... Sin contar que para él no era más que un negocio pasajero, mientras que Lebeau se quedaba siempre allí, en una casa en que se gastaban más de doscientos mil francos por año, y por lo tanto, las ocasiones no podian faltarle.

Pero el ayuda de cámara no lo comprendia así. A nadie le importaban sus asuntos, y seguramente no se dejaria estafar por aquella especie de puerco inglés.

—Señor Lebeau, vos ser un impertinente... yo no querer ya más hablar con vos.

Y Tom Levis hizo ademan de ganar la puerta; pero el otro le estorbó el paso. ¡Irse sin pagar! ¡Ah, eso no!.. Sus labios estaban pálidos, su hocico de comadreja rabiosa se adelantaba trémulo contra el inglés, siempre con su calma y una tan irritante sangre fria, que al fin el ayuda de cámara, perdiendo

toda su prudencia, le puso el puño cerrado debajo de la nariz lanzándole una grosera injuria. Con un revés de su mano, rápido como un quite de espada, y que pertenecia más á un jugador de *savate* (1) que de boxeador, el inglés le hizo bajar el brazo, diciéndole en el más puro acento del faubourg San Antonio.

—¡Abajo las patas, chiquillo, ó te reviento!

El efecto de aquellas palabras fué prodigioso. Lebeau, estupefacto, empezó á mirar á su alrededor para ver si en efecto era el inglés el que hablaba; luego su mirada, fija en Tom Levis súbitamente muy encendido y con ojos amenazadores, se iluminó con una loca alegría en que vibraban los sobresaltos de su cólera anterior, y que concluyó por ganar al mismo agente de negocios.

—¡Oh! ¡Condenado burlon... condenado burlon!... ¡Debia haberlo supuesto!... ¡Vaya un inglés!

Y los dos se reian, casi sin poder respirar, cuando se abrió bruscamente la puerta del guadarnés y apareció la reina. Habiendo entrado un momento en la inmediata habitacion, donde acababa de dejar á su jaca favorita, no habia perdido una palabra de la conversacion. Naciendo de tan abajo, poco le importaba la traicion. Con anterioridad sabia muy bien á qué atenerse respecto de Lebeau, aquel falso lacayo, testigo de todas sus humillaciones, de todas sus miserias; al otro, al hombre del *cab*, apenas lo conocia; era un proveedor. Pero aquella gente acababan de hacerla saber cosas graves. Así, la instalacion en San Mandé costaba un millon, su existencia, que creian tan modesta, tan restringida, doscientos mil francos al año, y apenas tenian cuarenta mil. ¿Cómo habia estado tanto tiempo ciega sobre un tren de vida, y sobre la insuficiencia de sus verdaderos recursos? ¿Quién subvenia á todos aquellos gastos? ¿Quién pagaba por ellos aquel lujo, casa, caballos, y además sus trajes y hasta sus caridades personales?... La vergüenza le abrasaba las mejillas á

(1) Savate: Zueco, modo de lucha francesa.

este pensamiento, mientras atravesaba el pátio á pesar de la lluvia, y subia precipitadamente la escalinata de la intendencia.

Rosen, ocupado en clasificar facturas sobre las que se veian pilas de luises, se sorprendió al verla, levantándose sobresaltado.

—No, quedáos,—dijo la reina con brusca voz, é inclinándose sobre el escritorio del duque, en que apoyaba su mano aun cubierta del anteado guante, resuelta, dominante, autoritaria, añadió:

—Rosen, ¿de qué vivimos hace dos años?—¡Oh! nada de subterfugios. Sé que todo lo que yo creia alquilado ha sido comprado en nuestro nombre y pagado. Sé que San Mandé sólo nos cuesta más de un millon, el millon que tragimos de Iliria. Me direis quién nos ayuda desde entonces, y qué manos son las que nos dan esa limosna?

El rostro trastornado del anciano, el temblor lamentable de sus cien arrugas, revelaron la verdad á Federica.

—¡Vos!... ¡Habeis sido vos!

Jamás ella lo hubiera creido; y mientras que él se escusaba, balbuceando las palabras «deber... gratitud... restitucion....»

—Duque,—le dijo violentamente,—el rey no vuelve á tomar parte jamás lo que una vez ha dado, y no se sostiene á la reina como á una bailarina.

Y sus ojos vertieron dos chispeantes lágrimas, lágrimas de orgullo que no cayeron.

—¡Oh! Perdon, señora, perdon.

El pobre duque era tan humilde, le besaba el extremo de sus dedos con una tal expresion de pena, que ella continuó un poco más sosegada.

—Haced un balance del estado de vuestros adelantos. Se os dará un recibo, y el rey os pagará lo más pronto posible. En cuanto á los gastos, yo me encargo de ellos desde hoy. Venderemos los caballos y los carruajes, y se disminuirá el personal de la casa. Los príncipes en el destierro deben contentarse con poco.

El viejo duque tuvo un verdadero arranque.

—Desengañáos, señora. Es sobre todo en el destierro donde la dignidad real tiene necesidad de todo su prestigio. ¡Ah, si se me hubiera escuchado, no es aquí, no es en un barrio retirado, con una instalacion todo lo más propia de una estacion de baños, á donde sus majestades hubieran venido á vivir. Yo los hubiera llevado á un palacio, á la taz del París del gran mundo, convencido como estoy de que lo que deben temer más los reyes desposeidos, es ese abandono que van adquiriendo desde que entran en el rango, en las familiaridades, el roce de toda clase de gente. Yo sé... yo sé... que me han tratado de ridículo con mis preguntas de etiqueta, mi rigorismo infantil y anticuado. Y sin embargo, estas formas son más que nunca importantes; ellas ayudan á guardar el orgullo de la clase tan fácilmente perdido en la desgracia. Es la inflexible armadura que mantiene de pié al soldado aún cuando esté herido de muerte.

La reina se quedó un momento sin responder, herida su pura frente por una reflexion que le ocurria. Luego alzando la cabeza.

—Es imposible,—dijo:—hay un orgullo más alto que ese...

—Quiero que desde esta noche tengan lugar las reformas que he dicho.

Entónces él, instando, suplicando así:

—¡Oh! Vuestra majestad no piense en ello... Una venta de caballos, de carruajes... Una especie de quiebra real... ¡Qué choque! ¡Qué escándalo!

—Lo que pasa es mucho más escandaloso.

—¿Y quién lo sabe?... ¿Quién lo sospecha siquiera? ¿Cómo presumir que es el viejo avaro de Rosen el que?... Vos misma vacilabais hace un momento... ¡Oh! señora, señora, os lo ruego, os conjuro á que acepteis lo que vos llamais mi sacrificio... Además, que seria intentar lo imposible. Vuestras rentas anuales apenas bastan para el bolsillo de juego del rey.

—El rey no jugará más, señor duque.

Esto fué dicho con un tono... con una mirada... Rosen nº insistió. Sin embargo, se permitió añadir:

—Haré lo que desea V. M. Pero la suplico que tenga presente que todo lo que yo poseo es suyo, y que en caso de apuro, merezco ser el primero á quien V. M. se dirija.

Seguro estaba de que esto sucederia muy pronto.

Desde el dia siguiente empezaron las reformas anunciadas. La mitad de la baja servidumbre fué despedida, los carruajes inútiles enviados al Tattershall, en donde se vendieron en bastantes buenas condiciones, escepto las carrozas de gala y un coche monumental histórico, demasiado incómodos para particulares.

Sin embargo se deshicieron de ellas, gracias á un Circo americano, que acababa de instalarse en París, con una profusion de reclamos; y aquellos expléndidos carruajes que Rosen habia mandado hacer, para conservar á sus príncipes un poco de la desaparecida pompa y en la lejana esperanza de la vuelta á Leybach, sirvieron para exhibiciones de enanos chinos y monos sábios, para cabalgatas históricas y apoteósis á lo Franconi.

Al finalizar las representaciones, sobre la pisoteada arena, á los acompasados acordes de la orquesta, se vieron á aquellos régios carruajes, con sus escudos apenas borrados, dar tres vueltas al circo, mientras que aparecia por las ventanillas alguna figura grotesca, ó la embrutecida cabeza con cabellera rizada, el busto encerrado en mallas de seda rosa, de algun famoso gimnasta, con la frente húmeda aún de sudor y pomada, que saludaba á la entusiasmada multitud. Aquel espólio de las consagraciones, caido entre la paja de la alta escuela y encerrado entre caballos y elefantes, prodigios... ¡qué triste presagio para los tronos!

La venta en el Tattershall, al mismo tiempo que se anunciaba la de los diamantes de la reina de Galicia en el Hotel Drouot, cuyos anuncios cubrian todas las esquinas de las calles, hizo algun ruido; pero París no se detiene largo tiempo en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

las mismas preocupaciones, porque sus ideas siguen la versátil marcha de los periódicos. Durante veinticuatro horas se habló de las dos ventas. Al dia siguiente nadie se ocupaba de ellas. Christian II aceptó sin resistencia las reformas establecidas por la reina; despues de su última calaverada, guardaba con ella una actitud confusa, humillando aquella niñada voluntaria de que pretendia una excusa de su libertinaje. Además, ¿qué le importaban todas aquellas reformas? Su vida, toda disipacion y placeres, se pasaba fuera de casa. Y cosa sorprendente, en seis meses no recurrió á la bolsa de Rosen. Esto le enaltecia algo á los ojos de la reina, satisfecha tambien de no ver estacionar en el pátio el cab fantástico del inglés, y de no encontrar en las escaleras la obsequiosa sonrisa de cortesano acreedor.

Sin embargo, el rey gastaba mucho divirtiéndose más que nunca. ¿De dónde sacaba dinero? Eliseo lo supo del modo más extraño por el tio Sauvadon, aquel buen hombre al que daba en otro tiempo ideas sobre las cosas, única relacion que habia conservado desde su entrada en la calle de Herbillon. De tiempo en tiempo iba á almorzar con él á Bercy, á llevarle noticias de Coletta, á quien el buen hombre se quejaba de no ver. Coletta era su hija adoptiva, la hija de un hermano pobre tiernamente amado y sostenido hasta la muerte. Siempre ocupado de ella, habia pagado sus nodrizas y su ropita de cristianar, y más tarde su educacion en el convento más afamado de París. Ella era su vicio, su vanidad viva, el lindo maniquí que adornaba con todas las ambiciones que bullian en su cabeza vulgar de millonario hecho de la noche á la mañana; y cuando en el locutorio del Sagrado Corazon, la niña Sauvadon decia á su su tio en voz baja:

«La madre de esa es baronesa, duquesa ó marquesa.» El tio millonario, alzando los hombres respondia: «Haremos de tí algo más.» Y en efecto, la hizo princesa á los diez y ocho años.

En París no faltan altezas á caza de dotes; la agencia Levis tenia un buen surtido de ellas, y sólo faltaba entenderse respecto al precio. Sauvadon conoció que dos millones no era mucho para figurar en un extremo del salon, cuando la jóven princesa Rosen recibia, para tener el derecho de mostrar su vulgar sonrisa entre los pocos favoritos mujeriegos fuera de moda desde la época de Luis Felipe. Los ojos pardos, vivos, maliciosos —los ojos de Coletta—atenuaban un poco lo balbuciente, tonto é incorrecto que producia aquella boca gruesa, mal hecha, incompleta, arqueada, y las revelaciones de aquellas manos cuadradas, que aún cubiertas con guantes color de paja, se acordaban de haber rodado toneles en los muelles.

Al principio Sauvadon desconfiaba, no hablaba, sorprendia, asustaba á la gente con su mutismo. ¡Claro! No es en el depósito de Bercy, en el tráfico de vinos del Mediodía arreglados con fuschina ó palo de campeche, donde se aprende; poco á poco, gracias á Meraut, se formó algunas opiniones ya conocidas, aforismos atrevidos sobre los acontecimientos del dia, el libro á la moda. El tio habló, y no salió muy mal, aparte de algunas patochadas capaces de hacer caer el techo, y la sorpresa que causaban en torno de aquel aguador con chaleco blanco ciertas teorías á lo Maistre expresadas pintorescamente. Pero hé aquí que los soberanos de Iliria le arrebataban á la vez su proveedor de ideas y el modo de darlas al público. Coletta, ocupada en sus funciones de dama de honor, no salia de San-Mandé; y Sauvadon conocia demasiado al jefe de la casa civil y militar, para esperar ser allí admitido. Ni aun habia hablado de ello. ¡Un duque conduciendo y presentando aquello á la soberbia Federica!.. ¡Un vinatero de Bercy! Y no un comerciante retirado, sino en plena actividad; porque, á pesar de sus millones, á pesar de las súplicas de su sobrina, Sauvadon trabajaba aún, pasaba su vida en el depósito, sobre el muelle, con la pluma en la oreja, erizado su blanco tupé, en medio de carreteros, marineros que desembarcaban y cargaban barricas, ó bien bajo los gigantescos árboles del parque antiguo, mutilado, despedazado, en el que se alineaban sus riquezas debajo de los cobertizos en innumerables toneles. «Yo me moriria si no trabajase», decia. Y en efecto, vivia

del ruido que las barricas hacian al rodar, y del excelente olor que subia de aquellos grandes almacenes, en húmedas cuevas, en donde habia debutado cuarenta años atrás como aprendiz de tonelero.

Era allí á donde Eliseo iba á visitar á su antiguo discípulo y á saborear uno de esos almuerzos que no se saben hacer más que en Bercy, bajo los árboles del parque ó la bóveda de la bodega, con el vino fresco sacado de las cubas, el pescado saltando en el vivero, y las suculentas composiciones á la marinera como en el fondo del Languedoc ó los Vosgos. Ahora ya no se trataba de ideas sobre las cosas, puesto que ya no se iba á las soirés de Coletta, pero al buen hombre le gustaba oir hablar á Meraut, y verle beber y comer con franqueza, porque siempre tenia ante la vista el tugurio de la calle Monsieur-le-Prince y trataba á Eliseo como á un verdadero náufrago de la vida. Tiernas demostraciones de un hombre que ha conocido el hambre hácia otro que sabe que es pobre. Meraut le daba noticias de su sobrina, de su vida en San Mandé, le traia el reflejo de aquellas grandezas que tan caro costaban al buen hombre y de las que jamás seria testigo. Sin duda que él estaba orgulloso al pensar en la jóven dama de honor que comia con reyes y reinas y formaba parte del ceremonial de una córte; pero la pena que sentia al no verla aumentaba su mal humor, sus rencores contra el viejo Rosen.

—¿Qué tiene ese hombre para ser tan vanidoso? ¿Su nombre, su título?... Yo con mi dinero los he comprado.. ¿Sus cruces, sus cordones, sus placas? ¡Eh! Las tendré cuando quiera... Pero á propósito, Meraut, vos no sabeis... Desde la última vez que nos vimos he tenido una gran fortuna.

—¿Cuál, tio?

Le llamaba «tio» por una familiaridad afectuosa, propia del Mediodia, para dar un título á la simpatía particular que experimentaba por el viejo comerciante.

—Querido, tengo la cruz de comendador del Leon de Iliria... ¡Y el duque que está tan orgullo con su gran cordon!... El dia de

año nuevo le haré una visita con mi placa puesta... y esto le enseñará á...

Eliseo no podia creerlo. ¡La Orden del Leon! Una de las más antiguas, de las más rebuscadas en Europa... concedida al tio Sauvadon, al «tio!»... ¿Por qué?... ¿Por haber vendido vino adulterado de Bercy?

—¡Oh! es muy sencillo,—dijo guiñando sus ojillos grises,—he pagado el grado de comendador como hubiera pagado el título de príncipe... Si aprieto un poco más, obtengo el gran cordon de la órden, porque tambien se vendia.

—¿En dónde? —preguntó Eliseo, poniéndose pálido.

—En la agencia Levis, calle Real... De todo se encuentra en casa de ese maldito inglés...Mi cruz me ha costado diez mil francos... el cordon valía quince mil...Yo conozco á quien lo ha comprado... ¿A que no adivinais? Biscarat, el peluquero, Biscarat, el del boulevard de los Capuchinos... ¡Pero, hombre, si todo París lo sabe!... Id á casa de Biscarat y vereis en el fondo del salon en que afeita en medio de sus treinta oficiales, una inmensa fotografía que le representa en traje de Fígaro, con la navaja en la mano y el cordon de la órden al cuello... Este retrato se halla reproducido en pequeño en todos los frascos del establecimiento... Si el general viese esto, el bigote se le meteria por la nariz... como cuando hace... ya sabeis...— Y trataba de imitar el gesto del general; pero como no tenia bigote, no resultaba el efecto.

—¿Y teneis ya el diploma, tio? Desearia verlo...

Eliseo conservaba la esperanza de que seria un documento falso, clase en que la agencia Levis traficaba sin escrúpulo. ¡No!... Todo era regular, extendido segun la fórmula, sellado con las armas de Iliria, conteniendo la firma de Boscovich y el garrapato del rey Christian II. No habia lugar á dudas. Se habia establecido un comercio de cruces y cordones, con el permiso del rey; además, para acabar de convencerse, Meraut, en cuanto llegó á San Mandé, no pensó más que en dirigirse al cuarto del consejero.

En un extremo del inmenso salon que ocupaba la parte alta de la casa, sirviendo de gabinete de trabajo á Christian, el que jamás trabajaba, de sala de armas, de gimnasio, de biblioteca, encontró á Boscovich rodeado de cajas en que las últimas plantas que habia recogido se secaban entre hojas de papel Bull, superpuestas las unas encimas de las otras. Desde su destierro, el sábio habia empezado á formar una coleccion en los bosques parisiens de Vicennes y de Boulogne, que encierra la más rica flora de Francia. Además habia comprado el herbario de un famoso naturalista que acababa de morir; y perdido en el exámen de sus nuevas riquezas, su cabeza exangüe, sin edad, inclinada sobre el cristal de aumento de un gran lente; levantaba una á una con suma precaucion las pesadas páginas, entre las que aparecian las plantas, extendidas de la corola á las raíces aplastadas, perdidos en los bordes sus matices. Lanzaba un grito de alegría, de admiracion, cuando el modelo estaba intacto, bien conservado, y le consideraba largo tiempo, con los lábios húmedos, leyendo en alta voz su nombre latino, y la explicacion escrita en el márgen inferior de la página. Otras veces era una exclamacion de cólera, la que se le escapaba, al ver la flor atacada, perforada por ese gusano imperceptible tan conocido de los herboristas, átomo nacido del polvo de las plantas, y viviendo de él, que es el peligro, y muchas veces la pérdida de las colecciones. El tallo sólo se sostenia, pero en cuanto se movia la hoja, todo caia, todo volaba, flores, raíces en un ligero torbellino.

—¡Es la taraza! Es la taraza!...—decia Boscovich, clavada la vista en el lente; y señalaba con aire desolado, al par que orgulloso, una perforacion semejante á la de la carcoma en la madera, que indicaba el paso del mónstruo. Eliseo no podia conservar sospecha alguna. Aquel maniático era incapaz de una infamia, pero tambien de hacer la menor resistencia. A la primera palabra que oyó de condecoraciones, se puso á temblar, mirando al soslayo por encima del lente, temeroso y desconfiado... ¿Qué venian á contarle á él? Sin duda el rey, en aquellos últimos tiempos, le habia hecho preparar algunos diplomas de todos grados, con el nombre en blanco; pero nada más sabia, y jamás se hubiera atrevido á preguntarle nada á su príncipe.

—Pues bien, señor consejero,—dijo Eliseo con gravedad,—os prevengo que S. M. comercia con sus cruces por medio de la agencia Levis.

Y le contó la historia del barbero gascon que tanto entretenia á todo París. Boscovich lanzó uno de esos chillidos de mujer. En el fondo se escandalizó muy poco; todo lo que no entraba en su manía no le interesaba nada. Su herbario, dejado en Leibach, representaba para él la pátria; la coleccion que preparaba en Francia, el destierro.

—¡Ya veis que eso es indigno!... Un hombre como vos... ayudar á tan odiosos manejos!

Y el otro, desesperado de que se le abriesen los ojos á la fuerza sobre lo que no queria ver,

—*¡Ma che!... ¡Ma che!...* ¿Qué es lo que puedo hacer en ello mi buen Meraut? El rey, es el rey... Cuando dice: Boscovich, escribe eso... mi mano obedece sin pensar... sobre todo, S. M. es tan bueno para mí... tan generoso. El es quien viéndome desesperado por la pérdida de mi herbario, me ha regalado éste... 1.500 francos, una ocasion magnífica... Y además obtuve de prima el *Hostus Clifortianus* de Lineo, edicion *princeps*.

Necia y cínicamente el pobre diablo descubria su conciencia. Todo en él estaba seco y muerto, color de herbario. La manía, cruel como el imperceptible insecto de los naturalistas, todo lo habia perforado, roido de parte á parte. Sólo se conmovió cuando Eliseo le amenazó con decírselo á la reina. Entonces el maniático soltó el lente, y en voz baja, dando suspiros de beata al pié de confesonario, se franqueó por completo. A su vista pasaban muchas cosas que no podia evitar, pero que le repugnaban. El rey tenia muy malos lados.—*¿E poi che volete?* (añadia) No tenia vocacion para el trono... ni gusto por la corona... Jamás lo habia tenido. Así... mirad... ya me acuerdo... Hace

mucho tiempo de esto... en vida del rey Leopoldo... cuando tuvo su primer ataque al levantarse de la mesa, y fueron á decir á Christian que iba á suceder á su tio, el niño —entónces solo tenia doce años y estaba jugando al aro en el patio de la residencia,—el niño se echó á llorar, á llorar... una verdadera crísis nerviosa... decia: «¡Yo no quiero ser rey! ¡Que pongan en mi lugar á mi primo Estanislao!...» Muchas veces me acuerdo de este episodio, al ver en los ojos de Christian II la expresion de terror que tenia aquella mañana, agarrándose con fuerza á su macito, como si tuviera miedo de que lo llevasen á la sala del trono, gritando: «¡Yo no quiero ser rey!»

Todo el carácter de Chistian se explicaba por aquella anécdota. Sin duda alguna no era un mal hombre, sino un hombre niño, casado demasiado jóven, con ardientes pasiones y vicios hereditarios. La vida que llevaba, las noches pasadas en el círculo, las queridas, las cenas, están dentro del método de vida normal de los maridos en cierta clase de la sociedad. Todo agravaba aquel papel de rey que no sabia sostener, responsabilidades superiores á su talento y á sus fuerzas, y sobre todo, el destierro, que le desmoralizaba lentamente. Naturalezas mucho más sólidas que la suya no saben resistir al desarrollo de hábitos trastornados, á la incertidumbre revelada, con la esperanza insensata, las angustias, la enervacion de la confianza. Como el mar, el destierro tiene su entorpecimiento; abate y adormece. Es una fase de transicion. No se libra uno del fastidio de las largas travesías, mas que por ocupaciones fijas ó empleando ciertas horas en un regular estudio. Pero, ¿en qué puede ocuparse un rey que ya no tiene pueblos, ni ministros, ni consejos, ni nada que decidir ó firmar, pero sí bastante talento ó escepticismo para no divertirse con el simulacro de todas estas cosas, siendo bastante ignorante para intentar una diversion hácia algun otro asíduo trabajo? El destierro es la mar, pero tambien es el naufragio, arrojando á la playa los pasajeros de primera clase, los privilegiados, confundidos y mezclados con los pasajeros de entrepuente

y de cubierta. Se necesita un gran prestigio, un verdadero temperamento de rey para no dejarse invadir por familiaridades, promiscuidades degradantes de que más tarde se tendrá que ruborizar y sufrir, para conservarse rey en medio de las privaciones, de las deshonras que mezclan y confunden las clases de nuestra miserable humanidad.

¡Ay! Aquella bohemia del destierro de que el duque de Rosen la habia preservado tanto tiempo á costa de grandes sacrificios, empezaba á invadir la casa de Hiria. El rey apelaba ya á expedientes para sufragar los gastos de sus diversiones. Empezaba por estender pagarés, como un hijo de familia, hallando que no habia cosa más sencilla, ni más cómoda, doctrina de Tom Levis, que aquellos bonos «contra nuestra caja» que en otro tiempo dirigia al jefe de la casa civil y militar. Pero llegaba el vencimiento del plazo y de los pagarés, se aumentaban con una porcion de renovaciones, hasta que un dia, Tom Levis, que se hallaba completamente en seco, inventó aquel gracioso tráfico de los diplomas, pues que el oficio de rey sin pueblo ni lista civil no presentaba otro recurso. El pobre Leon de Hiria, despedazado como una vil res, fué dispuesto en cuartos y lonjas, vendido á la voz y al por menor, á tanto la melena y la gola, las costillas y las garras. Y aquello no era más que el principio. En el *cab* de Tom Levis, el rey no podria detenerse en tan hermoso camino. Es lo que se decia Meraut, al bajar del cuarto de Boscovich. Muy bien comprendia que nada se podia sacar del consejero, fácil de engañar como todo aquel que tiene una manía. El mismo era demasiado nuevo, demasiado extraño á la casa para tener alguna autoridad sobre el espíritu de Christian. ¿Por qué no se dirigiría al viejo Rosen?... ¡Ni por pienso! A las primeras palabras del preceptor, el duque le lanzaría la terrible mirada de las religiones ofendidas. El rey, por bajo que cayera, era siempre rey por esto mismo. Tampoco podia esperar recurso alguno por parte del monje, cuyo rudo semblante no aparecia mas que á largos intervalos, entre dos viajes, cada vez más tostado y más flaco.

Y á la reina, ¿por qué no?... ¡Ah!... ¡La veía tan triste, tan agitada hacía algunos meses, con su bella y pura frente surcada por las nubes de graves cuidados, cuando daba sus lecciones, que escuchaba distraidamente, ausente su pensamiento y el gesto suspendido sobre su trabajo!... Grandes preocupaciones la agitaban, extrañas para ella, preocupaciones de dinero, la humillacion de todas aquellas manos que se tendian hácia ella, y que ella no podia llenar. Proveedores, necesitados, compañeros de destierro y de infortunio... El triste oficio de soberano tiene muchos cargos, áun cuando carezca de derechos. Todos los que habian aprendido el camino de la casa en prosperidad, esperaban ahora largas horas en las ante-cámaras, y muchas veces, cansados de esperar, se retiraban pronunciando palabras, que la reina adivinaba sin oirlas, en el modo de marcharse los descontentos, en su laxitud de gentes despedidas tres veces. Vanamente ensayaba de poner órden en su nuevo método de vida; pero á ello se oponia la desgracia, pues las colocaciones de dinero eran malas y los valores se hallaban paralizados. Era preciso esperar ó perderlo todo. ¡Pobre reina Federica, que creía haber experimentado verdaderos sufrimientos!... Aun le faltaban aquellas miserias que marchitan el contacto duro y cruel de la vida banal y cuotidiana. Habia fines de mes en los que pensaba de noche, extremeciéndose como un principal de una casa de comercio. Algunas veces se hallaban atrasadas las soldadas de los criados, y ella temia comprender, en el retardo del cumplimiento de una órden, en una mirada un poco ménos humilde, el descontento de un servidor. En fin, ella conocia la deuda, la deuda fatigosa, y que fuerza con la insolencia de su persecucion las puertas más altas y las más doradas. El viejo duque, mudo y grave, espiaba todas las angustias de la reina y giraba á su alrededor para decirla: «Yo estoy aquí.» Pero ella estaba decidida á agotar todo antes de volverse atrás, antes de acudir á aquel á quien habia abrumado con su orgullosa leccion.

Una noche se velaba en el gran salon, velada monótona y

siempre la misma, que prescindia de la asistencia del rey como de costumbre. Bajo el candelabro de plata se instalaba la partida de *whist*, lo que se llamaba el juego de la reina; el duque, enfrente de S. M. con Eleonora y Boscovich, por contrarios. La princesa tocaba en el piano alguno de aquellos «Ecos de Ilíria» que Federica no se cansaba nunca de oir, y que á la menor señal de satisfaccion, la música los acentuaba en canto de guerra ó de bravura. Aquellas evocaciones de la pátria, haciendo aparecer en el rostro de los jugadores una húmeda sonrisa, una expresion heróica, rompian la atmósfera del destierro resignado, de los cambiados hábitos, en aquel rico salon particular que habitaban sus magestades.

Dieron las diez.

La reina, en vez de subir á sus habitaciones como todas las noches, dando con su marcha la señal de retirada, paseó una distraida mirada á su alrededor.

—Podeis retiraros—dijo;—yo tengo que trabajar con M. Meraut.

Eliseo, ocupado en leer al lado de la chimenea, se inclinó cerrando el libro que estaba ojeando, y pasó á la sala de estudio para tomar plumas, tinta, lo necesario para escribir.

Cuando volvió, la reina estaba sola, oyendo rodar los carruajes por el embaldosado del patio, mientras se cerraba el gran porton, y por los pasillos y escaleras del hotel sonaban las idas y venidas que preceden en una casa numerosa á la hora del reposo.

En fin, reinó el silencio, silencio aumentado por dos leguas de bosque que amortiguaba en el ruido del viento los lejanos rumores que venian de París. El desierto salon, alumbrado aún en aquella calma y soledad, parecia dispuesto para alguna trágica escena. Federica, con los codos sobre la mesa, rechazó con la mano la carpeta preparada por Meraut.

—No; nó... Esta noche no trabajamos,—le dijo...—ha sido un pretéxto... Sentaos y hablemos...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Y luego más bajo:

—Tengo que preguntaros algunas cosas.

Pero lo que iba á decir le costaba probablemente mucho, porque se recogió un minuto, con la boca y los ojos medio cerrados, con aquella expresion profundamente envejecida y dolorosa que Eliseo le habia visto algunas veces, y que le hacia parecer aquel bello rostro aun más bello, marcado con toda la abnegacion, con todos los sacrificios, surcado en sus puras líneas por los más puros sentimientos de la reina y de la mujer. Era un respeto religioso lo que tambien le inspiraba... En fin, reuniendo todo su valor, en voz muy baja, tímidamente, poniendo sus palabras una detrás de otra, como si temiese pronunciarlas, Federica le preguntó si no conocia en París uno de esos... de esos sitios en donde... prestan sobre prendas...

Preguntar esto á Eliseo, á este gran bohemio que conocia todos los Montes de Piedad parisienses, que se servia de ellos hacia veinte años como de reservas donde colocaba en invierno un traje de verano, y el verano un traje de invierno!... ¡Si conocia el *clavo*! ¡Si conocia á *mi tia*!... En estos recuerdos de juventud aquel argot de la miseria le hacia sonreir. Pero la reina continuaba tratando de asegurar su voz:

—Quisiera confiaros alguna cosa para que la lleveis allí... joyas... Hay momentos de apuro...

Y sus bellos ojos, alzados al cielo, descubrian un profundo abismo de dolor resignado y sobrehumano.

¡Tanta miseria en los reyes! ¡Tanta grandeza humillada! ¡Y era posible todo aquello!

Meraut hizo con la cabeza señal de que estaba pronto á encargarse de lo que se quisiera.

Si hubiera pronunciado una palabra, hubiera bostezado; si hubiera hecho un gesto, hubiera sido para caer á los piés de aquella augusta miseria. Y sin embargo, su admiracion empezaba á convertirse en piedad. La reina, en aquel momento, le parecia ménos alta, un poco ménos superior á las vulgaridades de

la existencia, como si en la triste confesion que le acababa de hacer hubiera sentido pasar un acento de bohemia, algo que era el principio de una caida y que la acercaba á él.

De repente se levantó, fué á tomar en la caja de cristal de roca la antigua reliquia olvidada, que puso sobre el tapiz de la mesa, como un puñado de joyas de todos matices.

Eliseo se extremeció... ¡La corona!...

—¡Sí, la corona!... Hace seiscientos años que pertenece á la casa de Ilíria... Muchos reyes han muerto, mucha sangre ha corrido en su defensa... Ahora es preciso que nos ayude á vivir. No nos queda otra cosa.

Era una magnífica diadema cerrada, cuyos aros, cubiertos de adornos, se reunian sobre el casquete de terciopelo carmesí. Sobre los aros, sobre la banda de filigrana trenzada, en el centro de cada floron imitando las fibras de la hoja de trebol, en el extremo de las arcadas que soportaban los floronos, se hallaban montadas piedras de todas variedades, el azul trasparente de los záfiros, el azul aterciopelado de las turquesas, la aurora de los topacios, la llama de los rubíes orientales y las esmeraldas como gotas de aguas sobre las hojas, y el ópalo cabalístico y las perlas de blanquecino íris; pero excediendo á todas ellas, los diamantes esparcidos por todas partes reflejaban en sus facetas aquellas mil luces, y como un luminoso polvo, como una nube atravesada por el sol, templaban el brillo de la diadema, ya marcada con el sello de los siglos cual si estuviera expuesta á los dulces rayos de una lámpara de Vermeil en el fondo de un santuario.

La reina puso su temblorosa mano sobre ella.

—Es preciso hacer saltar algunas piedras... las más gruesas.

—¿Con qué?

Y los dos hablaban en voz baja como dos criminales. Pero no veian en el salon nada que les pudiese convenir.

—Alumbrad,—dijo Federica.

Y pasaron al verandah de cristales, donde la alta lámpara

producia sombras fantásticas y un largo rayo de los que iban á perderse sobre los céspedes, en la oscuridad del jardin.

—No. . no... las tijeras no,—murmuró ella viéndole dirigirse al canastillo de costura... No son bastante fuertes... Yo ya las ensayé.

Por fin descubrieron sobre la caja de un granado, cuyas finas ramas buscaban contra el vidrio la claridad de la luna, un recator de jardinero. Vueltos al salon, Eliseo trató de quitar con la punta del instrumento un enorme záfiro ovalado que la reina le señalaba; pero la piedra, sólidamente montada, resistia, resbalaba sobre el yerro, impasible en su alveolo. Además, la mano del operador, temiendo lastimar la piedra ó romper el aro que mostraba señales de precedentes tentativas, no era fuerte ni segura. El realista sufria, se indignaba del ultraje que se hacia á la corona. El la sentia extremecerse, resistir, luchar...

—No puedo... no puedo,—dijo por fin enjugando el sudor que corria por su frente.

La reina respondió:

—Pues es preciso.

—Pero esto se verá, y...

Ella se sonrió irónicamente.

—¡Qué se verá!—¿Y quién la mira? ¿Quién piensa, quién se ocupa de ella más que yo?

Y mientras que él volvia á su trabajo, la cabeza inclinada, pálida, machacando entre sus rodillas la régia diadema que el recator despedazaba, Federica, con la lámpara alta, contemplaba el atendado, tan fria como aquellas piedras que lucian en medio de los pedazos de oro exparcidos sobre el tapiz de la mesa, intactas y expléndidas, á pesar de estar desmontadas. . . . . .

. . . . . .

Al dia siguiente Eliseo, que habia estado fuera toda la mañana, entró á la hora del almuerzo, se sentó á la mesa conmovido, turbado, tomando apenas parte en la conversacion, de la que ordinariamente era el promovedor, sosteniendo con su gracia y talento. Aquella agitacion ganó á la reina sin alterar en nada su sonrisa ni la serenidad de su voz de contralto; y terminado el almuerzo, estuvieron aun bastante tiempo sin poder acercarse ni hablar libremente, impedidos por la etiqueta y los reglamentos de vida establecidos en la casa, por el servicio de la dama de honor y la celosa vigilancia de Mad. de Silvis. Por fin llegó la hora de la leccion. Mientras que el niño príncipe instalaba, preparaba sus libros:

—¿Qué teneis?—le preguntó ella... ¿Qué sucede de nuevo?

—¡Ah! ¡señora!... ¡Todas las piedras son falsas!

—¡Falsas!

—Pero perfectamente imitadas..... ¿Cómo se ha hecho eso? ¿cuándo? ¿por quién? ¡El criminal debe pertenecer á la casa!

La reina palideció horriblemente á la palabra «criminal.» De repente, con los dientes apretados y lanzando sus ojos chispas de cólera y desesperacion,

—Es verdad,—dijo.—Aquí hay un criminal. Y vos y yo lo conocemos perfectamente.

Luego, con un gesto nervioso, cogiendo violentamente la muñeca de Eliseo, como para celebrar un pacto conocido sólo de ellos,

—Pero jamás le denunciaremos,—dijo;—¿no es así?

—Jamás,—contestó Eliseo separando la vista: con una sola mirada ambos se habian comprendido.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

Goces populares.

Era la tarde del primer domingo de Mayo, dia expléndido, luminoso, adelantado un mes sobre la estacion, y tan templado que se habia descubierto el landó en que la reina Federica, el niño príncipe y su ayo, se paseaban en San Mandé. Aquella primera caricia de la primavera, venida á través de las nuevas hojas, habia animado el corazon de la reina, como animaba su bello rostro bajo la azul y tirante seda de la sombrilla. Ella se sentía feliz, sin razon, y olvidando por algunas horas, en medio de la clemencia universal, la dureza de los dias, sentada en un extremo del pesado carruaje, con su hijo arrimado á ella, se abandonaba en la intimidad á una conversacion familiar con Eliseo Meraut, sentado enfrente de ellos.

—Es extraño,—decia;—me parece que nosotros nos hemos visto ya antes de conocernos. Vuestra voz, vuestras facciones han despertado en mí de repente la impresion de un doble recuerdo. ¿Dónde nos hemos podido encontrar la primera vez?

El niño Zara se acordaba muy bien de aquella primera vez. Fué en el convento, en aquella iglesia subterránea donde Eliseo le habia causado tan gran miedo. Y en la mirada tímida y dulce que el niño dirigia á su maestro, se descubria un poco de aquel

supersticioso temor... ¡Pero, no! Antes de aquella noche de Navidad, la reina tenia la conviccion de otro encuentro.

—A ménos que no sea en una vida anterior,—añadió casi formalmente.

Eliseo se echó á reir.

—En efecto, V. M. no se engaña. Me ha visto, no en otra vida, sino en París el mismo dia de su llegada. Yo estaba en frente del Hotel de las Pirámides, subido sobre el estribo de la verja de las Tullerías....

—Y habeis gritado: ¡Viva el rey!... Ahora ya me acuerdo.... ¿Con que érais vos? ¡Oh! qué contenta estoy!... Habeis sido el primero que nos dió la bienvenida.... Si supiéseis el bien que me hizo vuestro grito.

—¡Y á mí!—replicó Meraut.—Mucho tiempo hacia que no habia tenido ocasion de lanzar el grito triunfante de ¡Viva el rey!... Largo tiempo hacia que me quemaba los lábios pugnando por salir. Era un grito de familia asociado á todas mis alegrías de la infancia, de la juventud, en el que resumíamos en la casa todas nuestras emociones, todas nuestras creencias. Este grito reproduce al pasar el acento meridional, el gesto y la voz de mi padre; me hace subir á los ojos el mismo enternecimiento que tantas veces he visto en él. ¡Pobre hombre! Era instintivo en él. En ese grito se encerraba toda una profesion de fé... Un dia, al atravesar á París, volviendo de un viaje á Frohsdorff, el padre Meraut pasaba por la plaza del Carrousel al mismo tiempo que Luis Felipe iba á salir. El pueblo esperaba, pegado á las verjas, indiferente y áun hostil, el pueblo del fin de un reinado. Mi padre, sabiendo que el rey iba á pasar, derriba, separa á todo el mundo y se coloca en primera fila, para ver de más cérca, para abrumar con su desprecio á aquel bandido, á aquel miserable de Luis Felipe que habia robado el puesto á la legitimidad... De repente el rey aparece, atraviesa el desierto patio, en medio de un silencio de muerte, de un silencio pesado, que abruma todo el palacio, y en el que parece oirse distintamente armarse

los fusiles de la revolucion, ó estallar los estribos del trono. Luis Felipe era ya viejo, muy vulgar, y se adelantaba hácia la verja á pasos vacilantes, con su paraguas en la mano. Nada habia en él de soberano, nada de amo. Pero mi padre no lo vió así; y al pensar que en el gran palacio de los reyes de Francia, lleno de gloriosos recuerdos, el representante de la monarquía se iba así á través de aquella horrible soledad que prepara á los reyes el ódio de los pueblos, alguna cosa se conmovió y revolvió en su interior, pues olvidando todos sus rencores, se descubrió brusca, instintivamente, y gritó, ó más bien, sollozó un ¡viva el rey! tan vibrante, tan convencido, que el anciano se extremeció y le dió las gracias con una mirada llena de emocion.

—Tambien yo he debido daros las gracias...—dijo Federica, y sus ojos miraban á Meraut con expresion tan enternecida, que el pobre muchacho se sintió palidecer. Casi al mismo tiempo ella prosiguió entregada por completo á la relacion que acababa de oir.

—Vuestro padre, ¿pertenecia á la nobleza?

—¡Oh! No, señora... todo lo que hay de más humilde... hijo del pueblo... obrero tejedor.

—¡Es extraño!...—murmuró pensativa.

Al contestar esto volvia á empezar su eterna discusion. La reina no amaba, no comprendia al pueblo, le causaba una especie de horror físico. Ella lo encontraba brutal, horrible, tanto en sus goces como en sus revanchas. Aun en las fiestas de la consagracion, durante la luna de miel de su reinado, le causaban miedo aquellas mil manos extendidas para aclamarla, y de las que se sentia prisionera. Jamás habian podido entenderse ambos; gracias, favores, limosnas habian caido de ella á él, como esas semillas malditas que no pueden germinar sin que sea permitido acusar positivamente á la dureza de la tierra ó á la esterilidad de las simientes.

Entre los cuentos con que Mme. de Silvis vaporizaba la imaginacion del niño príncipe, habia la historia de una jóven siria,

casada con un leon, y que tenía un temor horrible de su marido, de sus rugidos y de su violento modo de sacudir las melenas. Sin embargo, aquel pobre leon estaba lleno de atenciones y de delicadezas amorosas; traia á su niña-mujer los manjares más ricos, panales de miel; velaba mientras ella dormia, imponia silencio á la mar, á los bosques, á los animales. ¡No importa! Ella conservaba su repulsion, su miedo ofensivo, hasta que un dia el leon, irritado, le rugia un ¡Vete! enseñando sus colmillos y erizando su melena, como si hubiera tenido tanta gana de devorarla como de darla libertad. Esta era, en cierta manera, la historia de Federica; y desde que Meraut vivia á su lado, éste trataba en vano de hacerla admitir la bondad oculta, el desinterés caballeresco, las susceptibilidades feroces de ese gran leon que ruge por broma bastantes veces antes de llegar á su verdadera cólera. ¡Ah, si los reyes hubieran querido!... ¡Si se hubieran mostrado ménos desconfiados!... Y como Federica agitase su sombrilla con aire incrédulo,

—Sí, lo sé perfectamente,—continuó Meraut;—el pueblo os dá miedo... No le amais, ó más bien, no le conoceis... Pero que V. M. mire á su alrededor, en esos paseos, bajo los árboles... Y sin embargo, es el más terrible barrio de París el que se pasea y se divierte aquí, aquel de donde se precipitan las revoluciones á través de las desempedradas calles... ¡Qué aspecto tienen todas estas gentes tan sencillo, tan bueno, tan natural, tan ingénuo! ¡Cómo saborean el bienestar de un dia de descanso, de una estacion de sol!...

Desde el ancho paseo por donde el landó iba al paso, se veía, en efecto, bajo las ramas aún delgadas y ya cubiertas por los primeros jacintos salvajes, almuerzos instalados en el suelo, blancos platos esparcidos sin órden, canastos con sus tapas levantadas, y gruesos vasos de mostrador de los taberneros metidos entre el verde de los bretes como gruesas amapolas; chales y blusas colgadas de las ramas; las mujeres en cuerpo, los hombres en mangas de camisa; lectura, siestas, laboriosas cos-

turas apoyadas en los troncos de los árboles; alegres plazoletas, donde ondeaban telas no muy caras, en partidas de volante, de gallina ciega, ó de alguna cuadrilla improvisada á los acordes de una orquesta invisible que enviaba sus sonidos por bocanadas. Y niños, multitud de niños haciendo comunicar las mesas y los juegos, corriendo de una familia á otra, en saltos, gritos, uniendo todo el bosque en un inmenso gorgeo de golondrinas, de cuyas idas y venidas sin fin tenian tambien la rapidez, el capricho, el negro vuelo á través de las ramas. Contrastando con el bosque de Boulogne, cuidado, peinado, prohibida su entrada por barreras rústicas, el bosque de Vincennes, abierto á todo el mundo, parecia expresamente preparado para el desahogo de un pueblo en fiesta, con sus céspedes verdes y pisoteados, sus árboles doblados y resistentes, como si allí la naturaleza se hiciese más clemente, más vivaz.

De repente, á una curva del paseo, la brusca entrada de aire y de luz procedente del lago, separando el bosque de sus márgenes llenas de musgo, arrancó al niño príncipe una exclamacion de entusiasmo. Aquello era soberbio, como la mar descubierta súbitamente al pasar el dédalo de rocas áridas de un pueblo breton, que estrella sus olas en las paredes de las últimas casas. Barcas empavesadas con colores vivos de azul y encarnado, surcaban el lago en todos sentidos bajo el corte plateado de los remos, y salpicando de espuma los costados al romper las pequeñas olas. Bandadas de patos nadaban lanzando graznidos, y cisnes de encorbado cuello seguian con pausada marcha el largo circuito de la orilla, con las ligeras plumas rizadas por el viento, mientras que en el fondo, envuelta en la verde cortina de una isleta, la música enviaba á todo el bosque alegres ritmos, á los que la superficie del lago servia de tabla armónica. Y entre todo esto un alegre desórden, la animacion del viento y de las olas, el ondear de las banderolas, los gritos de los bateleros, grupos sentados en el taludes, niños que corrian, cafés campestres edificados sobre el agua con pisos sonoros

como un puente, teniendo á la vez en sus paredes barcos de baños y barcos de paseo... Pocos carruajes se veian alrededor del lago. De tiempo en tiempo un fiacre conduciendo una boda del barrio, caracterizada en el paño nuevo de los gabanes, y en los arabescos chillones de los mantones y sombreros; ó bien un char-abanc del comercio paseando su muestra de letras doradas, cargado de gruesas señoras con sombreros de flores que miraban como con lástima á los que iban á pié. Pero lo que más abundaba eran carruajitos de bebés, primer lujo del obrero casado, aquellas cunas que andan, en las que cabecitas resguardadas con encintadas chichoneras, esperan el sueño, con los ojos alzados hácia las ramas entrelazadas á través de las que se descubre el azul del cielo.

Entre toda aquella gente, el carruaje con las armas de Iliria, con su tiro y su librea, no pasaba sin excitar cierta sorpresa, pues Federica no habia ido allí más que los dias de entre semana. Se daban unos á otros con el codo; las familias de obreros en bandas silenciosas, se separaban al ruido de las ruedas, y se volvian en seguida sin dejar de manifestar su entusiasmo á la vista de la altanera belleza de la reina al lado de la aristocrática infancia de Zara. Algunas veces, algun picaruelo rostro aparecia á través de los sotillos para gritar:—«Buenos dias, señora.»—¿Eran las palabras de Eliseo, el esplendor del tiempo, la alegría extendida hasta aquel fondo de horizontes que las fábricas de fundicion apagadas dejaban limpios y verdaderamente campestres, ó la cordialidad de aquellos encuentros? Federica experimentaba una especie de simpatía por aquel domingo de obreros, vestidos casi todos con un aseo particular, dadas las condiciones de sus rudos trabajos y de sus semanales jornales. En cuanto á Zara, no podia estarse quieto, pateaba, se extremecia en el carruaje: de buena gana se hubiera apeado, para rodar con los demás niños sobre los céspedes, para montar en todas las barcas.

Siguiendo su marcha el landó, llegó á paseos ménos alboro-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tados, donde algunos leian, otros dormian sobre bancos, y alguna pareja, estrechamente unida, pasaba á través de la verde y cerrada sombra; sombra que guardaba un poco de misterio, una frescura de manantial, verdaderos efluvios del bosque. Algunos pájaros gorgeaban ocultos entre las ramas. Pero á medida que se alejaban del lago, que concentraban todos los ruidos, se percibia distintamente el eco de otra fiesta: escopetazos, redobles de bombo y de tambores, sonido de trompetas y campanas, todo esto se destacaba de un gran clamoreo que de repente pasaba sobre el sol como una bocanada de humo. Se hubiera creido asistir al saqueo de una ciudad.

—¿Qué es eso?... ¿Qué quiere decir ese ruido?—preguntó el niño príncipe.

—Es la féria de los barquillos, monseñor,—dijo el viejo cochero volviéndose sobre su asiento.

Y como la reina consintiese en acercarse á la fiesta, el carruaje salió del parque y siguió por una porcion de callejuelas, de vías á medio construir, donde casas nuevas de seis pisos se elevaban al lado de miserables casuchos, entre el arroyo de un establo y el jardin de un hortelano. Por todas partes tabernas con sus cenadores, mesas, columpios, pintados del mismo verde. Allí rebosaba la gente, y los militares, con sus képis y chacós de artillería, con guantes blancos, estaban en mayoría. Muy poco ruido. Escuchaban al arpista ó violinista ambulante que, teniendo permiso para tocar entre las mesas, rascaba un ária de *La Favorita* ó de *El Trovador*, porque el pueblo burlon de París adora la música sentimental y prodiga su limosna cuando se divierte.

De pronto se paró el coche. Los carruajes no pueden pasar de la entrada del ancho campo de Vincennes, en que se halla instalada la féria, teniendo como fondo húcia París las dos columnas de la barrera del Trono, que se elevan en la polvorosa atmósfera de extramuros. Lo que allí se veia, aquel libre hormigueo de la multitud en medio de una verdadera calle de barracas, encendia de un tal apetito de niño curioso los ojos de Zara, que la reina propuso apearse. Era tan extraordinario el deseo de la orgullosa Federica de pasear á pié por entre el polvo del domingo, y Elíseo se quedó tan sorprendido, que no pudo ménos de vacilar.

—¿Hay acaso algun peligro?

—¡Oh! Ninguno, señora... Sólo que, si vamos al campo de la féria, vale más que nadie nos acompañe. La librea haria que reparasen en nosotros.

A una órden de la reina, el lacayo, que se disponia á seguirlos, volvió á ocupar su puesto, y convinieron que los esperase el carruaje. Seguramente no pensaban recorrer toda la féria, sino sólo las primeras barracas.

A la entrada se veian pequeños mostradores volantes, una mesa cubierta con un blanco mantel, tiro de conejos, torniquetes.

La gente pasaba desdeñosa, sin detenerse. Luego cocinas al aire libre rodeadas de un acre olor á grama quemada, grandes llamas rojizas que subian al cielo, á cuyo alrededor se movian marmitones vestidos de blanco detrás de pilas de buñuelos azucarados. Y allí el fabricante de pastas, alargando y torciendo en grandes anillos la blanca masa de roscones con almendra...

El niño príncipe miraba todo con estupor. Todo aquello era nuevo para él, pájaro enjaulado, educado en las altas habitaciones de un castilló, detrás de las doradas rejas de un parque, crecido en medio de terrores y desconfianzas, que jamás habia salido sino acompañado, que nunca habia visto al popular más que desde lo alto de un balcon ó dentro de un carruaje rodeado de guardias. Intimidado al principio, marchaba pegado á su madre, cuya mano oprimia con fuerza; pero poco á poco se fué embriagando con el ruido, con el olor de la fiesta. Los ritornelos de los organillos le excitaban. Demostraba deseos locos de correr en la manera como arrastraba á Federica, combatido por la necesidad de detenerse á cada paso, y la de ir siem-

pre hácia adelante, siempre más lejos, allí, donde era mayor el ruido, la multitud más compacta.

Así, sin notarlo, se alejaban del punto de partida, con aquella falta de sensacion del nadador que arrebata la corriente, y tanto más fácilmente cuanto que nadie reparaba en ellos, y entre todos aquellos trages chillones, el esbelto de la reina, de tonos oscuros, aunque elegantes, pasaba desapercibido, así como el de Zara, cuyo cuello almidonado, piernas al aire y chaquetilla corta, hacian decir á algunas buenas mujeres:—«Es un inglés.» —El iba entre su madre y Eliseo, que se sonreian al ver su alegría.

—¡Oh! ¡mamá... mira esto!... Señor Eliseo, ¿qué hacen allí? ¿vamos á ver?

Y de un lado al otro de la avenida, en zig-zags curiosos, se internaban más y más en la espesa multitud, siguiendo el movimiento de aquellas olas humanas.

—¡Debíamos volvernos!—propuso Eliseo; pero el niño estaba como ébrio. Suplicó, tiró tanto por la mano de su madre, y esta era tan feliz al ver á su ángel dormido salir de su sopor, y ella misma estaba tan sobrescitada por aquella fermentacion popular, que siguieron adelante... adelante...

El dia se iba poniendo caluroso, como si el sol, al descender á su ocaso, recogiese en la punta de sus rayos una nube de tempestad, y á medida que el cielo cambiaba, la fiesta tomaba con sus colores un aspecto fantástico. Era la hora de las representaciones. Todo el personal de los circos y de las barracas está fuera bajo los pórticos de entrada, delante de aquellas muestras de lienzo que, al inflarse de viento, parecen hacer vivir los animales gigantescos, los gimnasiarcos, los Hércules que hay pintados en ellas. Aquí se vé la exposicion de la gran pieza militar, exposicion de trages de Cárlos IX y Luis XV, arcabuces, fusiles, pelucas y penachos confundidos, sonando la *Marsellesa* en el cobre de la orquesta, mientras que enfrente, los caballos de un circo, con sus blancas riendas, como caballos de una boda, ejecutan en el estrado pasos sábios, calculan con el casco, saludan arrodillándose, y al lado la verdadera barraca de saltimbanquis exhibe un payaso, con su trage á cuadros, sus pequeños prodigios con mallas remendadas, y una jóven grande, de tostado rostro, vestida de bailarina, juega con bolas de oro y de plata, botellas, cuchillos con hojas de brillante estaño, tiritireando, cruzándose sobre su peinado cubierto de agujas de quincallería.

El niño príncipe se pierde en contemplaciones sin fin ante aquella bella persona, cuando una reina, una verdadera reina de cuentos de hada, con su brillante diadema, una corta túnica de plateada gasa, cruzadas sus piernas una sobre otra, se le aparece apoyada en la balaustrada. Jamás se hubiera cansado de mirar; pero la orquesta lo distraia, una orquesta extraordinaria, compuesta, no de guardias franceses ni de Hércules con mallas color de carne, sino de verdaderas gentes de mundo; un caballero de patillas cortas, luciente cráneo y botas de campana, que se dignaba tocar el cornetin, mientras que una señora, una verdadera señora, con tanta solemnidad como Mme. de Silvis, con su manteleta de seda y su sombrero adornado de marabute, tocaba el bombo, mirando con aire resuelto á derecha é izquierda, con bruscos movimientos de brazo que sacudian en las rosas del sombrero los flecos deshilados de la manteleta. ¿Quién sabe? Alguna real familia caida tambien en la desgracia... Pero el campo de la féria presentaba aún cosas más sorprendentes.

En un panorama infinito y perfectamente variado, danzaban osos sujetados por cadenas, negros con taparabos blancos, diablos, brujas con trajes de abigarrados colores; hechiceras gesticulando, con una mano en la cadera y mostrando con la otra el calzon que ofrece al aficionado; una profesora de esgrima con corpiño acorazado, brazos rojos con brazaletes de oro, el rostro cubierto con la careta, la mano en el guante de armas de cuero; un hombre vestido de terciopelo negro, semejante á Colon ó á Copérnico, describiendo círculos mágicos con una varita de puño de diamante, mientras que detrás del tabladillo, exhalando un

repugnante olor de pelos y de cuadra, se oian rugir las fieras del domador Garel.

Todas estas vivas curiosidades se confundian con las que representaban solamente imágenes, mujeres gigantes en traje de baile, escotadas, manga corta y guante estrechamente abotonado; siluetas de sonámbulas sentadas mirando al porvenir, con los ojos vendados, cerca de un doctor con barba negra, mónstruos, accidentes de la naturaleza, todas las excentricidades, todas las extrañezas, algunas veces abrigadas sólo por dos sábanas, sostenidas por una cuerda, con el cepillo de la entrada sobre una silla.

Y por todas partes, á cada paso, el rey de la fiesta, el barquillo bajo todos aspectos, bajo todas formas, en sus tiendas pintadas de encarnado con chispas de oro, vestido de papel satinado con figuras iluminadas, rodeado de cintas, decorado con confites y almendras garrapiñadas; el barquillo en figuras que representan celebridades parisienses, el amante de Amanda, el príncipe Cola-de-Gallina con su inseparable Rigolo; el barquillo llevado en cestas, en tableros, esparciendo el grato olor de la miel y de las frutas cocidas á través de la lenta multitud, estrechamente oprimida, y donde la circulacion empieza á ser en extremo difícil.

Era imposible volver atrás. Era preciso seguir aquella despótica corriente, adelantar, retroceder inconscientemente empujado hácia aquella barraca, hácia la otra, porque la viva ola que se levanta en medio de la fiesta quiere desbordar por los lados, en la imposibilidad de hallar salida. Y las risas estallan, y las bromas se cruzan en aquel torbellino contínuo y forzoso. Jamás la reina habia visto al pueblo. Respirando su aliento, sufriendo el rudo contacto de sus anchos hombros, se sorprendia de no sentir ni disgustos ni terror, y avanzaba como los demás, con aquel peso de la multitud vacilante que se parece al cuchucheo de una marcha, y que siempre conserva cierta especie de solemnidad. El buen humor de aquellas gentes la tranquiliza, así

como la exuberante alegría de su hijo; y aquella cantidad de carruajes de Bebés continuaba circulando en lo más espeso..... «¡No empujar!... ¡No veis que aquí vá un niño!.....» No uno, sino diez, sino veinte, como centenas de niños de teta llevados en hombros de sus padres; y Federica cruza una amable sonrisa cuando vé pasar la edad de su hijo sobre una de aquellas pequeñas cabezas populares. Eliseo empezaba á inquietarse. Sabe lo que es una multitud, por calmada que parezca, y el peligro que presenta el flujo y reflujo de sus mareas.

Que reviente en lluvia alguna de aquellas nubes, y entonces, ¡qué desórden, qué pánico! Y su imaginacion cada vez más excitada, le representa la escena, la horrible sofocacion, los aplastamientos de la plaza de Luis XV, aquel siniestro amontonamiento de todo un pueblo en el centro de un París demasiado grande, á dos pasos de inmensas avenidas desiertas pero inabordables...

Entre su madre y su preceptor que le sostienen, el niño príncipe tiene mucho calor. Se queja de no ver nada. Entonces, como sus vecinos los obreros, Eliseo levanta en sus brazos á Zara; es una nueva explosion de alegría, porque el golpe de vista de la fiesta es expléndido. Sobre un cielo de poniente atravesado por surtidores de luz y de grandes sombras flotantes, en la extensa perspectiva, entre las dos columnas de la barrera, se ven las palpitaciones de las banderas y oriflamas, las ondulaciones de los lienzos de las barracas.

Las ligeras ruedas de los columpios mecánicos, elevan uno á uno sus sillones de gente, un inmenso «Tio Vivo» de triple piso, barnizado, pintado como un juguete, hace girar mecánicamente sus leones, leopardos, tarascas fantásticas, sobre las que los niños aparecen como verdaderos polichinelas. Más cerca, vuelos de racimos de globos encarnados; innumerables giros de molinillos de papel amarillo semejantes á soles de las ruedas de fuego; y dominando la multitud, millares de cabecitas derechas con rubios cabellos como los de Zara. Los rayos del sol poniente

un poco pálidos, forman sobre las nubes reflejos de brillantes placas que iluminan los objetos ó los envuelven en sombras, y todo esto da más movimiento á la perspectiva. Aquí, hieren á un Pierrot y á una Colombina, dos manchas blancas que se mueven una enfrente de otra, pantomima en yeso sobre el fondo negro del tabladillo; más allá, un largo y encorbado payaso, con el sombrero puntiagudo del pastor griego, haciendo ademan de meter, de empujar al interior de su barraca la multitud, que cual serpiente negra se agita en la escalerilla.

Tiene la boca abierta, debe gritar, mugir, pero no se le oye, como tampoco se oye aquella campana furiosamente sacudida al extremo de un estrado, ni los tiros de que sólo el humo se percibe. Todo esto se pierde en el inmenso clamor de la féria, clamor elemental, producido por un *tutti* discordante y general, carracas, pitos, campanas, tambores, bocinas, rugidos de fieras, organillos, silbidos de máquinas de vapor. Parece que todos apuestan para atraer á la multitud, que acude al ruido como las abejas, á quien empleará el instrumento más infatigable, más atronador; y de los columpios, de los sillones, de los caballos, salen tambien agudos gritos, mientras que de diez en diez minutos los trenes de circunvalacion, pasando al nivel del campo de la féria, cortan y dominan con sus silbidos aquella infernal batahola.

De repente la fatiga, el sofocante olor de aquella mezcla humana, el efecto de un sol oblícuo y ardoroso, en donde giran vibrantes y deslumbradoras, aturden á la reina y la hacen desfallecer en una parada. No tiene tiempo más que para coger el brazo de Eliseo para no caer, y mientras se apoya, se aferra en él derecha y pálida, murmura por lo bajo: «¡Nada!... no es nada.» Pero su cabeza, cuyos nérvios laten dolorosamente, todo su cuerpo que pierde el sentimiento de su sér, se abandonan por un minuto... ¡Oh! ¡Meraut jamás olvidará aquel minuto!

Todo pasó. Federica se repone. Un soplo de frescura animando su frente, la ha reanimado por completo; sin embargo,

no abandona aquel brazo protector, y el paso de la reina que se acomoda al suyo, el guante que se apoya ligeramente, causan á Eliseo una turbacion inexplicable.

El peligro, la multitud, París, la fiesta, nada de esto le ocupa. Es de un país imposible en que los sueños se realizan con todas sus mágias y sus extravagancias de sueños. Penetrando por en medio de aquella humana confusion, marcha sin ver, sin oir, impelido por una nube que le envuelve hasta los ojos, le empuja, le sostiene, le lleva insensiblemente fuera de la avenida... Sólo allí se pára... se reconoce... El carruaje de la reina está lejos. Es preciso volver á pié hácia la calle Herbillon, seguir en medio del crepúsculo estensos paseos, calles formadas por tabernas llenas de gente, tropezando los que concluian el dia no muy seguros de sí. Es una verdadera escapatoria, pero ninguno de ellos piensa en lo extraño de la vuelta. El niño Zara habla, habla como todos los niños despues de una fiesta, deseosos de traducir con su boquita todas cuantas imágenes, ideas, y acontecimientos han recogido con sus ojos. Eliseo y la reina iban silenciosos. El, extremeciéndose aún, procura recordar y olvidar á la vez el minuto delicioso y penetrante que le ha revelado el secreto, el triste secreto de su vida. Federica piensa en todo lo que acaba de ver de desconocido, de nuevo. Por primera vez siente latir su corazon por el pueblo; ha descansado su cabeza en los hombros del leon. Le ha quedado de él una impresion dulce y poderosa, como un abrazo de ternura y proteccion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

La gran jugada.

La puerta se abrió brusca, autocráticamente, estableciendo de un extremo al otro de la agencia una corriente de aire, que infló los velos azules, los *mackintosh*, agitó las facturas entre los dedos de los empleados y las vaporosas plumas de los casquetes de viaje. Le tendieron las manos, las frentes se inclinaron: J. Tom Levis acababa de entrar. Una sonrisa alrededor, dos ó tres órdenes dadas con brevedad á los oficiales de contabilidad, un minuto para preguntar con entonacion extraordinariamente exultante «si se habia hecho *la envía* del príncipe de Galles,» y ya se hallaba en su despacho, mientras los empleados se señalaban el uno al otro con guiños significativos el extraño buen humor de su principal. La tranquila Séfora tambien lo comprendió así, detrás de su verja, y preguntó en tono dulcísimo al ver entrar á Tom:

—¿Qué hay?

—Mucho,—dijo el otro con su silenciosa risa y su revolver de ojos de las grandes ocasiones.

Hizo una seña á su mujer.

—¡Ven!...

Y los dos bajaron los quince estrechos y pendientes escalones, forrados de cobre, que conducian á un gabinetito en el subsuelo, muy coquetamente entapizado, con un divan, un tocador-princesa, alumbrado constantemente con gas, porque el pequeño tragaluz que daba á la calle Real estaba cerrado con un grueso cristal deslustrado, proporcionando, por lo tanto, muy poca claridad. De allí se pasaba á las cuevas y al patio, lo cual permitia á Tom entrar y salir sin ser visto, para evitar el encuentro de los importunos y acreedores, á quienes en argot (caló) parisiense se les llama traviesas, es decir, personas ó cosas que impiden la libre circulacion. En asuntos tan graves como los de la agencia, aquellos ardides de indios Comanches eran indispensables. Sin ellos se gastaria la vida en discordias y cuestiones.

Los más antiguos empleados de Tom, gentes que lo servian hacia cinco ó seis meses, jamás habian bajado á aquel misterioso sub-suelo, en el que únicamente Séfora tenia derecho á penetrar. Era el refugio íntimo del agente, su interior, su conciencia, el capullo de donde salia algunas veces trasformado, algo como el vestuario de un actor, al que en aquel momento se parecia más que nunca, con un mechero de gas iluminando el mármol, las colgaduras artísticamente enrolladas en el tocador y la extraña mímica á la que se entregaba J. Tom Levis, agente de los extranjeros. Rápidamente abrió su largo saco inglés, lo arrojó lejos de sí, se quitó un chaleco, luego otro, luego otro, los chalecos multicolores del payaso del Circo, desarrolló los diez metros de muselina blanca que formaban su corbata, las varas de franela superpuestas alrededor de su cintura, y de aquella magestuosa y aplopética humanidad que corria todo París en el único *cab* conocido en aquella época, salió de repente, con un «uf» de satisfaccion, un hombrecillo seco y nervioso, delgado como una bobina destornillada, horrible intestino del París quincuagenario, que le hubiera creido salvado del fuego, extraido de un horno

de yeso, por sus arrugas, cicatrices y costurones desvastadores de aplicaciones vitriólicas, y sin embargo de esto demostraba el aspecto juvenil, pillastre, del antiguo *móvil* del 48, del verdadero Tom Levis, es decir, de Narciso Poitou, hijo de un carpintero de la calle de Orillon.

Criado entre las viru tas del taller de su padre hasta los 10 años, de 10 á 15 educado en la Escuela Mútua y en la calle, esta gran escuela al aire libre, Narciso habia sentido despertarse en él desde muy temprano el horror al pueblo y á los oficios manuales, al mismo tiempo que una imaginacion devoradora, que el torrente parisien, con todo lo que arrastra de eterodito, alimentaba mejor que pudiera hacerlo un viaje alrededor del mundo. Niño aún, combinaba proyectos, negocios. Más tarde, esta movilidad del sueño le impedia fijar sus fuerzas, hacerlas productivas. Viajó, emprendió mil oficios. Minero en Australia, *squater* en América, cómico en Batavia, polizonte en Bruselas, despues de haber contraido deudas en ambos mundos, dejado trampas en los cuatro extremos del universo, se instaló de agente de negocios en Lóndres, en donde vivió largo tiempo y donde hubiera podido establecerse con éxito, sin su terrible imaginacion insaciable, siempre buscando, imaginacion de voluptuoso, saboreando perpétuamente el placer venidero, que lo lanzó en la negra miseria británica. Aquella vez rodó hasta el fondo y fué cogido una noche en Hide-Park, cuando se entretenia en robar los cisnes del estanque. Algunos meses de prision acabaron de disgustarle de la libre Inglaterra y volvió al estado de bohemio, á surcar el ancho empedrado parisien, de donde habia salido.

Un capricho fantástico, unido á sus instintos de payaso, de cómico, fué lo que le hizo naturalizarse inglés en París, cosa sumamente fácil para él por su conocimiento de las costumbres, lenguaje y mímica anglo-sajonas. Esta trasformacion le ocurrió súbitamente, en un minuto, en su primer «gran golpe» de entrometido (de agente de negocios).

—¿A quién debo anunciar?...—le preguntaba insolentemente un gran canalla de librea.

Poitou se vió tan raido, tan triste en la vasta antecámara, temiendo verse arrojado de allí antes de ser oido, que experimentó la necesidad de engrandecer todo aquello por algo de anormal y excéntrico.

—Aôh!... anuncia Sir Tom Levis.

Y de repente se sintió lleno de aplomo bajo aquel nombre improvisado en un segundo, bajo aquella nacionalidad prestada, cuyas particularidades y manías se esmeró en perfeccionar, sin contar que aquel mismo esmero y atenta vigilancia sobre su acento, sobre su aspecto, pronto corrigieron su exuberante charla, permitiéndole inventar farsas mientras aparentaba buscar palabras.

¡Cosa extraña! De todas las innumerables combinaciones de aquel cerebro lleno de proyectos, ésta, la ménos buscada de todas, fué la que mejores resultados dió. A ella le debió el conocimiento de Séfora, que entonces tenia, en los Campos Elíseos, una especie de *Familly Hotel*, bonita casa de tres pisos, cortinas rosadas, pequeña escalinata sobre la avenida de Antin, entre anchos asfaltos adornados de mirtos y flores. La dueña de la casa, siempre perfectamente arreglada, presentaba en una ventana del entresuelo su tranquilo y divino rostro, inclinado sobre algun trabajo ó sobre su libro de caja. El interior estaba ocupado por una sociedad bizarramente exótica; clowns, copleros, gimnastas, tratantes de caballos, la bohemia anglo-americana, la peor de todas, la escoria de los *placeres* (1) y de las ciudades, del juego. El personal femenino se reclutaba entre las parroquianas de Mabille, cuyos violines se oian muy cerca todas las noches de verano, mezcladas á las disputas del hotel, al estridente ruido de los dados y de las monedas, porque allí se jugaba furiosamente despues de comer. Si, por casualidad, alguna

(1) Se llaman así en América los criaderos de oro.—(N. del T.)

honrada familia extranjera, deslumbrada por lo engañoso de la fachada, llegaba á instalarse en casa de Séfora, lo extraño de los inquilinos, el tono de las conversaciones la arrojaban pronto de allí, el primer dia, asustada, con sus maletas deshechas apenas.

En medio de aquellos aventureros, de aquellos industriales, maese Poitou, ó más bien Tom Levis, el pobrecito inquilino que habitaba en las guardillas, conquistó bien pronto una situacion por su alegría, su actividad, su práctica en los negocios, en todos los negocios. Colocaba el dinero de los criados, y ganaba para ellos la confianza de su ama. ¿Y cómo no la hubiera obtenido con aquella cara abierta y corriente, aquel ingénio infatigable que hacía el convidado indispensable en la mesa redonda, encendiendo la lámpara, arreglando el mantel, director general de todas las apuestas y de todas las comidas?

Fria y reservada para todos, la bella dueña del Hotel, sólo tenia confianza con M. Tom. Muchas veces, despues de almorzar, al entrar, al salir, éste se detenia en el despacho del Hotel, gabinete sumamente aseado, todo lleno de espejos y lujosamente alfombrado. Séfora le enteraba de sus negocios, le enseñaba sus joyas y sus libros, le consultaba sobre la comida del dia ó sobre los cuidados que debian darse á su magnígco *arum* en flor, que bañaba en una maceta de porcelana de Minton. Se reian ambos de las cartas amorosas, de las proposiciones de toda clase que ella recibia, porque era una belleza á quien el sentimiento no alteraba. Sin temperamento, ella conservaba su sangre fria en todo y por todo; trataba la pasion como negocio. Generalmente, se dice, que sólo se cuenta el primer amante, el de Séfora, el sexagenario escogido por el tio Leeman, habia helado su sangre para siempre y pervertido su amor. No veia en aquello más que el dinero, así como tambien la intriga, el ardid, el tráfico; aquella admirable criatura habia nacido en el negocio, y sólo para el negocio. Poco á poco se formó entre ella y Tom un estrecho lazo, una amistad de tutor á pupila. Tom la aconsejaba, la

guiaba siempre con una destreza y una fertilidad de imaginacion, que hacia revivir aquella naturaleza quieta y metódica en que el fatalismo judío se mezclaba al pesado temperamento de Flandes. Jamás inventaba nada, nunca pensaba cosa alguna, todo era cosa del minuto presente, y el cerebro de Tom, aquella rueda de fuego siempre encendida, debia desvanecerla. El golpe de gracia para ella fué oir á su huésped una tarde que habia charlado de la manera más cómica durante la comida, decirla al oido al tomar su llave en el despacho del Hotel;

—¡Con todo esto, maldito si soy inglés!

Desde aquel dia ella se enamoró, ó más bien—porque los sentimientos no se evalúan más que por la etiqueta,—se encaprichó por él, como una mujer del mundo se encapricha por el cómico á quien sólo ella conoce, fuera de las tablas, sin colorete, sin el traje, tal como es y no tal como aparece á los demás; el amor siempre tendrá privilegios. Verdad es que los dos salian del mismo arroyo parisien. Séfora habia ensuciado en él los bajos de sus vestidos y Narciso se habia revolcado: así es que ambos conservaban la mancha y el gusto del lodo. La marca de su procedencia, el pliegue crapuloso que servia de lazo á la fisonomía sarcástica del bohemio y que alguna vez levantaba una punta de la máscara del inglés, Séfora sólo los dejaba ver como por destellos en las líneas bíblicas de su rostro, las encontraba en su ironía, en la risa canalla de su boca de Salomé. Este amor extraño entre la bella y el mónstruo, se habia acrecentado á medida que la mujer entró más y más en la vida del payaso, en la confianza de sus ardides, de sus monerías, desde la invencion del *cab* hasta la de los chalecos múltiples, por medio de los que J. Tom Levis, no pudiendo crecer, ensayaba al ménos parecer majestuoso; desde que ella se asoció á aquella existencia imprevista, tempestuosa, giratoria, de proyectos, de sueños, de grandes y pequeñas jugadas. Y este hombre-mono era tan perfecto en su clase, que despues de diez años de matrimonio legítimo y prosáico, la divertia y la encantaba aún como en

los primeros tiempos de su encuentro. Para convencerse de ello hubiera bastado verla aquel dia arrojarse en el divan del saloncillo, torciéndose de risa, gritando alegre y extasiada: «¡Qué tonto es! ¡qué tonto es!» Mientras que Tom, en calzonzillos y camiseta de color, reducido á su expresion, la más sóbria, calvo, anguloso, huesudo, se entregaba delante de ella á una danza frenética, con gestos exagerados y pataleos rabiosos. Cuando los dos se cansaron, ella de reir y el de saltar, Tom se arrojó á su lado en el divan, acercó su hocico de mono á aquella cabeza angelical, arrojándole su alegría en el rostro:

—¡Derrotados los sprich!... ¡Desbancada toda la Sprichtalla! ¡He hallado la jugada, el gran golpe!

—¿De verdad?... ¿Quién, pues...?

El nombre que pronunció produjo en los lábios de Séfora una linda mueca de desden.

—¡Cómo, ese gran aguilucho!... ¡Si ya no tiene un cuarto! Lo hemos esquilado, afeitado tanto á él como á su leon de Iliria... Ya ni vello le queda en el lomo.

—No te burles del leon de Iliria, hija mia... Sólo la piel vale doscientos millones,—dijo Tom recobrando su flema.

Los ojos de la mujer lanzaron un relámpago. El repitió, apoyando sobre cada sílaba:

—¡Doscientos millones!

Luego, franca y tranquilamente, le explicó la jugada. Se trataba de hacer de modo que Cristian II aceptase las proposiciones de la Dieta, y cediese sus derechos á la corona por el buen precio que se le ofrecia. En suma, ¿qué habia de obtenerse? Que pusiese una firma, nada más. Cristian, solo, se hubiera decidido á ello hacia mucho tiempo. Era su camarilla, la reina, sobre todo, quien le detenia, quien le impedia firmar la renuncia. Preciso era, sin embargo, llegar á aquel extremo un dia ú otro. Ya no habia un cuarto en la casa. Se debia todo en San-Mandé, al carnicero, al que les vendia la avena, porque, á pesar de la miseria de los amos, aún habia caballos en la cuadra. Y siempre la casa

en gran pié, mesa de Estado, apariencias de lujo con siniestras privaciones por encima de todo. Las ropas reales, marcadas con la corona, se rompian y agujereaban en los armarios y no se reemplazaban. Las cocheras estaban vacías, las grandes piezas de plata empeñadas; y la servidumbre, apenas suficiente, quedaba á menudo muchas veces sin ver un céntimo. Todos estos detalles los sabia Tom por Lebeau, el ayuda de cámara, que asímismo le habia contado la historia de los doscientos millones propuestos por la Diecha de Leibach y la escena á la que habian dado lugar.

Desde que el rey sabia que habia doscientos millones contra un rasgo de pluma, ya no era el mismo, no reia, no hablaba, guardaba siempre aquella idea fija como un punto neurálgico en un mismo lado de la frente. Con todo, nada habia cambiado en su servicio particular: secretario, ayuda de cámara, cochero, lacayos. El mismo lujo costoso de mueblaje y trato. Aquella Federica, llena de orgullosa rabia, creyendo ocultar á todos su pobreza á fuerza de altanería, jamás hubiera permitido que el rey se viese privado de nada. Cuando, por casualidad, éste comia en la calle Herbillon, la mesa debia estar lujosamente servida. Lo que sí le faltaba, lo que ella no podia proporcionarle era dinero para el club, el juego y las mujeres. Evidentemente esto último haria sucumbir al rey. Una mañana, despues de una larga velada en el *bacarat* y en el golfo, no pudiendo pagar, no queriendo deber, ¡Cristian de Iliria expuesto en un cartel en el Gran Club! tomaria su bella pluma y firmaria con un rasgo su dimision de monarca. Esto ya hubiera sucedido sin el viejo Rosen que, secretamente, á pesar de la prohibicion de Federica, volvia á empezar á pagar por monseñor. Así, pues, el plan era de hacerlé traspasar el nivel de las insignificantes deudas corrientes, arrastrarle á verdaderas deudas, á compromisos múltiples á que no alcanzasen los recursos del anciano duque. Esto exigia un adelanto considerable de dinero.

—Este negocio,—decia Tom Levis,—es tan bueno, que los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

fondos no nos faltarán. Lo mejor sería hablar de ello al tio Lecman y operar en familia. Solo lo que me inquieta es el gran resorte, es la mujer.

—¿Qué mujer?—preguntó Séfora dilatando su ingénua mirada.

—La que se encargará de echar la cuerda al cuello del rey. Necesitamos una verdadera devoradora (1), una muchacha formal y de sólido estómago, que ataque al momento á los platos fuertes.

—¿Amy Ferat, por ventura?...

—¡Ah! ¡quita allá! gastada... archigastada... Y luego que no es bastante formal. Cena, canta, se divierte como una chiquilla. No es mujer para fundir un millon por mes, tranquilamente, sin que se eche de ver, vendiéndose en detalle, por centímetro cuadrado y más cara que un terreno en la calle de la Paz.

—¡Oh! Yo bien sé cómo se debe manejar la cosa,—dijo Séfora pensativa...—pero, ¿quién?

—Eso es... ¿quién?

Y la risa silenciosa que se cruzó entre ambos valía una asociacion.

—¡Bah! puesto que tú ya has empezado...

—¡Cómo! ¿Sabes que?...

—¿Acaso no he visto su juego cuando te mira y sus estaciones cerca de la verja en cuanto cree que yo he salido? Además que no hace ningun misterio de ello y cuenta su amor á quien quiere oirlo..... Hasta lo ha escrito y firmado en el libro del club.

Al saber la historia de la apuesta, la tranquila Séfora se conmovió.

—¡Ah! ¿de veras?... Dos mil luises á que dormiria con... ¡Pues ya!... ¡eso es demasiado!

---

(1) Mangeuse.—No hay equivalente en español; significa una mujer que devora capitales de un amante.—N. del T.

Y se levantó, dió algunos paseos para sacudir su cólera, y luego volviendo á su marido,

—Ya sabes, Tom, que hace tres meses que tengo á ese gran tonto colgado de mis faldas... Pues bien... ¡mira... ni esto!

Y se oyó el chasquido de una uña contra un diente que estaba pronto á morder.

Y no mentia. Desde el tiempo en que él andaba á la caza, sólo habia conseguido tocar la punta de sus dedos, morder á su lado los mangos de las plumas y embriagarse al roce de sus vestidos. Nunca le habia sucedido otro tanto á aquel príncipe encantador, mimado por las mujeres, asaltado por sonrisas enloquecedoras y cartas perfumadas. Su linda rizada cabeza, en que habia quedado la marca de una corona, la leyenda heróica sábiamente estendida por la reina, y sobre todo el perfume de seduccion que envuelve á los séres amados, le habian valido verdaderos triunfos en el barrio.

Más de una jóven hubiera podido mostrar, acurrucado en un divan de tocador aristocrático, un *oustiti* de la jaula real; y el mundo de bastidores, en general monárquico y buen pensador, daba gran importancia á cualquiera de aquellas sílfides el tener en su álbum el retrato de Christian II como recuerdo.

Este hombre, acostumbrado á que los ojos, los lábios y los corazones se lanzasen hácia él, á no dirigir su mirada sin causar un seguro estremecimiento, se consumia hacia meses en frente de la naturaleza más tranquila y más fria. Ella era la cajera modelo: contaba, escribia, revolvia los pesados libros, no mostrando al suspirante más que la curva aterciopelada de su perfil, con una vibrante sonrisa en el extremo de los ojos, al borde de las pestañas. El capricho del slavo se divirtió al principio con esta lucha, el amor propio tuvo su parte tambien, todas las miradas del Club estaban fijas en él, y esto concluyó por ser una verdadera pasion, alimentada por el vacío de aquella desocupada existencia, en que la llama subia derecha, sin obstáculo alguno. Llegaba allí todos los dias á las cinco, el bello momento de los dias de

París, la hora de las visitas, en que se deciden los placeres de la noche; y poco á poco los jóvenes del Club, que tomaban un bocado en la agencia y hacian la rosca á Séfora, cedian respetuosamente el puesto. Como esta desercion disminuia la cifra de los pequeños negocios corrientes, aumentó la frialdad de la dama; y como el leon de Iliria no producia ya nada, ella empezó á hacer conocer á Christian que ya la iba incomodando, que monopolizaba demasiado régiamente la puerta entreabierta de su despacho, cuando todo esto cambió de repente, de un dia á otro, al dia siguiente de su conversacion con Tom.

—Anoche vieron á V. M. en las Fantasías.....

A esta pregunta, apoyada con una mirada ansiosa y triste, Christian II se sintió conmovido dulcemente.

—En efecto... allí estuve...

—¿Solo?

—Eso.....

—¡Ah!... ¡Hay mujeres muy felices!

De pronto, para atenuar la provocacion de su frase, añadió que hacia tiempo tenia un deseo loco de ir á aquel teatrito «á ver á la bailarina sueca, ya sabeis...» Pero su marido no la llevaba á ninguna parte.

El la propuso llevarla.

—¡Oh! Sois demasiado conocido.

—Quedándome oculto en el fondo del palco...

En una palabra, quedaron citados para el dia siguiente, porque justamente Tom pasaria la noche fuera de casa. ¡Qué deliciosa escapatoria! Ella, en la delantera del palco, vestida honesta y discretamente, embriagada con una alegría de niño mirando el baile de aquella extranjera que tuvo en París su hora de celebridad, una sueca de pequeño rostro, gestos magnéticos, mostrando, bajo sus rubios rizos, ojos brillantes y negros que ocupaban todo el iris, ojos de reptil, y en sus bruscos y silenciosos saltos, vestida completamente de negro, al azoramiento ciego de un gran murciélago.

—¡Cuánto me divierto!... ¡Cuánto me divierto!—decia Séfora.

Y el rey, vividor, inmóvil detrás de ella, con una caja de pastillas sobre las rodillas, no recordaba voluptuosidad más dulce que el contacto de aquel brazo desnudo bajo el encaje, que aquel aliento fresco que se volvia hácia él. Christian quiso acompañarla á la estacion de San Lázaro, puesto que ella se volvia al campo, y en el carruaje, en un momento de arrebato, la ciñó con sus brazos, estrechándola contra su corazon.

—¡Oh!—dijo ella tristemente.—Vais á matar todo mi placer.

La inmensa sala de espera de primera clase estaba desierta, mal alumbrada. Sentados ambos en un banco, Séfora, tiritando, se abrigaba en la forrada pelliza de Christian. Aquí no tenia miedo, se abandonaba, hablaba al rey con voz baja, al oido. De tiempo en tiempo pasaba algun empleado balanceando su linterna, ó alguna banda de cómicos que volvian á sus casas despues de la funcion. Entre estos, una pareja tiernamente enlazada, pasaba misteriosamente separada de los demás.

—¡Qué felices son!—murmuraba Séfora. — Ni lazos... ni deberes... Seguid los impulsos del corazon... Todo lo demás es una pura farsa.

Ella sabia algo de esto, ¡ay! De repente, como arrastrada por un motivo desconocido, le contó su triste existencia con una sinceridad que le impresionó, las emboscadas, las tentaciones de las calles de París para una jóven á quien la avaricia hizo pobre, el siniestro mercado cuando llegó á los diez y seis años, los cuatro años pasados al lado de aquel viejo para quien no habia sido más que una enfermera; en seguida, no queriendo volver á caer en la tienda traficante del tio Leemans, la necesidad de un guía, de un apoyo que le habia hecho casarse con aquel Tom Levis, un hombre de dinero. Ella se habia dado, sacrificado, privado de todo placer, enterrada viva en el campo, luego ocupada en aquel trabajo de empleado, y esto sin un obsequio, sin una gracia de aquel ambicioso, todo á sus negocios, que á la menor señal de independencia, al menor deseo de vivir,

oponia siempre aquel pasado de que ella no era responsable.

—Ese pasado,—dijo levantándose, que me ha valido el sangriento ultraje firmado con vuestro nombre en el libro del gran Club. La campana, dando la señal de partida, detuvo, justamente donde convenia, aquel pequeño efecto teatral. Ella se alejó con ligero paso que seguian las negras ondulaciones de su traje, envió á Christian un saludo con los ojos, con la mano, y le dejó estupefacto, inmóvil, aturdido de lo que acababa de oir... ¡Con que ella sabia!... ¿Cómo?... ¡Oh! Cuánto se reprochaba su cobardía y su farfantonería... Toda la noche la pasó escribiendo, pidiendo perdon en un francés sembrado con todas las flores de su poesía nacional, que compara la bien amada á la tierna tórtola y al rosado fruto de la acerola.

Maravillosa invencion la de Séfora, el reproche de la apuesta. Esto le daba un triunfo sobre el rey, y por mucho tiempo. Esto explicaba tambien aquella prolongada frialdad, aquella acojida casi enemiga, y el prudente regateo que iba á hacer de toda su persona. Un hombre, ¿no debe soportarlo todo de aquella á quien ha hecho una semejante afrenta? Christian se convirtió en esclavo tímido y dócil á todos sus caprichos, el sigisbeo en título, á vista y ciencia de todo París; y si la belleza de la dama podia servirle de escusa á los ojos del mundo, la amistad, la familiaridad con el marido no tenia nada de satisfactorio. «Mi amigo Christian II...»—decia Tom Levis, irguiéndose con orgullo. Una vez tuvo la fantasía de recibirle en Courbevoie, solo para causar á los Spricht una de aquellas rabias celosas que aceleraban los dias del ilustre industrial. El rey recorrió la casa y el parque, montó en el yacht, consintió en dejarse fotografiar sobre la escalinata en medio de los *castellanos*, que querian eternizar el recuerdo de aquel inolvidable dia, y por la noche, mientras que en honor de S. M. se quemaban fuegos artificiales que el Sena reproducia, Séfora, apoyada en el brazo de Christian, le decia paseándose por entre las olmedillas, iluminada por la blanca luz de una bengala.

—¡Oh! cuánto os amaria, ¡si no fuéseis rey!

Era una primera confesion, y por cierto bien diestra. Todas las queridas que habia tenido hasta entonces adoraban en él al soberano, al título glorioso, al árbol geneológico. Esta le amaba por él mismo «¡Si no fuéseis rey!... Lo era tan poco, que le hubiera sacrificado voluntariamente el pedazo de la púrpura dinástica que apenas le colgaba de los hombros.

Otra vez ella se explicaba mucho mejor. Al verle inquieto por su tristeza y su llanto,

—Lloro, porque acaso no nos volvamos á ver en algun tiempo,—le contestaba.

—¿Y por qué?

—Mi marido me ha dicho, hace un momento, que los negocios marchaban demasiado mal para continuar en Francia, que era necesario cerrar la tienda y tratar de instalarse en otra parte...

—¿Y os llevará con él?

—¡Oh! Yo no soy más que un estorbo para su ambicion... Me ha dicho: «Ven, si quieres...» Con todo, es preciso que me vaya con él... ¿Qué sería de mí sola aquí?

—¡Ingrata! ¿Acaso no estoy aquí yo?

Ella le miró fijamente á los ojos.

—Sí, es verdad, vos me amais... y yo tambien os amo... Pudiera muy bien perteneceros, sin obstáculo... Pero, no, es imposible...

—¿Imposible?—preguntó Christian, ansioso de poseer aquel paraíso entreabierto.

—Estais demasiado alto para Séfora Levis, monseñor...—Y él con una adorable fatuidad.

—Es que yo os elevaré hasta mí... Os haré condesa, duquesa. Es uno de los derechos que me quedan; y encontraremos en algun rincon de París un nido de enamorados en que os instalaré de una manera digna de vuestro rango, y en donde viviremos solos, enteramente solos.

—¡Oh, eso sería demasiado bello!

Ella soñaba, alzando sus ojos de niña, cándidos y humedecidos. Luego con un arranque,

—No, no; sois rey... Un dia, en plena dicha, me abandonareis...

—Jamás.

—¿Y si os llamasen?...

—¿De dónde?... ¿de la Iliria?... Eso ya se ha concluido, todo está roto para siempre... El año pasado no aproveché una de esas ocasiones que jamás se presentan dos veces.

—¿De verás?—dijo Séfora con una alegría que no era fingida...—¡Oh! si estuviera segura de ello...

Christian tuvo en sus lábios una palabra para contestarla, pero no la dijo; sin embargo, ella la entendió perfectamente, y por la noche J. Tom Levis, enterado de todo, declaró solemnemente que «habia llegado el caso... que era preciso prevenir al padre...»

Seducido, como su hija, por la imaginacion, la charla comunicativa, la facundia inventiva de Tom Levis, Leemans habia colocado varias veces su dinero en las jugadas de la agencia. Despues de haber ganádo, habia perdido, siguiendo la suerte del juego; pero cuando se vió arrollado,—como él decia,—por dos ó tres veces, el buen hombre tomó su partido.

No recriminó á nadie; no se arrebató, conociendo perfectamente los negocios y detestando las palabras inútiles; solo cuando su yerno llegó á hablarle de comanditas para uno de aquellos castillos en el aire, que su elocuencia elevaba á los cielos, el ropavejero tuvo una sardónica sonrisa que claramente significaba: «N... o... no...» y un modo de bajar los párpados que parecia atraer á la razon, al nivel de las cosas factibles, las estravagancias de Tom. El otro adivinaba este resultado; y como deseaba, y muy prudentemente, que el negocio de Iliria no saliese de la familia, envió á Séfora á su padre, que al envejecer se encontraba poseido de una ciega afeccion por su única hija, en la que se sentia renacer.

Despues de la muerte de su mujer, Leemans habia cedido su almacen de curiosidades de la calle de la Paz, contentándose con su prendería. Allí fué á donde Séfora lo fué á buscar una mañana temprano; para estar segura de encontrarlo, porque el viejo paraba muy poco en su casa. Inmensamente rico y retirado del tráfico, al ménos en apariencia, continuaba curioseando por todo París desde la mañana hasta la noche, recorriendo las tiendas, siguiendo las ventas, buscando el olor, las emanaciones de los negocios, y, sobre todo, vigilando con una maravillosa agudeza á una porcion de pequeños prenderos, comerciantes de cuadros, industriales, quinquilleros con quienes estaba en sociedad, sin confesarlo por miedo de que se sospechase su fortuna.

Séfora, por un capricho, un recuerdo de su juventud, fué á pié á la calle Eginhard desde la calle Real, siguiendo casi el camino que en otro tiempo conducia á su almacen. No eran aún las ocho de la mañana. El aire era fresquito, los carruajes, aún raros, y hácia la Bastilla quedaba aun del alba una nube anaranjada, en la que el génio dorado de la columna parecia bañar sus alas. De todos lados, por todas las calles afluentes salia un enjambre de muchachas del barrio que iban á su trabajo. Si el príncipe Axel se hubiera levantado temprano para ver la bajada, hubiera quedado satisfecho aquella mañana. Por dos, por tres, charlando, listas, andando á prisa, ganaban los hormigueantes talleres de las calles de San Martin, San Dionisio, Vieja del Temple, y algunas raras elegantes los almacenes de los boulevares más distantes, y que se abrian más tarde.

No era la animacion de la tardecita, cuando, terminado el trabajo, llena la cabeza de todo un dia de París, vuelven á sus moradas con alboroto, risas y muchas veces con el sentimiento de no tener un lujo entrevisto que hace parecer más alta la guardilla y la escalera más sombría. Pero si aún habia algun sueño en aquellas jóvenes cabezas, el reposo las habia prodigado una especie de frescura que completaban los cabellos cuida-

dosamente peinados, el lazo de cinta anudado en las trenzas ó bajo la barba, y el aseo y limpieza de sus negros trajes. Aquí y allí se veía una joya falsa en la punta de una orejita rosada por el frio, un peine rutilante, los destellos de un broche en la cintura, la línea blanca de un periódico doblado y medio encerrado en el bolsillo de un waterproof. ¡Y qué priesa, qué valor! Lijeras capas, vestidos sencillos, el paso mal seguro sobre tacones demasiado altos, que el mucho andar habia torcido. Y en todas el deseo, la vocacion de la coquetería, cierto modo de andar con la cabeza alta y la mirada al frente, con la curiosidad de lo que produciria el dia que empezaba; naturalezas prontas á la casualidad como su tipo parisien, que no es solo uno, está pronto á todas las trasformaciones.

Séfora no era sentimental, y nunca veia nada fuera de las cosas y de lo presente; sin embargo, la divertia aquel pisoteo confuso, aquel ruidoso apresuramiento que sentia á su alrededor. Sobre todos aquellos alegres rostros encontraba su juventud, así como la encontraba tambien en aquel cielo natural, en aquel viejo barrio tan curioso, de que cada calle ostenta en su ángulo sobre un cuadro el nombre de los notables comerciantes, y que no habia cambiado desde hacia quince años. Al pasar bajo la negra bóveda que servia de entrada á la calle Eginhard, del lado de San Pablo, encontró el largo balandran del rabino, que se dirigia á la vecina sinagoga; dos pasos más léjos al matador de ratones con su machete y su tablilla, de la que pendian los cadáveres velludos, tipo del antiguo París, que no se encuentra más que en aquel pastel de casas enmohecidas, en donde todos los ratones de la ciudad tienen su cuartel general; más léjos aún un cochero de plaza que todas las mañanas de su vida obrera habia visto ir del mismo modo, con sus grandes botas, poco habituado á andar á pié, teniendo en su mano, derecho como el cirio de un monacillo, el látigo, que es la espada del cochero, la insignia de su grado, que jamás abandona. A la puerta de dos ó tres tiendas que componian toda la calle, y de las que se quitaban las contraventanas, vió colgados los mismos racimos de harapos, oyó la misma gerga hebráica y tudesca; y cuando, despues de haber franqueado el pórtico bajo de la casa paterna y los cuatro escalones que conducian á la prendería, tiró del cordon de la resquebrajada campanilla, le pareció que tenia quince años ménos sobre sus hombros, quince años que, á decir verdad, nada pesaban.

Lo mismo que entonces, salió á abrir la Darnet, una robusta auvernesa, cuya luciente y coloreada faz con manchas sombrías, el pañuelo de yerbas, estrechamente anudado á la cintura, la cofia negra, con cenefa blanca, parecian llevar el duelo de una carbonería. Su papel en la casa era visible, nada más al observar su modo de abrir la puerta á Séfora, nada más al notar la contraida sonrisa que ya frente á frente, cambiaron ambas mujeres.

—¿Está mi padre?

—Sí, señora... En el taller... Voy á llamarlo.

—Es inútil... Sé dónde está...

Y atravesó la antecámara, el salon, y recorrió en cuatro pasos el jardin—pero negro entre cuatro paredes, y en el que crecian algunos árboles—lleno de innumerables trastos viejos, ferretería, trozos de plomo, barandas destrozadas, gruesas cadenas, cuyo metal oxidado formaba juego con el tono verdoso de la antigua fuente del jardin. A un lado se hallaba un cobertizo rebosando restos, armazones de muebles destrozados de todos tiempos, con amontonamiento de tapicerías arrolladas en un rincon; y al otro, un taller todo de cristales deslustrados para huir de las indiscreciones de los pisos vecinos. Allí subian hasta el techo, en un aparente desórden, un conjunto de riquezas, conocidas sólo del viejo en su justo valor, linternas, arañas, lámparas, panoplias, jardineras, pebeteros, bronces exóticos ó antiguos. En el fondo se veian dos hornillos de fragua y bancos de carpintero y cerrajero. Allí era donde el prendero renovaba, copiaba, rejuvenecia los antiguos modelos con una habilidad prodigiosa y una paciencia de benedictino.

En otro tiempo el ruido era contínuo desde la mañana hasta la noche, producido por seis ú ocho obreros que rodeaban al maestro; ahora no se oia más que el choque de un martillo sobre el metal fino, el chirrido de una lima, demostrando únicamente que la prendería no estaba muerta, la luz de una lámpara encendida por las noches.

Cuando entró su hija, el viejo Leemans, con un delantal de cuero, remangadas las mangas de la camisa sobre brazos velludos y rubios como si estuviesen cubiertos con limaduras de cobre, estaba en vías de forjar un candelero Luis XIII, cuyo modelo tenia ante la vista. Al ruido de la puerta, alzó su rubicunda cabeza, perdida en una cabellera y una barba blanco-rojizas, y frunció sus desiguales y espesas cejas, á través de las que salia su mirada, como á tra vés de los erizados pelos de un grifo.

—Buenos dias, papá,—dijo Séfora, que fingió no ver en el adusto gesto del buen hombre, que trataba de ocultar su trabajo; porque no le gustaba ser incomodado ni apercibido en su trabajo.

—¿Eres tú, niña?

Y frotó su repugnante hocico con aquellas dos suaves mejillas.

—¿Qué te sucede?...—preguntó él llevándola hácia el jardin...—¿Por qué te has levantado tan temprano?

—Tengo que deciros una cosa muy importante.

—Pues vamos.

Y la condujo hácia la casa.

—¡Oh!... Ya sabeis que no quiero que la Darnet esté allí.

—Bueno, bueno;—dijo el viejo sonriendo entre dientes; y a entrar gritó á la criada, que estaba limpiando un magnífico espejo de Venecia:

—Darnet, vete al jardin á ver si estoy allí.

El tono con que dijo esto, probaba que el viejo padre no habia aún abdicado en las manos de su esclava favorita. Se quedaron, pues, solos el padre y la hija en el saloncillo modestamente arreglado, cuyos muebles cubiertos de fundas blancas, y alfombrillas de lana al pié de las sillas, contrastaba con la confusion de riquezas polvorosas amontonadas en el cobertizo y el taller. Semejante á esos finos cocineros que sólo prefieren los más simples manjares, el tio Leemans, tan experto y tan curioso en obras de arte, no poseia en su casa el menor objeto, demostrando con esto lo comerciante que era, estimando, traficando, cambiando, sin pasion ni pena, no como esos artistas de chusquerías que antes de ceder una rareza se apuran sobre el modo que empleára el aficionado para hacerla valer. En las paredes sólo se veia su gran retrato de cuerpo entero firmado por Wattelet, representándole en medio de su ferretería, en plena fragua. Estaba, sí, un poco ménos blanco, pero no cambiado, siempre seco, siempre encorvado, siempre con su cabeza de hombre-perro de barba rutilante y chata, que sólo dejaba ver del rostro una nariz enrojecida por una inflamacion perpétua, y que daba un aspecto de borracho á aquel sóbrio bebedor de té. El cuadro era la única marca característica de la sala, con un libro de misa puesto de canto sobre la mesa.

Leemans debia muy buenos oficios á aquel libro; en aquello se distinguia de sus competidores el viejo descreido de Schwalbach, la madre Esau y los otros originarios de *Ghetto*, al paso que él era cristiano, aunque casado por amor con una judía, seguia cristiano y hasta católico. Esto le servia mucho con su aristocrática clientela; oia misa en el oratorio de las señoras condesas Mallet y Sismondo; se mostraba el domingo en Santo Tomás de Aquino y en Santa Cecilia, á donde iban sus mejores clientes, al paso que por su mujer frecuentaba las casas de los grandes banqueros israelitas. Al envejecer aquel fariseo religioso, se habia convertido en un pliegue, en una costumbre, y muchas veces, por la mañana, al ir á sus negocios, entraba en San Pablo á *tomar*, segun decia, *un pedacito de misa*, porque cuando así lo hacia, todo le salia bien aquel dia.

—Vamos, ¿qué hay?—dijo mirando á su hija socarronamente.

—Un gran negocio.

Y sacó de su cartera un paquete de billetes ó pagarés, garantizados con la firma de Christian.

—Es preciso realizar esto... ¿Quieres?

Nada más que al ver la letra, el viejo hizo un gesto que arrugó toda su cara, haciéndola casi desaparecer entre su parte peluda con el movimiento de un erizo que se pone en defensa.

—¡Papel de Iliria!... Gracias, lo conozco perfectamente... Preciso es que tu marido esté loco para encargarte de semejante comision... Veamos, ¿estais verdaderamente así?

Sin conmoverse por aquella acogida que ella esperaba,

—Escucha,—le dijo,—y con su aire tranquilo le contó el asunto, la gran jugada, en detalle, con pruebas fehacientes, el número del *Quernaro*, en que se hallaba la sesion de la Dieta, las cartas de Lebeau que los tenian al corriente de la situacion... El rey, enamorado, loco, se ocupaba de instalar su dicha. Un hotel magnífico en la avenida de Mesina, casa montada, carruajes, todo para su dama, pronto á firmar tantos billetes cuantos fuesen necesarios al interés que se quisiera... Entónces, Leemans abrió los oidos, haciendo objeciones, preguntando, escudriñando todos los rincones de aquel negocio tan sábiamente manipulado.

—¿A qué plazo?

—A tres meses.

—¿Con que en tres meses?...

—En tres meses...

E hizo el ademan de apretar un nudo corredizo, plegando dulcemente sus tranquilos lábios.

—¿Y el interés?...

—El que tú quieras... Cuanto más pesados sean los efectos, mejor para nosotros... Es preciso que no tenga más recurso que firmar su renuncia.

—Y una vez firmada...

—Eso es cosa de la mujer... Tiene en su poder un caballero que vale doscientos millones...

—¿Y si se lo guarda todo para ella?... Necesitamos una mujer muy segura...

—Estamos seguros de ella.

—¿Y quién es?

—No la conoces,—dijo Séfora impasiblemente, guardando todos aquellos papeluchos en su cartera...

—¡Pero, espera, mujer! —dijo el viejo con ansia —¡Es mucho dinero, vaya!... Una entrega considerable de fondos... Hablaré á Pichery.

—Ten cuidado, papá... no deben ser muchos en el negocio... Ya somos nosotros dos, Lebeau, tú... Si quieres que entren más...

—Pichery solamente... Ya conoces que yo solo no puedo... Es mucho dinero... mucho dinero...

—¡Oh!... mucho más se ha de necesitar,—añadió ella friamente.

Silencio. El viejo reflexionaba, abrigando un pensamiento bajo su ruda cabellera.

—En fin... consiento... Entro en el negocio; pero con una condicion. Va á ser preciso amueblar como se debe esa casa de la avenida de Mesina. Yo proporcionaré todo.

En tráficos de usurero, el prendero enseñaba las uñas. Séfora lanzó una sonora carcajada.

—¡Oh! ¡trapo viejo! ¡trapo viejo!—decia, sirviéndose de una frase que encontraba de repente en el aire de la prendería, y que contrastaba con la distincion de su aspecto y de su traje.—Vamos, queda convenido, papá. Tú proporcionarás todo... pero nada de la coleccion de mamá, ¿entiendes?

Bajo la hipócrita etiqueta: Coleccion de madama Leemans, el prendero habia agrupado una porcion de objetos inútiles, invendibles, de que se deshacia magníficamente gracias á aquella farsa sentimental, no separando del lote reliquias de su querida difunta, más que lo que se le pagaba á peso de oro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ya me entiendes, viejecito... nada de trampas ni de farsas... Esa señora lo entiende.

—¿Con que lo entiende?—dijo el viejo, pero entre sus dientes.

—Tanto como tú y como yo, lo repito.

—Pero vamos á ver...

Y acercó su hocico al lindo rostro, y entre los dos se veia escrita la chalanería, tanto sobre el viejo pergamino como sobre el pétalo de la rosa.

—Pero, vamos á ver, ¿quién es esa mujer? Bien puedes decírmelo, puesto que soy del negocio.

—Es...

Séfora se detuvo un momento, ató las bridas de su sombrero bajo el óvalo de su rostro, lanzó al espejo una mirada satisfecha de mujer linda, á la que se mezclaba un nuevo orgullo.

—Es la condesa de Spalato...—dijo grave y solemnemente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

En la Academia.

El clásico palacio que duerme bajo el plomo de su cúpula, al extremo del puente de las Artes, á la entrada del París de estudio, tenia cierta mañana un aspecto de vida insólito, y parecia adelantarse fuera de la línea del malecon. A pesar de las lluvias, una de esas lluvias de Junio que llega siempre á chaparrones, la multitud se oprimia bajo la escalinata de la puerta principal, se desarrollaba en cola de teatro ó de Banco y corria bajo la bóveda de la calle del Sena; una multitud con guantes, elegantemente vestida, discreta, que se aburria con paciencia, sabiendo que entraria, que iba á entrar, como así lo manifestaban las tarjetas de diferentes colores, brillantes en medio del chubasco, de que cada uno se hallaba provisto. Asímismo los carruajes tomaban la fila sobre el desierto malecon de la Moneda; todo lo que París contiene de lujosos equipajes, libreas coquetas ó explendidas, democráticamente abrigadas con paraguas ó impermeables, dejando ver las pelucas en martillo, el dorado de los galones, y sobre los bruñidos tableros los escudos, grandes blasones de Francia y de Europa, y hasta régias divisas, como una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ya me entiendes, viejecito... nada de trampas ni de farsas... Esa señora lo entiende.

—¿Con que lo entiende?—dijo el viejo, pero entre sus dientes.

—Tanto como tú y como yo, lo repito.

—Pero vamos á ver...

Y acercó su hocico al lindo rostro, y entre los dos se veia escrita la chalanería, tanto sobre el viejo pergamino como sobre el pétalo de la rosa.

—Pero, vamos á ver, ¿quién es esa mujer? Bien puedes decírmelo, puesto que soy del negocio.

—Es...

Séfora se detuvo un momento, ató las bridas de su sombrero bajo el óvalo de su rostro, lanzó al espejo una mirada satisfecha de mujer linda, á la que se mezclaba un nuevo orgullo.

—Es la condesa de Spalato...—dijo grave y solemnemente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

En la Academia.

El clásico palacio que duerme bajo el plomo de su cúpula, al extremo del puente de las Artes, á la entrada del París de estudio, tenia cierta mañana un aspecto de vida insólito, y parecia adelantarse fuera de la línea del malecon. A pesar de las lluvias, una de esas lluvias de Junio que llega siempre á chaparrones, la multitud se oprimia bajo la escalinata de la puerta principal, se desarrollaba en cola de teatro ó de Banco y corria bajo la bóveda de la calle del Sena; una multitud con guantes, elegantemente vestida, discreta, que se aburria con paciencia, sabiendo que entraria, que iba á entrar, como así lo manifestaban las tarjetas de diferentes colores, brillantes en medio del chubasco, de que cada uno se hallaba provisto. Asímismo los carruajes tomaban la fila sobre el desierto malecon de la Moneda; todo lo que París contiene de lujosos equipajes, libreas coquetas ó explendidas, democráticamente abrigadas con paraguas ó impermeables, dejando ver las pelucas en martillo, el dorado de los galones, y sobre los bruñidos tableros los escudos, grandes blasones de Francia y de Europa, y hasta régias divisas, como una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

coleccion de Hozier movible y gigante expuesta á lo largo del Sena. Cuando se deslizaba un rayo de sol, una escapatoria del sol parisien, que tiene la gracia de sonreir con su sério rostro, todo brillaba en reflejos lucientes por la humedad, los casquetes de los guardias, la linterna de la cúpula, los leones de bronce de la entrada, ordinariamente polvorosos y mates, y entónces de un magnífico negro lavado.

De tarde en tarde, en los dias de recepciones oficiales y solemnes, el viejo Instituto tiene súbitos é interesantes momentos de vida. Pero aquel dia no se trataba de recepcion. La estacion estaba ya muy adelantada; y los recipiendarios, coquetones como cómicos, no consentirian en debutar, despues de haber pasado el premio de París, estando cerrado el salon y hechas las maletas para el viaje de verano. Sólo se trataba de una distribucion de premios académicos, ceremonia sin gran ostentacion y que generalmente no atrae más que á las familias de los laureados. Lo que producia aquella afluencia excepcional, aquella aristocrática agrupacion en las puertas del Instituto era, que en el número de las obras premiadas se hallaba el «*Memorial del sitio de Ragusa,*» por el príncipe Rosen, y la colonia monárquica se habia aprovechado de ello para organizar una manifestacion contra el gobierno bajo la proteccion de los agentes de policía. Por una feliz casualidad, ó merced á alguna de esas intrigas que minan misteriosamente los terrenos oficiales ó académicos, el secretario general y perpétuo se hallaba enfermo, y por lo tanto no podia leer su Memoria acerca de las obras premiadas; por lo que se encomendó este trabajo al noble duque de Fitz-Roy, sabiendo que, legitimista hasta la última gota de su sangre, subrayaria, haria valer los pasajes más ardientes del libro de Herbert, de aquel bello folleto histórico á cuyo alrededor se habian agrupado todas las abnegaciones, todos los favores del partido. En suma, era una de aquellas protestas maliciosas que la Academia osaba presentar aun bajo el imperio, y que autorizaba la indulgencia de esta buena muchacha de República.

Es medio dia. Los doce golpes del martillo hiriendo la campana del antiguo reloj, ocasionan un rumor, un movimiento general en la apiñada multitud. Se adelantan, lenta, metódicamente hácia las entradas de la plaza y de la calle Mazarino, mientras que los carruajes, girando en el patio, dejan á sus amos provistos de targetas privilegiadas, bajo el pórtico en donde se agita, rodeado de ugieres con cadenas doradas, el jefe de la secretaría, cubierto de galones de plata, corriente, afable, como el buen mayordomo del palacio de la Bella durmiente del Bosque, el dia en que despues de un sueño de cien años la princesa se despertó en un lecho de gala. Las portezuelas chocan, los groseros lacayos con sus largas levitas saltan de sus puestos; y saludos, reverencias, sonrisas, cuchicheos de mundo de tertulianos, se cambian y se pierden con el roce de la seda en la alfombrada escalera que conduce á las tribunas reservadas, ó en el estrecho y pendiente pasillo, gastado por el pisoteo de los siglos que comunica con el interior del palacio.

El anfiteatro de la sala, destinado al público, se llena. Las gradas, ennegreciéndose una á una, cubren hasta la cimbra, en donde las últimas filas de pié ostentan sus siluetas en las arqueadas vidrieras. No hay un sitio desocupado. No se ve más que un amontonamiento de cabezas que ilumina un dia de iglesia ó de museo, más frio aún por los amarillentos y lisos estucos de las paredes y mármol de las grandes estátuas meditativas, Descartes, Bossuet, Massillon, toda la gloria del gran siglo fijada en un gesto inmóvil. En frente del hemiciclo, algunos asientos vacíos, una mesa cubierta de verde con el tradicional vaso de agua, esperan á la Academia y su presidencia, que pronto entrarán por aquellas altas puertas dominadas por una dorada y tombal inscripcion: LETRAS, CIENCIAS, ARTES. Todo esto es antiguo, frio, pobre y contrasta en extremo con los primorosos trajes que hacen de la sala un florido jardin. Telas claras, medios colores, grises aterciopelados, rosas aurora, en la nueva moda bastante ceñida, que lanza destellos de azabache y acero,

peinados ligeros cubiertos de mimosas y encajes, reflejos de pájaros de las islas entre lazos de terciopelo y pajas color de sol, y sobre todo esto, el movimiento regular, contínuo, de grandes abanicos, cuyos finos olores hacen guiñar los ojos al gran Bossuet. Aunque representantes de la Francia, no es esta una razon para oler á moho y presentarse dando miedo.

Todo lo que hay en París de más *chic*, de bien nacido, de buen pensar, se ha citado allí, se sonrien, se reconocen por señales masónicas, la flor de los clubs, la crema del barrio, una sociedad que no se prodiga, que en nada se mezcla, que no se vé nunca en los estrenos de los teatros, que sólo concurre á ciertos dias de ópera ó de Conservatorio, un mundo acolchado, discreto, que se encierra con gran refuerzo de cortinones en sus salones de juego y á cubierto del ruido de las calles, y que no hace hablar de él más que por una muerte, ó un proceso de divorcio, ó alguna excéntrica aventura de uno de sus miembros, héroes del «Peregil» y de la Goma.

Entre aquella escogida reunion, se ven algunas nobles familias de Iliria, que han seguido á sus príncipes en el destierro, bellos tipos de hombres y mujeres, demasiado acentuados, demasiado exóticos en aquel medio refinado; luego, agrupados en ciertos puntos aparentes, las camarillas académicas que preparan anticipadamente las elecciones, que apuntan los votos, y cuya cooperacion vale más para un candidato que toda la inteligencia y fuerza de su génio. Ilustres tronados del imperio se entremeten en estos «viejos partidos,» á costa de los que han agotado en otro tiempo sus ironías de advenedizos; y tambien por muy escogida que sea la asamblea, algunas sanguijuelas de «los estrenos» célebres por sus lazos monárquicos, han penetrado allí sencillamente vestidos, con dos ó tres actrices á la moda, enganchadoras conocidas en París, visiones tanto más banales y tan públicas, cuanto que otras mujeres, y de todas sociedades, tienen empeño en imitar. Y luego, periodistas, corresponsales de periódicos extranjeros, armados de carteras, lápices perfeccionados, y pertrechados de piés á cabeza como para un viaje al centro de Africa.

En la parte baja, en el círculo reservado al pié del estrado, se ve á la princesa Coletta de Rosen, la mujer del laureado, con su delicioso trage azul-verdoso, cachemira de la India y *moirèe antique*, con aire triunfante, brillando bajo los esparcidos bucles de su cabellera, color de flor avena loca. A su lado, un hombre grueso, de vulgar semblante, el tio Sauvadon, muy orgulloso por acompañar á su sobrina, pero que en su celo ignorante y en deseo de honrar la solemne ceremonia, se habia vestido en trage de baile. Esto le causaba mucho disgusto; incomodado por su corbata blanca, como por una canga china, espiaba á todos los que entraban, esperando hallar algun compañero en trage. No habia ninguno.

De todo aquel mosáico de colores y de animados rostros, sube bien pronto un fuerte ruido de voces, ritmado, pero distinto, que establece una corriente magnética de un extremo á otro de la sala. La menor risa se extiende, se comunica la menor señal, el gesto mudo de dos manos que se separan preparándose á aplaudir, se apercibe desde lo alto á lo inferior de las gradas. Es la franca emocion, la benevolencia curiosa de la primera representacion de una obra, cuyo éxito está asegurado; y cuando de tiempo en tiempo pasan algunas celebridades á ocupar su puesto, el estremecimiento general se dirige á ellas, y sólo á su paso apaga su rumor curioso ó admirador.

¿No veis en lo alto, debajo de Sulley, á aquellas dos mujeres que acaban de entrar, acompañadas de un niño, y que ocupan el frente de la tribuna? Son la reina de Iliria y la reina de Palermo. Las dos primas, con su busto recto y altanero, vestidas de la misma faya color de malva, con antiguos bordados, y sobre sus cabellos rubios ó trenzas castañas la misma caricia de largas y ondulantes plumas alrededor de un contreron en diadema, forman la encantadora oposicion de dos tipos nobles perfectamente distintos. Federica ha palidecido; la dulzura de su sonri-

sa se entristece con un pliegue de vejez, y el rostro de su morena prima marca tambien las inquietudes, los apuros del destierro. Entre ellas, el niño conde de Zara sacude los bucles de sus dorados cabellos, que adornan su cabecita cada dia más firme, más vigorosa, cuya mirada y cuya boca han adquirido cierta seguridad. Verdadera semilla de rey que empieza á florecer.

El viejo duque de Rosen ocupa el fondo con otro personaje, no Christian II, que se ha librado de una ovacion cierta, sino un gran moceton, de enmarañada cabellera, un desconocido cuyo nombre no será pronunciado ni una sola vez durante la ceremonia, y que, sin embargo, debia estar en todas las bocas. Esta fiesta se da en honor suyo; él es quien ha dado ocasion para este glorioso *requiem* de la monarquía, al que asisten los últimos gentiles hombres de Francia y las familias reales refugiadas en París; porque allí están todos los desterrados, los desposeidos del trono, venidos para honrar á su primo Christian, y no ha costado poco trabajo colocar todas aquellas coronas conforme á las leyes de la etiqueta. En ninguna parte son más difíciles de resolver las cuestiones de preeminencia, como en el destierro, en que las vanidades se agrian, en que las susceptibilidades se envenenan como verdaderas heridas.

En la tribuna Descartes,—todas las tribunas llevan el nombre de la estátua que las decora—el rey de Wesfalia guarda una actitud altanera que hace aun más chocante la fijeza de sus ojos, ojos que miran, pero que no ven. De tiempo en tiempo sonrie en una direccion, se inclina hácia otra. Su constante preocupacion es de ocultar su incurable ceguera; y su hija le ayuda á ello con toda su abnegacion, su hija, alta y delgada, persona que parece inclinar la cabeza bajo el peso de las trenzas doradas, cuyo matiz ha ocultado cuidadosamente á su padre. Al rey ciego sólo le gustaban las morenas. «Si hubieras sido rubia, decia algunas veces acariciando los cabellos de la princesa, creo que te hubiera amado ménos.» Pareja admirable que seguia el camino del destierro con la dignidad, la calma tranquila de un paseo á

través de los parques reales. Cuando la reina Federica tenia sus horas de desaliento, pensaba en aquel enfermo guiado por aquella inocente, y se reconfortaba al acento tan puro que de ellos emanaba.

Más lejos, con un turbante de lustrosa seda, la bastota reina de Galicia, parecida por sus abultadas mejillas, y su tez ordinaria á una gran naranja de gruesa piel. Ella habla por los codos, resuella, se abanica, rie y charla con una mujer aún jóven, cubierta con una mantilla blanca, fisonomía triste y buena, surcada por esa arruga producidas por lágrimas que vá desde los ojos ligeramente enrojecidos, hasta la pálida boca. Es la duquesa de Palma, escelente criatura predestinada á las sacudidas, á los terrores que le dá el aventurero monarca de caminos reales, al cual está ligada su vida. Y él tambien está allí, el gran diablo, y pasa familiarmente por entre las dos mujeres su negra y luciente barba, su cabeza de angelon bronceada por la última expedicion tan gravosa y tan desastrosa como las precedentes. Ha jugado al rey, ha tenido una córte, fiestas, mujeres, *Te Deum*, recibimientos bajo arcos triunfales. Ha caracoleado, decretado, bailado, hecho hablar á la tinta y á la pólvora, vertido sangre, sembrado ódios. Y, perdida la batalla, lanzando un «sálvese el que pueda,» se refugia en Francia, para buscar nuevos reclutas á quien sacrificar, nuevos millones que fundir, conservando su traje de viajes y aventuras, el gaban ceñido á la cintura, adornado con botones y trencillas que le dan el aire de un verdadero *gitano*.

Toda una juventud se mueve y habla alto en aquella tribuna con la desenvoltura de una córte de la reina Pomaré; y la lengua nacional, ruda y ronca, en trozos euskaros, pasa de unos á otros, acompañada de familiaridades y tuteos cuyo secreto se cuchichea por toda la sala.

¡Cosa extraña! En un dia en que los buenos sitios son tan raros que hasta se ven príncipes de la sangre colocados en el anfiteatro, una pequeña tribuna, la tribuna Bossuet se halla vacía.

Todos se preguntan quién debe ocuparla, qué gran dignatario, qué soberano de paso por París tarda tanto en aparecer, y va á dejar que empiece la sesion sin él. El reloj dá la una. Una voz seca resuena fuera. ¡Presenten... arm!... y al choque automático de los fusiles, y por las altas puertas abiertas de par en par, hacen su aparicion LAS LETRAS, LAS CIENCIAS, LAS ARTES.

Lo que hay de más notable en aquellos ilustres, tan vivos, tan dispuestos conservadores, podia decirse, por un principio, una voluntad de tradicion, es que los más viejos afectan cierta pretension de juventud, de animacion bulliciosa, al paso que los jóvenes se esfuerzan en parecer tanto más graves, cuanto sus cabellos están ménos grises. El aspecto general carece de grandeza, con el perfecto peinado moderno, el frac negro y sobre ropa oscura. La peluca de Boileau de Racan, cuyo labio se comia los discursos, debian tener más autoridad, elevarse más dignamente en el sentido de la cúpula. En cuanto á lo pintoresco, dos ó tres fracs, palmeados de verde, se instalan delante de la mesa, y el vaso de agua azucarada; y es uno de ellos quien pronuncia la frase consagrada: «Se abre la sesion:» Pero por más que diga que se abre la sesion, nadie lo cree, ni áun él mismo. Sabe muy bien que la verdadera sesion no tiene que ver nada con los premios Montyon que uno de los mejores disertadores de la Asamblea, detalla y modula en fina cantinela.

Un modelo de discurso académico, escrito en estilo académico, con muchos «pero,» muchos, «por decirlo así,» que á cada momento hacen volver el pensamiento sobre sus pasos, como una devota que ha olvidado algunos pecados al confesarse, con estilo de arabescos, paráfrasis, rasgos de pluma de maestro de escuela trazados entre las frases para cubrir, llenar los vacíos, un estilo, en fin, que debe aprenderse, y que todo el mundo endosa allí, al mismo tiempo que endosa el frac de palmas verdes. En cualquier otra circunstancia, el público ordinario de lugar se hubiera pasmado ante aquella homilia, le hubiérais visto piafar, relinchar de alegría á los giros de las frases, cuyo rasgo final hubiera adivinado. Era preciso ver, por el contrario, con qué aire de fastidio despreciativo la aristocracia asamblea asiste á aquel desfile de humildes lealtades, de fidelidades á toda prueba, existencias ocultas, encorbadas, que pasan su vida en aquella frascología anticuada, reglamentada, como en los estrechos pasillos de provincia en que ellas hubieron de evolucionar. Nombres plebeyos, sotanas raidas, viejas anguarinas descoloridas por el sol y la lluvia, pueblecillos escondidos cuyo campanario se descubre por un momento, cimentados sus bajos muros en la voñiga de las vacas, todo esto se llena de vergüenza, de miedo, al verse evocado de tan lejos, en medio de tan rico mundo, bajo la fria luz del Instituto indiscreto, como un muestrario de fotógrafo. La noble sociedad se sorprende de que haya tan buena gente en lo comun. ¿Más aún?... ¡Ellos no han concluido de sufrir, de sacrificarse, de ser heróicos!... Los clubs declaran que aquello los revienta; Coletta de Rosen respira su frasco; todos aquellos viejos, todos aquellos pobres de que se habla son para ella «hormigas.» El fastidio se reproduce en las frentes de las estátuas y el estuco de las paredes. El orador empieza á comprender que cansa, y precipita el desfile.

¡Ah! ¡pobre María Chalaye de Amberieux-les-Combes! Tú, á quien las gentes del país llaman la Santa, que durante cincuenta años has cuidado á tu anciana tia paralítica, la has limpiado, la has llevado á la cama, la has dotado con diez y ocho sobrinitos; y vos, digno abate Bourillou, cura de San Maximino-el-alto, que íbais en tiempo de lobos á llevar socorros y consuelos á los pastores de las montañas, ¡no sabíais que el Instituto de Francia, despues de haber premiado vuestros esfuerzos con una recompensa pública, se avergonzaría y os despreciaría, y que vuestros nombres, trastornados, embrollados, pasarian apenas percibidos entre la indiferencia y el susurro de las conversaciones impacientes ó irónicas! El fin del discurso fué una derrota. Y así como el fugitivo arroja armas y bagaje para huir más pronto, aquí con rasgos de heroismo, angélicas

abnegaciones, lo que el orador arroja al foro sin el menor remordimiento, porque sabe que los periódicos del dia siguiente reproducirán su discurso por completo y que no se perderá una sola de aquellas lindas frases retorcidas en *papillotes*. En fin, «he dicho.» Algunos ¡bravos! acompañados de ¡ah! de satisfaccion. El desgraciado se sienta, se limpia el sudor, recibe las felicitaciones de dos ó tres colegas, los últimos vestales del estilo académico. Luego hay un entreacto de cinco minutos para que la sala se arregle, se acomode, se estire. De repente se hace un gran silencio. Otro frac verde acaba de levantarse.

Es el noble Fiz-Roy; y todos tienen derecho á admirarle, mientras ordena sus papelotes sobre el tapiz de la mesita. Delgado, encorvado, raquítico, de hombros estrechos, accion exagerada por dos largos brazos todo huesos; tiene cincuenta años, pero parece de setenta. Sobre su cuerpo usado, mal construido, se sostiene una cabeza pequeña, de facciones deformes, de una palidez plomiza, entre dos ralas patillas y algunos mechones de pelo á medio desplumar. ¿Recordais en *Lucrecia Borgia* á aquel Montefeltro que ha bebido el veneno del Papa Alejandro, y que se vé pasar por el fondo de la escena desplumado, roto, tiritando, avergonzado de vivir? Pues bien, el noble Fiz-Roy podia representar perfectamente á ese personaje. No es que él haya bebido jamás nada, el pobre hombre, ni el veneno de los Borgias ni ninguna otra cosa; pero es el heredero de una familia horriblemente antigua que jamás se ha cruzado en sus descendencias, el vástago de una planta ó sávia que ya no puede cruzarse. El verde de las palmas lo caracteriza más, acentuando su silueta de orangutan enfermo. El tio Sauvadon lo encuentra divino: «¡Tiene un nombre tan distinguido!... ¡Para las mujeres especialmente! ¡Un Fiz-Roy!...

El privilegio del nombre, la larga genealogía en que no faltaron los tontos ni los bestias, lo han hecho entrar en la Academia, mucho más que sus estudios históricos, compilacion indigente, cuyo primer libro solo mostraba valor. Es verdad que

otro lo habia escrito por él; y si el noble Fiz-Roy, apercibiese en lo alto, en la tribuna de la reina Federica, la sólida y fulgurante cabeza de donde habia salido su primer obra, de seguro no oprimiria en su mano las hojas de su discurso con aquel aire de supremo y desdeñoso desafío, ni empezaria á hablar con aquella altanera y circular mirada que todo lo domina, pero que nada vé. Desde luego desmenuza diestra y ligeramente las pequeñas obras que la Academia acaba de premiar; y para hacer ver cuanto aquel trabajo está por bajo de su mérito, lo toca poco, estropeando á su gusto los nombres y los títulos de los libros. ¡Cuánto divierte aquello!... Llega al fin, al premio Roblot, destinado á la mejor obra histórica publicada durante los últimos cinco años. «Este premio, señores, ya lo sabeis, ha sido concedido al príncipe Herberto de Rosen, por su magnífico *Memorial del sitio de Ragusa...*» Una tempestad de aplausos saluda aquellas palabras lanzadas con sonora voz y con un gesto de buen sembrador. El noble Fiz-Roy deja pasar aquel primer golpe de entusiasmo, luego usando de un efecto de oposicion ingénuo pero seguro, prosigue suave y dulcemente: «Señores... y se detiene; parece su mirada sobre aquella multitud que espera, que jadea, que es suya, que tiene en sus manos. Parece que dice: «¡Hé! si no quisiera hablar ahora, ¿quién seria el engañado?...» Y ciertamente lo es él, porque, cuando se prepara á continuar, nadie lo escucha.

Es que se ha abierto la puerta de la tribuna hasta entónces vacía. Una mujer ha entrado, sentándose con desembarazo, pero imponiéndose inmediatamente á la atencion general. El oscuro traje, cortado por el gran modisto, guarnecido de bordados en cola de pavo real, y el sombrero bordeado de un largo encaje de oro, encierran deliciosamente la delgada cintura y el óvalo de rosada palidez de aquella Esther segura de su Amero.

Se murmura su nombre; todo París la conoce, y desde hace tres meses sólo se habla de sus amores, de su lujo. Su hotel de la calle de Mesina recuerda por el explendor de su instalacion

el más bello tiempo del imperio. Los periódicos han dado detalles de aquel escándalo mundano de la altura de sus cuadras, del precio de las pinturas del comedor, del número de carruajes de la desaparicion del marido, que más turbado que el otro célebre Menelao, no ha querido vivir de su deshonor, yéndose al extranjero como esposo engañado del gran siglo. El nombre del comprador es lo que únicamente han dejado las crónicas en blanco. En el teatro, la dama está siempre sola en la delantera de su platea, escoltada por un par de finos bigotes disimulados en la penumbra. En las carreras, en el bosque, siempre sola en su carruaje, ocupado el sitio vacío por un enorme bouquet, y en los tableros, alrededor de un misterioso blason la tonta pero moderna divisa—«mi derecho, mi rey»—con que su amante acaba de dotarla así como de su título de condesa...

Esta vez la favorita está consagrada. Haberla puesto allí, en semejante dia, en los sitios de honor reservados á las Magestades, dándole por escolta á Wattelet, el hombre-feudo de Christian, y el príncipe Axel, siempre pronto cuando se trataba de hacer alguna locura de marca mayor, era reconocerla á los ojos de todos, era marcarla públicamente con las armas de Iliria. Y, sin embargo, su presencia no excita ningun sentimiento de indignacion. Hay toda clase de inmunidades para los reyes; sus placeres son sagrados, como sus personas, sobre todo en el mundo aristocrático, donde se ha conservado la tradicion de las queridas de Luis XIV y Luis XV, subiendo en las carrozas de la reina ó suplantándola en las grandes cacerías.

Algunas gazmoñas, como Coletta de Rosen, tomaban un aire pudibundo, sorprendiéndose de que en el Instituto se recibieran especies semejantes; pero estad seguros de que cada una de estas damas debe tener en su casa algun Tití que está muriéndose de tísis. En realidad, la impresion es excelente. Los clubs dicen: «¡Muy chic!...» Los periodistas: «¡Tiene tupé!...» Todos sonrien con benevolencia, y los númenes inmortales contemplan complacidos á la adorable jóven, que está sin afectacion al borde de la

tribuna, teniendo únicamente en sus aterciopelados ojos esa fijeza peculiar de las mujeres, cuando saben que son el blanco y el punto de mira de los gemelos.

Tambien se vuelven curiosamente del lado de la reina de Iliria, para ver cómo toma la cosa. ¡Oh, muy bien! Ni un músculo de su rostro, ni una pluma de su sombrero se ha extremecido. No frecuentando las fiestas corrientes, Federica no podia conocer á aquella mujer; jamás la habia visto, y sólo la miraba como un vestido mira á otro.—«¿Quién es,—preguntó á la reina de Palermo, que le contestó apresuradamente:—No lo sé.» Pero, en una tribuna inmediata, un nombre pronunciado en alta voz, y repetido varias veces, la hirió en el corazon: «Spalato... la condesa Spalato.»

Hace algunos meses que aquel nombre de Spalato la sofoca como una pesadilla. Sabe que lo usa una nueva querida de Christian, que se ha acordado que era rey para honrar con uno de los más grandes títulos de la pátria ausente, á la criatura de sus placeres. Esto le ha hecho tan sensible aquella traicion como todas las demás. Pero ved lo que colma la medida. Allí, en frente de ella y del niño real, aquella mujer instalada en un puesto de reina, es un sangriento ultraje. Y sin que se dé cuenta de ello, la séria y fria belleza de aquella criatura se lo hace sentir con más vehemencia. El desafío se veia claro en aquellos bellos ojos, en la insolencia de aquella frente tersa y pura, en el desden de aquella fresca boca... Mil pensamientos se suceden en su cerebro... Su gran miseria... Las humillaciones de todos los dias... Ayer mismo, aquel fabricante de coches que gritaba bajo sus ventanas, y á quien Rosen ha pagado, porque preciso fué llegar á aquel extremo... ¿En dónde toma Christian el dinero que gasta aquella mujer?... Desde la superchería de las piedras falsas, sabe de lo que él es capaz; y alguna cosa le dice que aquella Spalato será la deshonra del rey, la ruina de la raza.

Por un instante, por un segundo, aquella violenta naturaleza se ve tentada á levantarse, á subir, á coger al niño de la mano

y huir brutalmente de una infame vecindad, de una rivalidad degradante. Pero piensa que es reina, mujer é hija de reyes, que Zara tambien será rey, y no quiere dar á sus enemigos la alegría de tal escándalo. Una dignidad más alta que su dignidad de mujer, y de que ella ha hecho la regla desesperada y orgullosa de toda su vida, la mantiene en su puesto, tanto allí, en público, como en el secreto de su desvastada casa. ¡Cruel destino de esas reinas á quienes se envidia! El esfuerzo que hace es tan violento, que las lágrimas van á saltar de sus ojos, como el agua tranquila de un estanque al golpe de un remo. Pronta, para que no se la vea, coge sus gemelos y mira obstinada, fijamente, á través de los empañados cristales, la dorada inscripcion LETRAS, CIENCIAS, ARTES, que se alarga y se quiebra en sus lágrimas, sobre la cabeza del orador.

El noble Fiz-Roy prosigue su lectura. Es un estilo grís como un traje de prision el que domina en el elogio pomposo de *El Memorial*, aquel libro de historia elocuente y brutal, escrito por el príncipe de Rosen, «que se sirve de la pluma como de la espada,» elogio, sobre todo, del héroe que lo ha inspirado, «el caballeresco Christian, en quien se resumen la gracia, la nobleza, la fuerza, la seduccion de buen humor que siempre se tiene la seguridad de hallar en las gradas del trono.» (Aplausos, gritos de éxtasis.) Un buen público decididamente sensible, ardiente, que coge al vuelo y fija las alusiones más fugitivas. Algunas veces, en medio de aquellas frases lánguidas, resalta una nota entusiasta y verdadera, una cita de aquel *Memorial*, cuyos documentos ha suministrado la reina, sustituyendo el nombre del rey al suyo, eclipsándose en provecho de Christian. ¡Oh Dios de justicia! ¡Qué bien se lo recompensa!... La multitud saluda el paso de palabras llenas de bravura y valentía, de actos heróicos ejecutados sencillamente, encajados por el escritor en una prosa poética de donde salen convertidas en épicas relaciones de los viejos tiempos; y, á la verdad, ante la entusiasta acogida hecha á aquellas citas, el noble Fiz-Roy, que no es tonto, renuncia á

su literatura y se contenta con hojear el libro en sus más bellas páginas.

En el estrecho clásico monumento se produce un movimiento cual un aletazo refrigerante y vivificador; parece que las paredes se ensanchan, y que por la cúpula alzada entra un soplo fresco y confortante Se respira, los abanicos no se agitan ya ritmando la atencion general. No; toda la sala está de pié, todas las cabezas alzadas hácia la tribuna de Federica; se aclama, se saluda á la monarquía vencida, pero gloriosa, en la mujer y el hijo de Christian II, el último rey, el último caballero. El niño Zara, embriagado por los «bravos» como todos los niños, aplaude inocentemente, separando sus bucles con sus guanteadas manos, mientras que la reina se retira un poco, ganada tambien por aquel entusiasmo comunicativo, saboreando la alegría; la ilusion de un minuto, que aquel mismo entusiasmo la dá. Así ella ha llegado á rodear de una auréola aquel simulacro de rey detrás de la que se oculta, á enriquecer con un nuevo brillo aquella corona de Iliria que su hijo debe llevar un dia, y con un brillo con el que nadie podrá traficar... ¿Qué la importan en aquel momento el destierro, las traiciones, la miseria? Hay minutos deslumbrantes que destruyen las más espesas tinieblas... De repente ella se vuelve, pensando rendir el homenaje de su alegría á aquel que, cerca de ella, apoyada la cabeza en la pared, perdida la mirada en la cúpula, escucha aquellas mágicas frases olvidando que son suyas, asiste á aquel triunfo sin sentimiento, sin amargura, sin pensar ni un solo instante que aquella gloria á él solo es debida. Semejante á aquellos monges de la Edad Media que se envejecian construyendo catedrales anónimas, así el hijo del campesino se contenta con hacer su obra, verla alzarse sólida, en pleno sol. Por la abnegacion, el desprendimiento de su sonrisa de iluminado, por lo que ella comprende en él de semejante á ella, la reina le tiende la mano con un dulce... «¡Gracias... gracias!...» Rosen, que está más cerca, cree que se le felicita por el triunfo de su hijo. Coje al paso aquel

mímico reconocimiento, frota contra el guante real su espeso y rudo bigote, y las dos víctimas felices de la fiesta se ven reducidas á cambiar de lejos en una mirada aquellos pensamientos inexplicables, que enlazan las almas con misteriosas y durables cadenas.

Todo ha terminado. Se levanta la sesion. El noble Fiz-Roy aplaudido, cumplimentado, desaparece como por escotillon; las LETRAS, CIENCIAS, ARTES lo han seguido, dejando vacío el puesto. Y por todas las salidas, la multitud que se apresura empieza á producir aquellos rumores de fin de asamblea ó de salida de teatro que mañana formarán la opinion de todo París. Entre aquellas buenas gentes que se van, muchos, prosiguiendo su sueño retrógrado, creen hallar sillas de manos delante del palacio del Instituto, y solo les espera la lluvia, cayendo con estrépito sobre los ómnibus y los carnavalescos coches del tranvía. Unicamente los privilegiados, al trote conocido de un tronco, continuaron meciéndose en las dulces ilusiones monárquicas.

Bajo el pórtico de columnas, mientras que un ugier llama los reales carruajes en el luciente y húmedo patio, dá placer oir á toda aquella sociedad aristocrática hablar con animacion, esperando la salida de las magestades. ¡Qué sesion!... ¡Qué triunfo!... ¡Si la República se levanta de esta!... La princesa Rosen se ve rodeada de gente... ¡Debeis ser muy feliz! —¡Sí, sí, muy feliz!... Y linda, y caracoleando, saluda á derecha é izquierda como una jaca amaestrada en un circo. El tio no sabe qué hacer á su lado, incomodado siempre con su corbata blanca y su pechera de mayordomo, que procura ocultar con su sombrero, pero muy orgulloso con el triunfo de su sobrino. Ciertamente que sabe mejor que nadie á qué atenerse sobre este triunfo, y que el príncipe Herberto no ha escrito ni una sola línea del libro premiado; pero en aquel momento no piensa en ello. Coletta tan poco, os lo juro. Verdadera sobrina de su tio por la vanidad, le bastan las apariencias; y cuando vió asomar, entre un grupo de gomosos que lo felicitan, las encaradas puntas de los bigotes

de Herberto, que se acercaba, mucho dominó para no saltarle al cuello, allí, delante de todo el mundo; tan convencida se hallaba de que él habia hecho el sitio de Ragusa, escrito el *Memorial*, y de que sus bellos bigotes no cubrian una mandíbula de imbécil. Y si el buen muchacho está contento, confuso con las ovaciones que se le hacen, y las miradas que se le dirigen,—el noble Fiz-Roy le habia dicho solemnemente, «¿Cuándo sereis de los nuestros?» nada le era tan precioso como la inesperada acogida de su Coletta, el abandono casi amoroso con que se apoya en su brazo, lo que no le habia sucedido desde el dia de su matrimonio y en el desfile al sonido del órgano del coro de Santo Tomás de Aquino.

Pero la multitud se separa y se descubre respetuosamente. Los huéspedes de las tribunas descienden, todas aquellas majestades caidas que van á entrar en la noche despues de aquella resurreccion de algunas horas. Un verdadero desfile de sombras reales, el viejo ciego apoyado en su hija, la reina gallega con su hermoso sobrino, frote de telas duras como al paso de una madona Peruviana. En fin, la reina Federica, su prima y su hijo. El landó se acerca á la escalinata; ella monta con un extremecimiento contenido, bella, alta la frente, resplandeciente el rostro. La reina de la mano izquierda y de las escaleras secretas ha partido antes de levantarse la sesion con Axel y Wattelet, de suerte que nada turba aquella salida en plena gloria... Ahora ya no hay nada más que ver, nada que decir. Los lacayos se precipitan con sus paraguas. Durante una hora, sólo se oyen pisadas de caballos, ruidos de coches, mezclados al chisporroteo de la lluvia, nombres y voces repetidas por los ecos de piedra que dominan los antiguos monumentos que pocas veces se turban en el viejo Instituto de Francia.

Aquella noche, las coquetas alegorías de Boucher pintadas sobre los entrepaños de la alcoba de Herberto, en el hotel Rosen, debieron animar sus lánguidas posturas y sus colores de vida un

poco marchitos, al oir una vocecita que murmuraba: «Soy yo... Coletta...» Era, en efecto, ella, envuelta en una túnica de noche de flotantes encajes de malinas, que venia á dar las buenas noches á su héroe, á su caballero, á su hombre de génio... Casi á la misma hora, Eliseo se paseaba solo por el jardin de la calle Herbillon, bajo las verdes bóvedas, por entre las que se descubria un cielo unido, claro, uno de esos cielos de Junio en que queda una luz eclíptica de los largos dias que corta las sombras de las avenidas, y emblanquece la casa, silenciosa y muerta, con todas sus ventanas cerradas. Sólo allí, en el último piso, se veia la luz de la lámpara del rey que velaba. No se oia más ruido que el de los surtidores de los estanques, el perdido trino de un ruiseñor, al cual contestaban otros ruiseñores. La atmósfera se hallaba impregnada con los penetrantes efluvios de las magnolias, de las rosas, del azahar despues de la lluvia. La fiebre que hacia dos meses, desde la fiesta de Vincennes, no abandonaba á Eliseo, que quemaba su frente y sus manos, en lugar de calmarse entre aquella profusion de perfumes, latia vibrante, enviándole sus ondas hasta el corazon.

—¡Ah! ¡viejo loco!... ¡viejo loco!...—dijo una voz, á su lado, en un cenador inmediato... El se detuvo sorprendido. Era justa y verdaderamente la frase que él mismo repetia hacia una hora.

—¡Loco... miserable loco!... Debian arrojarte al fuego á tí y á tu herbario.

—¿Sois vos, señor consejero?

—No me llameis consejero... Yo no soy ya nada... Nada, nada... ¡Ni honor... ni inteligencia!... ¡Ah *porco*!...

Y Boscovich, sollozando con una fuga enteramente italiana, sacudia su despoblada cabeza, bizarramente iluminada por la luz que penetraba por entre los racimos de lilas. El pobre hombre estaba un poco trastornado hacia algun tiempo. Unas veces alegre, decidido, fastidiaba á todo el mundo con su herbario, su famoso herbario de Leibach, en posesion del cuál iba á entrar muy pronto, segun decia; luego de repente se interrumpia en

medio de aquel flujo de palabras, lanzaba miradas á uno y otro lado, enmudecia, y ya no se le podia sacar una palabra del cuerpo. Esta vez Eliseo creyó que estaba completamente loco, cuando, despues de aquella explosion infantil, le vió saltar hácia él, y cojerle el brazo gritando como un desesperado.

—Es imposible, Meraut... Es preciso impedirlo...

—¿Impedir qué, señor consejero?—dijo el otro tratando de desprender su brazo de aquella presion nerviosa.

Y Boscovich, jadeante, en voz baja, prosiguió:

—El acta de renuncia está pronta... extendida por mí... En este momento el rey la está firmando... Yo jamás hubiera debido... *Ma che... ma che...* El es el rey... Y luego mi herbario de Leibach... me prometió entregármelo... Piezas magníficas...

El maniático estaba solo... Eliseo no le escuchaba, aturdido con aquel terrible golpe... Su primero, su único pensamiento fué para la reina. ¡Hé aquí el premio de tanto desinterés, de tanta abnegacion, el fin de aquel dia de sacrificios!... ¡Reducida á la nada toda aquella gloria trenzada alrededor de una cabeza que no queria corona alguna!... ¡En el jardin, súbitamente oscurecido, no se veia mas que aquella luz, allá arriba, iluminando el misterio de un crímen! ¿Qué hacer? ¿Cómo impedirlo?.. Sólo la reina... Pero, ¿podria llegar hasta ella?... Lo cierto es que la dama de honor Mme. de Silvis, la misma reina, todo el mundo creyó que habia fuego en el castillo, cuando Eliseo pidió hablar con S. M. Por todas las habitaciones se oyó el cacareo de mujeres asustadas, una pajarera despierta antes de la hora. Por fin, Federica apareció en el saloncillo envuelta en un peinador azul que modelaba sus bellos brazos y sus admirables hombros. Jamás Eliseo se sintió más cerca de la mujer.

—¿Qué pasa?—preguntó muy bajo, muy rápido, con ese parpadeo que espera y ve venir el golpe... A la primera palabra saltó:

—¡Eso no puede ser!... ¡No será mientras yo viva!

La violencia del movimiento conmovió las masas fosfores-

centes de su cabellera, y para sujetarlas tuvo un gesto trágico y libre que hizo deslizar sus mangas hasta el codo.

—Despertad á su alteza,—dijo á media voz en la acolchada sombra de la vecina habitacion; luego, sin añadir palabra más, subió al cuarto del rey.

X

Escena conyugal.

Toda la mágia de aquella noche de Junio entraba por la ancha ventana abierta del gran salon, donde un sólo candelero encendido dejaba bastante misterio para que el claro de la luna se fijase en las paredes á modo de vía láctea, é hiciese relucir la barra pulimentada de un trapecio, el arco de una guzla suspendida ó la vidriera de una biblioteca bastante mal guarnecida, que los cajones de Boscovich acababan de llenar exhalando un olor acre y podrido de un cementerio de plantas secas. Sobre la mesa, entre papelotes llenos de polvo, se veia un Cristo de plata ennegrecida; porque aunque Christian no trabajase se acordaba de su educacion católica, se rodeaba de objetos de piedad, y algunas veces, divirtiéndose con meretrices, mientras sonaban á su alrededor los roncos cantos del placer, su mano enmohecida por la embriaguez, repasaba dentro del bolsillo las cuentas de un rosario de coral que siempre llevaba consigo. Al lado del Cristo se veia una ancha y vasta hoja de pergamino llena de una gruesa letra un poco temblona. Era el acta de defuncion de la soberanía, perfectamente extendida. No faltaba más que la firma, un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

centes de su cabellera, y para sujetarlas tuvo un gesto trágico y libre que hizo deslizar sus mangas hasta el codo.

—Despertad á su alteza,—dijo á media voz en la acolchada sombra de la vecina habitacion; luego, sin añadir palabra más, subió al cuarto del rey.

X

Escena conyugal.

Toda la mágia de aquella noche de Junio entraba por la ancha ventana abierta del gran salon, donde un sólo candelero encendido dejaba bastante misterio para que el claro de la luna se fijase en las paredes á modo de vía láctea, é hiciese relucir la barra pulimentada de un trapecio, el arco de una guzla suspendida ó la vidriera de una biblioteca bastante mal guarnecida, que los cajones de Boscovich acababan de llenar exhalando un olor acre y podrido de un cementerio de plantas secas. Sobre la mesa, entre papelotes llenos de polvo, se veia un Cristo de plata ennegrecida; porque aunque Christian no trabajase se acordaba de su educacion católica, se rodeaba de objetos de piedad, y algunas veces, divirtiéndose con meretrices, mientras sonaban á su alrededor los roncos cantos del placer, su mano enmohecida por la embriaguez, repasaba dentro del bolsillo las cuentas de un rosario de coral que siempre llevaba consigo. Al lado del Cristo se veia una ancha y vasta hoja de pergamino llena de una gruesa letra un poco temblona. Era el acta de defuncion de la soberanía, perfectamente extendida. No faltaba más que la firma, un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

rasgo de pluma, una decision violenta de la voluntad: y por esto vacilaba la parte débil de Christian II, apoyados sus dos codos sobre la mesa, inmóvil bajo el fuego de las bujías preparadas para el sello real.

Cerca de él, inquieto, husmeando, deslizándose como una esfinge nocturna ó golondrina negra de las minas, Lebeau, el criado íntimo, le espiaba, le excitaba, llegado al fin al minuto decisivo que la banda esperaba hacia meses, con altos y bajos, con todos los latidos de su corazon, con todas las incertidumbres de una empeñada partida por aquel último giron de rey. A pesar del magnetismo de aquel opresor deseo, Christian, con la pluma entre los dedos, no firmaba. Enterrado, hundido en su sillon, miraba el pergamino y reflexionaba. No es que le importase aquella corona que nunca habia querido ni deseado; que niño hallaba demasiado pesada, y cuya dureza habia sentido más tarde, así como sus primeras responsabilidades. Descargarse de ella, colocarla en un extremo del salon en que nunca entraba, olvidarla fuera tanto como podia, era ya cosa hecha; pero aquella última determinacion, aquel último partido excesivo le asustaban. Ningun otro recurso habia, sin embargo, para proporcionarse el dinero necesario para su nueva existencia; tres millones en pagarés firmados por él, circulaban con vencimientos próximos, y que el usurero, un tal Pichery, mercader de cuadros no queria renovar. ¿Podia él dejar embargar todo en San Mandé? ¿Qué sería entonces de la reina y el niño real? Escena por escena,—porque preveía la horrible resonancia de sus vilezas,—¿no valia más concluir de una vez, afrontar de repente las cóleras y las recriminaciones? Y además... además que aquello no era aún la razon determinante.

Habia prometido á la condesa firmar aquella renuncia; ante aquella promesa, Séfora habia consentido en dejar partir á su marido solo para Lóndres, aceptado el hotel de la avenida de Mesina, el título y nombre que la publicaban como querida de Christian, reservando otras complacencias para el dia en que el

rey la entregase el acta firmada por su mano. Ella daba á esto sus razones de mujer enamorada; acaso quisiera un dia volver á Iliria, abandonarla por el trono, por el poder; no sería ella la primera á quien la razon de Estado han hecho llorar y sufrir. Y Axel, Wattelet, todos los gomosos del Gran Club no sabian que cuando el rey al salir de la avenida de Mesina se reunia con ellos en el círculo con los ojos abatidos y calenturientos, habia pasado la noche sobre un divan, siempre rechazado y despreciado, vibrante y tendido como un arco, rodando á los piés de una implacable voluntad, de una constante resistencia que dejaba á sus locos besos el hielo de dos manos de Parisiana, hábiles á desprenderse, á defenderse, y sobre sus lábios la quemadura de una palabra delirante... «¡Oh! cuando no seas rey... ¡tuya, toda tuya!...» Porque ella le hacia pasar por todas las intermitencias tan peligrosas de la pasion y de la frialdad; y algunas veces en el teatro, despues de una glacial acogida con inmóvil sonrisa, una manera de mirarle al quitarse los guantes! Ella no se quitaba el guante... Ponia su mano enteramente desnuda á la primera ofrenda de sus besos...

—Con que, mi buen Lebeau, dices que Pichery no quiere hacer nada...

—Nada, señor... Si no se le paga, irán los pagarés al tribunal de comercio.

Era preciso oir el desesperado gemido con que fué subrayada aquella palabra de «tribunal,» para comprender todas las siniestras formalidades que encerraba; papel sellado, embargo, la casa real profanada, arrojada á la calle... Christian nada de esto veía. Llegaba allá abajo en medio de la noche, ansioso, frenético, subia á paso de lobo la escalera misteriosamente alfombrada, entraba en la alcoba en que la lamparilla se extinguia bajo los encajes... «Ya está hecho.» «Ya no soy rey... eres mia... mia.» Y la hermosa de...

—Vamos,—dijo con el sobresalto de la vision que huia.

Y firmó.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En esto se abre la puerta y aparece la reina. Su presencia en el cuarto de Christian á aquella hora era tan nueva, tan imprevista, vivian hacia tanto tiempo el uno lejos del otro, que ni el rey en vías de firmar su infamia, ni Lebeau que le vigilaba, se volvieron al ligero ruido de su entrada. Creyeron que era Boscovich que volvia del jardin. Deslizándose ligera cual una sombra, estaba ya cerca de la mesa, sobre los dos cómplices, cuando Lebeau la descubrió. Ella le ordenó el silencio, poniéndose un dedo en los lábios, y continuaba adelantando, queriendo sorprender al rey en plena traicion, y evitar los giros, los subterfugios, inútiles disimulaciones; pero el lacayo desobedeció aquella órden por una alarma á lo Anás: «¡La reina, señor!...» La Dálmata, furiosa, plantó su sólida y nerviosa mano en el hocico de aquel dañino animal; y erguida esperó á que el miserable hubiera desaparecido para dirigirse al rey.

—¿Qué os sucede, querida Federica? ¿Qué me proporciona?...

De pié, medio inclinado sobre la mesa que trataba de ocultar, en una postura agradable que hacia resaltar su chaleco de foular bordado de rosa, sonreía, los lábios un poco pálidos; pero con voz tranquila, palabra fácil, con aquella gracia política de que jamás prescindia con su mujer, y que ponia entre ellos, cual si fuesen floridos y complicados arabescos sobre la dura laca de un guarda fuego. En una palabra, con un gesto, ella separó aquella barrera que la abrigaba.

—¡Oh! nada de frases... nada de gestos... ¡Sé lo que estás escribiendo!... No trates de mentir.

Luego, acercándose, dominando con su alta estatura aquella bajeza tímida...

—Escucha, Christian... Y aquella familiaridad extraordinaria en su boca, daba á sus palabras alguna cosa de sério, de solemne... Escucha... mucho me has hecho sufrir desde que soy tu mujer... Jamás me he quejado más que la primera vez, la primera, debes recordarlo... Despues, cuando ví que no me amabas a, he dejado obrar. No he ignorado nada... ni una de tus traiciones, ni una de tus locuras. Porque es preciso que tú estés loco, verdaderamente loco como tu padre que se ha extinguido gastado por el amor de Lola, loco como tu abuelo Juan, muerto en un vergonzoso delirio, espumante, aspirando á lúbricos besos, con palabras que hacian ruborizar á las hermanas de la caridad que lo asistian. ¡Bah!... Es la misma sangre abrasada, la misma lava del infierno la que te devora. En Ragusa, en tus noches de salida, te iban á buscar á casa de Fœdora... Yo lo sabia, yo sabia que ella habia abandonado el teatro para seguirte... Jamás te lo he reprochado... El honor del hombre se hallaba en salvo... Y cuanto tú abandonabas tu puesto en las murallas, yo tenia cuidado de que no estuviese vacío... Pero, en París... en París...

Hasta aquí habia hablado lenta, friamente, guardando al final de cada frase una entonacion de piedad y de reprension maternal que inspiraban los ojos bajos del rey, su incomodada cara de niño mimado á quien se sermonea. Pero aquel nombre de París la puso fuera de sí. ¡Ciudad sin fé, ciudad burlona y maldita, sangrientos empedrados siempre preparados para la barricada y el levantamiento! ¡Qué rabia habia dominado á todos aquellos pobres reyes caidos de refugiarse en aquella Sodoma! Ella es; es su aire apestado con fusilados y vicios, quien remataba las grandes razas; ella, la que habia hecho perder á Christian lo que los más locos de sus antepasados sabian guardar siempre entre ellos, el respeto y el orgullo del blason. ¡Oh! desde el dia de su llegada, desde la primera noche del destierro, al verle tan alegre, tan excitado, mientras que todos lloraban secretamente, Federica habia adivinado las humillaciones y las vergüenzas que la iba á hacer sufrir. Entonces, de un aliento, sin desmontar, con palabras que azotaban la pálida cara del real calavera, y la cruzaban cual muchos latigazos, le recordó todas sus faltas, su rápido descenso del placer al vicio y del vicio al crímen.

—Tú me has engañado á mi vista, en mi propia casa sentan-

do el adulterio á mi mesa y usando mi vestido. Cuando te has cansado de esa muñeca rizada que ni aun ha ocultado sus lágrimas, te has ido al arroyo, al lodo de las calles, ostentando descaradamente tu pereza, y trayéndonos tus amaneceres de orgías, tus remordimientos desplomados, todas las manchas de esa cloaca... Acuérdate como te he visto dando traspiés y balbuceante, aquella mañana en que por segunda vez perdiste el trono... Has hecho cuanto puede hacerse... has traficado con el sello real, vendido cruces, títulos...

Y en voz más baja, como si hubiera temido que el silencio y la noche pudieran oirla:

—¡Has robado tambien... has robado! Aquellos diamantes, aquellas piedras arrancadas... fuiste tú... Y yo he dejado sospechar de mi viejo Grœb, y lo dejé marchar... Era preciso, conocido el robo, encontrar un falso culpable para evitar que se adivinase el verdadero... Porque mi preocupacion única y constante ha sido mantener al rey en pié, intacto, aceptando todo para ello, aun las vergüenzas que á los ojos del mundo concluirian por mancharme á mí misma... Yo me habia formado un santo y seña de combate que me excitaba, que me sostenia en las horas de prueba: «¡Por la corona!...» Y ahora tú quieres venderla, quieres vender esa corona que me ha costado tantas angustias y tantas lágrimas, quieres cambiarla por oro para esa máscara de judía muerta que has tenido el impudor de poner hoy delante de mí, frente á frente...

El escuchaba sin decir nada, aplastado, ocultando su cabeza. La injuria á la que amaba le volvió todo su valor.

Y mirando fijamente á la reina, con su abofeteado rostro, la dijo, siempre político, pero firme:

—Os engañais... La mujer de que hablais no entra para nada en la resolucion que he tomado... Lo que hago es por vos, por mí, por nuestro reposo... ¡Vamos!... ¿No estais cansada de esta vida de expedientes, de privaciones?... ¿Creeis que ignoro lo que aquí pasa, que no sufro al veros acosada por esa trahilla de

proveedores, y otros acreedores?... El otro dia, cuando yo entraba, ví y entendí á aquel hombre que vociferaba en el patio... A no ser por Rosen lo destrozo con las ruedas de mi faeton. Y vos estábais espiando su partida detrás de las cortinas de vuestro gabinete... ¡Magnífico oficio para una reina!... Estamos debiéndolo todo... Sólo hay un grito comun contra nosotros. La mitad de nuestras gentes esperan sus salarios atrasados. Ese preceptor hace diez meses que no recibe nada..... Mme. de Silvis se paga con vuestros trages viejos, y hay dias en que el señor consejero encargado de los sellos de la corona pide á mi ayuda de cámara dinero prestado para comprar tabaco rapé... Ya veis que estoy al corriente... Pero vos no conoceis mis deudas. Estoy acribillado... Muy pronto estallará todo..... ¡Será curioso!... Cuando veais vender vuestra diadema, entre viejos cubiertos y cuchillos en un portal...

Poco á poco, arrastrado por su naturaleza burlona y sus hábitos de broma, dejaba el tono reservado del debut, y con su vocecilla nasal é insolente detallaba todas las pillerías, entre las que habia muchas de Séfora, que no perdió nunca la ocasion de demoler con su piqueta burlona los últimos escrúpulos de su amante.

—Me acusais de hacer frases, querida, y por el contrario, sois vos quien me aturdís con vuestras palabras. Y despues de todo, ¿qué es esa corona de Iliria de que siempre me estais hablando? No tiene valor alguno sino sobre la cabeza del rey; en otro caso no es más que un estorbo, una cosa inútil que en la huida se oculta en una sombrerera, ó que se expone bajo un fanal, como los laureles de un cómico ó la corona de azahar de la portera... Es preciso que os persuadais de esto, Federica. Un rey no es rey más que en el trono y con el poder en la mano; caido, no es nada, ménos que nada, un despreciable harapo... En vano nos aferramos á la etiqueta, á nuestros títulos, poniendo la Magestad en todas partes, en las portezuelas de los coches, en los gemelos de la camisa, y siguiendo un ce-

remonial que ya no está en uso. Todo esto es hipocresía, por nuestra parte, política y lástima en los que nos rodean, amigos y servidores. Aquí yo soy Christian II para vos, para Rosen, para algunos fieles. En cuanto salgo, soy un hombre como los demás. El Sr. Christian Dos... Ni aún tengo apellido... sólo el nombre... Christian, como cualquier pillo de playa...

Y se detuvo, falto de aliento, no acordándose de haber hablado nunca tanto tiempo de pié. Los agudos silbidos del viento y los trinos de los ruiseñores interrumpian el silencio de la noche. Una gruesa mariposa negra, quemadas las puntas de sus alas en la luz, volaba aturdidamente, tropezando en todos los objetos. No se oia más, entre aquel zumbido, que los sollozos ahogados de la reina, que sabia hacer frente á la cólera, á la violencia; pero que la burla, el sarcasmo, atacando la parte débil de su naturaleza sincera, encontrábase sin armas, como un valiente soldado que espera golpes mortales y se siente acribillado á alfilerazos. Al verla débil, Christian la creyó vencida, y para rematarla, puso el último trazo á su cuadro burlesco de las monarquías en el destierro.... ¡Qué lamentable figura tenian aquellos pobres príncipes *in partibus*, comparsas de la soberanía, envolviéndose en los mantos de los primeros galanes, continuando su declamacion entre las butacas vacías y sin un céntimo de entrada! ¿No harian mejor con callarse y entrar en la vida comun y la oscuridad?... Pase aún por los que tienen dinero; pueden seguir en su terquedad de lujo, tan propia de las grandezas.... Pero los otros, sus pobres primos de Palermo, por ejemplo, amontonados en una casa demasiado pequeña, con su sacramental cocina italiana!... ¡Cómo huele á cebolla cuando se entra allí!... Son muy dignos, ciertamente, pero ¡qué existencia!... Y estos no son aún los más desgraciados. El otro dia un Borbon, un verdadero Borbon, corria detrás de un ómnibus. «Completo, caballero...» Y corria siempre. «Ya os he dicho que todo está lleno, buen viejo...» Y se ha incomodado; hubiera querido que lo llamasen monseñor; como si se llevase un sello en la corbata...

«Reyes de ópera cómica, os digo, querida mia; y es para salir de esta ridícula situacion para ponernos al abrigo en una existencia asegurada y digna, por lo que he tomado el partido de firmar esto.

Y añadió, descubriendo de repente al slavo tortuoso y educado por jesuitas:

—Observad, además, que esta firma es una pura broma... Se nos devuelven nuestros bienes, y no me considero comprometido á nada... ¿Quién sabe? Esos millones pueden ayudarnos á reconquistar el trono.

La reina alzó impetuosamente su noble cabeza, le miró por un segundo, y luego, moviendo los hombros,

—No te hagas más vil de lo que realmente eres... Sabes muy bien que una vez firmado... Pero, no. La verdad es que te faltan las fuerzas, es que tú desertas de tu puesto de rey en el momento más peligroso, cuando la nueva sociedad, que no quiere ni Dios ni amo, persigue con su ódio á los representantes del derecho divino, hace temblar el cielo sobre sus cabezas y el suelo bajo sus pasos. El cuchillo... las bombas... las balas... Se traiciona... se asesina... En plena comitiva de procesion ó de fiesta, los mejores como los peores, no hay uno de nosotros que no se estremezca cuando algun hombre se separa de la multitud... Todo memorial oculta el puñal... Al salir de su palacio, ¿quién puede estar cierto de volver á entrar en él?.. Y esta es la hora que tú escoges, tú, para huir de la batalla...

—¡Ah! si se tratara de batallas,—dijo Christian con viveza.

—Pero luchar, como nosotros, con el ridículo, con la miseria, con todo el estercolero de la vida, sentir que se hunde uno cada dia más y más...

La reina tuvo un rayo de esperanza en sus ojos.

—¿De veras?... ¿tú te batirías?... Entonces, escucha.

Y jadeante, le contó en algunas breves palabras la expedicion que Eliseo y ella preparaban hacia tres meses, enviando cartas sobre cartas, discursos, despachos, el padre Alfeo siem-

pre en camino para los pueblos de la montaña; porque aquella vez no era á la nobleza á quien se dirigian sino al bajo pueblo, muleteros, mozos de cordel de Ragusa, manicadores de Breno, de Brazza, gentes de las islas que vienen al mercado en chalupas, la nacion primitiva y tradicional, pronta á levantarse, á morir por el rey, pero con la condicion de ver al rey á su cabeza... Las compañías se estaban formando, circulaba ya el santo y seña, no se esperaba más que la órden. Y la reina, precipitando sus palabras en carga vigorosa sobre la debilidad de Christian, recibió un choque doloroso al verle sacudir la cabeza más bien indiferente que desanimado. Puede ser que en el fondo se uniese á ello el despecho de que todo se hubiese preparado sin contar con él. Pero no creia realizable aquel proyecto. No se podia avanzar en el país, era preciso tener por suyas las islas, saquear alguna rica comarca con muy poca probabilidad de conseguirlo; la aventura del duque de Palma, una inútil efusion de sangre.

—No, querida amiga; el fanatismo de vuestro capellan y ese gascon de ardiente cabeza, os extravían con sus consejos. Yo tambien tengo mis noticias, y más ciertas que las vuestras... La verdad es que en la Dalmacia, como en todas partes, la monarquía ha cumplido sus dias... los pueblos ya la han tenido bastante... ya no la quieren.

—¡Ah!... Ya se yó quién es el cobarde que no la quiere,— dijo la reina.

Y salió precipitadamente, dejando á Christian muy sorprendido de que la escena se hubiese terminado tan bruscamente. Bien pronto guardó el acta en el bolsillo y se preparaba á salir, cuando volvió Federica, acompañada esta vez de su hijo, el niño príncipe.

Sobrecogido en medio del sueño, vestido apresuradamente, Zara, que acababa de pasar de las manos de las camaristas á las de la reina, sin que se hubiese pronunciado palabra alguna, abria sus grandes ojos bajo sus despeinados bucles; pero nada

preguntaba, acordándose confusamente, en su imaginacion aun incompleta, de levantamientos semejantes para huidas precipitadas, en medio de rostros pálidos y jadeantes exclamaciones. Por consiguiente, habia tomado la costumbre de abandonarse, de dejarse conducir, con tal que la reina lo llamase con su voz grave y resuelta, y que sintiese el tierno arrimo de un brazo y su hombro pronto á servirle de apoyo en sus fatigas de niño. Ella le habia dicho: «¡Ven!» y él la siguió con confianza, sorprendido únicamente de toda aquella calma comparada con otras noches alborotadas, color de sangre, en que brillaban llamas, tronaba el cañon y las balas silbaban.

Vió al rey de pié, no á aquel padre indiferente y bueno, que alguna vez le sorprendia en la cama ó atravesaba la sala con una cariñosa sonrisa, sino una fisonomía dura y severa, que se acentuaba rudamente á su llegada. Federica, sin decir una palabra, arrastró al niño hasta los piés de Christian II, y arrodillándose con un movimiento brusco, lo colocó á su lado, y juntando sus dedos en sus dos manecitas juntas, le dijo:

—El rey no quiere escucharme, pero acaso os escuchará á vos, Zara.... Vamos, decid conmigo: «Padre mio...»

La tímida voz repitió: «Padre mio....»

—Padre mio, mi rey, yo os conjuro.... No despojeis á vuestro hijo, no le arrebateis esa corona que debe llevar un dia... Pensad que no es vuestra, que viene de léjos, de lo alto, que viene de Dios, que la ha colocado hace seiscientos años en la casa de Iliria.... Dios quiere que yo sea rey, padre mio.... Es mi herencia, mi patrimonio, y no teneis derecho alguno para privarme de él...»

El niño príncipe seguia, con el ferviente murmullo, las miradas que inspira una oracion; pero Christian volvia la cabeza, alzaba los hombros, y furioso, aunque siempre conservando las buenas formas, mascullaba algunas palabras entre dientes: «Exaltacion.... Escena inconveniente.... Trastornar la cabeza de ese niño....» Luego se desprendió de ellos y trató de ganar la

puerta. De un salto la reina se puso de pié, miró á la mesa y vió que no estaba el pergamino, y comprendiendo que estaba firmada el acta infame, que él la llevaba, lanzó un verdadero rugido.

—¡Christian!...

El continuaba hácia la puerta.

Ella dió un paso, hizo ademan de recoger su ropa como para echar á correr, y luego súbitamente,

—Pues bien,—dijo,—¡sea!

Christian se detuvo, la vió ante la ventana abierta, el pié sobre el estrecho apoyo de piedra, sosteniendo con un brazo á su hijo y llevándolo á la muerte, y amenazando con el otro al cobarde que huia. La luz nocturna iluminaba desde fuera aquel admirable grupo.

—¡A rey de ópera-cómica, reina de tragedia!—dijo ella, grave y terrible.—Si no quemas al momento lo que acabas de firmar, jurando sobre la cruz que no volverás á hacerlo otra vez... tu raza concluirá hecha pedazos. ¡Tu mujer... tu hijo, no serán más que repugnantes trozos!

Y se sentia en aquellas palabras, en aquel bello cuerpo tendido hácia el vacío tal resolucion, que el rey, terrorificado, se lanzó para detenerla.

—¡Federica!...

Al grito de su padre, al extremecimiento del brazo que le sostenia, el niño, enteramente fuera de la ventana, creyó que todo habia concluido y que iba á morir. No dijo ni una sola palabra, ni lanzó una queja, porque partia con su madre. Solo, sí, sus manitas se aferraron al cuello de la reina, y dejando caer su cabeza de víctima, cerró los ojos, asustado de la caida.

Christian no resistió más... Aquella resignacion, aquel valor del niño-rey que en su futuro oficio sabia ya morir bien!... Hacia estallar su corazon dentro de su pecho... Arrojó sobre la mesa la arrugada acta que tenia en la mano, que estrujaba hacia un minuto, y cayó, sollozando, en una butaca. Federica, siempre

desconfiada, recorrió el pergamino desde la primera línea hasta la firma, la acercó á una vela, la dejó quemar hasta sus dedos, sacudió sobre la mesa su negra ceniza, y se fué á acostar con su hijo, que empezaba á dormirse en su heróica postura de suicida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

La velada de armas.

Estamos en el fin de una comida de amigos en el salon de la prendería. El viejo Leemans, cuando está solo, come una cortecilla de pan al extremo de la mesa de la cocina enfrente de la Darnet, sin mantel, sin servilleta; cuando tiene gente, como aquella tarde, la cuidadora auvernesa, quita murmurando las blancas fundas, guarda preciosamente las alfombrillas, y prepara la mesa delante del retrato del «Señor» en la tranquila sala de cura entregado por algunas horas á los olores del fricandó con ajos y á discusiones muy levantadas tambien, en el caló de los bajos revoltillos del dinero.

Desde que se prepara «La gran jugada», son muy frecuentes aquellas comidas en la prendería. Era bueno para aquellos negocios entablados á medias, verse amenizado, concertarse; en ninguna otra parte lo harian con tanta seguridad, como en el fondo de aquella pequeña calle de Eginhard, perdida en el pasado del viejo París... Allí, al ménos, se puede hablar alto, discutir, combinar... Es que el resultado se halla próximo...

¡Dentro de algunos dias... qué!... dentro de algunas horas la renuncia quedará firmada, y el negocio que ha devorado ya tanto dinero, empezará á producir otro tanto más. La seguridad del triunfo enciende los ojos y la voz de los convidados con una dorada alegría, hace más blanco el mantel, el vino mejor. Una verdadera comida de boda, presidida por el tio Leemans y Pichery, su inseparable, una cabeza de palo tiesa y peinada á lo húngaro, sobre un cuello de crin, algo como militar y «paso franco» aspecto de oficial retirado. Profesion: usurero en cuadros, oficio nuevo, complicado, perfectamente aplicado á las manías de arte de nuestro tiempo. Cuando un hijo de familia está por puertas, raspado, afeitado, se dirige á casa de Pichery, comerciante de cuadros, suntuosamente instalado en la calle Laffitte.

—¿Teneis algun Corot, un auténtico Corot?—Tengo manía por ese pintor.

—¡Ah! ¡Corot!...—dice Pichery cerrando sus ojos de pescado muerto con una admiracion excitante; luego, de pronto, cambiando de tono:—Justamente tengo lo que necesitais:—y sobre un gran caballete le enseña un boceto Corot, un amanecer entre plateadas brumas y ninfas bailando bajo los sauces. El gomoso se pone el lente y aparenta admirar:

—¡Chic!... ¡muy lindo!... ¿Y cuánto?

—Cincuenta mil francos,—dice Pichery sin pestañear. El otro tampoco pestañea.

—¿A tres meses?

—A tres meses con garantías.

El gomoso extiende su pagaré; lleva el cuadro á su casa ó á casa de su querida, y durante todo el dia tiene el placer de decir en el círculo, en el boulevard, que acaba de comprar un «Corot hasta allí.» Al dia siguiente, entrega su Corot en el Hotel de ventas, en donde Pichery le hace rescatar por diez ó doce mil francos, que es su verdadero precio. Es la usura á un grado extremo, pero la usura permitida y sin peligros. Pichery no está obligado á saber si el aficionado compra sériamente ó no. Ven-

de su Corot muy caro, «cuero y pelo,» como se dice en este lindo comercio; está en su derecho, porque el valor de un objeto de arte es discrecional. Además tiene gran cuidado de no entregar más que mercaderías auténticas; instruido por el tio Leemans, que le proporciona además todo su vocabulario artístico, extraño en la boca de aquel soldado, que pesca en medio de la jóven Goma y toda la gente vendible del barrio de la Opera, muy necesaria á sus tráficos.

Al otro lado del patriarca Leemans, Séfora y su marido, acercando sus sillas y sus vasos, juegan á los enamorados. ¡Se vén tan raramente desde el principio del negocio! Si Tom Levis, que para todos se halla en Lóndres, vive encerrado en su villa de Courbevoie, pesca con caña durante todo el dia á falta de tontos á quien engañar, ó se ocupa en dar á los Spricht terribles chascos. Séfora, vestida como una reina, esperando al rey á toda hora, ceremoniosa y enjaezada, lleva una alta vida *semimundana*, tan cansada y tan poco divertida que aquellas damas siempre buscan modos para soportar los largos paseos poco frecuentados ó aprovechar sus momentos de corazon. Pero la condesa de Spalato no tiene igual en la ciudad. Ella no puede frecuentar las de su ralea ni las clasificadas del mundo del libertinaje; las mujeres honradas tampoco la tratan, y Christian II, tampoco podria soportar á su alrededor aquel enjambre de ociosos que componen los salones á que no asisten más que hombres. Así es que siempre está sola en sus gabinetes de pintados techos, de espejos rodeados de guirnaldas de flores y de amorcillos entre nubes, que nunca refleja otra imágen que la suya, indolente y fastidiada del platónico sentimiento que el rey consume á sus piés, como esos perfumes para la jaqueca que arden en pebeteros de oro. ¡Ah! De buena gana cambiaria aquella vida soberanamente triste por el pequeño subsuelo de la calle Real, con su payaso ejecutando enfrente de ella su danza de las grandes jugadas! Apenas si ella puede escribirle, tenerle al corriente del negocio y de sus progresos.

Ved cuán feliz es aquella tarde y cómo se oprime contra él, le excita, le anima: «¡Vamos, hazme reir!» Y Tom se agita mucho, pero su charla no es franca, y cae á cada paso en una idea incómoda, que á nadie manifiesta y que nadie puede adivinar.... ¡Tom Levis está celoso! Sabe muy bien que no puede haber nada aun entre Christian y Séfora, que ésta es bastante diestra para entregarse sin garantía, pero el momento psicológico se acerca; en cuanto el papel esté firmado, preciso es cumplir lo prometido. Y á fe que nuestro amigo Tom siente inquietudes, muy extrañas en un hombre desprovisto y desnudo de toda preocupacion, de toda delicadeza. Siente escalofrios de miedo al mirar á su mujer, que nunca le ha parecido tan linda con su magnífico traje y el título de condesa que parece pulir sus facciones, aclarar sus ojos, relevar su sedosa cabellera bajo la corona con puntas de perlas. Evidentemente J. Tom Levis no está á la altura de su papel, y no tiene bastante fuertes sus hombros para aquel empleo. Por un nada sería capaz de llevarse á su mujer, y que todo se lo llevase la trampa. Pero le detenia la vergüenza, el miedo del ridículo, y además ¡habia tantos fondos comprometidos en el asunto! El desgraciado se debate azotado por aquellos escrúpulos de que la condesa jamás le hubiera creido capaz; él afecta una gran alegría, gesticula con el puñal clavado en el corazon, anima la mesa contando algunos de los buenos juegos de la agencia, y concluye por incitar, tanto al viejo Leemans y al glacial Pichery, que éstos sacan del saco sus mejores farsas, sus mejores mistificaciones hechas á los aficionados.

¿No es verdad que allí se está entre asociados, entre compadres, y apoyados todos en la misma mesa? Pues bien, á contarlo todo, á describir los pisos superiores del Hotel, sus trampas, sus puertas secretas, la coalicion de comerciantes al por mayor, rivales en apariencia, sus ardides, sus contratos de auverneses, aquella misteriosa masonería que pone una verdadera barrera de grasientos cuellos y levitas raidas entre el objeto raro y el capricho del comprador, á quien se obliga á cometer

locuras, y á gastar grandes sumas. Es un asalto de cínicas historias, una lucha al más diestro, al más canalla.

—¿No os he contado *la* de mi linterna egipcia con Mora?—pregunta el tio Leemans apurando su café á sorbitos; y entabla por la centésima vez—como los soldados viejos su campaña favorita,—la historia de aquella linterna que un levantino en apuros le cedió por dos mil francos y que él vendió el mismo dia por cuarenta mil al presidente del Consejo con una doble comision de quinientos del levantino y cinco mil del duque. Pero lo que hace el encanto de la relacion son los ardides, los giros, la manera de calentar la cabeza del cliente rico y vanidoso. «Sí... sin duda, es una hermosa pieza... pero cara... demasiado cara... Os lo ruego, señor duque... dejad que otro cometa la locura de comprarla... Estoy seguro que los Sismondo... ¡Ah!... es un precioso trabajo... estos chasís movibles... esta cadena cincelada...» Y el viejo, animándose con las risas que sacuden la mesa, ojéa sobre el mantel una pequeña agenda gastada en sus bordes, en la que su inspiracion se alimenta con la ayuda de una fecha, un número, un nombre. Todos los más famosos aficionados están allí clasificados como las novias de gran dote en el registro de M. Foy, con sus particularidades, sus manías, los rubios y los morenos, los que es preciso despedir y los que no creen en el valor de un objeto si no es muy caro, el aficionado escéptico, el aficionado tonto, al que se puede decir al venderle un papel de cigarro... «¡Guardadlo bien... cuidado que no os lo roben!...» Aquella agenda valía un tesoro.

—Oye, Tom,—dijo Séfora á su marido, á quien queria hacer brillar,—¿por qué no cuentas la aventura de tu llegada á París? Ya sabes, tu primer negocio, el de la calle Souflot.

Tom no se hizo de rogar, se vertió una copa de aguardiente para hacer voz, y contó que hacia una docena de años, al volver de Lóndres, perdido y casi desnudo, con su último duro en el bolsillo, supo por un antiguo camarada, que encontró en una taberna inglesa próxima á la estacion, que las agencias se ocupaban de un gran negocio, del matrimonio de Mlle. Beaujars, hija de un contratista, que tenía doce millones de dote, y que se le habia metido en la cabeza casarse con un gran señor, un verdadero señor. Se prometia una comision magnífica, y muchos lebreles se habian lanzado sobre la pista. Tom no se desconcertó; entra en un gabinete de lectura, ojea todas las guías de Francia, el Gotha, el Bottin, y concluye por descubrir una antigua, muy antigua familia, ramificada con las más célebres y domiciliada en la calle Souflot. La desproporcion del título con el nombre de la calle le hizo adivinar una decadencia ó una miseria. ¿En qué piso vive el señor marqués de X...? Hizo el sacrificio de su última moneda blanca, y obtuvo del portero algunos informes. Gran nobleza, en efecto... viudo... un hijo que sale de Saint-Cir, y una niña de diez y ocho años muy bien educada... «Dos mil francos de alquiler, gas, agua y barrido,» añade el portero, para quien todo aquello entra en la dignidad del inquilino... «Es todo lo que necesito...» se dice Tom Levis, y sube, á la verdad, un poco conmovido del aspecto de la escalera, con una estátua á la entrada y asientos en todos los descansillos, un lujo de casa moderna con el que contrastaba ciertamente su raida levita, sus zapatos haciendo agua, y su muy delicada comision.

—A medio camino,—decia el narrador,—tuve la tentacion de volverme atrás... Luego me decidí á tentar el golpe. Yo me dije: tienes talento, aplomo, necesitas ganar la vida... haz, pues, honor á tu inteligencia. Y subí los escalones de cuatro en cuatro. Me introdujeron en un gran salon, que bien pronto inventarié. Dos ó tres antiguallas, restos pomposos, un retrato de Largilliere, y sobre todos, mucha miseria; el divan enseñando los muelles, las butacas sin reenchido, la chimenea más fria que un mármol. En esto llega el dueño de la casa, un buen viejo muy majestuoso, Samson en la comedia de Jorge Sand, *Mlle. de la Seigliere*. «¿Teneis un hijo, señor marqués?...» Desde las primeras palabras, Samson se levanta indignado; yo pronuncio la suma, doce millones, y esto le hace sentar, y nos ponemos á

hablar... Empieza manifestándome que no tiene una fortuna igual á su nombre, veinte mil francos de renta todo lo más, y que no sentiría el restaurar su blason. El hijo llevaría cien mil francos de capital... «¡Oh! señor marqués... el nombre basta...» Despues fijamos el precio de mi comision y yo me levanto porque tengo necesidad de irme pues me esperan en mi oficina... Mi oficina y no sabia dónde dormiria aquella noche! Pero ya en la puerta, el viejo me detiene; y con tono de buen muchacho, «Vamos,—me dice,—me pareceis un buen sujeto... Y me atrevo á proponeros... Deberíais casar tambien á mi hija. No tiene dote; por que, á decir verdad, exajeraba cuando os decia hace poco que contaba con veinte mil francos de renta... Ojalá llegase á la mitad... Pero puedo disponer de un título de conde romano para mi yerno. Además, si pertenece al ejército, mis lazos de parentesco con el ministro de la Guerra, me permiten asegurarle un adelanto formal...» Cuando concluí de tomar mis notas, «Contad conmigo, le dije, señor marqués...» Y me dispuse á salir... Una mano se colocó en mi hombro... Me vuelvo. Samson me miraba riendo, pero con una risa... «Y yo, ¿no soy nadie? me dijo...» «Cómo, ¿el señor marqués quiere?... Sí, aún estoy fuerte, y si hallase alguna buena ocasion...» Concluyó confesándome que estaba acribillado de deudas, sin un céntimo para pagarlas... «Y bien, mi querido Tom, si descubrís alguna buena señora del comercio que tenga algunas economías, soltera ó viuda, enviádmela con su saco... la haré marquesa...» Cuando salí de allí, mi educacion estaba completa. Habia comprendido cuánto se podia hacer en la sociedad parisien; y la agencia Levis quedó moralmente fundada...»

Era una historia maravillosa contada, ó más bien representada por Tom Levis. Se levantaba, se volvia á sentar, imitaba la majestad del viejo noble, bien pronto degenerada en un cinismo de bohemio, su manera de desplegar su pañuelo entre las rodillas para cruzar las piernas una sobre otra, y aquel modo de hablar tres veces de la nada de sus verdaderos recursos. Se

hubiera creido ver una escena del «Sobrino de Rameau» (1), pero un sobrino de Rameau del siglo diez y nueve, sin peluca, sin gracia, sin violin, con algo de duro, de feroz en la aspereza de la entonacion de perro de presa inglés, que entraba en los sarcasmos del antiguo indígena de las cloacas de París. Los otros se reian, se divertian en extremo sacando de la relacion de Tom reflexiones filosóficas y cínicas.

—Ya lo veis, hijos mios, decia el viejo Leemans, si todos los prenderos se entendiesen, serian los dueños del mundo. Se trafica con todo en los tiempos en que vivimos. Es preciso que todo venga á nosotros, que todo pase por nuestras manos, dejando en ellas parte de la piel... Cuando pienso en los innumerables negocios que se han hecho desde hace cuarenta años en este agujero de la calle de Eginhard!... ¡Cuando recuerdo todo la que he fundido, vendido, recompuesto, cambiado!... No me faltaba más que negociar sobre una corona, y esta ya la tenemos.

Y se levantó con el vaso en la mano, con los ojos brillantes y feroces:

—¡Brindo á la prendería, hijos mios!

En el fondo, la Darnet, á la escucha con su negra cofia de Cantal, todo lo espiaba, todo lo oia, se instruia sobre el comercio; porque pensaba establecerse en cuanto su amo cerrase el ojo, y establecer una prendería por su cuenta.

De pronto resonó la cascada campanilla como un viejo acatarrado que se ahoga. Todos se sobresaltaron. ¿Quién podia llamar á aquellas horas?

—Es Lebeau,—dijo Leemans...—Solo él puede...

Con grande algazara fué recibido el lacayo, á quien no habian visto hacia tiempo, y que entró pálido, lívido, rechinando los dientes, con un aire desalentado y de muy mal humor.

—Siéntate, mi viejo,—dijo Leemans haciéndole sitio entre él y su hija.

---

(1) Balzac.

—¡Demonio!—dijo el otro al ver sus animados rostros, la mesa y los restos del festin.—Parece que la gente se divierte.

El tono fúnebre con que hizo aquella observacion sorprendió á todos causándoles alguna inquietud.

—¿Y por qué no nos hemos de divertir? ¿Por qué hemos de estar tristes?

Lebeau parecia estupefacto.

—¿Cómo?... ¿No sabeis nada?... ¿Cuándo habeis visto al rey, condesa?

—Esta mañana... ayer... todos los dias...

—¿Y no os ha dicho nada de la terrible explicacion?...

Entonces, en dos palabras, les cuenta la escena de la destruccion del acta por medio del fuego, y, por consecuencia, el fracaso del negocio.

—¡Ah! ¡pillo! ¡se ha burlado de mí!...—dijo Séfora.

Tom, algo inquieto, mira á su mujer hasta el fondo de los ojos. Por desgracia, ¿habrá tenido la debilidad de...? Pero la dama no está de humor para explicarse sobre esto, entregada como se halla á su cólera, á su indignacion contra Christian, que hace ocho dias se embrolla en una série de mentiras para explicar por qué aun no está firmada el acta de renuncia. ¡Oh!... ¡Cobarde... cobarde y embustero!... Pero, ¿por qué Lebeau no los ha prevenido?

—¡Ah! Sí, ¿por qué?—dice el lacayo con su repugnante sonrisa.—Trabajo me hubiera costado preveniros... Hace dias que recorro los caminos... quinientas leguas sin respirar, sin apearme... Y luego que no tenia medio de escribiros, vigilado como me hallaba por un horrible fraile, un padre franciscano que huele á chotuno y maneja el puñal como un bandido... El espiaba todos mis movimientos, no me quitaba los ojos de encima ni un segundo, bajo pretexto de que no sabe bastante francés para andar sólo y hacerse entender... La verdad es que desconfian de mí en San Mandé, y que se han aprovechado de mi ausencia para urdir un gran plan.

—¿Un plan?... ¿Qué plan?—preguntaron todos.

—Se trata, segun creo, de una expedicion á Dalmacia... Es ese diablo de gascon quien les ha calentado los cascos. ¡Oh! yo bien decia que debiéramos habernos desembarazado de él primero que nada.

Por más cuidado que hubieran tenido de ocultarse de él, el lacayo habia olido hacía algun tiempo preparativos en el aire, cartas que salen á cada momento, conciliábulos misteriosos. Un dia, al abrir un álbum de acuarelas que aquella aturdida de Rosen dejó sobre una banqueta, vió proyectos de uniformes, figurines dibujados por ella, *voluntarios de Iliria, dragones de la fe, blusas azules, coraceros del buen derecho*. Otro dia sorprendió una grave conversacion entre la princesa y Mme. de Silvis, sobre la forma y color de las escarapelas. De todo esto, de una palabra por aquí, otra palabra por allá, concluyó que se preparaba una gran expedicion, y el viaje que acababa de terminar seguramente no era extraño al proyecto. El hombre negro, una especie de jorobado á quien habia ido á buscar á las montañas de Navarra, debia ser algun célebre hombre de guerra, encargado de conducir el ejército bajo las órdenes del rey.

—¿Cómo, el rey partirá tambien?—exclamó el tio Leemans mirando á su hija con desprecio.

Un tumulto de palabras siguió á esta exclamacion.

—¿Y nuestro dinero?

—¿Y los pagarés?

—¡Eso es una infamia!

—¡Eso es un robo!

Y como en estos tiempos, la política es el plato de Esopo que se pone en todas partes, Pichery, muy imperialista, apostrofó á la República, tieso como un carton en su corbatin de ballena.

—¡No hubiera sucedido eso en tiempo del Imperio! ¡Cómo! ¡Amenazar la tranquilidad de una nacion vecina!

—Seguramente,—decia Tom con gravedad,—que si esto se

supiese en la Presidencia, no lo consentirian... Es preciso prevenir... moverse...

—Sí, ya he pensado en ello,—dijo Lebeau; —desgraciadamente no sé nada de positivo, de fijo, de preciso. No se me escuchará. Y luego que nuestras gentes desconfian... tienen tomadas todas sus precauciones para alejar toda sospecha. Así, esta noche, celebran el aniversario de la reina... Dan una gran fiesta en el hotel Rosen... ¡Id á decir á las autoridades que todos aquellos bailarines conspiran y preparan batallas!... Sin embargo; algo extraordinario se maquina en este baile.

Sólo entonces notaron que el lacayo estaba en traje de ceremonia, escarpines finos, corbata blanca; estaba encargado de la organizacion del bufet, y debia volver inmediatamente á la isla de San Luis. De pronto, la condesa que estaba reflexionando, exclama:

—Decidme, Lebeau... si el rey parte, vos lo sabreis, ¿no es eso?... Os avisaráu, aunque no sea más que para cerrar la maleta... Pues bien, prevenidme una hora antes, y juro que la expedicion no tendrá lugar.

Esto lo dijo con su voz tranquila, con una decision lenta, pero firme. Y mientras que J. Tom Levis, pensativo, se pregunta por qué medio Séfora podrá impedir la marcha del rey; mientras que los otros asociados calculan lo que les costará la no realizacion del negocio, maese Lebeau, volviendo al baile, corre sobre la punta de sus escarpines á través de aquel dédalo de callejuelas negras cortadas por viejos techos, salientes balcones, portones con escudos, todo aquel barrio aristocrático del último siglo, trasformado en fábricas, en talleres, que sacudido durante el dia por pesados camiones y el hormigueo de un pueblo pobre, recobra por la noche su carácter de curiosa ciudad muerta.

La fiesta se veia y oia desde lejos; fiesta de verano, fiesta de noche que enviaba á las dos riberas del Sena sus estendidas ondas sonoras, así como su luz color rojo de incendio, en aquella

extremidad de la isla que parece, adelantada sobre el nivel del agua, la redonda y alzada popa de un gigantesco navío anclado. Al aproximarse se distinguian las altas ventanas luciendo sus lambrequines de damasco, los mil fuegos de color en guirnaldas de faroles y linternas colgadas en los seculares faroles del jardin, y sobre el malecon de Anjou, ordinariamente dormido á aquella hora, las linternas de los carruajes interrumpiendo la oscuridad de la noche con sus pequeños é inmóviles fanales. Desde el casamiento de Herberto, el Hotel Rosen no habia visto una semejante fiesta, y aun la de esta noche era más vasta, más concurrida, abiertas todas las puertas y ventanas sobre el explendor de una noche estrellada.

El piso bajo formaba una galería de salones en fila, altos como catedrales, adornados con pinturas y dorados antiguos, en donde lucernas de Holanda y Venecia, lámparas de mezquitas colgadas de los rosetones de la techumbre, iluminaban una extraña decoracion; colgaduras de reflejos verdes, oro y rojo, pesadas cajas de plata maciza, marfiles encuadrados, procedentes de profundas escavaciones, viejos espejos con ennegrecido azogue, relicarios, estandartes, riquezas del Montenegro y la Herzegovina, que el gusto parisien habia sabido agrupar, reunir, sin que hubiese nada de chillon ni exótico. La orquesta, colocada sobre una tribuna de un antiguo oratorio, que recordaba el de Chenonceaux, se rodeaba con los oriflamas que cubrian los sillones reservados al rey y á la reina; y formando contraste con todo aquel pasado, con todos aquellos reflejos de ricas antigüedades, que hubieran entusiasmado al tio Leemans, walses del dia, arrebatadores y frenéticos, walses de largas colas de encajes, ojos brillantes y fijos en el vapor de rizados cabellos, pasaban y repasaban como un desafío de la deslumbrante juventud, con visiones rubias, suaves y flotantes, y morenas apariciones de palidez anacarada. De tiempo en tiempo, de aquella madeja de bailarines lanzados, girando cual planetas, de aquella mezcla de telas de seda que entromete en la música de los bailes cierto fascinador y misterio-

so cuchicheo, una pareja se separaba, atravesaba la alta puerta ventana, recibia sobre sus dos cabezas, inclinadas en sentido inverso, el blanco relámpago del fronton en que la cifra de la reina se ostentaba al caprichoso dibujo del gas, y continuando por los paseos del jardin el ritmo del baile con cierta vacilacion, ciertas paradas, causadas por la distancia del sonido, hacia del wals al fin, una marcha cadenciosa, sin paseo armónico por entre los sotillos embalsamados por rosas y magnolias. En suma, aparte de la rareza de la decoracion, prescindiendo de algunos tipos de mujeres extranjeras, no habia allí, á primera vista, mas que una de aquellas kermeses mundanas que el Faubourg-San German, representado en el hotel Rosen por sus nombres más antiguos, los más pomposos, dá algunas veces en sus viejos jardines de la calle de la Universidad, donde los bailes pasan de los encerrados pavimentos á los céspedes del jardin, donde el frac negro no desdice con pantalon claro, fiestas al aire libre, mucho más libres, mucho más exhuberantes que las otras.

Desde su alcoba del segundo piso, el viejo duque, atormentado hace ocho dias por una crísis sciática, escuchaba los ecos de su baile, ahogando bajo las mantas gritos de dolor y maldiciones de cuartel contra aquella irónica crueldad del mal que le enclavaba en su lecho en semejante dia, y le ponia en la imposibilidad de reunirse á toda aquella bella juventud que debia partir al siguiente dia. La contraseña estaba dada, escogidos los puestos de combate; aquel baile era un adios, una especie de bravata á los desastres de la guerra, al mismo tiempo que una precaucion contra las curiosidades de la policía francesa. Si el duque no podia acompañar á los voluntarios, se consolaba pensando que su hijo Herberto sería de la partida y sus escudos tambien, porque sus majestades habian consentido que se encargase de los gastos de la expedicion. Sobre su cama, revueltas con mapas del Estado mayor, con planos estratégicos, se hallaban facturas de fornituras, de cajas de fusiles, de calzado, de mantas, de víveres de campaña, que examinaba cuidadosamente con terribles fruncimientos de bigotes; el heróico rasgo del realista luchaba contra sus instintos de parsimonia y economía. Algunas veces, una cifra ó un dato le faltaban; entónces hacia subir á Herberto, pretesto para tener á su lado por algunos minutos á aquel gran niño que se separaria de él por primera vez al dia siguiente, al que acaso no volveria á ver más, y por quien experimentaba una inmensa ternura, mal disimulado en su acogida silenciosa y majestuosa. Pero el príncipe no estaba mucho tiempo allí, porque tenía prisa por bajar á hacer los honores de su casa, y sobre todo, porque no queria perder nada en las cortas horas que podia pasar aún al lado de su querida Coletta.

De pié con él, en el primer salon, ella le ayudaba á recibir á los convidados de su padre, más linda, más elegante que nunca, oprimida en su estrecha túnica de antiguo encage, hecha de un alba de un obispo griego, cuyo mate reflejo sentaba perfectamente á su frágil belleza, marcada aquella noche con un sello de misterio casi grave. Aquella reposaba sus facciones, oscurecia sus ojos del mismo azul que una pequeña escarapela que jugueteaba en sus cabellos debajo de una aguja de diamantes..... ¡Chust!... una escarapela de voluntario Ilirio, un modelo adoptado para la expedicion y dibujado por la princesa... ¡Ah! hacía tres meses que no habia parado un momento la pobrecilla. Copiar proclamas; llevarlas ocultamente al convento de los franciscanos, dibujar trajes, banderas, despistar á la policía, á quien creia tener siempre sobre los talones, así es como cumplia su papel de gran dama realista, inspirada por sus antiguas lecturas del Sagrado Corazon. Un solo detalle faltaba á aquel programa de bandolerismo vandeano; ella no podia partir, segun Herberto. Porque ahora solo era Herberto, nada más que Herberto; por un beneficio de la naturaleza ya se pensaba tanto en *el otro* como en el desgraciado tití, destrozado tan cruelmente en el vecino ribazo. La alegría de endosar un traje de hombre y calzar grandes botas de charol, estaba rehusada á Coletta, por dos razones: una, su servicio al lado de la reina; otra, muy íntima,

murmurada la víspera al oido del ayudante de campo. Sí, sí; no era una alucinacion, en un lapso de tiempo, fácil de calcular, tomando el dia de la sesion académica como punto de partida, la raza de los Rosen contaría con un representante más, y no se podia exponer una esperanza tan querida, tan preciosa, á las fatigas de una expedicion que no se terminaria sino algunas rudas y sangrientas estocadas, así como tampoco se podia aceptar una vuelta de wals en los expléndidos salones. Muchos secretos eran estos para una mujer, y á pesar del misterio de sus lábios, sus ojos adorablemente habladores, la manera lánguida con que se apoyaba en el brazo de Herberto, parece como que tenian deseos de contarlo todo.

De repente la orquesta se calla; el baile se detiene; todo el mundo se halla de pié para la entrada de Christian y Federica. Ambos atraviesan los tres salones resplandecientes de riquezas nacionales, en donde la reina ha podido ver por todas partes su cifra bordada de flores, luces, pedrerías, todo lo que habla de la pátria, de las glorias; y ahora se detienen á la entrada del jardin... Jamás la monarquía ha sido representada de una manera más alta, más brillante; una verdadera pareja para ser grabada en la moneda de un pueblo, en el fronton de una dinastía. La reina, sobre todo, está admirable, rejuvenecida en diez años con su expléndido traje blanco, y sobre los hombros, por toda joya, un pesado collar de ambar, del que pende una cruz. Ofrecido y bendito por el Papa, este collar tiene su leyenda que los fieles se cuentan por lo bajo. Federica lo ha usado todo el tiempo del sitio de Ragusa, dos veces perdido y milagrosamente hallado, bajo el fuego de la batalla. Ella adhiere á esto una gran superstición, y ha hecho un voto de reina de usarlo siempre, sin preocuparse del efecto encantador de aquellas perlas doradas tan cerca de sus cabellos, cuyos reflejos parecen robar.

Mientras que los reyes están allí, de pié, radiantes, admirando la fiesta y la vista del jardin mágicamente iluminado, del medio de un cotillo de rododendros, parten súbitamente tres

acordes, bizarros, desgarradores, enérgicos. Todo lo que hay de slavo en la asamblea se extremece al reconocer el sonido de las guzlas, cuyos largos mangos se entreven á traves del sombrío ramaje.

Aquello empieza con un preludio murmurador, un desborde de lejanas ondas sonoras que se adelanta, crece, aumenta, se estiende. Se diria una pesada nube cargada de electricidad, que de tiempo en tiempo, á impulsos del arco, lanza relámpagos, de donde brota luego el ritmo borrascoso, heróico del aire nacional, himno y baile á la vez, aquel aire de Rodoïtza, que allá abajo es de todas las fiestas, de todas las batallas, y representa perfectamente el doble carácter de su antigua leyenda: el heiduco Rodoïtza, caido á los piés de los turcos, haciéndose el muerto para huir. Se enciende lumbre sobre su pecho; el heiduco no se mueve. Deslizan en su seno una serpiente, escitada por el sol, le clavan veinte astillas entre las uñas; conserva su inmovilidad de piedra. Entonces hacen venir á Haikouua, la más grande, la más bella niña de Zara, que se pone á danzar cantando el aire nacional Ilirio. Desde los primeros compases, desde que Rodoïtza oye tintinear los cequines del collar de la hermosa, reunar las tranjas de su cinturon, se sonrie, abre los ojos y seria perdido, si la bailarina en un paso rápido, no hubiese arrojado sobre su rostro que se anima el pañuelo de seda, con que marca y corona su danza. El heiduco fué salvado, y hé aquí por qué, desde hace más de doscientos años, el aire nacional de Iliria se llama el aire de Rodoïtza.

Al oir el son bajo el cielo del destierro, todos los Ilirios, hombres y mujeres, han palidecido. Aquella llamada de las guzlas, que del fondo de los salones, la orquesta acompaña en sordina, como un murmullo de las olas sobre el que chilla el pájaro de los huracanes, es la voz de la pátria, llena de recuerdos y de lágrimas, de penas, de inexplicables esperanzas. Los arcos enormes, pesados, en forma de arcos de combate, no vibran sobre cuerdas vulgares, sino sobre nervios tirantes hasta romper-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

se, sobre resonantes fibras. Aquellos jóvenes atrevidos, gallardos, con aspecto de heiducos, sienten todos el valor indomable de Rodoïtza, tan bien recompensado con el amor de una mujer; aquellas bellas Dálmatas, grandes como Haikouma, tienen el corazon rebosando de ternura para aquellos héroes. Y los viejos, al pensar en la lejana pátria, las madres, al mirar á sus hijos, todos tienen gana de sollozar, todos, sin la presencia del rey y la reina, unian sus voces al estridente grito, á todo pulmon, que los músicos, al concluir la pieza, lanzan hasta las estrellas, en un final ramillete de acordes.

Un momento despues, vuelven á empezar las danzas, con un entusiasmo sorprendente en un mundo en que no se divierten más que por convencion y sistema. Decididamente, como dice Lebeau, hay en esta fiesta algo que sale de lo ordinario. Algo de ardiente, de calenturiento, de apasionado, que se siente al rodear los brazos á las delgadas cinturas, en el calor de las parejas, en ciertas miradas que se cruzan, hasta en la cadencia de los walses y de las mazourkas, en que de repente suena como un choque de estribos y espuelas. Hacia el fin de la fiesta, cuando la mañana filtra á través de los vidrios, la última hora del placer tiene encauzado el ardor, un desaliento embriagador; pero allí el baile comienza apenas y ya todas las manos arden en los guantes, todos los corazones laten bajo los bouquets de los corpiños ó los diamantinos broches; y cuando una pareja pasa, llena de armonía y de amor, largas miradas la siguen, sonrientes, enternecidas.

Todos saben, en efecto, que aquellos bellos jóvenes, nobleza de Iliria desterrada con sus príncipes, nobleza francesa siempre pronta á dar su sangre por una buena causa, van á partir al amanecer para una expedicion peligrosa y aventurada. Aun en caso de victoria, ¿cuántos volverán de aquellos jóvenes que se enganchan sin contarse? ¡Cuántos, antes de ocho dias, morderán el polvo estendidos en las faldas de la montaña, teniendo aún en sus oidos, donde zumba la sangre vertida, el motivo embriagador de la mazourka! Es la proximidad del peligro lo que mezcla al arrebato del baile la ansiedad de una velada de armas, lo que hace brillar en todos los ojos lágrimas y relámpagos. ¿Qué se puede negar al que parte, que acaso va á morir? Y aquella muerte que se cierne, y cuya ála os azota en la cadencia de los violines, ¡cómo estrecha el abrazo y precipita la confesion! ¡Fugitivos amores, encuentros efímeros que atraviesan el mismo rayo del sol! Jamás se han visto, acaso no se volverán á ver más, y hé aquí encadenados dos corazones. Algunas bellas, las más animosas, tratan de sonreir á pesar de su emocion; pero, ¡cuánta dulzura se descubre bajo esta ironía! Y todo aquello gira, frentes encorbadas, flotantes bucles; cada pareja se cree sola, encerrada, aturdida en las mágicas vueltas de un wals de Brahms ó una mazourka de Chopin.

Otro muy excitado, muy conmovido, era Meraut, en quien el canto de las guzlas, á la vez llenas de dulzura y de energía salvage, habia despertado el humor bohemio, aventurero que está en el fondo de todos los temperamentos meridionales, un loco deseo de ir más lejos por caminos desconocidos hácia la luz, la aventura, la batalla, de ejecutar alguna accion bizarra y extraordinaria, por la que las mujeres le admirasen. Él, que no bailaba, que tampoco se batiria, se hallaba dominado por la embriaguez de aquel baile heróico; y al pensar que toda aquella juventud iba á partir, dar su sangre, correr á un peligroso destino, mientras que él se quedaria con los viejos y los niños; al pensar que habiendo organizado toda la cruzada, la dejaria cumplir su mision sin él; todo esto le causaba una tristeza, una melancolía inexplicables. La idea se avergonzaba ante la accion. Y acaso á esta melancolía, á este gusto de morir que le imbuian las canciones y danzas slavas, contribuia bastante el explendente orgullo de Federica, apoyada en el brazo de Christian. ¡Qué feliz se consideraba de encontrar al fin en su marido al rey y al guerrero!... ¡Haikouma, Haikouma, al choque de las armas todo lo olvidas, todo lo perdonas, mentiras, traiciones! ¡Lo que amas,

sobre todo, es el valor físico, y es á él á quien siempre arrojarás tu pañuelo humedecido con tus lágrimas ó caliente con los ligeros perfumes de tu rostro!... Y mientras él así se lamenta, Haikouma, que acababa de percibir en un extremo del salon aquella frente espaciosa de poeta, sobre la que se retorcia una abundante y rebelde cabellera, Haikouma se sonrió y le hizo señal de que se acercase. Se diria que habia adivinado la causa de su tristeza.

—¡Qué fiesta tan magnífica, Sr. Meraut!—le dijo.

Y luego bajando la voz:

—Tambien os debo esto... Todo os lo debemos... y no sé cómo daros las gracias.

Era, en efecto, él quien con su robusta fé habia reanimado aquel apagado fuego, vuelto la esperanza á los desalentados, preparado el alzamiento que empezaria á obrar al dia siguiente. La reina no lo olvidaba, y nadie habia en la asamblea á quien hubiese hablado con aquella bondad deferente, aquella mirada de gratitud y de dulzura, allí, delante de todos, en medio del respetuoso círculo trazado alrededor de los soberanos. Pero Christian II se acerca y recobra el brazo de la reina.

—El marqués de Hezeta se halla aquí,—dice á Eliseo...—¿No le habeis visto?

—Señor, no le conozco.

—Pues sin embargo, dice que sois antiguos amigos,—mirad allí viene...

Este marqués de Hezeta era el jefe que, en ausencia del viejo general Rosen, debia mandar la expedicion. En el último golpe de mano del duque de Palma habia mostrado sorprendentes cualidades de jefe de partidarios, y si se le hubiera escuchado, la última escaramuza no hubiera tenido un fin tan desastroso. Cuando vió perdidos sus esfuerzos, y que el mismo pretendiente daba el ejemplo y la señal de la huida, el cabecilla, agoviado de laxitud y misantropía, se arrojó en plenas montañas vascas, viviendo allí al abrigo de infantiles conspiraciones,

falsas esperanzas, estocadas en el agua que agotan las fuerzas morales. Queria morir oscuro en su pátria, pero debia ser arrastrado aun una vez más á las aventuras por el realismo arrebatador del padre Alfeo, y la fama de bravura de Christian II. La antigua nobleza del partidario, su romántica existencia llena de destierros, de persecuciones, de hazañas brillantes, sus crueldades de fanático rodeaban al marqués José María Hezeta, de un interés casi legendario, haciendo de él el personaje de la reunion.

—Adios, Ely...—dijo adelantando hácia Eliseo con la mano tendida, y llamándole por su nombre de niño, en el tiempo del cercado de rey... Sí, hombre, sí, yo soy... Es tu viejo maestro... El señor de Papel.

El frac negro, cargado de cruces y órdenes, y la corbata blanca no le cambian en nada, así como tampoco los veinte años que tenia de más, sobre su enorme cabeza de enano, de tal manera quemada por la pólvora y el viento de la montaña, que su vena frontal, tan horrible y tan característica, apenas se distinguia. Con ella, la terquedad realista parecia haberse atenuado, como si el cabecilla hubiese dejado en el fondo de su boina, arrojada por él al torrente al finalizar la campaña, una parte de sus antiguas creencias, de las ilusiones de su juventud.

Eliseo se quedó sorprendido al oir hablar á su antiguo maestro, que lo habia hecho lo que era.

—Ya lo veis, mi pequeño Ely.

El pequeño Ely tenia dos piés más que él de estatura, y casi casi tantos cabellos grises.

—Todo se va concluyendo; ya no hay reyes. El principio está en pié, pero faltan los hombres. No hay ninguno de esos desarzonados que sea capaz de volver á montar, y ni aun de desearlo... ¡He visto tanto, he visto tanto, durante la guerra!...

Una sangrienta nube invadió su frente, inyectó sus ojos, como atacados por una vision de vergüenzas, de vilezas, de traiciones.

—Pero todos los reyes no son iguales,—protestó Meraut;—y estoy seguro que Christian...

—Tanto vale el tuyo como el mio. Un niño que no piensa más que en divertirse... No hay una idea, ni señales de voluntad en sus ojos llenos de placer. Mírale, sino...

Y le señalaba al rey que entraba valsando, la frente húmeda, inclinada su redonda y pequeña cabeza sobre el desnudo hombro de su pareja, entreabiertos sus lábios con la tentacion de apoyarse en tan excitantes formas. Aquella pareja, en la creciente embriaguez del baile, pasó cerca de ellos sin verlos tocándoles con su jadeante aliento; y como se llenaba de gente la galería para mirar á Christian, el primer valsador de su reino, Hezeta y Meraut, se refugiaron en el profundo hueco de una de las ventanas abiertas sobre el malecon de Anjou. Allí estuvieron largo tiempo entre el rumor y el torbellino del baile y la fresca sombra y el apacible silencio de la noche.

—Los reyes no creen ya, los reyes no quieren. ¿A qué comprometernos por ellos?—decía Hezeta con tono feroz.

—Vos creeis eso... y sin embargo, partís.

—Parto.

—¿Sin esperanza?

—Una sola... La de hacerme romper la cabeza, mi pobre cabeza que no sé dónde colocar.

—¿Y el rey?

—¡Oh! me tiene sin cuidado.

¿Quería, acaso, decir con esto que Christian no estaba aún á caballo, ó que, semejante á su primo el duque de Palma, sabria salir siempre salvo de la batalla? El no se explicó más.

A su alrededor continuaba el baile en locos torbellinos, pero Eliseo le veia ahora á través del desaliento de su viejo maestro y sus propias desilusiones. Sentia una inmensa piedad por toda aquella valerosa juventud que tan alegremente se preparaba para ir á combatir bajo las órdenes de jefes desengañados; y entonces la fiesta, en confuso movimiento, su velada, luces, todo

desaparecia para él en el polvo de un campo de batalla, en la desastrosa mezcolanza de donde se recojen muertos desconocidos. Por un momento, para huir de aquella siniestra vision, se inclinó sobre el apoyo de la ventana, hácia el desierto malecon, sobre el que el palacio lanzaba grandes cuadrados luminosos, prolongados hasta el Sena. Y el agua que él escuchaba, tumultuosa y atormentada en aquella punta de la isla, mezclando el ruido de su corriente y de sus furiosos remolinos contra el arco de los puentes, á los suspiros de los violines, á las desgarradoras quejas de las guzlas, tan pronto saltaba á golpes como los sollozos de un corazon oprimido, como se derramaba á grandes espumosos borbotones, como la sangre de una ancha y profunda herida...

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

Tren de la noche.

«Partimos á las once, estacion de Lyon. Destino desconocido. Probablemente Cette, Niza ó Marsella. Avisad.»

Cuando este billete, escrito de prisa y con lápiz, por Lebeau, llegó á la calle de Mesina, la condesa de Spalato acababa de salir del baño, y fresca, perfumada y ligera, se ocupaba en ir de su alcoba al gabinete, regando, arreglando ella misma sus flores de la jardinera, sus verdes plantas, encerradas sus manos en guantes de Suecia que le llegaban hasta el codo, para aquel paseo á través de su jardin artificial. Apenas se conmovió, reflexionando durante un minuto en la calma de la semi-oscuridad que producian las cerradas persianas, y luego hizo un gesto decidido, un movimiento de hombros que significaba: «¡Bah! quien quiere el fin... Y al momento llamó á su doncella para estar preparada cuando llegase el rey.

—¿Qué se pone la señora?

La señora miró al espejo para pedirle una idea:

—Nada... me quedo como estoy.

Y en efecto, nada podia hacerla más linda que aquella bata de flanela clara con ondulantes pliegues, aquel fichú atado á la espalda, aquellos cabellos negros retorcidos, rizados y peinados

muy alto, dejando descubierta la nuca y la línea de los hombros, que se adivinaban ser de un tono más vivo que el del rostro, de una claridad de ambar ardiente y suave.

Ella comprendia, y con razon, que ningun otro traje valia tanto como aquel desabillé que acentuaba el aire sencillo de niña, que el rey preferia tanto en ella; pero esto la obligó á desayunarse en su gabinete, porque no podia bajar al comedor en aquel traje. Habia montado su casa bajo un pié sério, y allí no aparecia la fantasía, el aspecto bohemio de Courbevoie. Despues de almorzar se instaló en su gabinete, que un varandah indio prolongaba sobre la avenida, y se puso á esperar al rey tranquilamente sentada, rosada por el reflejo de los trasparentes, como antiguamente en la ventana del Hotel Familly. Christian no llegaba nunca antes de las dos; pero, á partir de aquel momento, empezó una angustia nueva en aquella naturaleza plácida; la espera, primero extremeciéndose apenas como una arruga en el agúa de un tranquilo lago, luego calenturienta, agitada, hirviente. Los carruajes eran muy raros á aquella hora en la tranquila avenida, inundada de sol entre su doble fila de plátanos y de los nuevos hoteles apoyados en las doradas verjas, en los lamparines atravesados por los rádios del parque Monceaux. Al menor movimiento de ruedas, Séfora levantaba el trasparente para ver mejor, y al ver engañada su esperanza, se irritaba de aquella lujosa serenidad, de aquella calma provincial.

¿Qué habia sucedido? ¿Acaso se marcharía sin verla?

Ella buscaba razones, pretextos; pero cuando se espera, todo espera; el sér entero queda en suspenso, y las ideas flotantes, desmembradas, no se terminan á semejanza de las palabras que se balbucean y no salen de los labios. La condesa esperimentaba aquel suplicio, y ese hormigueo al extremo de los dedos donde todos los nervios se tienden y desfallecen. De nuevo alzaba el rosado trasparente. Un viento tíbio agitaba la ramas de los verdes penachos, y alguna frescura subia de la calle que las

mangas de riego inundaban con bruscos surtidores de agua, suspendidos por el paso de los carruajes, ahora más numerosos para el paseo de las cinco en el Bosque. Entonces empezó á asustarse de veras por el abandono del rey; envió dos cartas, una á casa del príncipe de Axel y otra al círculo; luego se vistió, no pudiendo estar hasta la noche en aquel traje de niña que sale del baño, y volvió á empezar su paseo de la alcoba al gabinete, al cuarto tocador, y bien pronto por toda la casa, tratando de engañar su ansiedad por medio de la agitacion.

No era una jaula de cocotte la que habia comprado la Spalato; tampoco una de esas casas macizas y pesadas con que los tratantes millonarios han llenado las nuevas manzanas del Oeste parisien, sino más bien un hotel artista, digno de los nombres de las calles inmediatas, Murillo, Velazquez, Van-Dick, y que se distinguia en todo de sus vecinas, desde el coronamiento de la fachada hasta el llamador de la puerta. Edificado por el conde de Potnicki para su querida, una mujer fea á quien pagaba todas las mañanas con un billete de mil francos doblado en cuatro sobre el marmol de la chimenea, aquel maravilloso edificio habia sido vendido en dos millones con todo su mobiliario artístico, á la muerte del rico polaco, que no dejó testamento alguno, y Séfora habia adquirido de un golpe todos aquellos tesoros.

Por la gran escalera de madera esculpida, cuya rampa sostendria una carroza con un tiro, y que da á la belleza grave del arqueado techo un fondo sombrío de cuadro holandés, la condesa Spalato desciende á uno de los tres salones del entresuelo; el salon de Saxes, pieza á lo Luis XV, conteniendo una magnífica coleccion de vasos, estátuas, esmalte, de aquel arte frágil del siglo XVIII, que parece amasado por los rosados dedos de las favoritas, y animado por sus picarescas sonrisas el salon de marfil, en donde resaltan colocados en armarios forrados con color de fuego marfiles de la China, llenos de pequeños personajes, de frutos, de pedrerías, de pescados con ojos de esmeralda, y aquellos marfiles de la Edad Media, de dolorosas expresiones apasionadas, sobre las que la sangre de cera encarnada de los crucifijos resalta como sobre la palidez de una piel humana; el tercer salon, iluminado á lo taller, tapizado de cuero de Córdoba, espera que el tio Leemans acabe de amueblarlo. Ordinariamente el alma de la poseedora se exalta en medio de todas aquellas lindas cosas, embellecidas aún más por lo barato que costaron; hoy ella va, viene, sin mirar, sin ver, léjos de allí su pensamiento, perdido en irritantes razonamientos... ¡Cómo! ¡Se marcharia así!... ¡Es decir que no la amaba!... ¡A ella, que creia tenerle tan bien sujeto, tan bien envuelto en sus redes!...

El criado volvió. No habia noticias del rey. No se le habia visto en ninguna parte... ¡Era bien Christian! Sintiéndose débil, huía, se ocultaba... Un acceso de loca cólera puso por un segundo fuera de su calma á aquella mujer que tan bien sabia dominarse. Ella hubiera roto, deshecho todo á su alrededor, sin la costumbre de la venta, que por decirlo así, visiblemente le marcaba el precio que valía cada objeto. Arrojada en una butaca, mientras que el dia cayendo borraba todas aquellas riquezas de ayer, ella las veia huir, alejarse de ella con sus sueños de una colosal fortuna. La puerta se abrió con violencia.

—«¡La señora condesa está servida!»

Era preciso sentarse sola á la mesa, en el majestuoso comedor entapizado en sus ocho entrepaños con grandes retratos de Frantz Hals, estimados en ochocientos mil francos, severos, nobles, tiesos y solemnes, con sus golillas almidonadas, ménos solemnes, sí, que el maestre-sala con su corbata blanca, que trincha sobre el aparador los platos que sirven dos galopines vestidos de nankin. La ironía de este pourpose servicio, en contraste con el abandono que amenaza á madame Spalato, le oprime el corazon de despecho; se diría que los criados hacen por exagerar su ceremonioso desden mientras ella come, esperando que concluya, inmóviles y graves como ayudantes de fotógrafo despues de haber fijado al cliente delante del objetivo. Poco á

poco, sin embargo, la bella abandonada toma fuerzas y vuelve á su verdadera naturaleza... No se dejará abandonar así... No es que ella se interese por el rey. Pero el negocio, la gran jugada, todos sus amores propios se hallan en juego frente á sus asociados... ¡Ea! ya está formado su plan... Sube á su cuarto y escribe dos letras á Tom; luego, mientras los criados comen y charlan sobre el dia tan solitario y tan agitado de su ama, la señora condesa prepara con sus propias manos, nada torpes, una maletita de viaje, que ha hecho muchas veces el trayecto desde la agencia á Courbevoie, arroja sobre sus hombros una manta de sarga de lana por causa del frio, y sale furtivamente de su palacio hácia el primer puesto de carruajes, á pié, con su maleta en la mano, como una institutriz que ha recibido su licencia.

Christian II, por su parte, no habia pasado el dia ménos inquieto. Habiéndose quedado en el baile con la reina hasta bastante tarde, se habia despertado con la cabeza y el corazon llenos del heróico murmullo de las guzlas. Los preparativos de viaje, visitar sus armas, así como el uniforme de teniente general, que no habia vestido desde Ragusa, todo esto le ocupó hasta las once, seguido, vigilado por Lebeau, muy perplejo y sin atreverse á llevar muy lejos sus insinuantes cuestiones. A las once, la pequeña córte se reunia en palacio para oir una misa rezada dicha por el padre Alfeo, en el salon trasformado en oratorio, sirviendo de altar la chimenea, con los lambrequines de terciopelo, cubiertos con una sábana bordada. Faltaban los Rosen; el padre continuaba en el lecho, y la princesa habia ido á acompañar hasta la estacion á Herberto, que partia con algunos jóvenes. Hezeta debia seguirles en el siguiente tren, y toda la tropa esparcirse de la misma manera durante el dia para no despertar sospechas. Aquella misa secreta, que recordaba tiempos de revueltas, la cabeza exaltada del fraile, la energía militar de sus gestos y de su voz, olian á incienso y pólvora; era la ceremonia religiosa solemnizada por la batalla próxima.

El desayuno fué algo triste, aunque el rey puso cierta coquetería en no dejar á su alrededor más que agradables recuerdos, aunque afectase con la reina una respetuosa actitud de ternura que se estrellaba contra la frialdad desconfiada de Federica. La mirada del niño no les abandonaba un momento, porque la horrible escena de la otra noche estaba impresa en su jóven memoria y le dejaba intuiciones nerviosas superiores á su edad. La marquesa de Silvis lanzaba anticipados suspiros de despedida. Respecto á Eliseo, á quien habia vuelto la confianza, no podia contener su alegría, pensando en aquella contra-revolucion por el pueblo que él habia soñado tan largo tiempo, en aquella conmocion popular forzando las puertas de un palacio para hacer entrar un rey en él. Segun pensaba, el éxito era seguro. Christian no tenia la misma seguridad; pero fuera de aquella incomodidad propia de la partida, en que parece se presenta de repente la soledad, ese alejamiento prematuro de los objetos y séres que rodean á uno, no tenia ninguna siniestra aprension, antes más bien sentia cierto alivio á su falsísima situacion, rodeado como estaba de plazos amenazadores, y obligaciones de honor. En caso de victoria, la lista civil todo lo saldaria. La derrota, por el contrario, produciría un hundimiento general... la muerte... una bala en la frente... El pensaba en esto como en una solucion definitiva á las penas de dinero y de corazon; y su indiferencia no hacia mala figura entre las preocupaciones de la reina y el entusiasmo de Eliseo. Pero mientras que los tres hablaban en el jardin, pasó un criado.

—Dí á Samy que enganche,—ordenó Christian.

Federica se extremeció.

—¿Vas á salir?

—Sí, por prudencia... El baile de anoche debe ocupar la atencion de París... Es preciso que me deje ver... en el círculo, en el boulevard... ¡Oh! volveré á comer.

Y de un salto subió la escalinata alegre y contento como un chicuelo que sale de la escuela.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Tendré miedo hasta el fin!—dijo la reina.

Meraut, pensando lo mismo que ella, no halló palabras para animarla.

El rey, sin embargo, habia tomado una firme resolucion. Durante la misa habia jurado de no volver á ver á Séfora, conociendo que si ella quisiese detenerle, si le anudase sólidamente sus brazos al cuello, no tendria fuerzas para abandonarla. Con la mejor fe del mundo se hizo conducir al círculo, donde encontró algunos calvos absortos en silenciosas partidas de whist, y majestuosos dormilones alrededor de la mesa de lectura. Todo estaba muerto y desierto, porque la noche anterior se habia jugado mucho. Por la mañana, cuando toda la banda salía del círculo, con monseñor el príncipe de Axel á la cabeza, pasaba un tropel de burras de leche, trotando y sonando los campanillos. Monseñor llamó al burrero. Aquellos señores bebieron leche caliente en copas de champagne; luego todos aquellos señores, un poco alegrillos, montando en las burras, á pesar de sus coces y de las protestas del burrero, corrian el más divertido steeple-chase á todo lo largo de la calle de la Paz. Era cosa divertida oir hacer la relacion del hecho á M. Bonœil, gerente del gran Club. «¡No... era tan chocante!... ¡Monseñor sobre una borriquilla, obligado á recoger sus piernas, porque Monseñor tiene las piernas sumamente largas... y con su flema imperturbable! ¡Ah, si S. M. hubiera estado aquí!»

Su Majestad sentia tambien mucho el haber perdido aquella partida de locos.—¡Qué felíz era el príncipe de Axel!—Reñido con el rey, su tio, arrojado de su país por toda clase de intrigas cortesanas, acaso no reinaria jamás, puesto que el viejo monarca hablaba de casarse con una jóven y de tener una porcion de pequeños presuntivos. Pero nada le importaba de todo esto. Divertirse en París, le parecia mucho más interesante que no politiquear en su país. Y poco á poco la chacota, el sarcasmo escéptico, tomaban fuerza en Christian, estendido en el divan en que el príncipe real habia dejado la marca de su contagiosa livian-

dad. En la atmósfera inactiva del club, todo se le aparecia al jóven rey, el arranque heróico de la víspera y la tentativa de mañana, sin gloria, sin mágia, sin grandeza. Positivamente se iba descomponiendo; y para librarse de aquel entorpecimiento, que invadia sus venas como un soporífero veneno, se levantó y bajó al grande aire de los vivos, de los activos, de los que circulaban por el malecon.

Son las tres, hora en que generalmente se dirigia á la avenida de Mesina, despues de haber almorzado en el círculo ó en casa de Mignon. Maquinalmente sus pasos tomaron el camino habitual de aquel París de verano, un poco ménos grande, un poco ménos frecuentado que el otro; pero que compone tan lindas vistas, perspectivas tan aligeradas con su verdura incrustada en las piedras y con sombra del follaje sobre los reflejos del asfalto.

Cuántas lindas mujeres se deslizaban por allí, medio ocultas por sus sombrillas, con su gracia y su seduccion espiritual de buen humor. Algunas otras mujeres, ¿sabrán andar como éstas, charlar, vestirse y hacer lo contrario tambien? ¡Ah, París, París! ¡Ciudad del placer fácil, de las horas cortas! Y decir que para estar más seguro de abandonar todo aquello, iba acaso á hacerse romper la cabeza! ¡Qué bellos momentos, y cuántas voluptuosidades inteligentes y completas!

En el fervor de su reconocimiento, el Slavo tenia una chispa en sus ojos para todas aquellas mujeres que le seducian con un gesto, con un movimiento de sus vestidos de cola de encaje. Mucha distancia habia del rey caballero que por la mañana, entre su mujer é hijo, se arrodillaba en su oratorio antes de partir á la conquista de su reino, y aquel perseguidor de mujeres, con la nariz al viento, el sombrero vencedor sobre su pequeña cabeza rizada y redonda, cuyas mejillas enrojecia la fiebre del placer. Federica tenia razon al maldecir aquella levadura de París, y al temerla para aquella cabeza de chorlito, espumosa como ciertos vinos, que es preciso tener siempre encerrados.

En la bifurcacion del boulevard Haussmann y la avenida de Mesina, Christian se detuvo y dejó pasar algunos coches. Fué una llamada á la razon. ¿Cómo habia llegado allí y tan pronto?... El hotel Potnicki destacaba en un ocaso vaporoso sus dos torrecillas de *castel* parisien... ¡Qué tentacion!... ¿Por qué no iria hasta allí; por qué no veria por última vez á una mujer que iba á dejar en su vida la memoria seca, irritante, de un deseo no satisfecho?

Por fin, despues de un terrible debate que duró un minuto, tomó un partido heróico; saltó en un carruaje descubierto, y dió la direccion del club. Jamás hubiera tenido aquel valor sin el juramento hecho á Dios por la mañana durante la misa. Para aquella alma pusilánime de mujer, esto vencia y era superior á todo.

En el club encontró la carta de Séfora, que nada más que con el perfume que exhalaba el papel, le comunicó la fiebre que la abrasaba. El príncipe la entregó tambien la otra misiva, algunas frases precipitadas, imploradoras, con una letra que los libros de Tom jamás habian conocido. Pero Christian II, rodeado de gente, sostenido y mirado por todos, se sentia más fuerte, pues era de aquellos á quienes el público les hace componer cierta actitud. Estrujó las cartas y las guardó en el bolsillo. La bella juventud del club iba llegando aun bajo la impresion de la historia de las burras, contada minuciosamente por un periódico de la mañana. El papel circulaba de mano en mano, y todos al leerlo se reian con aquella risa de vientre de gentes que ya no pueden más.

—¿A dónde vamos á divertirnos esta tarde?—preguntaban aquellos jóvenes caballeros absorbiendo sodas y gaseosas de que el club tenia un gran depósito.

Seducido por la corriente, el rey se dejó ir con ellos á comer al café de Lóndres, no en uno de aquellos salones cuyas colgaduras conocidas habian danzado más de diez veces en su embriaguez, cuyos espejos llevaban sus nombres escritos, cruzados,

revueltos como una escarcha sobre los vidrios, sino en las cuevas, aquellas admirables catacumbas de toneles y botellas alineadas en sus cajas regulares, con etiqueta de porcelana, que se extienden hasta debajo del teatro de la Opera-Cómica.

Todos los vinos de Francia dormian allí. La mesa estaba colocada en el fondo, en la instalacion de preferencia, con sus botellas colocadas en rádios que reflejaban la luz del gas, y sus girandolas de vasos de color. Fué una idea de Wattelet, que quiso señalar con una comida original la partida del rey, conocida únicamente de él solo y de Christian. Pero el efecto quedó destruido por la humedad de las paredes y los techos, que bien pronto penetró á los convidados fatigados de la precedente noche. Cola de Gallina se adormecia y se despertaba sobresaltado. Rigolo hablaba poco, reia ó lo aparentaba, mirando el reloj cada cinco minutos. Acaso pensaría en la reina, á quien aquella tardanza debia tener asustada.

A los postres llegaron algunas mujeres, parroquianas del café de Lóndres, que sabiendo que los príncipes estaban abajo, abandonaron sus mesas, y guiadas por los mozos que llevaban candelabros, se metieron en las cuevas, aliando las colas en el brazo, dando chillidos de ratas asustadas. Casi todas estaban escotadas. Al cabo de cinco minutos, ya tosian, se ponian pálidas y tiritaban sobre las rodillas de aquellos señores, que al ménos estaban abrigados con los cuellos levantados.—¡Vaya una gracia! ¡Hacernos poner enfermas del pecho!—decia una de ellas, ó más friolenta ó ménos calenturienta que las otras. Se decidieron por fin á subir á tomar el café en los salones, y mientras lo hacian, Christian desapareció. Eran ya las nueve. Su cupé le esperaba á la puerta:

—Avenida de Mesina,—dijo por lo bajo con los dientes apretados.

Era una idea que le acometió de repente como un acceso de locura. Durante toda la comida no habia visto más que á ella; á ella, aspirando su posesion sobre aquellas desnudas carnes,

cuyo roce sentia. ¡Oh! ¡Coger aquella mujer en sus brazos, no hacer caso de sus lágrimas, de sus ruegos!

—«La señora ha salido.»

Fué una ducha de agua fria sobre un brasero. «La señora ha salido...» Y no podia dudarlo al ver el trastorno de la casa invadida, entregada á los criados, cuyas cintas de color y chalecos de cutí rayado, habia visto huir á su llegada. No preguntó nada más; de prontó desapareció su embriaguez, y midió el abismo sin fondo en que estuvo próximo á precipitarse. ¡Perjuro á Dios!... ¡traidor á la Corona!... Sus abrasados dedos tropezaron con el rosario, que, como hemos dicho, jamás abandonaba. Y mientras el carruaje rodaba hácia San Mandé, por medio de los aspectos fantásticos y nocturnos del bosque, se ocupó en recitar los *Pater* y los *Ave* que pudo.

—¡El rey!—dijo Eliseo que velaba en las ventanas del salon al ver las dos linternas del cupé penetrar en el patio lanzando relámpagos. ¡El rey! Era la primer palabra que se hubiera pronunciado desde la comida. Como por mágia, todos los rostros se iluminaron, todas las lenguas se desataron á la vez. La misma reina, á pesar de su aparente calma y de la firmeza de su carácter, no pudo contener un grito de alegría. Todo lo habia creido perdido; Christian, detenido en casa de aquella mujer, abandonaria á sus amigos, se deshonraria para siempre. Y no habia una persona de las que la rodearon en aquellas tres horas mortales de espera, que no pensase lo mismo, que no se inquietase, hasta el niño Zara, que aún estaba levantado, y que comprendiendo lo angustioso y lo dramático de aquel silencio, sin atreverse á formular una de esas preguntas tan crueles, tan fatídicas, que un niño pronuncia con su clara voz, se habia abrigado en las hojas de un gran álbum, de donde salió su linda cabeza de repente al anuncio del rey, bañado su rostro en ardientes lágrimas, que corrian silenciosamente hacia más de una hora. Más tarde, cuando se le interrogó sobre àquella tan marcada pena, confesó que se desesperaba así en el temor de que el rey

se hubiera marchado sin abrazarlo. Alma amante á quien aquel padre jóven, espiritual, sonriente, hacia el efecto de un hermano mayor muy querido pero que disgustaba á su madre.

Christian dió sus órdenes con voz breve y enérgica. Subió á su cuarto, y cinco minutos despues apareció equipado para el viaje: hongo de color oscuro, polainas finas que cubrian la mitad del pié, como un turista de playa en los cuadros de Wattelet. A pesar de su sencillo trage, demostraba la autoridad, el grande aire, la costumbre de figurar noblemente en no importa qué circunstancia. Christian se acercó á la reina y murmuró algunas excusas por su tardanza. Pálida de emocion, ella le dijo por lo bajo:—Si no hubiérais venido, yo me hubiera ido con Zara á ocupar vuestro puesto.

El sabia bien que no mentia; por un minuto la vió con su hijo en los brazos en medio de las balas, como en el balcon de la ventana durante la terrible escena, cerrando el niño sus ojos resignado ante la muerte. Sin responder una palabra, llevó la mano de Federica á sus lábios; luego, con un movimiento impetuoso de juventud, la estrechó entre sus brazos:—¡Perdóname ¡Perdóname!

La reina hubiera sido capaz de perdonarle; pero vió á la puerta del salon, pronto á partir con su amo, á Lebeau, el criado intrigante, el confidente de sus placeres y de sus traiciones, y al momento la ocurrió una horrible idea, mientras que se desprendia dulcemente de sus brazos:—¿Mentiria acaso?... ¡Si no partiese!... Christian lo adivinó, y volviéndose á Meraut,—Me acompañareis á la estacion; Samy os volverá á traer....

Despues, como los momentos eran muy cortos, precipitó los adioses, dijo á cada uno una amable palabra, á Boscovich, á la marquesa, tomó á Zara en sus rodillas, le habló de la expedicion que intentaba para reconquistar su reino, exigiéndole no diese jamás motivos de queja á la reina, y si no lo volvia á ver, que pensase que habia muerto por la pátria, cumpliendo con su deber de rey. Un discurso á lo Luis XIV, muy mal formulado, y

que el príncipe escuchaba gravemente, aunque un poco desconcertado de la seriedad de aquellas palabras que salian de una boca que siempre habia visto sonreir. Pero Christian era el hombre del momento presente, de una movilidad y ligereza excesivas, entregado ahora por completo á su partido, á los azares de la expedicion, y más conmovido de lo que queria parecer, se arrancó bien pronto al enternecimiento del minuto. Dijo «Adios, adios,» con la mano á todo el mundo, con una profunda inclinacion hácia la reina, y salió.

Verdaderamente, si Eliseo no hubiese visto durante tres años la intimidad del régio matrimonio, turbada por las debilidades, las vergonzosas vilezas de Christian II, no hubiera podido reconocer al Rigolo del Gran Club en aquél príncipe heróico y gallardo que le exponia sus planes, sus proyectos, sus miras políticas, tan sensatas y tan extensas, mientras se dirigian á la estacion de Lyon.

La fe realista del preceptor, siempre un poco supersticiosa, veía en aquello la intervencion divina, un privilegio de casta, porque el rey debe ser siempre rey en el momento fatal, por la gracia de lo sagrado y de lo hereditario; y sin que se explicase bien por qué, aquel renacimiento de Christian que precedia y presagiaba otro más próximo, le causaba una inquietud inexplicable, unos orgullosos celos, cuyas causas no queria analizar. Mientras que Lebeau se ocupaba en tomar los billetes y facturar el equipaje, ambos se paseaban en la sala de espera, y en la soledad de aquella marcha, de noche, el rey no pudo ménos de pensar en Séfora, y en los tiernos viajes acompañándola á la estacion de San Lázaro. Bajo la influencia de este recuerdo, le llamó la atencion una mujer que pasaba; la misma estatura, el mismo modo de andar, funesto y excitante á la vez.

¡Pobre Christian, pobre rey, á su pesar!

Por fin, sube al wagon, de que Lebeau abre la portezuela, un wagon comun, para no atraer sospechas. Se arroja en un extremo, con ganas de concluir, de verse léjos. Por fin, al estridente silbido de la máquina, el tren se mueve, se estira, pasa ruidosamente sobre los puentes, atravesando los suburvios dormidos, sembrados de reberveros en línea, y se lanza en plena campiña. Christian II respira, se siente fuerte, salvado, al abrigo; hasta cantaría si estuviese solo en el vagon. Pero al otro extremo se vé una sombra que en la oscuridad se recoge, se arrincona, con la visible voluntad de no llamar la atencion. Es una mujer. ¿Jóven, vieja, féa ó linda? El rey, cuestion de costumbre, lanza una mirada hácia aquel lado. Nada se mueve, excepto las álas de una pequeña toca que parece sirven para abrigar un niño. «Está durmiendo... hagamos lo mismo.» Y se alarga, se envuelve en una manta, mira vagamente las siluetas de los árboles y arbustos confusos en la sombra, que parecen precipitarse los unos sobre los otros al paso del tren, los postes del telégrafo y nubes corriendo sobre un cielo de azul oscuro; pero apenas empiezan á cerrarse sus párpados, cuando siente sobre su rostro la caricia de una fria cabellera, de unas suaves pestañas, de un aliento de violeta y de dos lábios que murmuraban entre los suyos:

—¡Malo!... ¡sin decirme siquiera adios!...

Diez horas despues Christian II se despertaba al estruendo del cañon, á la deslumbrante luz de un bello sol campesino tamizada por murmurantes verdores. Justamente soñaba que subia al frente de sus tropas, y bajo una granizada de metralla, la escarpa que conduce desde el puerto de Ragusa á la ciudadela. Pero se encontraba acostado, inmóvil en el fondo de un gran lecho, removido como un campo de batalla, los ojos pesados, el cerebro entorpecido y dominado por una deliciosa laxitud. ¿Qué habia, pues, pasado? Poco á poco fué viendo claro, se iba acordando. Estaba en Fontainebleau, en el hotel del *Faisan*, en frente del bosque cuyas cimas verdes y cerradas se veian subir hasta el cielo; los cañonazos procedian de los ejercicios de la artillería. Y la realidad viva, el lazo de las ideas visibles, Séfora,

sentada ante el eterno escritorio, que ya no se encuentra más que en los hoteles, escribia activamente con una mala pluma que rechinaba.

Ella vió en el espejo la mirada admirativa y agradecida del rey, y respondió sin conmoverse, sin volverse, con un beso de sus ojos y el extremo de su pluma, volviendo en seguida á escribir tranquilamente, con una seráfica sonrisa en el extremo de su boca.

—Un despacho que envio á mi gente para que se tranquilicen,—dijo levantándose,—y entregado el despacho, llevado á su destino, aliviada de su inquietud, abrió la ventana al rubio febo, que entraba á borbotones como el agua de una exclusa.—«¡Dios mio, qué hermoso dia!»—Y se sentó al borde de la cama, al lado de su amante. Reia, estaba loca de placer al hallarse en el campo, de poder correr por el bosque todo aquel brillante dia. Tenian tiempo, hasta el tren de la noche que llevaria á Christian al dia siguiente; porque Lebeau habia continuado su viaje, debiendo prevenir á Heceta y sus ayudantes que el desembarco se atrasaria un dia. El enamorado slavo hubiera querido correr las grandes cortinas sobre una dicha que hubiera hecho durar hasta la última hora, hasta el último minuto. Pero las mujeres son más ideales; y en cuanto almorzaron, un landó de alquiler los llevó por los expléndidos paseos, bordeados de cortados céspedes, de árboles en plazoletas que abrian el bosque como un parque de Versailles, antes que las rocas no lo dividen en sitios magníficos y salvajes. Era la primera vez que salian juntos y Christian saboreaba aquella alegría sincera que hay al siguiente dia de la batalla y de la muerte.

Corrian por debajo de inmensos arcos de verdura, formados por las hojas de las hayas, ligeras, inmóviles, atravesadas por un lejano sol, que apénas podia atravesar aquel ramaje de un desarrollo antidiluviano. Bajo aquel abrigo, sin otro horizonte mas que el perfil de la mujer amada, sin otro recuerdo, sin otra esperanza, sin otro deseo que sus caricias, se dilataba la

naturaleza poética del slavo.—¡Oh! vivir allí los dos, nada más que los dos, en una casita de guarda, cubierta de musgo y de cáñamo, con todo el lujo interior posible!... El queria saber desde cuando ella le amaba, qué impresion la habia causado él la primera vez. El la traducia versos de sus país, ritmados con ligeros besos en el cuello, en los ojos; y ella le escuchaba, fingiendo que lo comprendia, y le respondia con los párpados titilando, adormecidos por las fatigas de una malá noche.

¡Eterno desacuerdo en los *duos* del amor! Christian deseaba pasear por lugares solitarios, inexplorados; Séfora buscaba los afamados rincones, las curiosidades nombradas de la selva en que se encontraban, aguaduchos, tabernillas, tiendas de objetos de madera, piedras que tiemblan, rocas que lloran, árboles heridos del rayo, todo aquel pueblo abrigado en chozas, en cavernas, de donde salen como hormigas en cuanto sienten el ruido de un coche. Ella esperaba huir de aquella manera de la cargante y monótona cantinela de amor, y Christian admiraba su sensible paciencia en escuchar los interminables discursos de aquellas buenas gentes del campo que tienen tiempo y de sobra para todo lo que ellos hacen.

En Franchart, quiso sacar agua del famoso pozo de los antiguos monjes, tan profundo, que el cubo empleaba veinte minutos en subir... ¡Cómo se divertia Christian!... Luego una buena mujer condecorada como un viejo gendarme, les mostró las bellezas del sitio, la antigua laguna en donde se terminaba siempre la caza del ciervo, contando despues de tantos años la misma historia en tales términos, que ella se figuraba haber formado parte del convento; y trescientos años despues de haber asistido en persona á las suntuosas fiestas campestres del primer imperio. «Aquí es, señora y caballero, donde el gran emperador se sentaba por la noche con toda su córte,» y enseñaba un banco rústico de tres ó cuatro asientos. Luego añadia con tono altanero: «Allí enfrente la emperatriz con sus damas de honor.» Era siniestra la evocacion de las pompas imperiales, en medio

de ásperas rocas, plantadas de torcidos árboles y secos matorrales.—«¿No venís, Séfora?...»—decia Christian; pero Séfora miraba una esplanada á donde, segun la *cicerone*, traian al pequeño rey de Roma que desde lejos, llevado por su aya, tendia sus bracitos á sus augustos padres. Esta vision del príncipe niño, recordaba al rey de Iliria su pequeño Zara. Se le aparecia en el árido paisaje, sostenido por Federica y mirándole con sus grandes y tristes ojos como para preguntarle qué hacia allí. Pero fué un recuerdo que pronto se desvaneció, y continuaron su paseo bajo encinas de todas magnitudes, citas de cacerías de gloriosos nombres, huecos de verdes valles, cornisas que dominaban circos de hundimientos de granito, areneros cuya roja tierra labraban los pinos con sus fuertes y salientes raíces.

Despues seguian una negra avenida, de sombra impenetrable, con húmedas zanjas. A cada lado, filas de troncos como pilares de catedral, formando naves silenciosas, en que se percibia el paso del corzo y hasta la caida de una hoja desprendida al acaso. Una inmensa tristeza caia de aquellas alturas, de aquel ramaje sin pájaros, sonoro y vacío como una casa desierta. Christian, siempre enamorado, á medida que el dia adelantaba, iba cubriendo su pasion con una nota de melancolía y de duelo. Contó que antes de partir habia hecho testamento, y la emocion que le habian causado aquellas palabras de ultra-tumba, escritas en plena vida.

—Sí... eso es muy fastidioso,—dijo Séfora, como quien piensa en otra cosa. Pero él se creia tan amado, y estaba tan habituado á serlo, que no hacia caso de aquellas distracciones. Antes más bien la consolaba anticipadamente para en caso de una desgracia, trazándole un plan de existencia; era preciso vender el hotel y retirarse al campo, donde ella viviria con sus recuerdos. Todo aquello era adorablemente fátuo, tonto y sincero; porque él sentia en su corazon una tristeza de despedida que tomaba por presentimientos de muerte. Y aun más, con sus manos entrelazadas, la hablaba de la vida futura. El llevaba al cuello un escapulario de la Vírgen, que jamás se quitaba; y sólo lo hizo aquel dia para regalárselo á Séfora... Ya veis que esta no podia ser más feliz.

Bien pronto un campamento de artillería, cuyas tiendas se entreveia por entre las ramas, los ligeros humos, los caballos entravados para la noche, dió un diferente curso á las ideas del rey. Las idas y venidas de los uniformes, los trabajos, toda aquella actividad al aire libre en la luz del crepúsculo, aquel aspecto reconfortante del soldado en campaña, despertaban sus instintos de raza nómada y guerrera. El carruaje, rodando por el verde césped de la inmensa avenida, hacia levantar la cabeza á los soldados ocupados en la instalacion de las tiendas y en la confeccion del rancho; se rien al ver pasar al paisano con su cuya, y Christian hubiera querido hablarles, arengarles, extendiendo sus miradas hasta la extremidad del campamento. Sonaba un clarin, y otros le contestaban á diferentes distancias. Delante de la tienda de un jefe, colocada sobre un terraplen, se encabritaba un magnífico corcel árabe, de anchas narices, crin al viento, relinchando al oir el toque guerrero. Los ojos del slavo lanzaban chispas. ¡Ah, qué bella vida le esperaba dentro de pocos dias, qué buenas estocadas pensaba dar! Pero ¡qué lástima que Lebeau se hubiese llevado su equipaje! ¡Cuánto hubiera dado por que ella le viese con su uniforme de capitan general! Y exaltándose, se representaba puertas de ciudades forzadas, á los republicanos en derrota, su entrada triunfal en Leibach por medio de calles empavesadas. Ella tambien estaria allí, ¡vive Dios! La instalaría en un palacio á las puertas de la ciudad. Continuarian viéndose tan libremente como en París. A tan bellos proyectos, Séfora apenas contestaba. Sin duda hubiera preferido guardarle para ella, para ella sola; y Christian la admiraba por su silenciosa abnegacion, que la colocaba perfectamente en su rango de querida del rey.

¡Ah! Cuánto la amaba, y qué pronto pasó aquella soirée en el hotel del Faisan, en su cámara roja, con las cortinas caidas,

que impedian llegar hasta ellos el ruido de las conversaciones delante de las puertas, y de los paseantes que se dispersaron al sonar la retreta los tambores y clarines. ¡Cuántos besos, cuántas locuras, cuántos juramentos apasionados iban á reunirse á los besos y juramentos de la noche precedente en la banalidad de las cortinas! Suavemente abrazados, estrechados el uno contra el otro, escuchaban los fuertes latidos de sus corazones, mientras que el viento agitaba sus cortinas despues de haber murmurado en los árboles, y un surtidor susurraba como en un patio árabe en medio del jardinillo del hotel, donde solo brillaba roja y temblorosa la lámpara del portal.

La una. Es preciso partir. Christian temia aquel último minuto, creyendo que tendria que luchar contra ruegos y caricias, y que deberia apelar á todo su valor. Pero Séfora estaba dispuesta antes y quiso acompañarlo hasta la estacion, ménos cuidadosa de su amor que del honor de su real amante... ¡Si él hubiera podido oir el «Uf» que lanzó la cruel, cuando, quedándose en la vía, vió perderse serpenteando los dos ojos verdes del tren; si él hubiera podido saber cuán feliz se encontraba de concluir su noche sola en el hotel, mientras que sacudida por los balances del ómnibus sobre el empedrado de Fontainebleau, ella se decia con tono tranquilo y puro de toda emocion amorosa: «Con tal que Tom haya hecho lo necesario!...»

Ciertamente que lo necesario estaba hecho; porque á la llegada del tren á Marsella, Christian II, al bajar del wagon con su maletilla en la mano, se sorprendió al ver una gorra con galones de plata acercársele y rogarle muy políticamente que tuviese la bondad de entrar un momento en su oficina.

—¿Para qué? ¿Quién sois?—preguntó en alta voz.

La gorra se nombró:

—Comisario de vigilancia.

En la oficina, Christian encontró al prefecto de Marsella, antiguo periodista, con barba rubia y rostro vivo y espiritual.

—Tengo el sentimiento de anunciar á V. M. que su viaje se

detiene aquí,—dijo este último con tono de esquisito respeto.—Mi Gobierno no puede permitir que un príncipe á quien la Francia dá hospitalidad, se aproveche de ella para conspirar y armarse contra una nacion amiga.

El rey quiso protestar. Pero los menores detalles de la expedicion eran conocidos del prefecto.

—Debiais embarcaros en Marsella; vuestros compañeros en Cette sobre un vapor de Jersey... El lugar de desembarque era la playa de Gravosa; la señal dos cohetes, uno tirado á bordo y otro en tierra... Ya veis que estamos bien enterados, y lo mismo pasa en Ragusa; creed que os evito caer en una emboscada.

Christian II aterrado, se preguntaba quién habia podido entregar así proyectos conocidos de él sólo, de la reina, de Hezeta y de otra de quien estaba bien lejos de sospechar. El prefecto sonreia.

—Vamos, monseñor, es preciso que tomeis vuestro partido... Es un negocio que fracasó... Otra vez sereis más feliz, y más prudente tambien. Ahora suplico á V. M. que acepte hospedaje en la prefectura. En cualquiera otra parte sería objeto de impertenente curiosidad... Todo Marsella está enterada del suceso...

Christian no respondió por el pronto. Contemplaba aquella pequeña pieza de administracion, ocupada por un sillon verde, por cajas de carton verde, chimenea de hierro, grandes mapas indicadores de las líneas férreas, rincon miserable y vulgar en que naufragan sueños heróicos y los últimos ecos de la marcha de Rodovitza. Era como un viajero en globo, salido para visitar las más elevadas alturas, y que baja casi en el mismo punto sobre una choza de aldeanos, y el pobre aereostato desinflado cual un paquete de tela engomada, arrojado en una miserable cuadra.

Sin embargo aceptó la invitacion y encontró en casa del prefecto un interior verdaderamente parisien, y una mujer encantadora, excelente música, que, terminada la comida, despues de hablar un rato y de pasar revista á los sucesos del dia, se sentó al piano y se puso á hojear las piezas mas recientes. Tenía

una linda voz, cantaba agradablemente, y poco á poco Christian se fué acercando á ella, y habló de música y de ópera. Los «*Ecos de Ilíria*» estaban tambien en el atril entre *La reina de Saba*» y la *Linda perfumista*. La *prefecta* pidió al rey que la indicase el movimiento, el colorido de los cantos de su país. Christian II cantó algunos aires populares: «*Bellos ojos de azul de cielo:*»—y tambien, «*Niñas que me escuchais al trenzar vuestros cabellos...*»

Y mientras que apoyado en el piano, pálido, seductor, tomaba entonaciones y posiciones melancólicas de desterrado, allá abajo, sobre la mar Ilíria, cuyos ecos cantaban las olas de espumosas cimas y los rios bordeados de cactus, una hermosa y entusiasta juventud, que Lebeau se habia olvidado de avisar, cinglaba alegremente hácia la muerte, al grito de «¡Viva Christian II!»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIII

En capilla.

«Mi querida amiga: acaban de conducirnos á la ciudadela de Ragusa, á Hezeta y á mí, despues de una sesion de diez horas en el teatro circo, en donde se habia constituido el consejo de guerra encargado de juzgarnos. Por unanimidad hemos sido condenados á muerte.

Puedo decir que prefiero esto. Al ménos ahora sabemos á qué atenernos, y no estamos incomunicados. Leo tus queridas cartas y puedo escribirte. Este silencio me ahogaba. No sabía nada de tí, de mi padre, del rey, á quien creíamos muerto, víctima de alguna emboscada. Felizmente S. M. no ha sufrido más que un fracaso y la pérdida de algunos leales servidores. Podia habernos sucedido mucho peor.

Los periódicos han debido deciros cómo han pasado las cosas. No habiendo llegado á nosotros la contraórden del rey, nos encontrábamos entre siete y ocho de la noche á sotavento de las islas, en el lugar de la cita. Hezeta y yo en el puente, los otros en las cámaras, todos armados, equipados, con tu linda escarapela en el sombrero. Estuvimos bordeando dos, tres horas. Nada á la vista, excepto barcas de pesca ó las grandes chalupas que

una linda voz, cantaba agradablemente, y poco á poco Christian se fué acercando á ella, y habló de música y de ópera. Los «*Ecos de Ilíria*» estaban tambien en el atril entre *La reina de Saba*» y la *Linda perfumista*. La *prefecta* pidió al rey que la indicase el movimiento, el colorido de los cantos de su país. Christian II cantó algunos aires populares: «*Bellos ojos de azul de cielo:*»—y tambien, «*Niñas que me escuchais al trenzar vuestros cabellos...*»

Y mientras que apoyado en el piano, pálido, seductor, tomaba entonaciones y posiciones melancólicas de desterrado, allá abajo, sobre la mar Ilíria, cuyos ecos cantaban las olas de espumosas cimas y los rios bordeados de cactus, una hermosa y entusiasta juventud, que Lebeau se habia olvidado de avisar, cinglaba alegremente hácia la muerte, al grito de «¡Viva Christian II!»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIII

En capilla.

«Mi querida amiga: acaban de conducirnos á la ciudadela de Ragusa, á Hezeta y á mí, despues de una sesion de diez horas en el teatro circo, en donde se habia constituido el consejo de guerra encargado de juzgarnos. Por unanimidad hemos sido condenados á muerte.

Puedo decir que prefiero esto. Al ménos ahora sabemos á qué atenernos, y no estamos incomunicados. Leo tus queridas cartas y puedo escribirte. Este silencio me ahogaba. No sabía nada de tí, de mi padre, del rey, á quien creíamos muerto, víctima de alguna emboscada. Felizmente S. M. no ha sufrido más que un fracaso y la pérdida de algunos leales servidores. Podia habernos sucedido mucho peor.

Los periódicos han debido deciros cómo han pasado las cosas. No habiendo llegado á nosotros la contraórden del rey, nos encontrábamos entre siete y ocho de la noche á sotavento de las islas, en el lugar de la cita. Hezeta y yo en el puente, los otros en las cámaras, todos armados, equipados, con tu linda escarapela en el sombrero. Estuvimos bordeando dos, tres horas. Nada á la vista, excepto barcas de pesca ó las grandes chalupas que

hacen el servicio de guarda-costas. La noche cerró con una bruma de mar que nos perjudicaba para ir al encuentro del rey. Despues de esperar largo tiempo, presumimos que el vapor de S. M. nos habria pasado sin verlo, y que ya se habria verificado el desembarco. Justamente; del sitio de la playa de donde debia partir la señal, sube de pronto un cohete. Aquello significaba «Desembarcad.» Ya no habia duda, el rey estaba allí. Pronto, á tierra.

Visto mi conocimiento del país—¡he cazado tantos alcarabanes en la costa!—yo mandaba la primera chalupa. Hezeta la segunda, Miremont la tercera, llevando en él á los parisienses. Teníamos la pátria ante nosotros, lo cual nos hacia latir el corazon. El silencio de la playa me sorprendió desde luego. Sólo el ruido de las olas, que reventaban, sin aquel rumor que hace la multitud la más misteriosa, de donde siempre se escapa un rumor de armas, un latido de respiraciones contenidas.

—¡Ves á nuestros hombres!...—dice San Giorgio admirado.

Nosotros vimos que lo que tomábamos por soldados del rey eran ramas de cactús, higueras de Africa puestas en fila en la playa. Yo me adelanto. Nadie. Sólo siento un cierto pisoteo á distancia. Digo al marqués... «Esto no está claro—volvamos á bordo.» — Desgraciadamente llegan los parisienses... ¿Quién puede contenerlos?... los veo esparciéndose por la costa, registrando las matas, los setos... De repente luce una banda de fuego, se oye un terrible fuego graneado! «¡Traicion!... ¡Traicion!... ¡Huyamos!...» Nos precipitamos á las barcas... Una verdadera revoltura de rebaño asustado, azotado, perseguido. Pero esto no duró mucho tiempo... Hezeta, el primero, se lanza con el rewolver en mano... «¡Avanti... avanti... Qué voz!...» Toda la playa resuena... Todos nos arrojamos detrás de él... Cincuenta contra un ejército... No habia otro recurso más que morir. Es lo que todos los nuestros han hecho con valor. Pozzo Mélida, Soris, tu enamorado del año pasado; Enrique de Trevigne, que me gritaba en la confusion: «¡Herberto, no sientes

las guzlas!...» Y Juan de Veliko, que dando sablazos cantaba la Rodoitza á toda voz, todos cayeron, allí los he visto sobre la arena, acostados en la playa y mirando al cielo. Los lindos bailarines de nuestra fiesta serán arrebatados por las olas cuando suba la marea. Ménos dichosos que nuestros camaradas, el marqués y yo, únicos que quedamos vivos, fuimos cogidos, amarrados y conducidos á Ragusa en un mulo, yo echando espuma con mi impotente rábia, mientras que Hezeta, más calmado, decia: «Debia ser esto... yo bien lo sabia.»—¡Qué hombre más particular! ¿Cómo podia saber que seríamos vendidos, recibidos al desembarcar por fusiles y descargas de metralla? Y si lo sabia, ¿por qué nos ha llevado allí?... En fin, ha sido un fracaso, una partida que se puede volver á intentar tomando más precauciones.

Me explico ahora por tus queridas cartas, que no me canso de leer y releer, porque la decision de nuestro proceso ha sido tan dilatada, por qué habia tantos paseos de gente negra á la ciudadela, tantos altos y bajos, tanta espera. Los miserables nos trataban como prendas de rehenes, esperando que el rey, que no ha querido renunciar al trono por cientos de millones, hará ahora ese sacrificio por la vida de sus dos fieles. Y tú te irritas, te sorprendes, cegada por tu amor, que mi padre no haya dicho al rey una palabra en favor de su hijo. ¡Pero un Rosen no podia cometer semejante villanía!—No por eso me ama ménos el pobre viejo, para quien mi muerte será un golpe terrible. Respecto á nuestros soberanos, á quienes acusas de crueldad, no tenemos derecho para juzgarlos al alto golpe de vista que les sirve para gobernar á los hombres. Tienen deberes y derechos fuera de la regla comun. ¡Ah! Meraut te podria decir sobre esto muy buenas cosas. Pero yo las siento, y no las puedo decir. Todo se me queda dentro de la cabeza, y no puede salir. La tengo muy dura. Cuántas veces esto me ha perjudicado delante de tí, á quien tanto amo, por no haberte podido decir lo que sentia. Aun aquí, separados por tantas leguas y tan

gruesas barras de hierro, la idea de tus picaruelos ojos y de tu maliciosa boca, debajo de tu nariz que se frunce para burlarse de mí, me intimida y me paraliza.

Y con todo, antes de dejarte para siempre, es preciso que te haga comprender una vez más que no he amado más que á tí en el mundo, que mi vida ha empezado solamente el dia que te he conocido. ¿No lo recuerdas, Coletta? Fué en los almacenes de Tom Levis. Me encontraba allí por casualidad. Tú encargabas un piano; tocaste y cantaste una cosa muy alegre, que, sin saber por qué, me dió ganas de llorar... ¡Me pescaste!... ¿Eh? ¡Quién nos lo hubiera dicho! ¡Un matrimonio por las agencias convertido en casamiento por amor! Y luego, en ninguna clase de la sociedad encontré una mujer más seductora que mi Coletta. Así es que puedes estar tranquila; tú, aunque ausente, estás siempre en mi corazon; la idea de tu lindo palmito me tenia de buen humor y me reia pensando en él. Cierto es que tú siempre me has inspirado ganas de reir... Mira, en este momento nuestra situacion es terrible, sobre todo de la manera en que se presenta. Hezeta y yo estamos en capilla; es decir, en la celdilla con negros muros en que han puesto el altar para nuestra última misa, con un atahud delante de cada cama y sobre la cabecera escritas estas palabras: «Muerte...» «Muerte...» A pesar de todo, mi habitacion me parece alegre. Huyo de estas amenazas fúnebres, sólo al pensar en mi Coletta; y cuando me asomo al respiradero, este admirable país, el camino que baja de Ragusa á Gravosa, los aloes, los captus reflejando en el mar azul, todo me recuerda nuestro viaje de bodas, la cornisa de Monaco á Monte-Carlo y los cascabeles de las mulas que conducian nuestra dicha. ¡Oh mujercita mia! qué linda estabas, querida viajera, con quien hubiera querido hacer un camino más largo...

Ya ves que por todas partes tu imágen triunfa, en los umbrales de la muerte, en la muerte misma, porque llevaré tu retrato apoyado en mi pecho al campo, á la puerta del Mar, á donde pronto nos conducirán, y esto me permitirá caer sonriendo. Así, amiga mia, no te aflijas mucho. Piensa en el sér que va á nacer. Guárdate para él, y cuando tenga edad para comprender, díle que he muerto como soldado, de pié, con dos nombres en mis lábios, el nombre de mi mujer y el de mi rey.

Hubiera querido dejarte un recuerdo del último momento, pero todo me lo han quitado, joyas, reloj, alianza, alfiler. No tengo más que un par de guantes blancos que destinaba para mi entrada en Ragusa. Me los pondré para honrar mi suplicio, y el capellan de la prision me ha prometido que te los enviaria.

Vamos, Coletta querida. No llores. Pero aunque te digo esto me ciegan las lágrimas. Consuela á mi padre. ¡Pobre hombre! El, que me reñia porque llegaba tarde á la órden.... ¡No me esperará ya más! Adios, adios... Tenia que decirte tantas cosas... Pero no... ¡Es preciso morir! ¡Qué mala suerte has tenido!... ¡Adios, Coletta!

HERBERTO DE ROSEN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV

Un desenlace.

—Os queda un medio, señor.

—Hablad, querido Meraut, á todo estoy pronto.

Meraut vacilaba en contestar. Lo que iba á decir le parecia demasiado grave é impropio de la sala de billar á donde el rey le habia arrastrado á jugar una partida despues de almorzar. Pero la ironía singular que preside el destino de los soberanos desposeidos, habia querido que fuese ante aquel paño verde, sobre el que rodaban las bolas con siniestros secos choques en el silencio y el duelo de la casa de San Mandé, donde se decidiese la suerte de la raza real de Iliria.

—¿Y bien?...—preguntó Christian alargándose para dar su tacada.

—Pues bien, monseñor...

Y esperó á que el rey hubiera hecho su carambola, y que el consejero Boscovich la hubiera marcado respectivamente, para continuar, no con mucha seguridad.

—El pueblo de Iliria es como todos los pueblos, señor. Le gustan los triunfos, la fuerza, y temo que el fatal resultado de nuestras últimas tentativas...

El rey se volvió, coloradas las mejillas.

—Os he pedido la verdad... Es inútil que vengais ahora con discursitos.

—Señor, es preciso que abdiqueis...—dijo el gascon bruscamente.

Christian le miró con asombro.

—Abdicar... ¿qué?... ¡Si no tengo nada!... Bonito regalo le haria á mi hijo... Creo que prefiriría un velocípedo nuevo á esa vaga promesa de corona para cuando sea mayor de edad.

Meraut citó el ejemplo de la reina de Galicia. Tambien ella habia abdicado en su hijo en el destierro; y si Don Leoncio estaba hoy en el trono lo debia á esta abdicacion.

—¡Diez y ocho y doce!—dijo Christian con tono brusco.—¿Señor consejero, no marcais?

Boscovich dió un salto de liebre asustada y se lanzó al marcador, mientras que el rey estaba completamente absorto en combinar un magnífico «cuatro tablas».

Eliseo lo miraba, y su fé realista sufria una ruda prueba ante aquel tipo de señorito tronado, de vencido sin gloria, con su delgado cuello escotado, asomando por su batin de flanela, con los ojos, la boca y las narices aún con ese color amarillento de la ictericia, de cuya enfermedad acababa de levantarse y que le habia tenido en cama más de un mes. El desastre de Gravosa, el siniestro fin de todos aquellos jóvenes, las terribles escenas á que el proceso de Herberto y de Hezeta habia dado lugar en San Mandé, Coletta, arrastrándose á los piés de su antiguo amante para obtener gracia para su marido, aquellos dias de angustia, de espera, con el oido tendido hácia el horrible fuego de peloton que le parecia mandar él mismo, los apuros metálicos, el vencimiento de los pagarés de Pichery, llegados á su primer plazo, todo aquel encarnizamiento del mal destino, sin destruir por completo la indiferencia del slavo, habian, sin embargo, afectado notablemente su parte física.

Se detuvo despues de hacer carambola, y poniendo tiza con el mayor esmero, preguntó á Meraut, sin mirarle:

—¿Qué dice la reina de ese proyecto de abdicacion? ¿Le habeis hablado de ello?

—La reina piensa como yo, señor.

—¡Ah!—dijo Christian secamente y con un ligero estremecimiento.

¡Qué extraño es el sér humano! Aquella mujer á quien no amaba, cuya frialdad desconfiada temia, aquella mujer á quien acusaba de haberle tratado demasiado como rey, y admirado con el perpétuo recuerdo de sus deberes y de sus prerogativas, le inspiraba ahora cierta repulsion por no creer en él, por abandonarle en provecho de su hijo. No era una herida de amor lo que sentia, ni uno de esos golpes al corazon que hacen gritar, sino el frio de una traicion de amigo, de una confianza perdida.

—Y tú, Boscovich, ¿qué piensas de eso?—dijo de pronto volviéndose hácia su consejero, cuyo arrugado semblante seguia convulsivamente la mímica del de su amo.

El botánico tuvo un gesto ligero de pantomima italiana, abiertos los brazos, la cabeza entre los hombros, y un mudo «¿Chi lo sa?» tan tímido, tan poco comprometedor, que el rey no pudo ménos de echarse á reir.

—Oido el parecer de nuestro consejo,—dijo con voz gangosa y burlona,—abdicaremos cuando se quiera.

Y dicho esto, se puso á jugar con ardor, causando la desesperacion de Eliseo, que ansiaba ir á anunciar á la reina el resultado de una negociacion de que ella no habia querido encargarse personalmente, porque aquél fantasma de rey aún le imponia, y sólo temblando se atrevia á poner la mano sobre una corona que él desechaba.

La abdicacion tuvo lugar algun tiempo despues. Estóicamente, el jefe de la casa civil y militar propuso las expléndidas galerías del hotel Rosen para aquella ceremonia, á la que es de rigor y etiqueta dar la mayor solemnidad y autenticidad posibles. Pero la desgracia de Gravosa estaba demasiado reciente para aquellos salones que aún conservaban los ecos de la última

fiesta; y verdaderamente, hubiera sido demasiado triste y de mal presagio para el futuro reinado. Así es que se contentaron con reunir en San Mandé algunas familias ilirias y francesas, cuya firma era indispensable en un acto de aquella importancia.

A las dos empezaron á llegar los carruajes, y los campanilleos se sucedian, mientras que sobre las grandes alfombras extendidas hasta el pié de la escalera, subian lentamente los invitados, recibidos á la entrada del salon por el duque de Rosen, empaquetado en su uniforme de general, llevando al cuello además de sus cruces, el gran cordon de Iliria, que habia puesto á un lado, sin decir nada, cuando supo el escándalo del peluquero Biscarat ostentando las mismas insignias sobre su chaquetilla de Fígaro. En el brazo y en el puño de la espada, el general llevaba un gran lazo de crespon negro, y mucho más significativo aun que aquel lazo, lo era un movimiento senil de la cabeza, un modo inconsciente de decir siempre: «no... no...» que guardaba desde el terrible debate en su presencia con motivo de la gracia de Herberto, debate al cual habia enérgicamente rehusado tomar parte, á pesar de los ruegos de Coletta, y los movimientos de su amor paternal. Parecia que su pequeño cráneo, al moverse, sufria la pena de aquella negativa antihumana, y que estuviese condenado en adelante á decir que no á toda impresion, á todo sentimiento, á la vida misma, no pudiéndole interesar ya nada desde el trágico fin de su hijo.

La princesa Coletta estaba allí tambien, llevando con mucho gusto su luto de blondas y su viudez, que se hallaba distraida por una esperanza visible ya en su abultada cintura y en su lánguida marcha. Aun en medio de una sincera pena, aquella alma de modista imbuida de futilidades y que la severidad del destino no habia corregido, procuraba satisfacer, gracias á su embarazo, una porcion de vanidades de coquetería. Las cintas, los encajes, el soberbio canastillo que estaba haciendo bordar con una cifra original bajo su corona de princesa, servía de diversion á su tristeza. El niño se llamaria Wenceslao ó Witold; Wilhelmina si era

niña; pero, ciertamente, su nombre empezaria por W, porque es una letra aristocrática, que además tiene la ventaja de bordarse muy graciosamente.

Ella explicaba sus proyectos á Mad. de Silvis, cuando la puerta se abrió de par en par para el anuncio, precedido de un golpe de alabarda, de los príncipes y princesa de Trebigni, de Seris, duque de San Jorge, duquesa de Melida, condes del Pozzo, de Miremont, de Véliko... Se hubiera dicho que era una lista proclamada en alta voz, enviada por el sonoro eco de la ensangrentada playa, de todas las jóvenes víctimas que sucumbieron en Gravosa.

Y lo más terrible, lo que iba á dar á la ceremonia un aspecto fatal y fúnebre, á pesar de las precauciones tomadas, de las suntuosas libreas, de las colgaduras de ceremonia, era que todos los que llegaban estaban de luto, vestidos de negro, con guantes negros, embutidos en esas telas de lana tan tristes al mirar, y que desfiguran en las mujeres el gesto y su modo de sér; lutos de viejos, de padres, de madres; más sombríos, más tristes, más injustos de llevar que los demás. Muchos de aquellos desgraciados salian por primera vez, despues de la catástrofe arrancados á su soledad, á su reclusion por su fanatismo monárquico. Se erguian al entrar, apelando á todo su valor; pero al mirarse los unos á los otros, espejos siniestros de un mismo dolor, de pié, alta la cabeza, los hombres estremeciéndose encojidos, sentian subir á sus ojos las lágrimas que veian, y á sus lábios el suspiro tan difícilmente contenido á su lado; bien pronto un contagio nervioso ganó á los concurrentes, llenando el salon con un prolongado sollozo cortado por gritos y gemidos ahogados. Sólo el viejo Rosen no lloraba, é irguiendo su alta estatura, inflexible, continuaba haciendo el signo implacable: «¡No... no... que muera!...»

Por la noche, en el café de Lóndres, S. A. R. el príncipe de Axel, invitado á firmar la abdicacion, contaba que le habia parecido asistir á un entierro de primera clase, reunida toda la familia, esperando la traslacion del cuerpo. Verdad es que el príncipe hacia mala figura al entrar allí. Se sentia cohibido, embarazado por aquel silencio, aquella desesperacion; miraba con terror á todas aquellas viejas parcas, cuando descubrió á la princesa de Rosen. Al momento se acercó á ella, curioso de conocer á la heroina de aquel famoso almuerzo en el malecon de Orsay; y mientras que Coletta, en el fondo bastante lisonjeada por la atencion, acogia á S. A. con una sonrisa dolorosa y sentimental, no sabia ella que aquella cínica y velada mirada, fija sobre ella, tomaba la medida exacta y precisa de una malla que modelase por todas partes los contornos de una persona tan apetecible.

—¡El rey, señores!

Christian II, muy pálido, el aire visiblemente preocúpado, entró primero, llevando de la mano á su hijo. El principito demostraba una gravedad de mando que le sentaba perfectamente, aumentada por el fraquecito negro y el pantalon que llevaba por primera vez con cierto orgullo, con la gracia severa de la adolescencia. La reina venia despues, muy bella en su suntuoso traje cubierto de encajes, demasiado sincera tambien para ocultar su alegría, que resaltaba en medio de la tristeza que la rodeaba, así como su traje claro al lado de los vestidos de luto. Era tan feliz, tan egoistamente feliz, que no se inclinó ni un minuto hácia las sublimes desgracias que la cercaban, así como tampoco reparó en el jardin que tiritaba, ni en la escarcha de los vidrios, ni en lo negro de una semana de Noviembre errante por un cielo bajo y húmedo, lleno de brumas y de pesadez. ¡Qué cierto es que todo está en nosotros y que el mundo exterior se trasforma y colora con los mil matices de nuestras pasiones!

Christian II se colocó delante de la chimenea en medio del salon, teniendo á su derecha al conde de Zara, á la reina á la izquierda, un poco más léjos á Boscovich con su manto de consejero áulico, sentado á una mesa de escribir. Colocado todo el mundo, el rey tomó la palabra muy bajo, para decir que estaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 Monterrey

pronto á firmar su abdicacion, y á dar á conocer á sus súbditos los motivos de tal determinacion. Boscovich se levantó en seguida, y con su voz chillona y estropajosa leyó el Manifiesto de Christian á la nacion, historia rápida á grandes rasgos, de las primeras esperanzas del reino, de las decepciones, de las malas inteligencias que habia habido, y en fin, de la resolucion que habia tomado de retirarse de los negocios públicos y de confiar á su hijo á la generosidad del pueblo Ilirio. Esta corta carta, en que se veia la señal de la mano de Eliseo Meraut, fué tan mal leida,—como una fastidiosa nomenclatura de botánica,—que dejaba á la reflexion tiempo bastante para comprender todo lo que habia de vano, de irisorio en aquella trasmision de poderes que no existian, de derechos negados y no conocidos. El acta, que en seguida leyó el rey, estaba concebida en los siguientes términos:

«*Yo, Christian II, rey de Iliria y de Dalmacia, gran-duque de Bosnia y de Herzegovina, etc., etc.... declaro, que por mi propia impresion y sin ceder á presion alguna extranjera, dejo y trasmito á mi hijo Cárlos, Alejo, Leopoldo, conde de Goetz y de Zara, todos mis derechos políticos, no queriendo conservar sobre él más que mis derechos civiles de padre y de tutor.*»

Leida que fué, á una señal del duque de Rosen, todos los asistentes se acercaron á la mesa para firmar. Hubo durante algunos minutos un ruido de pasos, frote de vestidos, en esperas y pausas, causadas por el ceremonial, acompañadas del chirrido de las plumas al trazar las rúbricas. Luego empezó el besamanos.

Christian II abrió la marcha, y cumpliendo con aquella mision difícil, de prestar homenaje un padre á su hijo, besó la punta de los escuálidos dedos, con más gracia espiritual que respetuosa. La reina, por el contrario, demostraba una efusion apasionada, casi religiosa; la protectora, la madre se convertia en humilde súbdita. Despues llegó la vez al príncipe de Axel,

y luego á todos los grandes señores, desfilando en órden gerárquico, que el pequeño rey empezaba á encontrar algo pesado, á pesar de la dignidad encantadora de sus cándidos ojos y de su mano estendida, mano pequeña y venosa, con uñas cuadradas de niño que aún juega y muñecas un poco fuertes, desproporcionadas por el crecimiento. Todos aquellos nobles, por grave que fuese el momento, á pesar de las preocupaciones siniestras del duelo, no era gente que se dejase así como así arrebatar el puesto que les pertenecia, segun su título y el número de florones de sus coronas; y Meraut, que se precipitaba hácia su discípulo, se sintió detenido de repente por un «Caballero, no os toca á vos», que le hizo retroceder, y lo puso frente á frente con la escuálida cara del príncipe de Trebigni, un viejo terriblemente asmático, que alentaba con trabajo, dilatados sus ojos como si no pudiese respirar más que por ellos. Eliseo, el tradicionalista, se separó respetuosamente para dejar pasar aquel resto de tumba, y llegó el último al besamanos. Cuando se retiraba, Federica, de pié al lado de su hijo, así como se vé á las madres de las recien casadas recibir los últimos homenajes y sonrisas, le dijo al pasar, exultante y nerviosa.

—¡Ya está hecho!

Habia en su entonacion una plenitud de alegría casi feroz, una satisfaccion indecible.

¡Ya está hecho!... Es decir, hé aquí la diadema puesta al abrigo del tráfico y de la profanacion. Ya podia dormir, respirar, vivir, libre ya de los trances mortales que anticipadamente le anunciaban las catástrofes, y que hubieran podido hacerla decir con Hezeta á cada fatal desenlace: «Ya lo sabia.» Su hijo no sería desposeido, su hijo sería rey.... ¿Cómo que sería?... Lo era ya por su actitud majestuosa, por su bondad atractiva al par que régiamente altiva....

Sin embargo, terminada la ceremonia, la naturaleza del niño recobró su influencia, y Leopoldo V se lanzó gozoso hácia el viejo Juan de Véliko para anunciarle la gran noticia:—¿No sa-

bes, padrino? Tengo un poney, un bonito poney, nada más que para mí... El general me enseñará á montar y mamá tambien.

Todos se precipitaban á su alrededor, inclinándose con miradas de admiracion, mientras que Christian, solo y abandonado, sentia una extraña impresion, indefinible, como un alivio alrededor de su frente, el frio de la corona que le habian quitado.... Sin embargo, mucho habia deseado aquella hora; mucho habia maldecido las responsabilidades de su situacion. Entónces, ¿por qué aquel malestar, aquella tristeza, ahora que el camino de su vida se abria á otras perspectivas?

—Y bien, mi pobre Christian, creo que te acaban de regalar tu mico...

Era el príncipe de Axel que, por lo bajo, le consolaba á su manera.

—¡Tú sí que tienes suerte! ¡Qué feliz seria yo si me sucediese otro tanto, si se me dispensase de abandonar á París para ir á reinar sobre mi pueblo de focas de blanco vientre!...

Y continuó por un momento en el mismo tono; luego desaparecieron los dos, aprovechándose del tumulto, de la inatencion de la asamblea. La reina los vió salir, oyó rodar por el patio el faeton, cuyas ligeras ruedas no se alejaban antes sin pasar por encima de su corazon... Pero, ¿qué le importaba ahora? No era el rey de Iliria lo que le robarian las mujeres de París.

Al dia siguiente de Gravosa, en el primer momento de su vergüenza, Christian habia jurado no volver á ver más á Séfora. Mientras estuvo en cama, medroso de la enfermedad como un meridional, no pensó en su querida más que para maldecirla y cargarla moralmente con toda la culpa; pero la convalecencia, la sangre más viva, la completa ociosidad, en la que los recuerdos mezclados á los sueños tienen tanta fuerza, debia cambiar sus disposiciones. En primer lugar excusó á la mujer, y no vió en lo que le habia sucedido más que una fatalidad, uno de los mil designios de la Providencia, sobre la que los católicos descargan toda responsabilidad. Un dia, en fin, se atrevió á pedir á Lebeau noticia de la condesa. El criado trajo por respuesta una porcion de cartas que habian llegado durante la enfermedad, billetes tiernos, inflamados, tímidos, una nube de blancas tórtolas arrullando el amor. Christian, que sintió abrasados sus sentidos, respondió al momento desde la cama, impaciente por continuar, en cuanto se curase, la novela interrumpida en Fontainebleau.

Entre tanto, J. Tom Levis y su mujer pasaban sus buenas vacaciones en el hotel de la avenida de Mesina. El agente de los extranjeros no habia podido resistir más tiempo al fastidio de su retiro de Courbevoie. Le faltaba la vida de los negocios, el tráfico, y, sobre todo, la admiracion de Séfora.

En fin, estaba celoso, con unos celos bestiales, tercos, punzantes, como una espina que se atraviesa en la garganta, que se cree que ha pasado, y cuya picadura se siente de pronto. Y no hay medio de decir á nadie: «Miradme lo que tengo en el fondo de mi garganta.» ¡Desgraciado Tom Levis, preso en sus mismas redes, inventor y víctima de la gran jugada! El viaje de Séfora á Fontainebleau, le inquietaba sobremanera. Varias veces trató de hablar de ello; ¡pero Séfora le detenia con una carcajada tan natural!... ¿Qué es lo que te pasa, Tom?... ¿Qué tienes en la cabeza?... Entónces se veia obligado á reir, él tambien, comprendiendo que no habia entre los dos más que pillería, broma, y que la fantasía de Séfora, fantasía de niña por chuchería, cesaria tan pronto le creyese celoso, sentimental, «cargante,» como los demás. En el fondo sufria, se aburria de vivir lejos de ella, y hasta... componia versos... Sí, el hombre del cab, el insensitivo Narciso, habia encontrado un derivativo á sus inquietudes, una de estas elucubraciones nacidas de la ignorancia pretenciosa, un poema á Séfora... Verdaderamente, si Christian II no hubiera caido enfermo, de fijo que quien hace cama es J. Tom Levis.

Cualquiera puede figurarse la alegría que el pagano y su

bella experimentarian de poder vivir juntos algunas semanas. Tom bailaba gigas insensatas, y Séfora se destornillaba de risa, aunque algo incomodada con su servidumbre, en la que «el marido de la señora» gozaba el descrédito más completo. El maestre-sala habia declarado que si «el marido de la señora» comia en la mesa, jamás le serviria; y como era un maestre-sala excepcional, dado, escogido por el rey, ella no insistió y se hacia subir la comida á su cuarto por una doncella. Tambien cuando llegaba alguna visita, Wattelet, el príncipe de Axel, J. Tom desaparecia en un gabinete de tocador. Jamás marido alguno se habia visto en semejante fiesta; pero adoraba á su mujer, la tenia para él solo, y en un cuadro que la hacia aparecer infinitamente más linda. Era, en suma, el más feliz de la banda, en que los retardos, los aplazamientos empezaban á causar cierta inquietud. Se sentia, como un nudo, una paralizacion en un negocio perfectamente lanzado. El rey no pagaba los plazos vencidos, extendia sin cesar nuevos pagarés, con gran miedo de Pichery y del tio Leemans. Lebeau trataba de animarlos... «Paciencia... paciencia... ya llegaremos... no hay que temer...» Pero él no proporcionaba nada y los otros amontonaban en sus carteras resmas de papel de Iliria. El pobre «padre» que ya no tenia su sólido aplomo, venia todas las mañanas á casa de sus hijos para asegurarse: «Vamos; ¿creis que triunfaremos?»—Y se resignaba á prestar, á prestar siempre, puesto que el único modo de correr tras su dinero era lanzar más en su seguimiento.

Una tarde, la condesa, preparándose para ir al bosque, pasaba de su alcoba al tocador, bajo la paternal mirada de J. Tom con su cigarro en la boca, acostado en una blanda butaca, los pulgares en la sisa del chaleco, gozando del lindo golpe de vista de una mujer que se viste, se calza sus guantes delante de un espejo, y ensaya la postura que ha de llevar en el carruaje. Ella estaba preciosa, con el sombrero puesto, el velo al nivel de los ojos, con un traje de otoño ya de algun abrigo; y el tintineo de sus brazaletes respondia al ruido del carruaje que esperaba bajo

las ventanas, al chis-chas de los arneses, al piafar de los caballos, que todo hacia parte del equipaje con las armas de Iliria. Ella salia con Tom, llevándole á dar una vuelta al lago, en el primer dia de la estacion, bajo aquel cielo que pone tan en relieve las modas nuevas, y los rostros cansados por largos veraneos. Tom, muy elegante, tipo completo inglés, estaba entusiasmado con aquel paseo en cupé al lado de su linda condesa.

La señora está pronta; van á partir. Una última mirada al espejo... Vamos... De repente se abre la puerta principal, el timbre suena con constante repiqueteo... «El rey»... Y mientras que el marido se precipita en el tocador con un terrible giramiento de ojos, Séfora corre á la ventana justamente á tiempo para ver á Christian subir la escalinata con aire vencedor. Corre, vuela, «qué feliz va á ser», dice al subir.

La hermosa comprende que hay algo de nuevo y se prepara. Para empezar lanza al verle un grito de sorpresa, de alegre conmocion; cae en sus brazos y se deja llevar hasta una otomana, ante la que él se arrodilla.

—¡Sí... sí... soy yo... y para siempre!

Ella le miró con ojos fascinadores, respirando amor y esperanza. Y él, anegado en esta mirada,

—Está hecho,—dijo,—ya no hay tal rey de Iliria... Sólo queda un hombre que quiere pasar la vida amándote.

—Esto es demasiado... no me atrevo á creer...

—Mira... lee...

Ella tomó el pergamino y le desdobló lentamente.

—¿Con que es verdad, Christian mio, que has renunciado?

—He hecho otra cosa mejor.

Y mientras que ella recorria el texto del acta, él de pié, retorciéndose el bigote, miraba á Séfora con aire triunfante; luego creyendo que ella no comprendia bien, ni bastante pronto, se puso á explicarla la diferencia que habia entre la renuncia y la abdicacion, y que él quedaba así libre de deberes y responsabilidades, sin comprometer para nada el porvenir de su hijo. Sólo

el dinero... Pero, ¡qué necesidad tenian de tantos millones para ser felices!

Ella no leia, le escuchaba con la boca entreabierta mostrando sus lindos dientes con una sonrisa aguda, como si quisiese cojer mejor lo que decia. Ella habia comprendido muy bien, ¡oh, sí! veia muy claro el derrumbamiento de todas sus ambiciones y de las pilas de luises comprometidas en el negocio, la cólera de Leemans, de Pichery, de toda la banda robada por la falsa maniobra de aquel tontaina. Ella pensaba en tantos sacrificios inútiles, en sus seis meses de aquella pesadísima vida llena de falsedad y disimulacion, en su pobre Tom que detenia su aliento en el tocador, mientras que el otro, enfrente de ella, esperaba una explosion de ternura, seguro de ser amado, vencedor, irresistible, impaciente. A la verdad, aquello era tan chusco, tan completamente irónico, tan feroz... Ella se levantó, acometida de una risa loca, risa insultante y burlona que hizo subir á su cara un rápido color de sangre, las removidas heces de su grosera naturaleza; y pasando por delante de Christian estupefacto: «¡Anda canalla, imbécil!» le gritó antes de encerrarse en su cámara á triple cerradura.

Sin dinero, sin corona, sin mujer, sin querida, el buen Christian hacia una muy triste figura al bajar por la escalera.

XV

El rey niño.

¡Oh mágia de las palabras! Como si en aquellas tres letras de la sílaba «rey» se encerrase una fuerza cabalística; desde que no se llamó ya conde de Zara, sino el rey Leopoldo V, el discípulo de Meraut se halló trasformado. El niño aplicado, dichoso en obrar bien, manejable como blanda cera, pero sin ninguna superioridad de inteligencia, salia del limbo, se despertaba por una sobreescitacion singular, y su cuerpo se formaba merced á esta llama interior. Su natural pereza, aquella gana de estirarse, de acostarse en una butaca mientras le leian ó le contaban historias, aquella necesidad de escuchar, de vivir del pensamiento de los demás, se cambió en una actividad que no satisfacia ya los juegos de su edad. Preciso era que el viejo general Rosen, perlático y encorvado, encontrase fuerza para darle sus primeras lecciones de esgrima, de tiro, de equitacion, y no habia nada más tierno y conmovedor que ver todas las mañanas, á las nueve, en una plazoleta del parque, perfectamente enarenada, al anciano panduro, con su frac azul y el látigo en la mano, desempeñar sus funciones de escudero con el aire de un viejo Franconi, siempre respetuoso con el rey, enmendando á la vez las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el dinero... Pero, ¡qué necesidad tenian de tantos millones para ser felices!

Ella no leia, le escuchaba con la boca entreabierta mostrando sus lindos dientes con una sonrisa aguda, como si quisiese cojer mejor lo que decia. Ella habia comprendido muy bien, ¡oh, sí! veia muy claro el derrumbamiento de todas sus ambiciones y de las pilas de luises comprometidas en el negocio, la cólera de Leemans, de Pichery, de toda la banda robada por la falsa maniobra de aquel tontaina. Ella pensaba en tantos sacrificios inútiles, en sus seis meses de aquella pesadísima vida llena de falsedad y disimulacion, en su pobre Tom que detenia su aliento en el tocador, mientras que el otro, enfrente de ella, esperaba una explosion de ternura, seguro de ser amado, vencedor, irresistible, impaciente. A la verdad, aquello era tan chusco, tan completamente irónico, tan feroz... Ella se levantó, acometida de una risa loca, risa insultante y burlona que hizo subir á su cara un rápido color de sangre, las removidas heces de su grosera naturaleza; y pasando por delante de Christian estupefacto: «¡Anda canalla, imbécil!» le gritó antes de encerrarse en su cámara á triple cerradura.

Sin dinero, sin corona, sin mujer, sin querida, el buen Christian hacia una muy triste figura al bajar por la escalera.

XV

El rey niño.

¡Oh mágia de las palabras! Como si en aquellas tres letras de la sílaba «rey» se encerrase una fuerza cabalística; desde que no se llamó ya conde de Zara, sino el rey Leopoldo V, el discípulo de Meraut se halló trasformado. El niño aplicado, dichoso en obrar bien, manejable como blanda cera, pero sin ninguna superioridad de inteligencia, salia del limbo, se despertaba por una sobreescitacion singular, y su cuerpo se formaba merced á esta llama interior. Su natural pereza, aquella gana de estirarse, de acostarse en una butaca mientras le leian ó le contaban historias, aquella necesidad de escuchar, de vivir del pensamiento de los demás, se cambió en una actividad que no satisfacia ya los juegos de su edad. Preciso era que el viejo general Rosen, perlático y encorvado, encontrase fuerza para darle sus primeras lecciones de esgrima, de tiro, de equitacion, y no habia nada más tierno y conmovedor que ver todas las mañanas, á las nueve, en una plazoleta del parque, perfectamente enarenada, al anciano panduro, con su frac azul y el látigo en la mano, desempeñar sus funciones de escudero con el aire de un viejo Franconi, siempre respetuoso con el rey, enmendando á la vez las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

torpezas del discípulo. El pequeño Leopoldo trotaba, galopaba, sério y orgulloso, atento á las menores órdenes, mientras que la reina miraba desde lo alto de la escalinata, haciendo ya una observacion ó ya dando un consejo:

—Teneos firme.... Templad la mano....

Y algunas veces, para hacerse comprender mejor, la amazona se lanzaba á la plazoleta, uniendo la accion á las palabras. ¡Cuán dichosa se consideró el dia en que, apareada su jaca con el poney del príncipe, se aventuraron los dos por el vecino bosque, dominada por la amazona la silueta del niño, y léjos de sentir los temores de madre, llevando los dos animales á un vigoroso trote largo, mostraba el camino á su hijo y lo arrastraba hasta Joinville en una carrera á toda rienda. Tambien en ella se habia verificado un notable cambio desde la abdicacion. Para aquella supersticiosa del derecho divino, el título de rey protegeria en adelante al niño y debia defenderlo. Su cariño, siempre tan vehemente y profundo, no tenia ya aquellas materiales manifestaciones, aquellas explosiones de caricias; y aunque por la noche entraba siempre en la cámara, no era para *ver acostar á Zara* y taparlo y abrigarlo en su camita. Un ayuda de cámara era ahora el encargado de todos aquellos cuidados, como si Federica temiese retardar en su hijo sus voluntades de hombre, guardándole en sus manos demasiado dulces. Iba allí solamente para oirle decir esta bella plegaria, sacada del *Libro de los Reyes*, que le habia enseñado el padre Alfeo:

«Señor, que sois mi Dios; vos me habeis puesto sobre el trono; pero soy un niño que no sabe conducirse y estoy encargado del pueblo que vos habeis escogido... Dadme, pues, la sabiduría y la inteligencia...»

La vocecita del príncipe se elevaba firme y clara, impregnada de autoridad, de una conviccion que enternecia al pensar en el destierro y en lo distante que se hallaba aquel trono hipotético. Pero para Federica su Leopoldo reinaba ya, y ella ponia en su beso de la noche un orgullo satisfecho,

una adoracion, un respeto tan indefinibles, que recordaban á Eliseo, cuando sorprendia aquella mezcla de sentimientos maternales, los antiguos villancicos de su país, en que la Vírgen canta meciendo á Jesús en su establo: *Soy vuestra esclava y vos sois mi Dios.*

Así pasaron algunos meses, toda una estacion de invierno, durante la que la reina no vió oscurecida su alegría mas que una vez, no vió más que una nube en su cielo, tan límpido y tan puro. Y fué Meraut quien, bien inconscientemente, tuvo la culpa. Al tener ambos el mismo sueño, al confundir sus miradas y sus almas, al marchar juntos hácia el mismo objeto estrechamente unidos, habian establecido entre ellos una familiaridad, una comunidad de pensamientos y de vida, que de pronto repugnó á Federica, sin que pudiese definir por qué. Sola con él, no se abandonaba como antes, se asustaba del puesto que aquel extraño ocupaba en sus más íntimas decisiones. ¿Adivinaba acaso los sentimientos que le agitaban, aquel ardor creciente cuando estaba á su lado, más invasor y peligroso de dia en dia? Una mujer jamás se engaña en esta materia. Ella hubiera querido librarse, volver atrás; ¿pero cómo? En su turbacion recurrió al guía, al consejero de la esposa católica, al confesor.

Cuando no recorria los campos para su propaganda realista, era el padre Alfeo el que dirigia á la reina. Bastaba ver aquel hombre para conocerlo. En aquel sacerdote Ilirio, con cara de forbante, se encontraban la sangre, el aspecto, las líneas faciales de uno de aquellos Oscoques, pájaros de rapiña y de tempestad, antiguos espumadores de los mares latinos. Hijo de un pescador del puerto de Zara, educado en *la marina* entre brea y redes, habia sido recogido un dia por frailes franciscanos á causa de su linda voz; de monaguillo pasó á niño de coro; creció en el convento y llegó á ser jefe de la congregacion, pero le habia quedado en su epidermis el color de marinero y del salitre del mar, que la frescura de las piedras claustrales jamás pudieron blanquear. Por otra parte, no era gazmoño ni meticuloso,

haciendo de cuando en cuando, si habia necesidad de ello, su partida de cuchillo *(cotellata)*, pero siempre por el buen motivo; era un monge «que, cuando la política lo exigia, despachaba en globo por la mañana todas las oraciones del dia presente, y hasta del inmediato «para tener aquello adelantado,» decia con mucha seriedad. Vehemente en sus afecciones, como en sus ideas, sentía una admiracion sin límites por el preceptor, introducido por él en la casa. Así, á la primera confesion de la reina sobre su turbacion, sus escrúpulos, finjió no comprender; pero viendo que insistia, se arrebató, la habló duramente como á una penitente ordinaria, como á cualquiera tenderucha de Ragusa.

¿No la daba vergüenza de mezclar semejantes niñerías con tan noble causa? ¿De qué se quejaba? ¿Le habia faltado alguna vez al respeto?... ¡Cómo!... Por escrúpulos de devota ó coquetería de mujer, que se cree irresistible, privarse de aquel hombre que seguramente Dios habia colocado en su camino para el triunfo de la monarquía!... Y en su lenguaje de marino, dulcificado su énfasis italiano con la fina sonrisa del sacerdote, añadia que no se incomoda uno con el viento que el cielo envia. «Se tiende la vela y se deja uno llevar.» La mujer más recta será siempre débil ante excepciones, razonamientos. Vencida por la casuística del monje, Federica, se dijo, que en efecto, no podia privar de semejante auxiliar la causa de su hijo. Ella era la que debia guardarse, permanecer fuerte. ¿Y qué arriesgaba? Hasta llegó á persuadirse que se habia engañado respecto á la lealtad de Eliseo, á su entusiasta amistad... Lo cierto es que él la amaba apasionadamente. Amor singular, profundo, arrojado del pecho varias veces, vuelto á su lugar por diversas vías, instalado al fin con el despotismo invasor de la conquista. Hasta entonces Eliseo se habia creido incapaz de un sentimiento tierno. Algunas veces en sus predicaciones realistas, á través del Cuartier, alguna hija de la bohemia, sin comprender una palabra de sus discursos, se apasionaba de la música de su voz, del fluido que se desprendia de sus ojos de fuego, de su frente ideal,

el magnetismo que atrae á las Magdalenas hácia los apóstoles. El se inclinaba sonriendo, cogia lo que se le ofrecia, cubriendo con un velo de dulzura y afabilidad ligera aquel incorregible desprecio de la mujer que es innato en el fondo de todo meridional. Para que el amor entrase en su corazon preciso era que pasase por su fuerte cabeza; y es así como su admiracion por el altanero tipo de Federica, por aquella patricia adversidad tan orgullosamente aguantada, se habia convertido al fin,—con la casa y vida del destierro, relaciones íntimas á todas horas, á todos momentos, tantas miserias participadas en comun,—en una verdadera pasion, pero una pasion humilde, discreta, sin esperanza, que se contentaba con arder á distancia, como el cirio de un indigente en la última grada del altar.

La existencia continuaba siempre la misma en apariencia, indiferente á estos dramas mudos, y así llegaron los primeros dias de Setiembre. La reina, aprovechando un bello sol, perfectamente en armonía con la feliz disposicion de su espíritu, daba un paseo despues de almorzar seguida del duque, de Eliseo y de Mme. de Silvis, á quien, con motivo de la ausencia de la princesa, correspondia el servicio de dama de honor. Ella llevaba tras sí á su comitiva á través de las sombrías avenidas del pequeño parque inglés, volviéndose al andar para dirigir una palabra, una frase con aquella gracia decidida que no atenuaba un femenil encanto. Aquel dia estaba particularmente contenta y alegre. Por la mañana se habian recibido noticias de Iliria participando el efecto producido per la abdicacion, siendo ya muy popular en los campos el nombre de Leopoldo V. Eliseo Merant triunfaba.

—Cuando yo os decia, señor duque, que se volverian locos con el rey niño... La infancia regenera todas las ternezas... Es como una religion nueva que les hemos hecho conocer, con su sencillez, su fervor...

Y levantando sus cabellos con las dos manos, con un gesto violento, muy propio de él, se lanzó en una de esas improvisa-

ciones elocuentes que le trasfiguraban, como el árabe sentado en la arena cubierto de harapos, se trasfigura cuando monta á caballo.

—Ya se soltó...—dijo por lo bajo la marquesa, al paso que la reina, para oirlo mejor, se sentaba al borde del paseo, á la sombra de un sáuce lloron. Los demás se quedaron en pié, respetuosamente, alrededor de ella; pero poco á poco el auditorio fué disminuyendo. Mme. de Silvis se retiró la primera para protestar ostensiblemente, como acostumbraba á hacerlo siempre; el duque se retiró tambien para asuntos del servicio. El preceptor y la reina se quedaron solos. Eliseo no lo notó, y continuó su discurso, de pié, iluminado por el sol que bañaba su noble rostro exaltado por la conviccion de sus ideas.

Entonces estaba verdaderamente hermoso, con esa irresistible hermosura de la inteligencia, que hirió á Federica demasiado repentinamente para que pudiese disimular su admiracion. ¿Vió él acaso aquella impresion en sus verdes ojos? ¿Recibió en cambio la conmocion que un sentimiento vivo y cercano nos hace experimentar?... Primeramente balbuceó, luego calló de repente, palpitando, y clavó sobre la reina que se hallaba inclinada sobre sus cabellos de oro una mirada lenta, abrasadora, como si fuese una confesion... Federica sintió correr por todo su cuerpo aquella llama como un sol más deslumbrante, más abrasador que el otro, pero no tuvo fuerza para volverse. Y cuando asustado de lo que le subia á los lábios, Eliseo se separó bruscamente de ella, penetrada como se hallaba por la potencia magnética de aquel hombre, le parecia que la vida la abandonaba de repente: sintió una especie de desvanecimiento moral, y se quedó allí en el banco, desfallecida, anonadada... Las sombras de las lilas cubrian la arena de las avenidas. El agua corria por el desagüe del estanque como para refrescar aquella hermosa tarde de verano. No se oia en el jardin florido más que un murmullo de alas y de átomos esparcidos sobre odoríferos canastillos, y el ruido seco de la carabina del niño príncipe, cuya

escuela de tiro se encontraba al extremo del parque hácia el bosque.

En medio de aquella calma, la reina recobró sus sentidos, sintiendo al pronto un movimiento de cólera... Se sentia ofendida, ultrajada por aquella mirada... ¿Sería posible?... ¿No estaba soñando? Ella, la orgullosa Federica, que en medio de las fiestas de la córte desdeñó antes tantos homenajes prestados á sus piés, y de los más nobles, de los más ilustres; ella, que guardaba en tal alto grado el orgullo de su corazon, abandonarlo á un hombre de nada, á un hijo del pueblo! Lágrimas de soberbia le abrasaban los ojos. Y en la turbacion de sus ideas, una palabra profética del viejo Rosen resonaba en su oido: «¡La bohemia del destierro!...» Sí, sólo el destierro con sus promiscuidades deshonrosas habia podido permitir á aquel subalterno... Pero á medida que ella le abrumaba con su desprecio, la asaltaba el recuerdo de los servicios prestados. ¿Qué hubiera sido de ellos sin él? Federica recordaba la emocion de su primera entrevista, y cómo ella habia sentido renacer su vida al escuchárle. Despues, mientras el rey corria á sus placeres, ¿quién habia tomado la direccion de sus destinos, reparado las torpezas y los crímenes? Y todo aquel desinterés infatigable de todos los dias, tanto talento, imaginacion, todo aquel buen génio aplicándose á una mision de abnegacion, sin provecho, sin gloria! El resultado era aquel rey niño, verdadero rey futuro señor de la Iliria... Entonces, acometida de un invencible ímpetu de ternura, de reconocimiento, recordando del pasado el minuto en que en la fiesta de Vicennes se habia apoyado en la fuerza de Eliseo, la reina, como aquel dia, cerró los ojos, abandonándose deliciosamente en pensamiento sobre aquel corazon tan grande y tan leal, que creia sentir latir contra el suyo.

De repente, despues de oirse un tiro que hizo volar los pájaros refugiados en las ramas, un gran grito, uno de esos gritos de niño como oyen las madres en sueño durante las noches turbadas de inquietudes, una terrible llamada de socorro encapotó

el cielo, y llenó el jardin de un dolor inmenso. Se oyeron pasos precipitados por las avenidas; la voz del preceptor, ronca, cambiada, llamaba desde la escuela de tiro. Federica se precipitó allí de un salto.

La escuela de tiro estaba al extremo del parque, en un fondo entapizado de glicinas y de esa alta florescencia propia de las tierras grasas. En la verja estaban colgados algunos cartones, atravesados de agugeros regulares y crueles. Ella encontró allí á su hijo tendido en tierra, sin movimiento, pálido el rostro, enrojecido hácia el ojo derecho, que cerrado, herido, dejaba destilar algunas gotas de sangre, cual si fueran lágrimas. Eliseo de rodillas, á su lado, gritaba, retorciéndose los brazos... «¡Yo he sido... Yo he sido!...» Pasaba por allí... Monseñor quiso que ensayase su carabina, y por una horrible fatalidad, la bala, dando en una de las barras de la verja... Pero la reina no le escuchaba. Sin un grito, sin una queja, toda á su instinto de madre, cogió á su hijo, le llevó en su falda hasta el estanque; luego, rechazando con un gestó á todos los que se apresuraban á ayudarla, apoyó en el reborde de piedra su rodilla sobre la que se estendia el cuerpo inerte del niño, y tuvo bajo el caño la pálida cara adorada en donde se pegaban siniestramente los rubios cabellos, regando el azulado párpado y la horrible mancha roja que el agua llevaba, y que filtraba poco á poco, cada vez más roja, entre las pestañas. Ella no hablaba, no pensaba. Envuelta en su traje de batista arrugado, y tan empapado en agua que se pegaba á su cuerpo como alguna náyade de mármol, continuaba inclinada sobre su hijo y esperando. ¡Qué minuto tan largo!... Poco á poco, reanimado por la inmersion el herido se extremeció, estendió sus miembros como para despertar; y de pronto echó á llorar.

—¡Vive!—dijo la reina con un grito del corazon.

Entónces, alzando la cabeza, vió enfrente á Meraut, cuya palidez y abatimiento parecian pedir gracia. El recuerdo de lo que habia pasado en el banco acometió á la reina, unido á la terrible

sorpresa de la catástrofe, á su debilidad tan pronto castigada sobre el niño.

Una furiosa rabia la acometió contra aquel hombre, contra ella misma.

—¡Véte... véte... que yo no te vuelva á ver jamás!—le gritó lanzándole una terrible mirada. Era su amor lo que ella confesaba delante de todos para castigarse, para curarse de él; su amor que le arrojaba como una injuria á la cara en la insolencia del tuteamiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI

La cámara negra.

«Habia una vez, en el país de Oldenbourg, una cierta condesa de Ponikan, á quien los enanos habian dado, el dia de su boda, tres panecillos de oro...»

Es Mme. de Silvis, que está contando un cuento, en la oscuridad de la cámara negra, con las ventanas herméticamente cerradas y las cortinas caidas hasta el suelo. El niño rey está estendido en su camita, y la reina á un lado como un blanco fantasma, aplicando nieve sobre aquella frente cubierta con una venda, nieve que ella renueva cada dos minutos, noche y dia, hace ya una semana larga. ¿Cómo ha podido vivir sin dormir, casi sin comer, sentada á la cabecera, con sus manos estrechando las de su hijo en los intermedios de las aplicaciones de nieve, pasando de la frescura de ésta á la calentura que espía, queteme en el débil pulso del niño?

El niño rey queria que su madre estuviese allí; siempre allí. Aquella noche la gran cámara se llena para él de siniestras sombras, de apariciones terroríficas. Que ya la imposibilidad de

leer, de tocar al menor objeto, lo tienen sujeto á un entorpecimiento que inquieta mucho á su madre.

—¿Te duele algo?—le pregunta á cada momento.

—No..... es que me fastidio—responde el niño con desalentada voz;—y precisamente para evitar aquel fastidio y poblar los tristes rincones de la cámara de brillantes visiones, es por lo que madama de Silvis ha vuelto á entablar aquella fantástica relacion llena de viejos castillos alemanes, de duendes bailando al pié del torreon, donde la princesa espera al pájaro azul, hilando en su rueca de cristal.

Al escuchar estas interminables historias, la reina se llena de tristeza; le parece que con aquello se mina la obra que tanto trabajo le ha costado hacer, y que asiste á la demolicion, piedra á piedra, de una columna triunfal. Es lo que ella vé en la noche, durante sus largas horas de reclusion, mucho más preocupada de ver á su hijo entregado otra vez en manos de mujeres, que de la herida, cuya verdadera gravedad aun ignora. Cuando el doctor, con la lámpara en la mano, desgarra por un momento los velos acumulados de la sombra, y levantando el apósito, trata de reanimar con una gota de atropina, la sensibilidad del ojo atacado, la madre se tranquiliza al ver que el enfermito no lanza un grito, ni estiende sus manos para defenderse. Nadie se atreve á decirla que es, por el contrario, la muerte del órgano, lo que indican aquella insensibilidad, aquel silencio de todos los nérvios. La bala, al ser rechazada, aunque hubiera perdido algo de su fuerza, tuvo aún la bastante para herir y romper la retina. El ojo derecho estaba irrevocablemente condenado. Todas las precauciones que se tomaban no tendian más que á preservar el otro, amenazado por esa correlacion orgánica que hace de la vista un sólo instrumento de doble rama. ¡Ah! ¡Si la reina conociese la extension de su desgracia, ella que cree firmemente que gracias á sus cuidados, á su ternura vigilante, el accidente no dejará traza alguna, y que ya habla á su hijo de su primera salida.

XVI

La cámara negra.

«Habia una vez, en el país de Oldenbourg, una cierta condesa de Ponikan, á quien los enanos habian dado, el dia de su boda, tres panecillos de oro...»

Es Mme. de Silvis, que está contando un cuento, en la oscuridad de la cámara negra, con las ventanas herméticamente cerradas y las cortinas caidas hasta el suelo. El niño rey está estendido en su camita, y la reina á un lado como un blanco fantasma, aplicando nieve sobre aquella frente cubierta con una venda, nieve que ella renueva cada dos minutos, noche y dia, hace ya una semana larga. ¿Cómo ha podido vivir sin dormir, casi sin comer, sentada á la cabecera, con sus manos estrechando las de su hijo en los intermedios de las aplicaciones de nieve, pasando de la frescura de ésta á la calentura que espía, queteme en el débil pulso del niño?

El niño rey queria que su madre estuviese allí; siempre allí. Aquella noche la gran cámara se llena para él de siniestras sombras, de apariciones terroríficas. Que ya la imposibilidad de

leer, de tocar al menor objeto, lo tienen sujeto á un entorpecimiento que inquieta mucho á su madre.

—¿Te duele algo?—le pregunta á cada momento.

—No..... es que me fastidio—responde el niño con desalentada voz;—y precisamente para evitar aquel fastidio y poblar los tristes rincones de la cámara de brillantes visiones, es por lo que madama de Silvis ha vuelto á entablar aquella fantástica relacion llena de viejos castillos alemanes, de duendes bailando al pié del torreon, donde la princesa espera al pájaro azul, hilando en su rueca de cristal.

Al escuchar estas interminables historias, la reina se llena de tristeza; le parece que con aquello se mina la obra que tanto trabajo le ha costado hacer, y que asiste á la demolicion, piedra á piedra, de una columna triunfal. Es lo que ella vé en la noche, durante sus largas horas de reclusion, mucho más preocupada de ver á su hijo entregado otra vez en manos de mujeres, que de la herida, cuya verdadera gravedad aun ignora. Cuando el doctor, con la lámpara en la mano, desgarra por un momento los velos acumulados de la sombra, y levantando el apósito, trata de reanimar con una gota de atropina, la sensibilidad del ojo atacado, la madre se tranquiliza al ver que el enfermito no lanza un grito, ni estiende sus manos para defenderse. Nadie se atreve á decirla que es, por el contrario, la muerte del órgano, lo que indican aquella insensibilidad, aquel silencio de todos los nérvios. La bala, al ser rechazada, aunque hubiera perdido algo de su fuerza, tuvo aún la bastante para herir y romper la retina. El ojo derecho estaba irrevocablemente condenado. Todas las precauciones que se tomaban no tendian más que á preservar el otro, amenazado por esa correlacion orgánica que hace de la vista un sólo instrumento de doble rama. ¡Ah! ¡Si la reina conociese la extension de su desgracia, ella que cree firmemente que gracias á sus cuidados, á su ternura vigilante, el accidente no dejará traza alguna, y que ya habla á su hijo de su primera salida.

—Leopoldo, ¿os alegraríais de dar un paseo por el bosque?

Sí; Leopoldo se alegraría mucho. Quiere que se le lleve á aquella fiesta en que estuvo una vez con su madre y su preceptor. Mas de repente pregunta:

—¿Dónde está Eliseo?... ¿Por qué no viene á verme?

Le contestan que su maestro está en viaje, y por largo tiempo. Esta explicacion le basta. El pensar le fatiga, el hablar tambien; y vuelve á caer en su ensimismamiento indiferente, retorna al país flotante que evocan los enfermos, mezclando sus sueños á los lugares que les rodean, á las fijas apariencias de las cosas, cuyo ruido y movimiento se temen para ellos. Entran, salen, cuchicheos y discretos pasos se unian y se responden. La reina no oye nada, no se ocupa más que de la cura de su hijo. Algunas veces Christian empuja la puerta entreabierta á causa del calor de aquella clausura, y con una voz que se esfuerza en hacer alegre, indiferente, viene á decir á su hijo alguna amable tontería para hacerle hablar ó reir. Pero su voz suena en falso en la reciente catástrofe, y el padre intimida al niño. Aquella memoria adormecida, á la que el tiro ha envuelto en la confusion de su humo, guarda, sin embargo, algun rasgo saliente de las pasadas escenas, de los disgustos desesperados de la reina, de aquella noche en que casi lo arrastró á una caida desde un tercer piso... El responde por lo bajo y con los dientes apretados. Entonces Christian se dirige á su mujer: «Deberíais descansar un poco, Federica, porque os estais matando... ¡En el propio interés del niño!...» La mano del niño estrecha la mano de su madre como si implorase su ayuda, y su madre lo tranquiliza de la misma manera muda y elocuente: «No, no, no tengais miedo... no me separo de aquí...» Y cambia friamente algunas palabras con su marido, á quien luego abandona á sus siniestras reflexiones.

Sin que se note por nadie, Christian sale de la camara, vaga melancólicamente por la silenciosa y ordenada casa, sostenida en su ceremonial ordinario por el viejo Rosen, á quien se ve ir y venir con su talle erguido y meneando la cabeza. El invernadero y el jardin empiezan á florecer; los titís, reanimados por el calor, llenan su jaula con sus gritos y sus saltos. El poney del príncipe, paseado á la mano por el palafrenero, da sus doscientos pasos por el patio cubierto de una camada de paja para no meter ruido, se detiene al pié de la escalinata volviendo sus inteligentes ojos hácia el lado por donde antes bajaba el niño rey. El aspecto del hotel es siempre el mismo, elegante y confortable; pero se confia, se espera, hay algo de suspension en la vida ambiente, un silencio de esos que suceden á las grandes tempestades. Pero el objeto principal, el punto de mira más saliente son aquellas tres persianas, allá en lo alto, cerradas herméticamente cuando todo se abre al aire, á la luz, encerrando el misterio del dolor y de la enfermedad.

Meraut, que arrojado de la casa habita en las cercanías, no cesa de rodar por aquellos sitios, mirando con desesperacion aquellas ventanas cerradas. Es su tormento, su condenacion. Vuelve todos los dias, temiendo verlas una mañana abiertas del todo, dejando evaporar el humo de cirio apagado. Su desesperacion se convierte en manía. No es el enamorado el que sufre. La reina ha hecho bien en arrojarle, no merecia otra cosa, y la pasion ha desaparecido ante el gran desastre de sus esperanzas. ¡Haber soñado hacer un rey, haberse impuesto tan soberbia mision, y destruir todo, aniquilarlo todo con su propia mano! El padre y la madre, más atacados en su terneza, no estaban tan desesperados como él. No tenia ni aun el consuelo de prodigar sus cuidados, ni el de recibir siquiera algunas noticias, porque los criados le guardaban un negro rencor por el accidente. Sin embargo, un guarda-bosque que tenia acceso en la casa, le contaba los rumores de la cocina, aumentados por esa necesidad de lo terrible que tienen las gentes del pueblo. Unas veces el enfermo estaba ciego: otras se hallaba atacado de un derrame cerebral; se decia que la reina estaba decidida á dejarse morir de hambre, y el triste Eliseo vivia su dia bajo el peso de estos desoladores

rumores, vagaba por el bosque mientras sus piernas lo sostenian y luego volvia hácia el lindero del parque, donde la alta y florida yerba, pisoteada el domingo por alegres parejas y desierta entre semana, formaba un verdadero rincon silvestre.

Una vez, al caer el dia, se hallaba tendido en aquella frescura, fijos los ojos en la casa, iluminada por los últimos rayos solares que penetraba por entre las ramas de los árboles. La tarde era melancólica. Eliseo se abstraia, cansado de espíritu y de cuerpo, dejando hablar á todos sus recuerdos, á todas sus inquietudes, como sucede en esos silencios de la naturaleza en que nuestras luchas interiores pueden esperar hacerse oir. De pronto, su mirada, que no buscaba nada, encontró la marcha mal equilibrada, el sombrero de cuáquero, el chaleco blanco y los botines de Boscovich. El señor consejero iba muy rápidamente, á saltitos de mujer, muy agitado, llevando en la mano con mucho cuidado un objeto envuelto en un pañuelo. No pareció sorprenderse al ver á Eliseo, le abordó como si nada hubiera pasado; con el aire más natural del mundo.

—Mi querido Meraut, ¡no sabeis que contento estoy!

—¡Dios mio!... ¡Cómo! ¿Acaso el estado de monseñor?...

El botánico puso una cara de circunstancias para responder que monseñor seguia siempre lo mismo; siempre el reposo, la cámara negra, una incertidumbre dolorosa, ¡oh! sí, muy dolorosa. Luego, bruscamente,

—Adivinad lo que traigo aquí,—le dijo.—Tened cuidado. Es muy frágil, y vais á desprender la tierra. Un pié de clemátida, pero no la clemátida vulgar de vuestros jardines... *Clematis Dalmatica*.... Una especie enana que solo se encuentra en nuestro país. Yo dudaba al pronto y vacilaba... La estoy expiando desde la primavera. Pero ved el tallo, las corolas... el perfume que despide de almendras machacadas....

Y desenvolviendo el pañuelo con infinitas precauciones, descubrió una planta delicada, con flores de un blanco de leche, que iba palideciendo hasta el verde de las hojas, confundiéndose con

ellas. Meraut trató de preguntarle, de arrancarle más noticias: pero el maniático estaba entregado por completo á su pasion, á su descubrimiento. En efecto, era una casualidad extraña que aquella pequeña planta hubiera nacido, única de su raza, á seiscientas leguas de su pátria. Las flores tienen su historia, pero tambien tienen su novela, y es esta probable novela la que el buen hombre se contaba á sí mismo, creyendo contársela á Meraut.

—¿Por qué anomalía del terreno, por qué misterio geológico, este pequeño grano viajero ha podido germinar al pié de una encina de San Mandé? El caso se presenta algunas veces. Así un botánico, amigo mio, encontró en los Pirineos una flor de la Laponia. Esto depende exclusivamente de las corrientes atmosféricas, ó de los filones del suelo, perdidos en ciertos sitios... Pero el milagro aquí es que esta planta haya nacido precisamente en la vecindad de sus compatriotas, desterrados tambien... Y ved qué gallarda está. Apenas un poco pálida, efecto del destierro; pero sus tallos parecen dispuestos á trepar.

Y allí permanecia con su clemátida en la mano, inmóvil en su feliz contemplacion. Pero de pronto,

—¡Diablo!—dijo.—Ya es tarde... Me voy... adios.

—Os acompaño,—dijo Eliseo.

Boscowich se quedó estupefacto. Habia asistido á la escena, sabia de qué manera se habia marchado el preceptor, no atribuyendo, sin embargo, su despedida más que á causa del accidente... ¿Qué pensarian de ello? ¿Qué diria la reina?

—Nadie me verá, señor consejero... Iremos por la avenida, y me deslizaré furtivamente hasta la cámara...

—¡Cómo! ¿quereis?...

—Acercarme á Monseñor, oirle hablar un minuto, sin que sospeche que estoy yo allí...

El débil Boscowich protestaba, se defendia; pero marchaba hácia adelante impelido por el deseo de Eliseo, que le seguia sin hacer caso de sus protestas.

¡Oh! ¡Qué emocion sintió cuando la puertecilla de la avenida giró sobre sus goznes, y se encontró en aquel mismo sitio donde su vida fué herida por el rayo!

—Esperadme aquí,—dijo temblando el consejero;—yo vendré á buscaros cuando los criados estén en la mesa... De este modo no hallareis á nadie en la escalera.

Nadie habia vuelto á aquel sitio desde el dia fatal.

En los rotos arbustos, en la pisoteada arena, la escena se representaba aún. Los mismos cartones colgaban de las empalizadas, el agua corria en el estanque como un manantial de dolorosas lágrimas, y le parecia á Eliseo oir aún la voz de la reina, que sollozando le decia aquel «¡vete!... vete!» que le causaba, áun escuchándolo en recuerdo, la sensacion de una herida y de una caricia. Habiendo vuelto Boscowich, se deslizaron hasta la casa.

En la galería de cristales que se abria sobre el jardin y servia de sala de estudio, los libros colocados sobre la mesa, las dos sillas del maestro y del discípulo preparadas, esperaban la próxima leccion con la cruel inercia de las cosas. Aquella era tan punzante como el silencio de los sitios donde falta el niño, cantando, corriendo, trazando diez veces al dia su estrecho mundo con risas y canciones.

De la escalera, ligeramente iluminada, Boscowich, que iba delante, le introdujo en la habitacion que precedia á la del rey, sumergida tambien en la más completa oscuridad, para impedir que penetrase el menor rayo de luz. Una sola lamparilla ardia en un rincon de la alcoba detrás de frascos y pócimas.

—La reina y Mme. de Silvis están á su lado... Sobre todo no hableis... Y salid pronto.

Eliseo no le veia, sus piés en el umbral, latiéndole el corazon. Sus miradas no podian penetrar las espesas sombras; no distinguia nada; sólo oia allá en el fondo una voz infantil que recitaba, salmodiaba, las oraciones de la noche, muy difícil de conocer por la del niño rey, tan cansada, triste y fastidiada ra-

zonaba en su oido. Llegado á uno de los numerosos «amen,» el niño se interrumpió:

—¿Mamá, debo tambien rezar la oracion de los reyes?

—Sí, querido mio,—contestó la bella y grave voz, cuyo timbre tambien habia cambiado, ondulando un poco, como un metal gastado por un agua mordiente destilada gota á gota.

El príncipe vaciló en contestar.

—Es que yo creia... Me parecia que ahora ya es inútil ese trabajo...

La reina le preguntó con viveza:

—¿Por qué?

—¡Oh!—contestó el niño rey con tono voluntarioso é intencionado,—pienso que podia pedir á Dios otras cosas que las que hay en esa oracion...

Pero arrepintiéndose con un arranque de su buena naturaleza,

—Al momento, mamá, al momento, puesto que lo quereis, y empezó lentamente, con una voz resignada y balbuciente,

«*Señor, que sois mi Dios*, etc.

Al terminar se oyó un ahogado sollozo en el fondo de la cámara. La reina se extremeció:

—¿Quién está ahí?...¿Sois vos, Christian? —añadió al sentir cerrarse una puerta. . . . . .

Al fin de la semana, el médico declaró que no se podia condenar más tiempo al enfermo al suplicio de la cámara negra, y que ya se podia dejar entrar un poco de claridad.

—¿Ya?—dijo Federica...—Me habian asegurado que esto duraria un mes.

El médico no podia contestarle que estando el ojo muerto, completamente muerto, sin esperanza alguna, aquel encierro era enteramente inútil. Salió del paso con una de esas frases vagas cuyo secreto tiene la piedad de los de su clase. Se esperaba al padre Alfeo, porque la religion tiene el privilegio de curar todas las heridas, hasta aquellas que son incurables. Con su na-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

tural brutalidad, su rudo acento, el fraile, que se servia de la palabra de Dios, como de un garrote, dirigió aquel terrible golpe, bajo el cual debian inclinarse todos los orgullos de Federica. La madre habia sufrido el dia del accidente, atacada en sus tiernas fibras por los gritos, el desmayo, la sangre que corria por el rostro del pobre niño. El segundo dolor pertenecia más directamente á la reina. Su hijo estropeado, desfigurado ¡Ella, que le encontraba tan bello para el triunfo, iria á llevar ahora á los ilirios aquel enfermo! ¡Jamás le perdonó al médico el que la hubiese engañado! Siempre, y aun en el destierro, los reyes serán víctimas de su grandeza y de la cobardía humana.

Con el objeto de evitar que fuese muy brusco el paso de la oscuridad á la luz, se pusieron en las ventanas cortinas de sarga verde; luego se abrieron francamente, y cuando los actores de aquel triste drama pudieron mirarse á la luz del dia, fué para apreciar los cambios sobrevenidos durante la reclusion. Federica habia envejecido; se veia obligada á cambiar de peinado para ocultar algunas ondas blancas. El principito, sumamente pálido, abrigaba bajo una venda negra su ojo derecho; y todo su rostro, surcado por precoces arrugas, parecia sufrir el peso de aquella venda. ¡Qué vida tan nueva para él aquella vida de herido! En la mesa, tuvieron que enseñarle á comer, porque su tenedor y cuchara mal dirigidos eran llevados á la frente ó á la oreja por aquella torpeza de un sentido que afecta á los demás. El se reia con la risa de niño enfermo, y la reina se volvia á cada instante para ocultar sus lágrimas. En cuanto pudo bajar al jardin aumentaron las angustias. Vacilaba, tropezaba á cada paso, tomaba la oblícua por la recta, se caia, ó más bien lleno de miedo, retrocedia al menor obstáculo, aferrándose á las manos, á las faldas de su madre, mirando á los conocidos ángulos del parque, como si en ellos hubiera ocultas emboscadas. La reina trataba de despertar, al ménos, su espíritu; pero la sacudida habia sido demasiado violenta: se hubiera dicho que con el rayo visual se habia apagado un rayo de su inteligencia. El pobre niño comprendió perfectamente la pena que su estado causaba á su madre: al hablarla alzaba la cabeza con esfuerzo, y le dirigia una mirada tímida y torcida como pidiéndole gracia por su debilidad. Pero no podia vencer ciertos esfuerzos físicos mal razonados. Así es que el ruido de una detonacion en el lindero del bosque, que oyó por vez primera despues del accidente, le produjo un ataque de epilépsia. La primera vez tambien que se le habló de montar en su poney, se puso á temblar en todos sus miembros.

—No... no... Os lo ruego, —decia estrechándose contra Federica...—Llevadme en el landó con vos... Tengo miedo...

—¿Miedo de qué?

—Tengo miedo... tengo miedo...

Ni razonamientos, ni ruegos nada conseguian.

—Vamos, dijo la reina con un movimiento de sorda cólera, que enganchen el landó.

Era un bello domingo del fin de otoño, que recordaba aquel domingo de Mayo en que habian ido á Vicennes. Formando contraste con aquel dia, Federica se hallaba harta de la gente que ocupaba los céspedes y los paseos del bosque. Aquella alegría del aire libre, los olores de las meriendas la daban náuseas. La miseria y la tristeza salian para ella de todos aquellos grupos, á pesar de las risas y de los trajes de fiesta. El niño, tratando de desarrugar el bello rostro, cuya expresion melancólica se atribuia él mismo, rodeaba á su madre de tiernas y apasionadas caricias.

—¿Estais incomodada conmigo porque no he querido montar á caballo?

No, no lo estaba. Pero, ¿cómo se compondría el dia de la coronacion, cuando sus súbditos le aclamasen?... Un rey debe saber montar á caballo.

El pobre lisiado se volvió para mirar á la reina con su único ojo, preguntando:

—¿Creis, verdaderamente, que ellos me querrán aún en el estado en que estoy?

Tenia el aspecto bien deteriorado, ya de viejo. Federica, con todo, se indignó de aquella duda, y habló del rey de Westfalia, ciego completamente.

—¡Ah! un rey de burlas... Por eso no le quisieron.

Ella le contó entónces la historia de Juan de Bohemia en la batalla de Crecy, requiriendo á sus caballeros que le condujeran bastante adelante para que pudiera herir con su espada, y tan adelante lo habian llevado, que los encontraron á todos muertos, estendidos sus cuerpos y los caballos unidos los unos á los otros.

—Eso es terrible... muy terrible,—decia Leopoldo.

Y se quedaba allí, extremeciéndose, sumergido en aquel cuento heróico, como en uno fantástico de madama de Silvis, tan pequeño, tan débil, tan poco rey. En aquel momento el carruaje se separó de las cercanías del lago, siguiendo un paseo extrecho donde sólo habia sitio para las ruedas. Alguno se separó vivamente, un hombre á quien el niño no podia ver, impedido por la venda, pero á quien la reina reconoció perfectamente. Grave, con aire duro, y con un movimiento de cabeza, le mostró al pobre enfermo recostado en su falda, su obra maestra hundida, aquel resto, aquel átomo de una gran raza. Fué su último encuentro; Meraut abandonó definitivamente á San Mandé.

XVII

Fides, Spes.

El duque de Rosen entró primero.

—Está un poco húmedo,—dijo gravemente. —No se ha abierto desde la muerte de mi hijo.

En efecto, se notaba una gran frescura, y así como ese enmohecimiento de cueva sepulcral en aquel expléndido entresuelo, donde las guzlas habian sonado tan enérgicas, donde todo conservaba el mismo puesto que en la noche del baile. Los dos sillas esculpidas del rey y la reina contra la tribuna de los músicos, presidian aún, dominadas por magníficos pupitres de hierro fundido. Sillones en círculo formaban el anfiteatro aristocrático. Cintas, restos de flores, pedazos de gasa ligera, verdadero polvo del baile, llenaba el suelo. Se conocia que los decoradores habian arrancado de prisa las colgaduras, las guirnaldas de flores, y se habian apresurado á cerrar las puertas y ventanas de aquellos salones, que hablaban de fiesta en una casa de duelo. El mismo abandono se veia á través del jardin, lleno de hojas muertas, sobre las que habian pasado un invierno, luego una

primavera sin cultura, rica en locas yerbas parásitas ó invasoras. Por uno de esos caprichos del dolor que quiere que á su alrededor todo sufra y se esterilice, el duque no habia permitido que se tocase á nada, así como no habia querido volver á habitar su magnífica habitacion.

Despues del asunto de Gravosa, como Coletta, muy delicada á consecuencia de su parto, habia ido á restablecerse á Niza con su pequeño W, el duque habia renunciado á sus visitas al malecon de Anjon, haciendo que le colocasen una cama en la intendencia. Evidentemente venderia el hotel un dia ú otro, y empezaba desaciéndose de las suntuosas antigüedades que le encumbraban. Por eso es que los espejos de Venecia dormidos, reflejando las enamoradas parejas de las marmóreas húngaras y el brillo de las pupilas y de las arañas, miraban hoy, en la luz gris y fria del cielo parisien, las siluetas vulgares, los ojos de avispa, los lábios encendidos del tio Leemans y del Sr. Pichery, su acólito, de rostro amarillo y con las guías de su bigote tiesas en virtud del cosmético.

Verdaderamente era precisa la costumbre del prendero, su práctica en el negocio y de esas comedias que ponen en juego todos los gestos de la máscara humana, para que el buen hombre no dejase escapar un grito de alegria, de admiracion, cuando el criado del general, tan viejo y tan tieso como su amo, abria ruidosamente las ventanas de un piso, y se veia reflejar discretamente, matizarse con todos los tonos soberbias maderas, bronces, marfiles, todos los preciosos tesoros de una coleccion que no estaba valorizada y cuidada como la de Mme. Spalato, pero de un lujo más abundante, más genuino y más nuevo. ¡Y sin un rasguño... sin una mancha!... El viejo Rosen no habia acumulado á la casualidad; todas eran maravillas de eleccion. Y era muy curioso ver las paradas del prendero, el hocico extendido bajo sus pelos, fijando su lente, raspando ligeramente los esmaltes, haciendo sonar los bronces con aire indiferente y hasta despreciativo á veces, mientras que desde los piés á la cabeza, desde las uñas hasta su rala barba, todo su cuerpo vibraba, se sacudia como si se le hubiera puesto en comunicacion con una pila eléctrica. Pichery no era ménos digno de observar. No teniendo ninguna nocion del arte, ningun gusto personal, modelaba sus impresiones por las de su compadre, hacia la misma mueca desdeñosa, cambiada luego en estupefaccion, cuando Leemans le decia por lo bajo, sin cesar de tomar notas en su cartera: «Esto vale cien mil francos como un céntimo!...» Aquella era para los dos la única ocasion para rescatarse de la «gran jugada» de la que tan mal habian salido. Pero preciso les era sostenerse bien, porque el antiguo coronel de los panduros, tan desconfiado é impenetrable como todos los prenderos juntos, les seguia paso á paso y se plantaba detrás de ellos sin haberse equivocado en cuanto á caras de garduña.

Llegaron así al fin de los salones de recepcion, á una piececita deliciosamente adornada en el gusto morisco de divanes muy bajos, de tapices y mueblaje auténtico.

—¿Esto entra tambien?—preguntó Leemans.

El general vaciló imperceptiblemente antes de contestar.

Era el abrigo de Coletta en el inmenso hotel, un gabinete predilecto donde se refugiaba en sus varios ratos de ócio, donde escribia su correspondencia. Tuvo el pensamiento de salvar el mobiliario oriental que ella amaba tanto; pero poco se detuvo; era preciso vender.

—Tambien,—contestó con frialdad.

Leemans, atraido desde luego por la rareza de un mueble esculpido, dorado, con arcadas y galerías en miniatura, se puso á examinar sus múltiples cajones, de secreto, abriéndose los unos en los otros por ocultos resortes, cajones finos y frescos exhalando el aroma del naranjo y del sándalo de sus satinados acolchados. Al introducir la mano en uno de ellos, sintió que habia algo dentro.

—Son papeles,—dijo.

Terminado el inventario, despedidos los dos prenderos hasta

la puerta, el duque pensó en aquellos papeles olvidados. Era un paquete de cartas atado con una arrugada cinta, impregnado de los discretos perfumes del cajon.

Maquinalmente el duque miró y reconoció la escritura, la gruesa letra de Christian, fantástica, irregular, que desde hacia algunos meses no le hablaba más que de dinero por la vía de los pagarés y endosos. Sin duda eran cartas del rey á Herberto. Pero no. «*Coletta, querida de mi corazon*»... Con un gesto brusco hizo saltar la cinta, extendió el paquete en el divan, y vió que lo formaban una treintena de billetes, citas dadas, reconocimiento, acciones de gracia, toda la correspondencia adúltera en su triste banalidad, terminada por excusas de faltas á citas, por misivas cada vez más frias, como las últimas mariposas de la cola de una cometa. En casi todas ellas se hablaba de un cargante y perseguidor personaje que Christian llamaba: «Cortesano de desgracia» ó simplemente «C. de desgracia,» y sobre el que el duque procuraba poner un nombre, cuando á continuacion de una de aquellas páginas más libertinas que sentimentales, vió su propio cargo, su puntiaguda cabeza sobre largas patas zancudas. Era él con sus arrugas, su nariz de pico de águila, su mirada penetrante; y por debajo, para que no hubiese duda: *Cortesano de desgracia, haciendo la guardia en el malecon de Orsay.*

Pasada la primera sorpresa, comprendió el ultraje en toda su bajeza, el viejo lanzó un «¡Oh!» quedándose lleno de desaliento y de vergüenza.

Que su hijo hubiera sido engañado no le sorprendia, á la verdad. Pero haberlo sido por Christian, al que todo lo habian sacrificado, por quien Herberto habia muerto á los veintiocho años, por quien él mismo estaba próximo á arruinarse, determinado á vender hasta sus trofeos de victorias para que la firma real no fuese protestada... ¡Ah, si pudiera vengarse, si pudiera descolgar de aquellas panoplias dos armas... no importa cuáles!.. ¡Pero era el rey! A un rey no se le piden satisfacciones. Y apaciguando súbitamente su cólera la mágia de aquella palabra sagrada, llegó á decirse que despues de todo, Monseñor, jugando con una de sus criadas, no era tan culpable como él, duque de Rosen, casando á su hijo con la modista Sauvadon. Aquello era el castigo de su codicia... Aquellas reflexiones no duraron ni un minuto. Despues de guardar las cartas, salió, volvió á tomar su puesto en San Mandé, en la oficina de la Intendencia, donde le esperaban una porcion de notas, de papeles, en las que reconoció más de una vez la gruesa letra de los billetes amorosos; y Christian no hubiera podido creerle informado de la menor cosa, cuando al pasar por el patio, veia detrás de la vidriera, siempre tieso, leal y vigilante, la larga silueta del cortesano de desgracia.

Sólo los reyes con todas las tradiciones nacionales y supersticiosas adheridas á sus personas, pueden inspirar semejantes abnegaciones, áun cuando son indignos de ellas. Christian, fuera ya el niño de todo peligro, se divertia en grande. Desde luego habia tratado de volver á Séfora. Sí, áun despues de haber sido cínica y brutalmente arrojado de su casa, despues de haber tenido la prueba, todas las pruebas de su traicion, la amaba aún lo bastante para correr á sus piés á la menor señal. La bella en aquel momento estaba entregada por completo á la alegría de una luna de miel renovada. Curada de sus ambiciones, vuelta á su naturaleza tranquila de que la habia arrancado el atractivo de los millones, queria vender su hotel, realizarlo todo y vivir en Corbevoie con J. Tom, como buenos comerciantes enriquecidos, y hacer rabiar á los Spricht con su fausto y opulencia. J. Tom-Levis, por el contrario, pensaba intentar nuevas jugadas, y medio grandioso en que su mujer se hallaba instalada, le daba poco á poco la idea de otra agencia en forma más lujosa, más aristocrática, el tráfico con guantes hasta el codo, tratando los negocios entre las flores y la música de una fiesta, alrededor del lago, á lo largo de la pista, reemplazando el viejo cab, por una sólida carretela y librea con la divisa de la condesa. No le costó mucho trabajo convencer á Séfora, en cu-

ya casa se habia instalado definitivamente, y los salones de la avenida Mesina se arreglaron para una série de comidas y bailes, cuyas invitaciones fueron lanzadas en nombre de los condes de Spalato. Al principio la sociedad era algo mezclada. Luego el elemento femenino, rebelde al pronto, concluyó por tratar á J. Tom y á su mujer como esos ricos matrimonios extranjeros venidos de muy lejos, y cuyo lujo salva su exotismo. Toda la alta goma se trasladó á casa de Séfora puesta á la moda por sus aventuras, y el señor conde contó desde el principio del invierno con algunos buenos negocios.

No se podia negar á Christian la entrada en aquellos salones, que tanto le habian costado. Desde luego el título de rey garantizaba la casa. Al pronto se presentó bajamente con la esperanza de llegar de nuevo al corazon de la condesa, no ya por la gran escalinata, sino por las escaleras de servicio. Despues de haber gastado el tiempo desempeñando el papel de burlado ó de víctima, de haberse mostrado cada ocho dias tan blanco como su camisa en el hueco de alguna ventana, donde le vigilaban, le clavaban los penetrantes ojos de Tom-Levis, se desanimó, no volvió más, y se dió á frecuentar mujeres caidas en el fango, con el fin de distraerse. Como todos los que buscan un tipo perdido una vez, se extravió por todas partes, cayó bajo, tan bajo, guiado por Lebeau, acostumbrado al vicio parisien, que muchas mañanas iba á buscar á su amo á los más ínfimos burdeles. Una verdadera caida más fácil de dia en dia para aquella alma débil del voluptuoso, de la que no era apropósito á relevarle lo triste y calmoso de su interior. No se divertia nada en la calle de Hervillon, desde que faltaban la princesa y Meraut. Leopoldo V se iba reponiendo lentamente, confiado á los cuidados de Mme. Eleonora de Silvis, que podia, en fin, aplicar los preceptos del abate Diguet sobre las seis maneras de conocer á los hombres y las siete de separarlos de los aduladores. Tristes lecciones á que la reina asistia como anteriormente, fijas sus melancólicas miradas en la «*Clematis Dalmatica*,»

aquella flor del destierro en via de florecer apoyada contra los cristales de la ventana. Hacia algun tiempo que los franciscanos andaban buscando un preceptor; pero no se encuentra fácilmente un Meraut en la juventud moderna. El padre Alfeo tenia formada su idea sobre ello, pero se guardaba muy bien de manifestarla, porque la reina no permitia que se pronunciase delante de ella el nombre del antiguo ayo. Sin embargo, una vez, en una grave circunstancia, el monge se atrevió á hablar de su amigo.

—¡Señora, Eliseo Meraut se está muriendo!...—dijo al levantarse de la mesa despues de rezar el acto de gracias.

Una noche, en su antigua habitacion de la calle del Príncipe, á donde se habia retirado despues de su expulsion de San Mandé, y que habia conservado como se conserva un trage de juventud que no se piensa poner más, Eliseo se despertó sobresaltado por la singular sensacion de un extraño calor que le subia del pecho, lentamente, como una inundacion, y sin dolor ni sacudida, con la impresion de una descomposicion final, le llenaba la boca de un gusto de sangre. Misterioso y terrible, el mal llegaba á la manera de un asesino que abre las puertas en la sombra sin hacer ruido. Meraut no se asustó; consultó á algunos estudiantes de medicina, compañeros de mesa redonda. Le dijeron que estaba atacado.—¿Qué es lo que tengo?—Todo. Llegaba á aquellos cuarenta años climatéricos de la bohemia, en que la enfermedad se embosca, expía al hombre, le hace pagar caros los excesos ó las privaciones de su juventud; edad terrible, sobre todo cuando está roto el resorte moral y ya no existe la voluntad de vivir. Eliseo siguió con la misma existencia siempre fuera de casa, expuesto al viento, á la lluvia, pasando de habitaciones caldeadas, abrasadas por el gas, al frio de la calle en pleno invierno, continuando, cuando todo se apagaba, sus paseos por las calles hasta casi al salir la aurora.

Las hemotisis fueron más frecuentes, seguidas de terribles laxitudes. Para no hacer cama, porque la melancolía de su de-

sierta habitacion le pesaba, se instaló en el *Rialto*, una cervecería que habia en la vecindad, leyendo los periódicos y soñando en un rincon.

El sitio era muy tranquilo hasta la noche, alegre con su mobiliario de encina, con sus paredes cubiertas de frescos que representaban á Venecia, puentes, cúpulas, góndolas perdiéndose en su líquido arco iris. Las mismas sirvientas venecianas, por la noche tan animadas, haciendo pasar sus limosneras por entre los concurrentes, chocando con los vasos sus collares de rojo coral, de dia dormian con la cabeza sobre las mesas; arrugando sus tocas de encaje y sus abultadas mangas de batista, ó se entretenian trabajando alguna obra de costura, próximas á la chimenea, que á veces abandonaban para venir á beber una copa en frente de algun estudiante. Una de ellas, grande y fuerte, con una abundante cabellera rubia retorcida, con modales graves y lentos, suspendia frecuentemente su trabajo para escuchar... Meraut la contemplaba horas enteras, es decir, hasta que hablaba, pues entonces una voz ronca y vulgar hacia tomar la huida á su sueño misterioso. Pero bien pronto le faltaron las fuerzas hasta para aquellas estaciones detrás de una cortina de la cervecería que él mismo hacia deslizar en sus anillas. No pudo ya bajar de su cuarto, se vió obligado á hacer cama, rodeado de libros y periódicos, dejando su puerta abierta para que la vida, la animacion del hotel llegasen hasta él. Sobre todo, le habian prohibido que hablase. Entonces el meridional se resignó á escribir, cogió su libro, su famoso libro sobre la monarquía, le continuó con fiebre y con temblorosa mano, sacudida por la tos que esparcia las cuartillas sobre la cubierta de la cama. Ahora no temia más que una cosa, morir sin terminarlo, irse como habia vivido, latente, desconocido, inexplicado.

Sauvadon, el tio de Bercy, cuya grosera vanidad turbulenta padecia al ver á su maestro en aquel tugurio, venia á visitarle muy amenudo. En cuanto supo la catástrofe corrió con la bolsa abierta, como en otras veces á buscar «ideas sobre las cosas.» —

«Tio, ya no las tengo...» le habia contestado Meraut. Para sacarle de su apatía, el tio le hablaba de cuviarlo al Mediodía, á Niza, á la montuosa instalacion de Coletta y de su pequeño W.

—No me costaria mucho,—le decia ingénuamente,—y allí os curaríais.

Pero Eliseo no queria curarse, y sólo deseaba terminar su libro en el mismo sitio en que habia germinado, en aquellos profundos rumores parisienses en que cada uno oye la dominante que le conviene. Mientras que escribia, Sauvadon, sentado al pié del lecho, hablaba de su linda sobrina, y se irritaba contra aquel viejo loco de general, tratando de vender su hotel de la isla de San Luis.

—Yo me pregunto, ¿qué podrá hacer con todo ese dinero?... Como no lo entierre en pequeños paquetes... Despues de todo, nada importa... Coletta es bastante rica para prescindir de ello...

Y el mercader de vinos se daba con la mano en su redondo vientre templado como un tambor.

Otra vez, dejando sobre la cama el paquete de periódicos que traia á Eliseo,

—Parece que hay movimiento por Iliria... Acaban de enviar á la Dieta de Leibach una mayoría realista... ¡Ah! si se encontrase un hombre... Pero el pequeño Leopoldo es muy jóven y Christian se embrutece de dia en dia... Ahora no se le vé más que en los burdeles y bailes de...

Eliseo le escuchaba extremeciéndose con todo su cuerpo. ¡Pobre reina!... El otro continuó sin notar el mal que causaba:

—Y buenos están los desterrados... Ya tenemos al príncipe de Axel comprometido en ese indecente asunto de la avenida de Antin... Ya sabeis, aquella casa de pupilas que, bajo su etiqueta patriarcal, servia de refugio á niñas menores emancipadas... ¡Qué escándalo! Un príncipe heredero... Sin embargo, una cosa me llama mucho la atencion... En el mismo momento de la historia de esa aventura, Coletta me escribia que Monseñor estaba en Niza, y que ella habia asistido á unas regatas en un yacht

tomado para ella por S. A... Cierto que debe haber alguna equivocacion... y me alegraré mucho... Porque, aquí para entre nosotros, mi querido Meraut...

Y el buen hombre le confió misteriosamente que el príncipe real se mostraba muy asíduo con Coletta; y como ella no era de esas mujeres que... ya sabeis... pudiera suceder que dentro de muy poco tiempo...

La ancha carota del advenedizo se iluminó con una sonrisa:

—¿Qué os parece?—¡Coleta, reina de Finlandia!... ¡Y el tio Sauvadon, tio de un rey!—Pero veo que os molesto...

—Sí, quiero dormir, dijo Eliseo, que hacia un momento cerraba los ojos; medio político para desembarazarse de aquel vanidoso charlatan.

En cuanto se fué, Eliseo reunió sus papeles, se instaló para escribir, pero no pudo trazar una línea, lleno de disgusto, de una laxitud extrema. Todas aquellas repugnantes historias le daban náuseas. Ante las cuartillas esparcidas sobre la cama, aquel inmenso trabajo por la monarquía en que ardia lo poco que le quedaba de sangre, viéndose él mismo en aquella insólida habitacion, con sus cabellos grises de estudiante viejo, perdida tanta pasion, destruidas todas sus fuerzas, dudó por primera vez y se preguntó si no se habia engañado á sí mismo... ¡Un defensor, un apóstol á estos reyes que se degradan por placer y desertan de su propia casa!... Y como sus ojos erraban tristemente sobre aquellos muros, á donde llegaba el sol poniente por el reflejo de los cristales de la casa de enfrente, vió de pronto en el polvoroso cuadro de la vieja reliquia el sello rojo *Fides, Spes*, que habia tomado de la cabecera del lecho de su padre. De repente se le apareció la bella faz borbónica del viejo Meraut, tal como la vió rígida por la muerte, dormido en su confianza y en su fidelidad sublime! Fué un minuto de alucinacion, el cercado de rey, toda su juventud, flotando en su memoria que se iba oscureciendo ya...

De pronto se abrió la puerta, oyéndose el roce de la seda y

ruido de voces. Creyó que era alguna vecina, alguna buena muchacha del Rialto que le traia algun refresco. Cerró los ojos rápidamente; siempre aquel sueño que despide á los importunos. Pero siente sobre el desnudo pavimento unos ligeros y vacilantes pasos que se acercan á su cama. Una dulce voz murmura: «¡Buenos dias, Sr. Eliseo!...» Su discípulo está allí, delante de él, temeroso, un poco crecido, mirando con su timidez de enfermo, á su maestro tan cambiado, tan pálido, tendido en aquel pobre lecho... Allá, en la puerta, una mujer espera, erguida y altanera bajo su velo. Ella ha venido, ha subido los cinco pisos, la escalera llena de ruidos de libertinaje, ha rozado su vestido inmaculado con las puertas en que se hallan anunciadas en tarjetas: «Alicia... Clemencia...» No ha querido que muera sin volver á ver á su pequeño Zara; y aunque no entra, le envia su perdon por mano de su hijo. Meraut coje aquella mano, la estrecha contra sus labios; luego se vuelve hácia la augusta aparicion que adivina en el umbral, y con su último aliento, con su último esfuerzo de la vida, de la palabra, dice por lo bajo y para siempre. «Viva el rey.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVIII

El fin de una raza.

Una mañana tenia lugar una interesante partida en el círculo del juego de pelota. Alrededor de la inmensa línea, sobre el terreno preparado como un circo, una gran red de estrechas mallas cubria las evoluciones de seis jugadores, con chaquetas blancas, zapatillas de sala de armas, saltando, aullando, agitando sus pesadas vaquetas. El dia que filtraba por los vidrios de la montera, aquella red tendida, los gritos roncos, las vueltas, los saltos, la imposible correccion de los mozos de servicio, todos ellos ingleses, paseándose majestuosamente por la galería, podian hacer creer que aun se hallaban asistiendo al ensayo de gimnastas y de clowns. Entre esto clowns, monseñor el príncipe de Axel, á quien se habia recomendado el noble ejercicio de la pelota como higiénico para su asma, podia contarse como uno de los más alborotadores. Llegado la víspera de Niza, en donde habia pasado un mes á los piés de Coletta, aquella partida era su entrada en la vida parisien, y enviaba su pelota con unos «¡hau!» de leñador, y extendia sus brazos que podian figurar muy ven-

tajosamente en un matadero, cuando vinieron á decirle que preguntaban por él.

—¡Eh!—respondió el presuntivo sin volver la cabeza.

El criado insistió, y dijo á su oido un nombre que le calmó, sorprendiéndole á la vez.

—Está bien... rogadle que espere... Voy en cuanto concluya la partida.

Terminada ésta, se dirigió á una de las casetas de baños frios que hay alrededor de la galería, amuebladas de bambú, coquetamente cubiertas con esteras japonesas, y encontró allí á su amigo Rigolo, sentado en un divan, con los ojos bajos.

—¡Oh, príncipe! ¡Qué ventura!—dijo el rey de Iliria alzando su trastornado rostro.

Y se detuvo á la vista del mozo cargado de servilletas, guantes de lana y crin para esponjar, limpiar y frotar á Monseñor, que sudaba y humeaba como un maklembourgués que acaba de subir una cuesta. Concluida la operacion, Christian continuó, con los lábios pálidos, temblorosos:

—Os diré lo que me sucede. ¿No habeis oido hablar de esa aventura de la casa de pupilas...?

La Alteza le dirigió una mirada adormecida.

—¿Os pescaron?

El rey afirmó con una señal, separando sus indecisos ojos. Luego, despues de una ligera pausa,

—Figuraos la escena... La policía, en medio de la noche... La chiquilla que llora, rueda por el suelo... araña á los agentes... se me agarra á las piernas... ¡Monseñor... Monsieur... salvadme! Yo quiero hacerla callar... es demasiado tarde... Cuando trato de dar un nombre cualquiera, el comisario se echa á reir... Es inútil, me dice...mis hombres os han reconocido. Sois el príncipe de Axel.

—¡Esta sí que es buena!...—gruñó el príncipe metido en el baño...—¿y luego?

—A la verdad, querido, yo estaba tan aturdido... fuí cogido tan de repente... y luego por otros motivos que yo os diré... En

una palabra, dejé á aquel hombre en su error, convencido que el asunto no tendria consecuencias... Pero nada de eso... Han vuelto á hablar de ello, y como acaso os llamen ante el juez de instruccion... vengo á suplicaros...

—Sí, que vaya al correccional en vuestro lugar.

—¡Oh! las cosas no llegarán á tanto... Solo que como los periódicos hablarán y pronunciarán ciertos nombres... Y en este momento, con lo que se prepara en Iliria, el movimiento realista, nuestra próxima restauracion... este escándalo produciria muy mal efecto...

¡Qué lamentable figura hacia el desventurado Rígolo mientras esperaba la decision de su primo Axel, que se peinaba sus tres pelos amarillos delante del espejo!

En fin, el príncipe se decidió á hablar.

—¿Con que creeis que los periódicos?...—Y de repente, con su voz de ventrílocuo, velada y dormida:—«¡Magnífico... será muy chic!... ¡Cómo rabiará mi tio!

Concluyó de arreglarse, cogió su baston, se puso el sombrero y—«vamos á almorzar...»—Cogidos del brazo montaron en el facton de Christian que los estaba esperando, y el secreto equipaje partió como el viento, llevando á nuestros inseparables hácia el café de Lóndres. Al atravesar la plaza de Vendome, casi desierta á aquellas horas, una mujer de traza elegante y jóven se detenia en la acera, con un niño de la mano, mirando los números. Su alteza, que desde lo alto de su asiento iba mirando todas las caras con la avidez de un correton que ayunó por espacio de tres semanas, la vió y se extremeció.—«Mirad, Christian, se diria que es...»—Pero Christian no le oyó, ocupado en regir su caballo, que estaba muy inquieto aquella mañana; y cuando se volvieron para mirarla, ella y su hijo acababan de entrar bajo la bóveda de una casa inmediata al Ministerio de Justicia.

Ella andaba de prisa, aunque inquieta y vacilante, cubierta con su velo, como en una primera cita; pero si el traje sombrío, pero rico, si su aspecto misterioso podia hacer dudar por un instante de aquella mujer, el nombre que preguntó al portero, el acento de tristeza con que fué pronunciado aquel nombre, de los más célebres de la ciencia, alejaba toda idea galante.

—¿El doctor Bouchereau?—Primer piso, puerta de enmedio.

—Pero si no teneis número, es inútil que subais.

Ella no contestó, se lanzó á la escalera arrastrando al niño, como si temiera que alguno la llamase. En el primer piso, la dijeron lo mismo. «Si la señora no se habia inscrito la víspera...

—Esperaré,—contestó.

El criado, sin insistir, la hizo atravesar la primera antecámara donde habia bastante gente sentada en bancos de madera, luego otra tambien llena de gente, y en seguida abrió con solemnidad la puerta del salon que cerró en cuanto la madre y el niño habian entrado, como diciendo: «Ya que quiere esperar, que espere.»

Era una bastísima pieza, suntuosamente decorada, con pinturas en el techo, ensambladuras y rosetones. La ausencia de todo objeto de arte, revelaba al médico modesto, trabajador, á cuya casa ha llegado la voga de improviso, y que no ha hecho ningun gasto para esperarla, ni para recibirla. ¡Y qué voga!...

Aquel dia, aunque no fuesen más que las once, el salon estaba lleno de figuras sombrías, inquietas, alineadas alrededor en sillas, ó agrupadas al velador, mirando libros, examinando periódicos ilustrados, volviéndose apenas á mirar á los que entraban, cada uno preocupado de sí mismo, en su mal, absorto por la ansiedad de lo que pronunciaria el adivino. Las mujeres aun guardaban su coquetería, algunas una máscara altanera sobre su sufrimiento, mientras que los hombres, arrancados al trabajo, á la actividad física de la vida, parecian más heridos, más abandonados.

Entre aquellos sufrimientos egoistas, a madre y su pequeño compañero formaban un grupo interesante; él, tan débil, tan pálido, con aquel rostro privado de facciones y de color, donde no habia más que un ojo vivo; ella, inmóvil, como sujeta á una hor-

rible inquietud. Y la gente entrando siempre, desde el pesado y obeso banquero que desde la mañana hace guardar dos sillas por su criado, hasta el simple empleado, que se ha dicho: «Cueste lo que cueste, consultemos á Bouchereau.» Todos los trages, de todas hechuras, sombreros de visita y gorros de lana, sencillos vestidos negros al lado de brillantes sedas; pero la igualdad aparece en los ojos enrojecidos por las lágrimas, las frentes inquietas, los trances y las tristezas que llenan el salon del gran consultante de París.

Entre los últimos que llegan se cuenta un aldeano, rubio, tostado, ancho de cara y de hombros, acompañado de un pequeño sér raquítico, que se apoya de un lado en él y de otro en una muleta. El padre toma tiernas precauciones, inclina bajo su blusa nueva su espalda encorbada por el trabajo, y pone gran cuidado al sentar á su hijo:

—¿Estás bien?... Espera que te ponga un almohadon debajo.

Y habla en alta voz, con libertad, incomoda á todo el mundo para obtener una silla, un taburete. El niño, intimidado, por el sufrimiento, está silencioso, con el cuerpo inclinado, teniendo su muleta entre las piernas.

Por fin, instaladas ya, el aldeano se echa á reir, llenos de lágrimas sus ojos: «¡Eh! ya estamos aquí... ¡Es un médico famoso!... Pronto te curará.» Luego pasea sobre la concurrencia una sonrisa que se estrella contra la dura frialdad de todos los rostros. Sólo la dama vestida de negro y acompañada tambien de un niño, le miró con bondad, y aunque parece algo orgullosa, él se pone á hablarla, le cuenta su historia; dice que se llama Raizou, labrador de Valenton, que su mujer está casi siempre enferma, y que, desgraciadamente, sus hijos han sacado más de ella que de él, tan valiente y tan fuerte. Los tres mayores han muerto de una enfermedad que padecian en los huesos. El último parecia que se libraria de ella; pero desde hacia un mes estaba como los otros. Entónces arrojaron un colchon sobre los bancos del carro, y han venido á ver á Bouchereau.

Y todo esto lo decia con tono reposado, con esa charla de las gentes de campo, y mientras su vecina le escucha enternecida, los dos pequeños enfermos se examinan curiosamente, atraidos por la enfermedad que les dá, tanto al niño de la blusa y tapaboca de lana, como al niño cubierto de finas pieles, una melancólica semejanza. Pero por el salon corre un estremecimiento repentino, todos cambian de color, todas las cabezas se vuelven hácia una puerta, detrás de la que se oyen pasos y ruido de sillas. Ya está allí, acaba de llegar. Los pasos se aproximan. En la entreabierta puerta aparece un hombre de mediana estatura, grueso, cuadrado de espaldas, frente calva, facciones duras. Con una mirada que se cruza en otras ansiosas, dá la vuelta al salon, escrutando aquellos dolores recientes ó antiguos. Pasa un enfermo, se cierra la puerta. «Esto no va á ser muy cómodo», dice Raizou á media voz, y para asegurarse mira á toda aquella gente que pasará antes que él á la consulta. Una verdadera multitud y largas horas de espera marcadas por el sonoro timbre del reloj provincial, colocado en el mármol de la chimenea. A cada voz se gana un puesto; hay un movimiento de vida en el salon, y luego todo vuelve á quedar silencioso é inmóvil. Desde que ha entrado, la madre no ha dicho una palabra, ni alzado el velo, y se desprende de su silencio, ó más bien de su mental oracion, algo tan imponente que el aldeano no se atreve á dirigirla ya la palabra, se queda tambien mudo, y solo de tiempo en tiempo lanza algun ahogado suspiro.

Las horas pasan lentas y tristes. En el salon que se va oscureciendo los rostros parecen más pálidos, más nerviosos, y se vuelven suplicantes hácia el impasible Bouchereau cuando hace su regular aparicion. El hombre de Valenton se desespera pensando que volverá á su casa cerrada la noche, que su mujer estará inquieta y que el niño tendrá frio. Su disgusto es tan vivo, se esplica con una sencillez tan tierna que, cuando cinco mortales horas despues la madre y su hijo ven llegarles su vez, se la ceden al buen Raizou. «¡Oh! señora, gracias...» Su efusion no

tiene tiempo de ser incómoda, porque la puerta acaba de abrirse. Rápido, coje al niño, lo levanta, le dá la muleta, tan turbado, tan conmovido, que no vé lo que la dama desliza en la mano del estropeado. «¡Para tí... para tí!»

Por fin les llegó la vez, y entran en un gabinete iluminado por una gran ventana, que abre sobre la plaza, lo que proporciona alguna claridad, á pesar de lo avanzado de la hora. La mesa de Bouchereau está delante, muy sencilla, un escritorio de médico de aldea ó de receptor de impuestos. Él se sienta con la espalda vuelta á la luz, que hiere á los recien venidos, á la mujer, cuyo velo alzado deja ver su rostro enérgico y jóven, de brillante tez y ojos fatigados por dolorosas veladas, y al niño bajando la cabeza como si la claridad de la luz de frente le incomodase.

—¿Qué es lo que tiene?—dijo Bouchereau atrayéndolo á sí, con un acento de bondad, un gesto paternal, porque bajo la dureza de su rostro se oculta una exquisita sensibilidad que cuarenta años de ejercicio no han aminorado en nada. La madre, antes de contestar, hace señal al niño para que se aleje, y luego, con voz grave, acento extranjero, cuenta que su hijo ha perdido el año anterior el ojo derecho por un accidente. Ahora empieza á padecer en el izquierdo turbaciones, nieblas, deslumbramientos, una alteracion sensible de la vista. Para evitar la completa ceguera, le han aconsejado la extraccion del ojo muerto. ¿Es posible?... ¿El niño está en estado de soportar la operacion?

Bouchereau escucha con atencion, inclinado sobre la mesa, fijando sus penetrantes ojos en aquella boca desdeñosa, de lábios rojos, que el carmin jamás ha tocado. Luego, cuando la madre termina,

—La enucleacion que se os aconseja, señora,—dice,—se hace diariamente y sin ningun peligro, á ménos que no haya circunstancias muy escepcionales. Una sola vez en veinte años he tenido un caso, un pobre diablo que no resistió á la operacion.

Cierto es que era un viejo, un triste trapero, alcoholizado, mal comido. Aquí es muy diferente. Vuestro hijo no es muy fuerte, pero procede de una bella y sólida madre que le habrá comunicado toda su robustez. Ahora lo veremos.

Y llamó al niño, lo colocó entre sus rodillas, y para distraerle y ocuparle durante su exámen, le preguntó sonriendo:

—¿Cómo te llamas?

—Leopoldo.

—¿Leopoldo qué?

El niño miró á su madre sin responder.

—Pues bien, Leopoldo; quítate la chaqueta, el chaleco... Que yo pueda inspeccionar, escuchar todo.

El niño se desnudaba torpemente ayudado por su madre, cuyas manos temblaban, y por Bouchereau, más hábil que ellos dos. ¡Oh! pobre cuerpecito seco, raquítico, con los hombros metidos hácia el estrecho pecho, como las alas del pájaro replegadas antes del vuelo, y una carne tan mate que el escapulario y las medallas se destacaban como los ex-votos sobre el yeso! La madre bajó la cabeza avergonzada de su obra, mientras que el médico ascúlta, percute, interrumpiéndose para hacer algunas preguntas.

—¿Tiene mucha edad su padre?

—No señor; treinta y cinco años.

—¿Padece alguna enfermedad?

—Casi nunca está enfermo.

—Esta bien: vístete, hijo mio.

Y se hunde en su butaca, pensativo, mientras que el niño, despues de haberse puesto sus pieles, va á ocupar su puesto en el fondo sin que se le diga. Desde hace un año está tan acostumbrado á aquellos misterios, á aquellos cuchicheos alrededor de su mal, que no se inquieta, ni trata de comprender. Pero la madre, ¡qué angustiosa mirada dirige al médico!

—¿Y bien?

—Señora,—dice Bouchereau en voz baja, sacudiendo cada

palabra,—vuestro hijo está, en efecto, amenazado de perder la vista. Y, sin embargo, si fuese mi hijo no le operaria. Sin explicarme aún esta naturaleza, veo extraños desórdenes, un trastorno en todo el organismo, sobre todo, una sangre la más viciada, la más gastada, la más pobre...

—¡Sangre de reyes!—exclamó Federica, levantándose bruscamente, como si hubiese recibido una ofensa. En aquel momento se acordó del pálido rostro de su primogénito encerrado en un ataud cargado de flores. Bouchereau, de pié tambien, súbitamente iluminado por aquellas tres palabras, reconoció á la reina de Iliria, á quien jamás habia visto, porque ella no iba á ninguna parte, sino por los retratos que abundaban en todo París.

—¡Oh! señora.... Si lo hubiera sabido....

—No os escuseis,—dijo Federica más calmada;—yo he venido aquí para oir la verdad, esa verdad que nosotros jamás escuchamos,—ni aun en el destierro.—¡Ah! ¡Sr. Bouchereau, qué desgraciadas somos las reinas! ¡Todos me están acosando para que haga operar á mi hijo! ¡Y todos saben que en ello le vá la vida! —¡Pero, la razon de Estado! Dentro de un mes, quince dias, acaso más pronto, las Dietas de Iliria enviarán por nosotros. Quieren tener un rey que mostrar... ¡Tal como está, pase; pero ciego! Nadie lo admitirá... ¡Entonces, á riesgo de que muera, la operacion!... Reina ó muere... Y yo iba á hacerme cómplice de tal crímen... ¡Pobre Zara mio! ¡Qué importa que reine, Dios mio! ¡Que viva! ¡que viva!

Son las cinco. Se acerca la noche, la calle de Rívoli, llena de gente por la vuelta del bosque y la hora de las corridas, los carruajes van al paso, siguiendo la verja de las Tullerías, que parece, herida por el sol poniente, proyectarse en largas barras de hierro sobre la multitud. Por allí va rodando la pesada carroza blasonada con las armas de Iliria. Al volver el ángulo de la calle Castiglione, la reina vé de repente enfrente de ella

el hotel de las Pirámides, y esto le recuerda las ilusiones de su llegada á París, como la música de los cobres que sonaban aquel dia entre los sotillos de los parques. ¡Cuántas decepciones despues, cuántas luchas, cuántos combates! Ahora todo se ha concluido, absolutamente todo. La raza se ha extinguido... Un escalofrio de muerte recorre todo su cuerpo, mientras que el landó adelanta hácia la sombra, siempre hácia la sombra. Por eso no ve ella la tierna, suplicante mirada que el niño le dirije.

—¿Mamá, si ya no soy rey, me amarás ménos por eso?

—¡Oh! ¡hijo de mi alma!

Y oprime apasionadamente su pequeña mano entre las suyas...Ya está hecho el sacrificio. Alentada, reconfortada por aquel abrazo, Federica no es ya más que madre, nada más que madre, y cuando las doradas Tullerías se presenten de repente á su vista para recordarle el pasado, las mirará sin emocion, sin memoria, creyendo ver alguna antigua ruina de Asiria ó del Egipto, testigo de las costumbres de pueblos desaparecidos de una gran ciudad olvidada, muerta!

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

	Páginas.
El primer dia	1
Un realista	24
La córte en San Mandêd	49
El Rey hace la fiesta	68
J. Tom-Levis, agente de los extranjeros	96
La Bohemia del destierro	119
Goces populares	140
La gran jugada	154
En la Academia	177
Escena conyugal	197
La velada de armas	210
Tren de la noche	232
En capilla	253
Un desenlace	268
El Rey Niño	271
La Cámara negra	280
Fides Spés	291
El fin de una Raza	302

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADVERTENCIA.

La traduccion de esta obra, hasta el fin de la página 98, está hecha por D. José Perez de Siles, debiéndose la continuacion de la misma el Sr. Escudero, que no halló reparo que apareciese su nombre como traductor, siempre que se hiciese esta salvedad.

